



Luis de Granada

Historia de Sor María de la Visitación

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Luis de Granada

Historia de Sor María de la Visitación

I

Responde a algunas cuestiones

Agora me pareció satisfacer a algunas dudas o preguntas que los lectores podrán hacer acerca de lo que aquí leyeren. Y primeramente porque aquí se escribe que muchas veces el Esposo Celestial aparecía a esta virgen y rezaba alguna hora del Oficio divino familiarmente con ella, como se escribe de Santa Catalina de Sena, dudaría alguno si realmente era la persona del mismo Cristo, porque por alguna parte parece que sería algún ángel que representase la persona del mismo Señor, como en los tiempos pasados apareció a los Padres antiguos. Porque, aunque el que dio la ley en el monte Sinaí, puesto caso que se llama Dios, no era sino ángel que representaba la majestad y persona de Dios y así era tratado y reverenciado como tal, de la manera que vemos hablar por alteza a los oidores cuando están en sus estrados porque representan la persona real; mas por otra parte, considerando que ya el Hijo de Dios humanado tiene verdadero cuerpo puédesse decir que Él mismo sea el que aparece, porque no es cosa nueva haber aparecido Él, después que subió al cielo, a algunos santos, como apareció a San Pablo, según él lo testifica. Y este aparecimiento no fue con visión imaginaria, sino con la real y verdadera presencia del cuerpo de Cristo, ca por este aparecimiento pretende el apóstol probar la verdad de la resurrección del Salvador y por ella la de nuestros cuerpos. Esto dice Santo Tomás, y Cayetano en el mismo lugar.

Cuéntase también en esta historia, después de haber tratado de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen, muchos y diversos aparecimientos de Nuestro Señor y de su bendita Madre y de algunos santos, las cuales señaladamente acaecieron en las fiestas principales que celebra la Iglesia. Porque como en los tales días esta virgen se dispone a celebrarlas con mayor devoción y recogimiento, así Nuestro Señor, que nunca niega su favor y gracia a quien se dispone para ella, le correspondía con alguna especial visitación con que le representaba alguna cosa notable del misterio de aquella fiesta, con que encendía el corazón de esta virgen en su amor. Mas en otros aparecimientos (demás de éstos) pretendía este Esposo, como maestro de las virtudes, inducirle a alguna de ellas, como a la

virtud de la humildad, de la paciencia, del amor de la cruz y de los trabajos y a la desconfianza en sí y confianza en Dios, del conocimiento de su propia vileza, lo cual sirve grandemente para el provecho de los lectores; por lo cual tuve más cuidado de escribir estos aparecimientos que los otros, porque sirve más para la edificación de nuestras ánimas.

Mas, para entender de la manera que son estos aparecimientos y visiones, es de saber que unas veces se hacen interiormente, infundiendo Dios en el ánima las especies e imágenes de las cosas de que quiere representar, lo cual se hace en los raptos; otras veces, estando la persona en su acuerdo, se forman estas mismas especies e imágenes exteriormente en el aire, mediante las cuales la persona ve lo que Nuestro Señor le quiere representar. Algunos habrá que extrañen tanta manera de aparecimientos como en esta historia se cuenta. A esto fácilmente respondemos que Nuestro Señor comenzó a hacer especiales favores y mercedes a esta virgen dende la víspera de su profesión (como adelante veremos) y de esta manera ha continuado con ella, dende este tiempo, que fue dende los diecisiete años de su edad; y, siendo ella agora, al tiempo que esto se escribe, de treinta y siete, son ya pasados veinte años en que estos favores y mercedes se han continuado, unas veces más frecuentemente y otras menos, como Él era servido. Y, como se lee en dos horas lo que pasó en tantos años, parece mucho; lo cual, mirado cuando ello acaeció, no lo es; y por esta causa, en algunas cosas de esta historia, procuraremos señalar, cuanto nos sea posible, los años en que algunas de estas cosas acaecieron.

Otros habrá que, considerando lo dicho, no extrañen tanto la muchedumbre de las cosas como la grandeza de algunas de ellas, como son los éxtasis tan frecuentes, los levantamientos en el aire, los milagros que se hacen con cosas suyas y con el agua en que ella mete las manos, y otras cosas semejantes, alegando que no se leen tales y tantas cosas en las vidas que tenemos de los santos pasados. A esto primeramente respondo que en la Iglesia hay muy pocas vidas de santos, aunque sean muy grandes santos, que estén escritas a la larga. Porque no hay otros mayores santos que los apóstoles y, sacado el apóstol San Pablo, cuya peregrinación se escribe en los Actos de los apóstoles, y un poco del apóstol San Pedro, que ahí también se escribe, casi nada tenemos escrito de ellos, si no es el lugar donde pedricaron y el martirio que padecieron; y es de creer que no padecieron ellos menores trabajos que el apóstol San Pablo. Y de algunos mártires gloriosísimos (como fueron San Lorenzo y San Vicente) no está más escrito que los tormentos que padecieron; y es de creer que estaban ellos antes fundados sobre firme piedra y consumados en toda virtud, pues tan grandes avenidas y crecientes de ríos no fueron parte para irritarlos. Y lo mismo digo de otros mártires fortísimos, porque no hubo quien se aplicase a escribir sus vidas, por las cuales alcanzaron tan grande fe y constancia, y muchas de ellas se perdieron por las persecuciones de los tiranos que mandaban quemar todos nuestros libros. Verdad es que de los santos que fueron fundadores de las religiones (como fueron Santo Domingo, San Francisco, San Benito, San Bernardo y otros), algunos tenemos sus vidas escritas a la larga dende el principio hasta el fin de ellas, porque sus hijos procuraron saber las virtudes y ejercicios de los padres que habían de imitar, mas en pocos otros se hizo esta diligencia. La vida de Santa Caterina de Sena escribió su propio confesor y, si él no se despusiera a tomar este trabajo, quedarán sepultadas en perpetuo silencio tantas maravillas como de ella se escribe, que tanto nos declaran la bondad y suavidad de Dios para con las ánimas puras y humildes. Y a esta santa reveló Nuestro Señor que le era igual en la gracia y en la gloria una virgen llamada Inés (cuya sepultura fue esta virgen a visitar) y, con todo eso, nada

sabemos de ella, porque no se ofreció nadie a escribirla; y conforme a esto se suele decir que antes del rey Agamenón hubo hombres esforzados, pero no tenemos noticia de ellos, porque no hubo poetas que escribiesen sus proezas y valentías.

Y demás de esto, para confirmar la fe de las cosas que aquí se escriben, y para que nadie las tenga por increíbles, escribí el primer libro de esta historia, en el cual procediendo por los principales santos del Viejo y Nuevo Testamento hasta llegar a Santa Catarina de Sena, reconté las grandes maravillas que Nuestro Señor obró con ellos, las cuales, si no estovieran autorizadas con la Escritura divina, parecieran increíbles. Para que se entienda que, pues es agora el mismo Dios que era entonces, (el cual no se muda con los tiempos), no se tenga por increíble hacer Él agora algo de lo que hizo entonces, pues no está abreviada su mano con todo cuanto tiene hecho, para no poder hacer mucho más.

Pero, aunque esta razón sea muy grave otra hay más urgente y perentoria, que son los milagros que esta virgen tiene hechos, los cuales están con toda solemnidad procesados y averiguados. Visto que con sólo este argumento y testimonio se satisface la Iglesia para canonizar los santos, mas esta virgen, demás de este testimonio, tiene otro no menor, que es la impresión de las llagas de nuestro Redentor, y en pies y manos y costado. Y las de las manos están patentes a todo el mundo, mas las de los pies y costado han visto los perlados y su confesor, porque para cosa tan grande hubiese testigos de tanta autoridad.

Con este testimonio se junta otro no menor, que son las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, puestas en una perfectísima figura de cruz, lo cual consta ser un grande milagro y más tantas veces en cada semana repetido y, lo que más es, no sabido por relación de otros sino por vista de ojos, como lo han visto religiosos y legos y hasta un moro muy principal que quiso saber esto, el cual, dando a esta virgen un pañito delgado y poniéndolo ella en presencia de él, sobre esta llaga, salieron estas cinco gotas en la figura sobredicha, de que el moro quedó espantado, confesando que esta mujer era santa.

Concluyendo, pues, esta parte, digo que, si un solo milagro verdadero es bastante argumento para creer los misterios de la fe, cuánto más debe bastar tantas maneras de milagros para tener por verdad lo que en esta historia se escribe, por nueva y extraordinaria cosa que parezca.

Mas aquí quiero advertir al cristiano lector que no entiendo escribir esta historia secamente y desnuda, sino apuntando, aunque brevemente, los avisos y dotrinas que se sacan de las cosas que se van relatando, porque no es de todos saber filosofar en las cosas que se escriben en las vidas de los santos, por lo cual conviene que el historiador se haya en esto como la madre, que da el manjar mastigado al niño, cuando él no tiene aún dientes para ello. Porque por esta causa son alabados en el libro de los Cantares los dientes de la Esposa que es la Iglesia, porque ella es el ama y la madre que con los dientes espirituales de los santos doctores dá mastigado el manjar de la dotrina a los hijos espirituales que cría.

II

División y argumento de esta historia

Esta historia, cristiano lector, va repartida en cuatro libros: en el primero se trata de todo lo que sirve para hacer fe de las cosas que en ella se escriben y juntamente de la edificación y fruto que de ella se debe sacar.

Y, cuanto a lo primero, se pone un memorial de los privilegios y maravillas que Nuestro Señor ha obrado con muchos de los santos pasados, comenzando dende Moisés hasta Santa Catalina de Sena, para que nadie tenga por cosa increíble hacer Dios agora lo que hizo entonces, pues es agora el mismo que entonces era; donde se pone la relación de la vida y milagros de esta virgen que por parte del Príncipe Cardenal y del Santo Oficio fue enviada a Gregorio XIII con los milagros que de esta relación se coligen.

En el segundo libro se trata de los ejercicios espirituales, que son oraciones, vigiliyas, ayunos, cilicios, disciplinas y otras obras penitenciales con que esta virgen se disponía para recibir acrecentamiento de la divina gracia y de los favores del Esposo; y juntamente se trata de sus virtudes, conviene a saber, de su mansidumbre, humildad, simplicidad, obediencia, caridad, paciencia y fortaleza para padecer trabajos.

Mas en el tercero se cuentan los grandes favores y mercedes espirituales que por estas virtudes y ejercicios recibió de Nuestro Señor y también de algunas visiones y aparecimientos que tuvo.

En el cuarto libro se escriben los milagros que Nuestro Señor fue servido de hacer por los méritos de esta virgen.

Todo ello va sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia.

LIBRO PRIMERO

De lo que sirve para hacer fe, en el cual se trata de lo que se escribe en esta historia y aquí también se trata del fruto que se saca de esta piadosa consideración

Capítulo I

En el cual se declara cuán admirable sea Dios en sus Santos, esto es, en los grandes favores que les hace, y cómo, aunque ellos sean admirables, no por eso son increíbles

Dios es admirable en sus Santos

Mirabilis Deus in sanctis suis. En estas breves palabras nos da el profeta David copiosa materia de consideración y nos declara uno de los principales medios que hay para levantarnos al conocimiento de nuestro Criador. Para cuya declaración presupongo que la más excelente ocupación y más alto ejercicio en que se puede emplear una criatura racional es levantar los ojos a considerar la más alta cosa que hay en el mundo, que es el Sumo Bien, en quien están y de quien proceden todos los bienes. Y, como sea verdad que no pueda nuestro entendimiento en esta mortalidad conocer este sumo bien en sí mismo sino en sus obras, para esto nos sirven dos géneros de obras tuyas, que son las obras de naturaleza que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos, y las de gracia que se ordenan a la santificación de nuestras ánimas; donde es de saber que los santos varones hacen escaleras de las unas y de las otras obras para levantarse a la contemplación de su Criador, como parece claro en muchos de los salmos donde se trata de las unas y de las otras obras. Pero lo más común es proceder por las obras de gracia, las cuales, cuanto son más excelentes, tanto nos dan mayor luz, para subir al conocimiento del autor de ellas. Porque las obras de naturaleza principalmente nos dan conocimiento de la omnipotencia y sabiduría y providencia que este señor tiene de sus criaturas; mas las obras de gracia, demás de esto, nos dan conocimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia y de la suavidad y benenidad de nuestro Dios para con los hombres, y señaladamente de la providencia paternal que tiene de sus espirituales hijos, porque éstos dice Él que trae dentro de sus entrañas y que los tiene escritos en sus manos y que tiene contados sus huesos y cabellos y que si cayeren no se lastimarán porque Él pondrá su mano debajo para que no se lastimen, en éstos dice que tiene puestos sus ojos, y sus oídos en las oraciones de ellos, y de éstos dice que quien los tocara, toca a Él en la lumbrera de los ojos y que a los ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos para que no tropiecen sus pies en alguna piedra, y después de todos estos favores, viene finalmente a decir que sus deleites son estar con ellos. ¿Qué cosa se puede decir más tierna y más regalada que ésta? Pues por éstos y otros semejantes favores se ve cuánta razón tuvo el profeta para decir que era Dios admirable en sus santos, pues tal cuidado tiene de ellos y tales regalos les hace. Pues ¿qué diré de las honras con que los honra, aun en este lugar de destierro? Porque no sólo los honra en su vida, sino también después de ella; y no sólo en sus cuerpos sino también en los andrajos y retazos de sus vestiduras; y no sólo en sus personas propias sino también en sus hijos y descendientes, aunque sean malos, por respeto de sus padres que fueron buenos, como parece en los hijos de Loth y Abrahan, etc.

Pues del conocimiento de Dios que se alcanza por estas obras de gracia se enciende en los corazones devotos la caridad y amor para con Dios; y, vista la bondad y blandura con que trata sus fieles siervos, nace también de aquí una grande confianza, viendo que, pues este señor no es aceptador de personas y que no sólo está aparejado para acudir a quien le llama sino que también, como dice San Juan, llama a nuestra puerta, por aquí viene el hombre a confiar que, si él por su parte se dispusiere, no negará a él lo que concede a los otros. También con esto se aviva la fe y el crédito de los favores que Nuestro Señor hace a sus amigos, considerando los muchos que en diversos tiempos les ha hecho. Mas, allende de esto, en las ánimas de los que son verdaderos humildes causan estos favores una grande admiración de aquella Suma Bondad. Porque, como ellos se tienen por unos viles estropajos del mundo y por indignos de toda consolación, cuando ven que aquella altísima majestad se inclina a visitarlos y consolarlos y darles prendas de su amistad, no acaban de

maravillarse y espantarse de esta tan grande bondad; y con esto crece en ellos más el amor y reverencia para con Él.

Pues todos estos frutos susodichos se siguen de la consideración de las obras de gracia, las cuales señaladamente resplandecen en las historias y vidas de los santos; y tanto más cuanto ellos fueren más vecinos a nuestros tiempos, porque mucho más nos suelen mover las cosas presentes que las pasadas.

Mas cuanto ellas son más poderosas para movernos, tanto son más dificultosas de creer, mayormente de las personas poco espirituales y devotas. Mas las que no lo son y han ya experimentado cuán suave sea nuestro Dios y cuán bueno para los buenos, no tienen esta incredulidad, porque ya tienen prendas y conjeturas de la amistad de Dios para con sus fieles amigos. Mas los que no han llegado aquí, y juzgan más las cosas por su ciega razón que por espíritu de Dios, no dan crédito a estas cosas. Debrían éstos de humillarse y no querer ser jueces de las cosas que nunca experimentaron y por tales los recusa el apóstol cuando dice que el hombre que es aun animal no entiende las cosas del espíritu de Dios, porque tal espíritu ha de tener el que las ha de juzgar. Si un hombre (como dice S. Bernardo) no sabe la lengua griega ¿cómo entenderá al que habla en esa lengua? De donde infiere que tan lejos estará de entender el lenguaje del amor divino quien no lo ha probado como de entender a el que habla en griego quien no aprendió la lengua griega.

Pues ya la grandeza de la dolzura espiritual con que Dios regala a los que se afligen por Él, ¿cómo la conocerá, pues dice David, que la tiene Él escondida para los que le temen? Y la grandeza de la paz interior con que Él da cumplido reposo a los corazones de sus amigos, ¿cómo la conocerá el hombre sensual, pues el apóstol dice que sobrepuja a todo entendimiento y sentido? Pues el nuevo ser y nueva virtud que Dios da con abundante gracia al hombre justificado, ¿cómo éste lo conocerá, pues dice S. Juan que nadie lo conoce sino aquél que lo recibió?

I

En los Santos del Viejo Testamento

Y, si todos estos testimonios no bastan para humillar y convencer los incrédulos, debe de bastar el ejemplo de los santos de que hacen mención las Santas Escrituras, donde verán cosas que, a no estar testificadas en ellas, no fueron creídas. Por lo cual no será sin propósito ni sin fruto proponer aquí algunos de estos ejemplos, no sólo para hacer fe de las cosas nuevas con el ejemplo de las viejas, mas para que veamos cuán admirable, cuán glorioso y cuán digno de ser amado y alabado sea Dios en todos sus santos.

Y, dejados los antiquísimos ejemplos de la ley de naturaleza, comencemos por la ley de escritura en la cual trató Dios más familiarmente con los hombres. El promulgador de esta ley fue Moisés. Pues ¿quién contará las maravillas que obró Dios por este profeta? Y, dejadas aparte las que obró en la tierra de Egipto, ¿qué cosa más admirable que con el golpe de un[a] vara abrir los mares para que pasase a pie junto el pueblo de Israel y volvellos a

cerrar con ella para ahogar el ejército de Faraón que los seguía, porque por justo juicio de Dios muriesen ahogados en las aguas los que a los niños inocentes ahogaban en ellas? Él mismo, tocando con esa vara en una peña, sacó de ella un río de agua viva. Él mismo, no por una sola vez, sino por dos, estuvo cuarenta días en el monte con Dios, sin comer y sin beber y sin dormir, trayendo consigo dos tablas en que estaba escrita la ley con el dedo de Dios; y del mismo se escribe que conversaba y hablaba con Dios tan familiarmente como un amigo con otro. Pues ¿qué cosa más admirable? Dejo otras muchas grandezas y maravillas que hizo cuarenta años que anduvo con aquel pueblo en el desierto que sería cosa muy larga de contar, mas éstas bastan para que se vea cuan admirable sea Dios en sus santos.

Pues ¿qué diré del criado de este profeta que fue Josué? El cual detuvo las aguas corrientes del río Jordán para que pasase el pueblo a pie enjuto por la madre del río y, corriendo las aguas inferiores para abajo, las que venían de lo alto iban creciendo y haciéndose una grande montaña, hasta que todo el pueblo pasó. Y, si es cosa admirable, ¿cuánto más lo es haber hecho este capitán detener el sol por espacio de tres horas en medio del cielo, obedeciendo Dios (como dice la Escritura) a la voz de un hombre? Y no menos lo es sino más lo que leemos del profeta Esaías, porque aquél hizo detenerse el sol por espacio de estas tres horas, más éste le hizo volver diez horas atrás.

Vengamos, después de Esaías, a los otros profetas entre los cuales era muy señalado Elías, el cual juntamente con Moisés apareció en la transfiguración del Señor con grande resplandor. Pues ¡qué cosas tan admirables cuenta de él la Historia Divina!: él caminó otros cuarenta días sin comer ni beber hasta llegar al monte de Dios; él mandó por dos veces bajar fuego del cielo y quemar a dos capitanes cada uno con cincuenta soldados que le venían a prender, él ardía tanto con el celo de la honra de Dios que, viendo a su pueblo dado al culto de los ídolos, hizo oración a Dios pidiéndole que no lloviese por tres años y seis meses, juzgando por indignos de la vida y del rocío del cielo a los que ofendían al señor del cielo; y entendía el santo profeta que perecían las gentes y se caían los hombres por las calles muertos de hambre, y nunca por eso se dobló a revocar la petición que había hecho; y, en este tiempo en que las gentes perecían de hambre, tenía Dios cuidado de dar de comer a su Profeta enviándole cada día con un cuervo pan y carne a la mañana y pan y carne a la noche. ¿Quién creyera esto, si ahora se dijera? Pues aún más admirable es lo que de él escribe, que lo arrebató Dios con un torbellino, sobre un carro de fuego y no sabemos a dónde lo llevó, con todas las otras circunstancias anejas al hombre que tiene vida, como es de creer que él la tenía.

Ni es menos admirable la vida de su criado Eliseo, pues toda ella está llena de milagros, entre los cuales se refiere uno más admirable y éste fue que, habiendo muerto ciertos ladrones a un caminante y escondiéndolo en la sepultura de este profeta, en tocando el recién muerto a los güesos del Profeta muerto, luego resucitó.

Entre los profetas mayores el cuarto es Daniel cuya historia contiene muchas cosas de grande admiración, mas una sola diré; y es que habiéndolo echado los moradores de Babilonia en un lago donde estaban siete bravos leones para que lo despedazasen y comiesen, porque él había destruido los ídolos de ellos, estuvieron seis días los leones rabiando de hambre sin tocar en el manjar que tenían delante, y él, en medio de estas

bestias, seguro y regalado con esta maravillosa providencia de Dios. Y al sexto día apareció un ángel al Profeta Habacuc, que estaba en Judea y a la sazón llevaba de comer a unos segadores, y dijole el ángel: lleva esa comida a Babilonia, a Daniel, que está en el lago de los leones. Respondió el profeta: Señor, no sé dónde es Babilonia, ni es el lago. Entonces el ángel le tomó por un cabello de la cabeza y en un momento le puso en Babilonia sobre aquel lago. Dijo entonces Habacuc: Daniel, siervo de Dios, toma esta comida, que te envía Dios. Respondió entonces Daniel (creo que con muchas lágrimas y ternura de corazón) diciendo: Acordáste de mí, Señor mío, y no desamparaste a los que te aman. Tomó pues la comida y comió; y el ángel volvió a Habacuc a su lugar. Sabida pues esta maravilla, el rey sacó a Daniel de aquel lago y mandó echar en él a los que habían revuelto aquella tela, los cuales fueron despedazados por los leones en el aire, antes que llegasen al suelo. Pues ¿quién no alabará a Dios, viendo el regalo de esta providencia para con su fiel siervo?

Pues lo que hizo Dios para consuelo y remedio del Santo Tobías fuera increíble, si no estoviera expreso en la Santa Escritura. Porque, pudiendo él remediar la pobreza y trabajos de este santo por muchas maneras, escogió una tan extraordinaria que fue enviar un ángel, y no cualquiera sino uno de los siete que asisten ante la presencia divina, en figura humana, vestido a modo de caminante, para que fuese con el hijo de este santo varón muchas leguas de camino por ventas y mesones; asentándose con él a la mesa y platicando con él todo el camino. Y, después que llegó a casa de Raquel, pariente del Santo Tobías, y concertó el casamiento del mozo con una hija de él muy honrada, librándola del demonio que le mataba todos los maridos con quien casaba, hecho esto, rogóle el mancebo que tomase cuatro criados de casa y dos camellos y fuese a cobrar el dinero que a su padre se debía. Y, andado este camino con los mozos y con los camellos, volvió al mancebo con el dinero cobrado, y así le acompañó hasta entregarlo en las manos de su padre, dándole la vista que había perdido. Y, acabada esta jornada, descubrió el santo ángel quién era, con lo cual quedaron tan atónitos padre e hijo, que cayeron en tierra y por espacio de tres horas no cesaron de alabar a Dios que por tan nueva manera los quiso remediar.

II.

En los Santos del Nuevo Testamento: Los Apóstoles; La Magdalena; S. Clemente Romano; Los Padres del Yermo

Después de los santos del Testamento Viejo, vengamos a los del Nuevo. Y, comenzando por los apóstoles, ¿qué cosa más admirable y más increíble al juicio humano que lo que se escribe del apóstol San Pedro: que, andando por las calles, la sombra de su cuerpo sanaba a todos los enfermos a quien llegaba?, ¿quién tal virtud pudo dar a la sombra de un cuerpo concebido en pecado y de un hombre que, pocos días antes, había negado a su maestro?

Pero esta maravilla queda vencida con otra mayor, porque mayor cosa fue la conversión de San Pablo que todo lo dicho. Porque ¿quién no queda atónito, viendo que a un hombre que merecía mil infiernos por haber perseguido tan sangrientamente el nombre de Cristo, y caminando furiosamente con nuevas provesiones y poderes para destruir su Iglesia, lo levantase Dios al tercero cielo y le mostrase la esencia divina (como lo sienten Santo

Tomás y San Agustín), haciéndolo con esto del mayor persiguidor de la fe el mayor predicador y defensor de ella, por la cual siete veces fue públicamente azotado y muchas más veces encarcelado y por mar y por tierra de judíos gentiles y herejes persiguido?

Después de los apóstoles, vengamos a la Magdalena, la cual llamamos «apóstola de los apóstoles» por haberles denunciado la Resurrección del Salvador. Pues cuán admirables son las cosas que están recibidas de esta santa penitente. Porque ¿qué cosa más admirable que haber estado treinta años en una cueva sin comer ni beber, y sin vista de alguna criatura humana? Y, si esto es mucho, ¿cuánto más es lo que se dice de ella, que siete veces al día la levantaban los ángeles en el aire para oír las siete horas canónicas, cantadas con voces celestiales? ¿Quién dijera ahora esto que no fuera escarnecido y tenido por loco?

Después de los Apóstoles podemos contar por varón apostólico a San Clemente, subcesor del apóstol San Pedro en la cátedra de Roma, el cual, por mandado de Trajano, fue echado en la mar, atado a una ánora; mas Dios, que tanta cuenta ha tenido siempre con los cuerpos de sus mártires y de sus sepulcros, honró este santo con una admirable honra cual jamás fue vista. Porque, no consintiendo que aquel sagrado cuerpo tovese por sepultura los buches de los peces, mandó que por mano de los ángeles se hiciese dentro de la mar un templo de mármol y que en él se fabricase una arca de la misma piedra y allí depositasen el cuerpo de su mártir con el ánora hallado. Y, no contento con esta maravilla, acrecentó otra no menor. Porque todos los años del día de su pasión se desviaba el agua de la mar por espacio de tres millas para que fuesen los hombres a ver y reverenciar los huesos de un hombre que padeció trabajos por Dios. Pues ¿qué corazón no se regala con la consideración de esta providencia divina?

Después de esto vengamos a las maravillas que Nuestro Señor hubo con algunos de aquellos Santos Padres del Yermo, entre los cuales es admirable la vida de San Simeón, que llaman de la columna, porque moraba en una torre muy estrecha a manera de columna, cuya vida escribió Teodoreto, su contemporáneo y familiar amigo suyo y testigo de sus milagros. Del cual escribe la cosa más admirable que jamás se vio, que fue hacer vida sobre una columna levantada treinta y seis codos en alto, descubierta a todos los calores y fríos y injurias del aire. Y, sobre todo esto, era tan grande su abstenencia que no comía más que una vez en la semana sólo pan y yerbas; y, lo que es más admirable, en todas las cuaresmas que vivió, perseveraba sin comer bocado. En la cual columna y abstinencia perseveró por espacio de cuarenta años. Y esta novedad de vida hacía que de todas las naciones viniesen gentes a ver cosa tan extraña; y dende allí hacía infinitos milagros y con ellos convertía a la fe las naciones bárbaras de los infieles. Y, con todo esto, dice el mismo historiador que fue esta columna en aquel tiempo escarnecida de muchos. Pues, según esto, ¿qué santidad habrá que esté libre de las lenguas y juicios del mundo?

Pues de los Santos Padres del Yermo ¿cuántas cosas admirables podríamos aquí referir: de las increíbles abstenencias de unos, de la soledad y silencio de otros por muchos años, y de la continua oración de todos? Pero no es razón echar en olvido la soledad del primer autor de esta vida que fue San Pablo, primer ermitaño, el cual perseveró en ella noventa y siete años, sin ver en todo este tan largo espacio persona viviente, hasta la víspera del día que partió de esta vida; porque este día le envió Dios al grande Antonio, para que sepultase su sagrado cuerpo. Pues ¿qué cosa más admirable que, siendo este santo hombre (que por

ley de naturaleza es animal político y sociable), perseverar tanto tiempo sin vista de hombre? Ni es menos admirable su abstenencia, pues una palma que allí había le daba con sus dátiles de comer y con sus hojas de vestir, hasta que Dios por ministerio de un cuervo le proveyó de medio pan para cada día por espacio de sesenta años, la cual ración dobló por la venida del nuevo huésped Antonio, proveyendo un pan entero para ambos.

III

San Luis, Rey de Francia y San Alejo

Juntemos con la pobreza y soledad de los monjes personas ricas y de alto estado, porque de todos puede ser Nuestro Señor servido. Admirable fue la humildad de San Luis, Rey de Francia, el cual ciertos días daba de comer por su mano a doscientos pobres, sirviendo él mismo a la mesa, y, no contento con esta obra de tan grande humildad, acrecentábala con otra mayor porque todos los sábados, recogido en un lugar muy secreto, lavaba los pies a ciertos pobres y los besaba, y lo mismo hacía a las manos, dando a cada uno su limosna. No con estas obras de tan extrema humildad en una persona real faltaron ayunos y cilicios y otras asperezas con que domaba la carne y la hacía servir al espíritu. En este santo Rey de Francia fue admirable la virtud de la humildad; mas en San Eduardo, rey de Inglaterra, junto con la humildad fue admirable su castidad. Porque, habiendo recibido, por consentimiento del rey, por mujer una noblísima y virtuosísima señora y tal cual convenía a la persona real, para que por esta casamiento toviere subcesión el reino, ellos ambos tovieron más cuenta con la pureza de la virginidad que con esta subcesión, y así se concertaron y propusieron guardar perpetua virginidad. Cuán maravillosa cosa haya sido esta parécese por aquello de San Bernardo, el cual dice que «es mayor milagro morar en compañía de una doncella sin caer que resucitar muertos, porque esto es estar en medio del fuego y no arder». Pues ¿qué mayor maravilla que estar un rey mozo en compañía de una doncella virtuosísima, la cual cuanto era más virtuosa era más amable, y tratándose familiarmente como casados para encubrir su propósito, y comiendo y bebiendo regaladamente como reyes, que es atizar el fuego con manjares regalados, con toda esta comunicación tan familiar, no de cuatro ni de cinco años, sino de toda la vida, ni se quemasen, ni pusiesen mácula en su pureza virginal?, ¿qué cosa más admirable? ¿Pues ¿cómo creerán esto los hombres carnales cuyos ojos, como dice un apóstol están llenos de adulterios? Pues haber sido este voto agradable a Dios, bastantemente se prueba con que, treinta y seis años después de sepultado, el cuerpo de este rey se halló entero y con sus vestiduras frescas y recientes. Declárase también por otra maravilla con que Nuestro Señor honró este santo rey, porque reveló a un ciego que untase sus ojos con las lavazas del agua con que el rey lavaba sus manos; así lo hizo, y así recibió la vista que deseaba. Pues ¿qué manera de honra es ésta que Dios hace a sus santos, pues no va con el tocamiento de sus manos ni con reliquias de sus cuerpos, sino con el agua sucia que se echa en el muladar, da vista a los ciegos, por sólo haber tocado en las manos de ellos? Ni tampoco carece de admiración lo que de este santo rey se cuenta, porque, diciéndole un pobre llagado, de parte del apóstol San Pedro, que le tomase a cuestras y lo llevase hasta el altar del mismo apóstol, sin otro más testimonio, tomó al pobre a cuestras y lo llevó dende el palacio real hasta el

dicho altar, y con este acto de santa humildad, de que sus criados escarnecieron, alcanzó perpetua salud al pobre.

Muy trillada es la historia de la vida de San Alejo, pero no es menos admirable que esa vida. Porque ¿qué mayor maravilla, estar este santo en un rincón de la casa de su padre sufriendo mil baldones e injurias de sus criados, y saber desde allí los regalos y abundancia de su casa, y la desconsolación de su viejo padre y de su piadosa madre, y las lágrimas y soledad de su dulce esposa, y que nada de esto bastase por espacio de dieciocho años para desistir de aquella vida tan humilde, tan pobre y tan áspera que él, inspirado por Dios, había escogido? Los gentiles, para declarar la grandeza de las penas del infierno, fingen que está allí un hombre pereciendo de sed y que, teniendo el agua a la boca, no puede beber; pues por aquí se entenderá la virtud de este santo, pues, pasando tanta pobreza y teniendo delante la abundancia de la casa de su padre, no por eso se movía a desear ni tocar la que tenía presente. Ni es menos admirable ni menos semejante a la pasada la manera de vida de Santa Eufrosina, que, siendo mujer, estuvo escondida en hábito de monje treinta y ocho años en un monasterio, consolando muchas veces a su viejo y desconsolado padre, que esto no sabía, sin jamás descubrirse hasta la víspera de su muerte, para que él sólo sepultase su cuerpo. De lo cual espantado el buen viejo y hecho un río de lágrimas, abrazó aquel cuerpo virginal y lo sepultó y, dados todos sus bienes a pobres, hizo vida en aquella misma celda de su hija hasta que murió. Pues ¿qué hombre habrá tan de piedra que no se maraville del silencio y secreto que esta virgen guardó por tan largo espacio, conociendo ella el alegría que daría a su viejo padre, si se le descubriera?

IV

Santo Domingo y San Francisco

Vengamos a los Santos más vecinos a nuestra edad, donde luego se nos ofrecen aquellas dos grandes lumbreras del mundo, Santo Domingo y San Francisco, que Dios encendió en el tiempo que más reinaba la maldad, por estar como el Salvador dice, resfriada la caridad. Y, cual era la dolencia del mundo, tal fue el remedio con que la Divina Providencia lo socorrió, que fueron estos dos tan grandes Santos, que en un mismo tiempo nacieron y florecieron y fundaron dos clarísimas religiones, para que no sólo ellos por sí, sino por sus discípulos, no sólo en aquel tiempo, sino en todas las edades y tiempos hasta la fin del mundo, se ocupasen en este ministerio de salvar las ánimas. Ambos tuvieron un mismo espíritu, ambos grandes celadores de la gloria de Dios, ambos profesores de la pobreza evangélica, ambos semejantes en la humildad, caridad y aspereza de vida, y con ser tan semejantes en todas estas cosas, se señalaron y extremaron cada cual en su manera de vida. Porque el glorioso Padre San Francisco abrazó más la soledad y la vida contemplativa, morando en lugares solitarios, ocupando los días y las noches en la contemplación de las cosas celestiales. Mas su glorioso compañero ayuntó con la vida contemplativa la activa y por eso moraba en lo poblado, gastando las noches con Dios en el estudio de la oración, y el día con los prójimos en el oficio de la predicación. Y aunque ambos fueron admirables en

sus vidas, no menos lo fueron en sus virtudes. Así vemos cuán admirable fue en el buen Padre San Francisco el amor de la pobreza evangélica; admirable también la aspereza de su vida, padeciendo tantas enfermedades; admirable aquella simplicidad con que llamaba a todas las criaturas hermanas y las convidaba a alabar a su Criador y, entre ellas al hermano don sol, según él lo llamaba, como a la más principal de ellas. Admirable la obediencia con que le obedecían todos los animales, las aves, los peces, con todos los demás. Admirable su humildad, por cuya causa, siendo fundador de una orden tan esclarecida, no quiso ser perlado de ella, ni ordenarse de misa. Sobre todo esto fue admirable su transfiguración, donde a manera de Cristo fue transfigurado, resplandeciendo el rostro, alumbrado su entendimiento, con el cual conoció los secretos de los pensamientos y muchas cosas que estaban por venir. Pero sobre esto fue más admirable la impresión de las llagas y insi[n]g[n]ias de Nuestro Redentor, atravesadas de parte a parte, con los clavos fabricados de la misma carne, con la cual quiso el Salvador transformar del todo al Santo glorioso en sí, para que, como tenía en su ánima a Cristo crucificado por compasión, así también lo tuviese en su misma carne, para que todo él en cuerpo y ánima estuviese deificado y transformado en el que es la summa de todos los bienes.

Vengamos a nuestro glorioso Padre Santo Domingo y veremos cuán admirable fue en las virtudes en que notablemente resplandeció. Por que primeramente fue admirable en el celo de la salvación de las ánimas, der[r]itiéndose sus entrañas, como una hacha encendida, con el sentimiento de las que perecían. Admirable fue también la sed insaciable y deseo que tenía del martirio, el cual era tan grande que no se contentaba con ser él solo mártir, sino quería que todos los miembros y artículos de su cuerpo fuesen mártires, contándolos uno a uno y después presentándolos a sus ojos, para gozar de este hermosísimo espectáculo, y, esto hecho, le sacasen los ojos y dejasen el cuerpo destroncado revolverse en su misma sangre. Pues ¿qué diré de la penitencia y aspereza de su vida? Traía ceñida a las carnes una cadena de hierro y con ella tomaba cada noche tres disciplinas. Una por los que estaban en pecado, y otra por las ánimas del Purgatorio, y otra por sí mismo, no teniendo él por qué tomarla. ¿Qué diré de la eficacia de su oración, pues él mismo reveló a un amigo suyo que ninguna cosa había pedido a Nuestro Señor que no se la otorgase? Díjole entonces este amigo: pídele que te dé por ayudador al maestro Reginaldo, que es un señalado varón. Hízolo él así aquella noche, y el día siguiente por la mañana vino aquella persona notable a pedirle el hábito. ¿Qué diré también de su caridad y amor para con los prójimos? Una pobre mujer viuda le pedía con lágrimas limosna para ayudar a rescatar un hijo que tenía cautivo, de la cual tuvo tan grande compasión que, no teniendo qué le dar, se le ofreció de todo corazón para que lo vendiese por esclavo y con el precio de él, rescatase su hijo. Fue también admirable la fe y confianza que en Dios tenía, de la cual procedía hacer tan fácilmente tantos milagros en todas las necesidades espirituales y corporales que se ofrecían. Y así andó camino y, lloviendo mucho, hizo con esta fe la señal de la cruz en el aire, con la cual el agua que llovía se iba apartando de él y dejándole el aire sereno. Dejo aparte los enfermos que sanó y los muertos que resucitó. Pero, entre éstos, fue más admirable la resurrección de un mancebo por nombre Neapoleón, sobrino de un cardenal, en presencia del tío y de otros dos cardenales con todas sus familias y otras gentes. Porque, diciendo el santo varón misa con grandísima devoción, al tiempo que levantó la sagrada Hostia, juntamente se levantó el cuerpo del Santo un codo en alto; y, acabada la misa, llegándose al cuerpo y haciendo devotísimamente oración, se volvió a levantar aún más alto, y entonces, llamando al mancebo con alta voz en nombre de Cristo, le restituyó la

vida. Lo que aquí mayor admiración nos pone es la presencia de tantos testigos. Si este Santo Padre estuviera recogido y solo en su celda, no me maravilla de verlo, todo absorto en Dios y levantado en el aire; mas en presencia de tantos ojos, de ellos incrédulos y de ellos curiosos, deseando ver en qué paraba cosa tan nueva, y con todo eso estar el Santo tan mortificado a todo lo humano; y, en presencia de tantas y tan principales personas, que ni temiese vanagloria ni perdiese punto de su abstracción y devoción más que si nadie allí estuviera, esto excede toda admiración, mayormente si traemos a la memoria lo que hizo el apóstol San Pedro, el cual queriendo, a petición de unas pobres viudas, resucitar una que a todas ellas socorría, mandó que todas se saliesen fuera, para quedar él solo con el cuerpo de la difunta, por tener el espíritu más quieto y recogido para obrar aquella maravilla. Mas este glorioso Padre, sin usar de este medio, estuvo tan solo entre muchos como si estuviera consigo solo. Y así, es de creer que, en este paso, hizo Nuestro Señor con él lo que con Josué, diciéndole interiormente en su ánima: hoy te quiero públicamente ensalzar para que por ti tu orden sea acreditada y ensalzada en el mundo. Y esta alegría, que el Santo tomó en Dios, fue bastante para arrebatar su espíritu y suspender su cuerpo en el aire.

V

San Vicente Ferrer

Después del buen Padre, vengamos a su legítimo hijo San Vicente Ferrer, en el cual hallaremos muchas cosa[s] dignas de grande admiración. Porque fue tan admirable en su predicación y conversión de las ánimas que, sin injuria de nadie, podemos decir que, después de los Apóstoles, ningún santo anduvo por más tierras y provincias predicando que él, y ninguno que más herejes e infieles y pecadores públicos convirtiese, muchos de los cuales, predicando él, se levantaban en medio del sermón, confesando a voces sus pecados. Ni fue menos admirable el hacer milagros, porque ochocientos se alegaron y presentaron en su canonización, sin hacerse mención de los que hizo en España, donde más tiempo predicó, y era tanta la fe y devoción del pueblo para con él que hasta los pelos de la barba y de la cabeza recogían para hacer milagros.

Y, aunque era admirable la fe con que tan fácilmente tantos milagros hacía, más maravilla la virtud de su humildad, que nunca, entre tantos milagros y honras y favores de reyes, se envaneció. Y, lo que excede de toda admiración, revelándole Dios que había de ser canonizado por Santo y el Papa que lo había de canonizar, y cuándo esto había de ser, nunca, ni por esto ni por todo lo dicho, tuvo necesidad de aquel estímulo de su carne que se dio a San Pablo, para guarda de la humildad. Tan fundado estaba en ella que todos estos vientos no bastaron para der[r]ibarla.

No pongo por cosa admirable que, andando tantos caminos y trabajando en la predicación todos los días, tomaba cada noche una disciplina. Pero pongo por cosa digna de admiración y edificación la constancia de este su propósito, porque, estando enfermo en cama, mandaba al compañero que le diese una gruesa disciplina, por no cortar el hilo de su rigor aun en la enfermedad.

VI

Santas: Cecilia, Catalina de Alejandría y Catalina de Sena

No es razón que, habiendo tratado de los santos varones, pasemos en silencio las vírgenes, que no menos se señalaron en todo género de virtud y santidad. Y comencemos por la gloriosa virgen Santa Cecilia, por haber sido muy previligiada de su Esposo y alcanzado por sus oraciones cosas al juicio humano imposibles. Porque, habiéndola sus padres casado con un caballero romano, y deseando ella conservar su pureza virginal, pedía a Nuestro Señor, día y noche con oraciones continuas y ayunos de dos y tres días, le conservase esta pureza. Pues, perseverando ella en esta continua oración, ¡cuántas cosas alcanzó con ella! Alcanzó que el esposo no tocase en esta pureza y que se bautizase y que recibiese la fe de Cristo y que para esto le enviase Dios un ángel, que traía un libro en la mano, en el cual estaba escripta la fe con letras de oro; y después de éste, que le enviase otro, que le pusiese en la cabeza una guirnalda de flores olorosísimas y que nunca se marchitaban; y sobre todo esto, de tal manera lo confirmó en la fe, que padeció martirio por ella. Y lo que alcanzó para el marido, alcanzó también para el cuñado, por nombre Tiburcio; y ambos juntos caminaban al lugar del martirio con tan grande alegría y contentamiento que con esto y con sus palabras convirtieron a la fe a Máximo, oficial de la justicia, que con ellos iba. El cual recibió la fe con tanta firmeza y constancia que juntamente con los santos hermanos padeció martirio y tan recio martirio que, a poder de azotes, le abrieron los huesos y arrancaron el ánima del cuerpo. Y, no contento el Esposo con todos estos favores, mandando el tirano echar la virgen en una gran caldera de agua hirviendo, hizo que estuviese allí todo un día como quien está en un baño de grande refrigerio. Y, lo que sobrepuja todo lo dicho, llevándola a degollar, de tal manera predicó a la gente que con ella iba, que convirtió a la fe más de cuatrocientos infieles que con ella iban. Pues ¿qué decimos a todas estas maravillas? Todas ellas nos declara[n] la grandeza de la caridad y familiaridad de Nuestro Señor para con sus fieles siervos y la virtud de la omnipotente oración (si así se puede llamar) pues por ella se alcanzan cosas al juicio humano imposibles como lo eran éstas; mas a ella no hay cosa imposible, porque estaría en el señor que todo lo puede.

Después de esta virgen, quise aquí juntar en uno las dos Santas Catalinas, una virgen y otra virgen y mártir, por ser admirables los favores que les fueron concedidos. Y, comenzando por la mártir, ¿qué cosa hay en toda la historia de su martirio que no sea admirable?

Siendo doncella de dieciocho años entró con ánimo y corazón más que varonil en el palacio del Emperador a reprenderle, con gravísimas palabras, la crueldad que usaba con los cristianos. Disputó, después de esto, con cincuenta gravísimos filósofos, sobre la materia de la fe, con tanta sabiduría y eficacia y con tanta elocuencia que los rindió y convenció y trajo a la fe de Cristo; y de tal manera los esforzó y animó, que todos juntos

padecieron constantemente martirio por Él. Pues ¿qué cosa más extraña y más admirable se pudiera decir de una doncella de tan poca edad?

Vencidos de esta manera y coronados los filósofos, comenzó el tirano a proceder con la virgen con grandes halagos y promesas, mas ella ni hacía caso de sus promesas ni tampoco de sus amenazas. Embraveado con esto, el tirano mándala desnudar y azotar cruelísimamente y encerrar en una cárcel escurísima, atormentándola por espacio de once días con hambre y sed. Mas acude en este tiempo el Esposo dulcísimo a visitar la esposa, esclarecie[n]do la cárcel con lumbre celestial, y acuden también los ángeles, con guimaldas de flores hermosísimas en sus cabezas, cantando cantares celestiales para regalo de la virgen, trayéndole otra comida más preciosa que la que el tirano le quitaba. Acude también la Emperatriz, avisada también en espíritu, de noche, con Porfirio, capitán general del ejército, a visitarla. Entonces la virgen quitó la guirnalda a uno de aquellos ángeles y púsola sobre la cabeza de la Emperatriz, profetizándole que de ahí a tres días recibiría corona de martirio, y así fue. Predicó también a este capitán con tanta eficacia que lo convirtió a la fe, y él a doscientos soldados amigos suyos, los cuales todos esforzadamente padecieron martirio con él.

¿Qué más diré? Manda el tirano aparejar una terrible rueda cercada de navajas muy agudas, para que, estando la virgen desnuda sobre ella, anduviese la rueda en torno, atormentando aquel cuerpo virginal; mas, haciendo la virgen oración al Esposo, la rueda se hizo mil pedazos, con el cual milagro muchos de los gentiles que presentes estaban se convirtieron a la fe renegando de sus falsos dioses.

Vencido por todas estas vías el tirano y perdida la esperanza de la victoria, dio sentencia que la virgen fuese degollada. Puesta ella en el lugar del degolladero, hace oración al Esposo, rogándole por los que tuviesen memoria de su pasión. A esto acude una voz que decía: «ven, esposa de Cristo, ven al tálamo de tu Esposo, tu oración es oída y yo usaré de misericordia con los que se encomendaren a ti». Oídas estas palabras, extendió su virginal cuello para recibir el golpe de la espada; y, para mostrar el Esposo la pureza virginal de su Esposa, acabándola de degollar, en lugar de sangre salió leche albísima. Y, no contento con este regalo y con todos los demás, añadió el postrero, que fue no consentir que las manos profanas de los gentiles tocasen aquel santo cuerpo, sino mandó a los ángeles que le tomasen y le llevasen por los aires y lo sepultasen en el sagrado monte Sinaí, donde Él dio la ley a los hombres. Y, sobre todo esto, quiso que de aquellos miembros virginales manase olio, que sanaba todas las enfermedades. Vea pues aquí el cristiano lector cuántas maneras de regalos y favores singulares hizo el Esposo a esta virgen y conozca por este ejemplo la grandeza de la bondad y caridad y familiaridad de Nuestro Señor con las ánimas puras y humildes como ésta lo era.

Vengamos, después de esta virgen, a la que concuerda con ella en el mismo nombre, que es Santa Catalina de Sena. Mas sus cosas son tan admirables que, si no estuviera ella conocida por la Iglesia, apenas fueran creídas; pues el mismo padre que la confesaba (que fue persona de grande autoridad, pues por tal vino a ser general de toda nuestra orden), estuvo un tiempo tan perplejo y dudoso que fue necesario que Nuestro Señor le certificase de sus cosas exteriores con milagros y interiormente inclinando su entendimiento a creerlos.

Entre estas cosas se cuenta por admirable su abstenencia. Porque en la misma bula de su canonización se refiere que desde el Miércoles de la ceniza hasta el día de Pentecostés, que pasan de tres meses, nunca se desayunó sino con solo el Santo Sacramento. Y todo el resto de la vida que podemos afirmar que pasó sin comer, porque, por las grandes murmuraciones que se levantaban contra ella sobre esto, se asentaba a la mesa con sus compañeras y chupaba un poco de unas yerbas cocidas y, acabada la mesa, tomaba una pluma para vomitar aquel poquito de zumo, que había tragado, porque le daba grandísimo tormento. El cual padecía cada día para excusar aquel escándalo de los flacos, de sus ayunos, vigiliias, oraciones, mala cama y disciplinas con que tanta sangre derramaba. No hago caso porque estas cosas son comunes a muchos santos; vengo solamente a cosas extraordinarias y ordinarias, entre las cuales es admirable aquel desposorio tan solemne con que Cristo se desposó con esta virgen; porque desposorio de tan alto rey no podía dejar de ser con grande acompañamiento de Santos, y así en él se halló la Sacratísima Virgen de las vírgenes, y el evangelista San Juan y el apóstol San Pablo, el glorioso Padre Santo Domingo, que no había de faltar al desposorio de su querida hija; y, porque no faltase música en tan solemne fiesta, venía también el Profeta Real con un salterio en la mano tañendo con grande suavidad. Entonces la serenísima Reina de los ángeles tomó la mano derecha de Catalina y suplicó a su dulcísimo Hijo tuviese por bien de tomarla por esposa; y Él, con su sacratísima diestra, tomó la mano de la Esposa y le puso un preciosísimo anillo de oro en el dedo, adornado con cuatro preciosísimas perlas y un riquísimo diamante, diciéndole estas palabras: «Yo te desposo conmigo, tu criador y salvador en fe, la cual nunca faltará hasta que vengas a gozar de mí en el tálamo de la gloria.»

No se puede negar que haya sido este un privilegio singular, pero no son menos admirables los que después de éste se siguieron. Entre los cuales es uno el que se canta en el himno de su fiesta, que compuso el mismo Papa Pío segundo que la canonizó, que fue la imprisión de las llagas del Salvador, con las cuales fue tan grande el dolor que por toda una semana padeció, que ni ella ni nadie juzgaron que viviera.

Y, si este privilegio fue admirable, no menos lo es otro nunca visto, el cual ella misma descubrió a su confesor. Y éste fue sacarle Cristo el corazón del pecho y tenerlo tres días consigo y volvérselo muy hermoso y encendido y tornarlo a poner en su lugar; y, porque no se entendiese ser esto cosa imaginaria, sus compañeras vieron en el pecho de la virgen la señal de la abertura por donde fue sacado y restituido el corazón. Son cosas tan admirables las de esta virgen que, cuando salimos de una grande maravilla, entramos en otra no menor. Y ésta es que aquel Esposo, amador de las ánimas puras y limpias, holgaba tanto con la pureza de esta virgen que, paseándose con ella, rezaban ambos el oficio, como un clérigo con otro. Pues ¿qué cosa de mayor admiración? Después de ésta, se sigue otra no menos admirable, que fue haberle enseñado el Esposo a leer sin conocer las letras. Porque, deseando ella saber leer, por rezar el oficio divino, y, visto que no podía retener en la memoria los nombres de las letras, por estar su memoria tan presa en Dios que no la podía apartar de él, pidió al Esposo que le enseñase a leer y así lo hizo, por donde, sin conocer las letras, leía muy expeditamente por cualquier libro.

Pues ¿qué diré del fructo inestimable que hizo con su doctrina en las ánimas, pues, aún sin ella, con sola su vista se convertían muchos pecadores? Y ¿qué diré de otra maravilla

que se cuenta en la bula de su canonización, que fue sacar el ánima de su madre del infierno a donde estaba por haber fallecido sin penitencia, volviéndola al cuerpo para que en él hiciese lo que antes no había hecho? Otras maravillas están escritas de esta virgen, pero estas bastan para que entendamos por cuánta razón dijo el Salmista que era maravilloso Dios en sus Santos.

Preguntará por ventura alguno: ¿qué fruto se saca de todo lo que hasta aquí habéis dicho, queriendo escribir la vida de una religiosa? A esto respondo que es por una parte tanta la incredulidad de los hombres del mundo, y por otra tantas las maravillas y privilegios tan extraordinarios que Nuestro Señor ha concedido a esta virgen que todo esto ha sido necesario para que los hombres den crédito a lo que dijéremos, considerando que no se ha agotado la misericordia de Nuestro Señor que todas las gracias y favores que hasta aquí ha concedido a todos los santos, de que hecimos mención ni se ha mudado con los tiempos de lo que siempre fue, sino que ahora es el mismo, tan rico y tan copioso en misericordias y tan amador de los buenos y tan liberal para hacerles agora los mismos favores como siempre fue, lo cual claramente se verá en el discurso de la vida de esta virgen.

Preámbulo para la inteligencia de la relación que se sigue

Aunque las maravillas que Nuestro Señor ha obrado con sus santos en todos los tiempos pasados, que en este capítulo precedente habemos referido, sean bastante medio para que los hombres prudentes no extrañen y tengan por imposibles las cosas que se escriben de esta virgen, pues es agora el mismo Dios que era entonces, mas con todo eso quise interponer aquí la relación de la vida y milagros de esta virgen, que por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y legado a latere, fue enviada a nuestro Santísimo Padre Gregorio XIII juntamente con la respuesta de Su Santidad, para que así esto como todo lo susodicho haga fe de las cosas que adelante escribiremos de esta virgen.

Síguese la relación que se envió a Su Santidad en romance.

Que lo que se ha entendido de la madre María de la Visitación, priora del monesterio de la Anunciada de Lisboa, así por información que se tomó y diligencia que hizo un inquisidor del Consejo General del Santo Oficio, por mandado del arzobispo de Lisboa, Inquisidor General en estos reinos, como por relación que ella dio, obligada con el precepto de su prelado.

Nació esta sierva de Dios, que antes de ser religiosa se llamaba Doña María de Meneses, de muy nobles padres, porque fue hija de don Francisco Lobo, el cual fue embajador del rey don Juan el tercero en la corte del emperador Carlos V, y de doña Blanca de Meneses, ambos de nobleza muy principal en estos reinos.

Muertos sus padres, siendo de edad de once años, tomó el hábito de la religión del bienaventurado Santo Domingo en el monesterio de la Anunciada de esta ciudad de Lisboa, y a los diez y seis hizo profesión, y habrá veinte y dos años que es religiosa, porque ahora será de edad de treinta y tres y el año pasado de mil y quinientos y ochenta y tres fue ele[c]ta por priora.

En todo este tiempo es cosa cierta y notoria haber cumplido perfe[c]tamente las obligaciones de su religión, con vida adornada de todas las virtudes que en una religión se pueden hallar, siendo ejemplo de ellas a todas las monjas del mismo convento y saliendo al buen olor de su fama para ser conocida por tal de los príncipes de estos reinos y de muchas personas graves y religiosas de ellos. Porque, demás de ser su regimiento grande y sus costumbres inrehensibles, ha sido siempre muy pronta en la obediencia con humildad muy profunda, dando en las obras extiriores, manifiestos testimonios de estas virtudes. Sus vigiliass han sido siempre muy largas, sus oraciones muy continuas y tantos sus ayunos y disciplinas y el uso de asperezas corporales que fue necesario algunas veces serle puesta tasa y límite en esto. Fue siempre muy continua en seguir la comunidad en el coro, y fuera de él de día y de noche, sino cuando la enfermedad se lo impedía, y en la frecuentación de los sacramentos de la confesión y e[u]caristía.

Ha perseverado continuamente en ser muy devota y fervorosa. Con los prójimos siempre se ha mostrado aventajadamente llena de caridad y misericordia, y así su conversación es afable y benigna, compasiva, con muy grande candor y muestras de simplicidad cristiana, y de muy blanda condición. Su oficio de priora ejercítalo con muy grande providencia y discreción, siendo cuidadosa y diligente en las obligaciones de él, sin parecer que la comunicación exterior de la gente le haga daño alguno a lo interior del espíritu, o en la devoción y fervor para la continuación de las virtudes espirituales, o en las mercedes que de Dios suele recibir en ellos. Entre las particulares devociones que ha continuado consigo siempre en el recogimiento de su celda es una haber tenido consigo siempre una cruz grande, del tamaño de su estatura, a quien llama su «esposa», con la cual ha dormido siempre abrazada y en esta misma postura, abrazada con ella, [a]costumbra ponerse en oración, en la cual ha gastado siempre mucho tiempo, por ser muy poco lo que duerme.

Pruébese que de algunos años a esta parte, estando en oración, tiene raptos en que pierde los sentidos exteriores, especialmente después de haber recibido la Sagrada Comunió, y algunas veces en coloquios particulares en que se tratan cosas de Dios. Y estando así en éxtasis no recuerda ni acude aunque le den voces y le toquen, si no es diciendo que los superiores se lo mandan por obediencia, como ahora mandándolo su provincial, o la priora, cuando ella no lo era. Pruébese también, con testimonio de personas que lo han experimentado, que algunas veces dándole recaudo falso, diciendo que la obediencia lo mandaba, sin ser así, no respondía, respondiendo siempre (como dicho es) cuando era verdad lo que le mandaban; aunque también recuerda agora tocándole en alguna de las señales de las llagas que tiene en las manos, por el gran dolor que siente.

También se averigua como cosa vista muchas veces por muchas personas que, cuando está en la oración, especialmente en las noches de los días que ha comulgado, salen de ella grandes resplandores, no continuos, sino que, se van y vienen por el tiempo que así está; y

algunas veces son más encendidos, de modo que parece salir fuego de ella. Y que, estando abrazada con la cruz, orando, está algunas veces tan alta que parece estar levantada de la tierra la cruz y ella, y así lo han juzgado religiosas que lo han visto y testificado.

También se probó con testimonio de las religiosas que ha muchos años que le han visto al derredor de la cabeza, a manera de corona, levantada la carne como grosura de un dedo, teniendo algunos agujeros en ella como hechos con algún alfiler grueso, de los cuales se vio en la cofia haberle salido sangre.

La relación que ella acerca de esto dá es que, habiendo pasado un miércoles de las Octavas de Todos los Santos, en el año de mil y quinientos y setenta y cinco, un gran trabajo, estando con grande soledad del Esposo (que es el nombre con que siempre nombra a Nuestro Redentor), deseando sufrir muchas cosas por su amor, le pedía que le cumplierse este deseo, que no quería en esta vida gustos, sino tormentos; y le apareció el Señor con grande resplandor y hermosura y traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo bañado en sangre. Y, luego que así lo vio, cayó en tierra y dijo: «Oh Señor Jesús, esos dolores y espinas a mí, que yo las merezco por mis pecados, yo las quiero sufrir por vuestro amor.» Quitóse entonces el Señor la corona de su cabeza y púsola en la de ella y con sus manos se la apretó y sintió muy gran dolor y salió mucha sangre y quedaron señales en la cabeza. Hasta el día de hoy todos los viernes del año tiene siempre dolores sin nunca le faltar; y comiéndanle el jueves bien tarde y dúranle hasta el otro día hasta la misma hora.

Dan también testimonio los que la han visto que en el pecho izquierdo, de la parte del corazón, tiene una llaga de que algunos días sale sangre. Y lo que ella refiere es que el miércoles de la semana santa del año de mil y quinientos setenta y ocho, acabando de confesarse y deseando mucho comulgar, fue al coro bajo, donde las monjas suelen comulgar; y, estando el Santísimo Sacramento en la capilla donde se da la comunión, en un cofre sobre el altar, y la ventanilla por donde comulgan abierta, estando ella con este deseo, vio que se abría el cofre y salía de él una Hostia pequeña, cercada de grande claridad; y metiósele en la boca tornándose a cerrar el cofre como de antes estaba, y sintió los mismos efectos que le hace la comunión. Tornóse para el coro a la misa y, cuando se acabó, quedó fuera de los sentidos y vio a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor y, viéndole, fue tamaño el ímpetu del espíritu que quería llegar a su Señor, que fue el cuerpo forzado a seguirlo. Salía del costado de Cristo un rayo colorado de grande resplandor y, descendiendo con grande fuerza, le hirió el corazón y le quedó una señal de que a los viernes echa sangre.

Lo que más ha hecho devulgarse las cosas de esta sierva del señor ha sido haberse publicado las insignias de las llagas, que visiblemente tiene en las manos y pies, como consta de muchas personas que las han visto y por la averiguación que sobre ello se ha hecho. Las cuales recibió a siete de marzo, el día de Santo Tomás de Aquino (cuya devota muy especialmente es) de este presente año de mil y quinientos y ochenta y cuatro. Y el Reverendo Padre Fray Luis de Granada refiere haberle dicho unos días antes una beata de la orden del bienaventurado San Francisco, muy grande sierva de Dios, que el día de Santo Tomás había de hacer Dios una gran merced a la priora de la Anunciada; y ese día por la mañana se le imprimió las formas de las llagas que hasta agora tiene. Lo que ella refiere acerca de esto es que quince días antes de la fiesta de Santo Tomás de Aquino le dijo el

Esposo se aparejase para el día del Santo, lo cual ella hizo, porque con licencia de su perlado comulgó, nueve días antes, cada día; y todas las noches pasaba en pedir al Esposo le concediese gracia para recibir aquella grande merced para la cual había mandado se aparejase, mas no sabía la merced para que era. Y el día de Santo Tomás, antes de amanecer, entre las cuatro y cinco, estando en la celda en pie, arrimada a su cruz, esperando esta merced, vio la celda muy clara y en medio de ella Nuestro Señor enclavado, que la miraba con mucho amor y blandura. Y salían de las cinco llagas cinco rayos claros como fuego y con grande ímpetu le hirieron los pies, manos y pecho, estando ella con los brazos tendidos sobre los de su cruz. Y fue el dolor muy grande que sintió que le parecía que moría; y, con la fuerza del dolor, miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos. Teniendo muy grande pena en el andar, pedía a Nuestro Señor le diese fuerza para que pudiese andar (ya que era servido que quedase en el oficio de priora), y derramóle el Señor tan grande suavidad en los dolores que puede andar sin aquella grande pena que sentía.

Y, porque ya de algunos años antes, como dicho es, tenía la señal de la llaga en el pecho, cuando agora fue herida en él juntamente y en las manos y pies, ha declarado que se le hizo mayor la del pecho, la cual es en el lado izquierdo atravesada, de largura de más de dos dedos y ancha como de medio y ésta tiene alguna profundidad. Las de las manos se ven por la parte de fuera y de dentro de un color rosado y como de rubí, hermosísimo, que dicen los que la ven parecer luego cosa sobrenatural. Son como del tamaño de un real de a cuatro, no redondas, sino de la parte de fuera de las manos a modo de figura triangular, no perfecta, y por la parte de dentro algún tanto prolongadas; y a este modo son las de los pies.

El dolor que en ellas tiene dice ser muy íntimo y prenetante, porque lo siente más de dentro que en la superficie exterior, donde siente grande ardor que no sufre tocarle; y le parece que, si le tocasen recio, se le abrirían. En los miércoles y viernes es el dolor más grande que en los otros días y en todos éstos es más crecido de las once horas del día hasta la una, y en la tarde se le suelen mitigar. Y después de este subceso dice que el Esposo le hace mercedes muy particulares.

Otras muchas cosas admirables de que ella sola puede dar testimonio se han entendido por lo que han sabido de ella sus perlados y confesores, de las cuales, aunque algunas se han divulgado, no pareció deberse escribir en esta relación, porque por ventura no era tiempo oportuno para publicarse, dado que tiene mucha semejanza con las que Santa Catalina de Sena, Santa Gertrude, y de algunas otras santas se lee de mucha familiaridad con el Señor y de revelaciones y apariciones, unas estando en su sentido, otras fuera de él, con favores muy particulares y extraordinarios.

También se han publicado algunas obras milagrosas que dicen haber Dios obrado por medio de esta sierva suya. Entre las cuales es muy principal y averiguado lo que se vio en doña Beatriz de Mora, hija de don Luis de Mora, monja de la orden de Santa Clara, porque se prueba con testimonio de los médicos tener enfermedades habidas por incurables, pues que había nueve años que no podía andar ni tenerse en pie, por tener unos tremores terribles especialmente en la pierna derecha que no se podía quietar. Y que, después de haberla visto la priora y hecho lo que adelante se dirá, se le quitaron los tremores y tiene tal mejoría en la salud que puede andar. Porque siendo llevada a instancia suya con mucha fe y divoción en

una silla al monesterio de la Anunciada, compadeciéndose la priora de ella, se hincó de rodillas y le puso las manos sobre las piernas, haciéndole muchas veces la señal de la cruz. Luego en aquel instante dice la enferma que sintió grande movimiento, como que le descoyuntaban la pierna, y se le fue despidiendo el tremor de modo que nunca más lo tuvo. Cuanto al andar, conforma el dicho de la priora con el de la enferma en que la priora dio un bordón a la enferma y le dijo que andase en el nombre de Jesús dentro de tres días. Esto era miércoles; y los días siguientes hasta el viernes en la noche estuvo la enferma en la cama con grandes dolores de cabeza y de cuerpo sin poder comer ni beber, pareciéndole que aquellas noches le estaban fregando las piernas. Y el sábado a las cinco de la mañana, como entre sueños, le pareció que una persona le daba un bordón y descendía por unos escalones de piedra; y de más no sabe dar fe, sino que su padre y madre y la gente de casa afirman que a aquella hora descendió y fue en camisa descalza con el bordón a la cámara de su padre e hincada de rodillas le pidió la bendición, y que llevaba el velo puesto, el cual ella se acuerda habérselo quitado y puesto a la cabecera por el gran dolor de cabeza que tenía. Y la priora dice que, estando el viernes en la noche en su lecho y habiendo rogado a Dios por la salud de esta enferma, estaba en la cama y le fregaba las piernas y la hacía levantar y le ponía el velo en la cabeza y le daba el bordón y la hacía ir al aposento de su padre y que no sabe ella lo más que allá pasó, mas que esto se le representó estando en su lecho sin salir de él. Después tornó la misma enferma a la priora y volvió con mayor mejoría, de modo que puede andar y con chapines, arrimada en el bordón y en una criada. Los médicos consideraron la enfermedad pasada y no haber intervenido medicina humana para tener la salud que tiene, juzgando esto por obra de Dios.

También se prueba que estando Isabel de Vargas, mujer doncella, enferma de perlesía, que se le recreció de una grande caída que dio de una escalera, la cual le quitó el sentido y movimiento de la pierna y brazo izquierdo y la habla, después de haber estado cuatro meses así, queriendo al fin de la cuaresma confesarse por señas, el confesor le trujo un paño de la madre priora y de su parte le dijo que con mucha fe lo pusiese en la boca y que hablase invocando el nombre de Jesús. Ella lo hizo así, y haciendo la señal de la cruz, poniendo el paño en la boca, comenzó a llamar el nombre de Jesús con lengua suelta y expedita como de antes. Enviándole luego un poco de agua de la priora, se mojó con ella las partes paráliticas y aquella noche, pasando un sudor que tuvo, se halla sana con perfecto movimiento del brazo y de la pierna, habiendo hasta entonces estado en la cama sin poder andar ni menearse de aquel lado. Los médicos afirmaban no haber podido sanar en tanta perfección tan brevemente, porque, demás que de mojarse con agua antes suele dañar en semejantes enfermedades, los que de ella naturalmente sanan no suelen cobrar así súbitamente el uso de la lengua, ni movimiento de los miembros tan expedito y fácil, sino poco a poco lo van adquiriendo, por lo cual juzgan esto por obra de Dios, hecha por intercesión de esta sierva suya.

Otras muchas personas han sentido remedio en diversas enfermedades, unos con tocar la misma priora rogando a Dios por ellos, otros con tocar cosas suyas y otros con usar del agua que ella o alguna religiosa del convento les ha enviado. La que ella invía es ordinariamente agua en que mete una reliquia que tiene de la Vera Cruz, aunque las religiosas suelen enviar agua con que ella se lava las manos. Pero no ha parecido referirse agora todos estos casos en particular, parte por haber intervenido en ellos otros medios naturales y no se haber restituida la salud con tanta brevedad, parte porque la mayor

certidumbre que de estas cosas se tiene es por relación de solas personas que han recibido el remedio y de otras a quien ellas las dijeron.

El inquisidor del Santo Oficio, que, por mandado del Inquisidor General en estos reinos, como se dijo al principio haber tomado información y hecho diligencia, habló con la priora y vio las insignias de las llagas que decentemente se pudieron ver y tomó juramento a las monjas, las cuales, habiendo jurado, testificaron lo que le dicen haberse averiguado. El mismo Inquisidor tomó información con juramento de la sanidad que Dios había dado a las personas de que en esta relación se dá particular noticia.

La relación que se dice haber dado la misma priora de sumario, por habérselo mandado su provincial con precepto obligatorio, la dio con modestia hablando de sí como de tercera persona a quien habían acontecido aquellas cosas, las cuales van relatadas aquí por sus mismas palabras, vueltas del lenguaje portugués en castellano. Y ella ha mostrado muy grande sintimiento y desconsuelo de obligalla la obediencia del superior a referir lo que ha dicho y de que le había mandado mostrar las manos a muchas personas que las han visto, pesándole juntamente de la fama que entiende haberse divulgado de estas cosas y deseando y pidiendo con mucha instancia que la llevasen a donde no la conociesen y pudiera vivir escondida.

Copia del Breve de Su Santidad en respuesta de la relación que se le envió sobre las llagas de la priora de la Anunciada.

«Dilecto filio nostro Alberto Henrico Sanctae Crucis in Hierusalem Cardinali Austriae nuncupato, nostro et apostolicae sedis in Regno Portugallia de latere legato intus vero.

Legimus libentissime quae perscribere curasti de virtutibus prioresae monasterii Anunciationis Bmae. Mae. Virginis summisque Dei erga illam beneficiis. Rogamus divinam bonitatem ut eam in dies sua gratia digniorem reddat celestibusque muneribus augeat ad sui nominis gloriam fideliumque suorum laetitiam. Datum Romae apud Sanctum Marcum sub annulo Piscatoris die decimo septimo currentis 1584, Pontificatus nostri anno decimo tertio.

Antonius Bucapaduli.»

Copia de capítulo de una carta del conde de Olivares, embajador católico en Roma, al serenísimo Cardenal Príncipe Alberto.

«Lo de la priora de la Anunciada tiene Su Santidad por muy gran milagro, y no lo deja de ser para toda esta corte romana y de mucho consuelo en habernos querido enviar Nuestro Señor en este tiempo mujer tan santa en cuya persona resplandecen tan inauditas

maravillas. Díjome el Papa que de su parte escribiese a V. Alteza no deje de ir continuando con Su Santidad lo que en esto hobiere de nuevo por el contento que de ello recibirá, etc.»

Capítulo II

De los milagros que se coligen de esta relación susodicha

El mayor trabajo que se me ofrece en esta historia es tratar las cosas de tal manera que, por extraordinarias y nuevas que parezcan, no dejen de ser creídas aun de los muy encrédulos. Y por esto, antes que entre en la historia, sumaré aquí los milagros que se coligen de esta relación, como testigos de la verdad de las cosas que en ella se escriben. Porque, como los milagros sean obras de solo Dios, síguese que sea testigo de las cosas que con ellos se confirman. Pues de esta relación podría el prudente lector colegir los milagros siguientes.

I. Entre los cuales el primero y más principal es el de la imprisión de las llagas en pies y manos y costado, que claramente se ve con los ojos.

II. Otro, anejo a éste, es haber Nuestro Señor revelado a una devota religiosa tres días antes este singular privilegio de las llagas no sin grande admiración y derramamiento de lágrimas.

La cual, por tener particular comunicación conmigo, vino a mí tres días antes a decirme lo que había visto, como se refiere en la relación susodicha; y de esto yo doy testimonio en Dios y en mi consciencia.

III. Otro milagro es de la corona de espinas y los dolores que cada viernes padece con ella.

IV. Otro es la llaga del costado que recibió miércoles de la semana santa, año de 1578, y la sangre que todos los viernes sale de ella.

V. Otro es abrirse el cofre del Santo Sacramento este mismo día y salir de él una Hostia y ponérsele en la boca y comulgarse con ella.

VI. Otro es que en ese mismo día, cuando el Salvador le apareció y le hirió en el lado, se levantó el cuerpo juntamente con espíritu en el aire, y que otras veces, estando en oración, se había visto lo mismo.

VII. Otro es que muchas veces de noche, mayormente los días de la comunión, se ven salir grandes lumbres y resplandores de su pecho.

VIII. Otro es la cura que hizo en la monja francisca que estaba paralítica, nueve años había, en casa de su padre y con gran tremor en una pierna.

IX. Otro fue la cura de una doncella paralítica de un lado y más muda tres meses había.

Estos son los milagros que se pueden coligir de la relación susodicha. Después acá han subcedido otros no menos admirables, uno de los cuales es haberle nacido clavos en las llagas de pies y manos, el día de la Exaltación de la Cruz, 1584; y vese la cabeza del clavo en la palma de la mano y punta de él en la parte contraria de ella. Y para la averiguación de este milagro no es menester otro testigo más cierto que el de los ojos, y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y privilegios de esta virgen, la visitó entrando en el mismo monesterio acompañado de nuestro padre provincial y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos, mandándole el padre provincial por obediencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

Estos primeros milagros, que en esta relación se han referido, han sido autenticados solemnemente por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado a latere de Su Santidad, y éstos debían bastar para hacer fe de las cosas que de esta virgen adelante se escriben; pero, demás de éstos, quisiera yo interponer aquí otros que Nuestro Señor ha obrado por medio de esta virgen, para que éstos, con los que están referidos, convenciesen la incredulidad de algunos hombres que, por no conocer la grandeza de la bondad de Nuestro Señor y el amor y deseo que tiene de honrar a sus santos, no dan crédito a semejantes favores y gracias que Él les hace; mas, porque estos milagros se van cada día multiplicando, pareció que se debían poner al fin de esta escriptura, para que así como se fuesen haciendo se fuesen acrecentando unos a otros. Mas ruego yo al cristiano lector que, si en su alma sintiere alguna manera de dubda de estas cosas, lea los milagros autenticados que al fin de esta escriptura se ponen; porque no podrá ser tan incrédulo que, vistas estas maravillas, no dé crédito a lo que Nuestro Señor, que sólo puede hacer milagros, con tales testimonios lo confirma; porque cuanto más perfecta fe tuviere, tanto mayor edificación concibirá en su ánima y tanto mayor admiración de la enmensa bondad y caridad de Dios para con sus amigos y de aquí le nacerá un deseo de amar y servir a un Señor que así honra a los que lo aman y honran.

Mas, sobre todos estos argumentos y testimonios, es muy grande la vida de esta virgen, la cual resplandece tanto en su rostro y en la gravedad y simplicidad de sus palabras, que ninguna persona le habla que no juzgue por solo este indicio ser verdaderas las cosas que de ella se dicen. Y a esta fama vino un padre muy religioso y maestro en Teología donde Jerez de la Frontera a visitarla y, después que la vio y trató, dijo que Nuestro Señor había puesto en el rostro de esta virgen un sobreescrito que declaraba todo lo que había en su ánima.

Con esto se junta la pureza de su vida muy notoria, ca dende el día que hizo profesión se señaló entre todas sus monjas en todo género de virtud mayormente en la humildad, en la obediencia, en el mal tratamiento de su cuerpo, en disciplinas y, sobre todo, en la continua oración. He dicho esto para que se entienda que esta pureza de vida no es agora nuevamente nacida con sus llagas, sino muy antigua dende su noviciado, de la cual dan testimonio todas las madres de su monesterio, que es muy principal y poblado de personas nobles y muy religiosas y muy dadas a la oración, [y] frecuencia de sacramentos. Y, como se escribe de la santa Judit que no había quien le pusiese falta alguna, así se puede decir de esta virgen: que en este monesterio no hay religiosa que en todo este tan largo discurso de su vida le haya notado algún defeto de que se pueda hacer caso.

Y, con ser tantas las honras que el mundo le hace y tantos los favores que del Esposo recibe, siempre persevera en ella la misma humildad y simplicidad y llaneza sin ninguna sombra de mudanza, ni de estimación propia o alegría vana, lo cual es manifiesta señal de espíritu bueno; porque el malo es altivo, soberbio, ambicioso, parlero, deseoso de ser conocido y estimado, lo cual todo está tan ajeno de esta virgen, que todo su estudio es esconder sus cosas y mudar para esto de noche las obras de sus ejercicios, por no ser vista de sus monjas, que la andan espiando para ver lo que pasa. Ni de noche quiere estar en oración en el coro ante el Santo Sacramento (que es cosa con que ella mucho se consolaría) por la misma causa y por eso se va luego a esconder a su celda. Y porque el Espíritu Santo es amigo de callar como el malo de hablar, es tan grande su silencio que dicen los que la tratan ser su espíritu mudo, porque parece que no la crió Dios para hablar sino para amar. Todos éstos son claros indicios de verdadera humildad la cual, dice San Gregorio que es ividentísima señal de los escogidos, como por el contrario la soberbia es de los reprobados.

Capítulo III

Del fructo principal que de esta escriptura se debe sacar

Dicho ya de lo que sirve para la fe y crédito de las cosas que en esta historia se refieren, porque no basta creerlas y tenerlas por verdaderas, si no sacamos de ellas algún fruto y edificación para nuestras ánimas, será razón declarar agora el fruto principal que debemos sacar de ellas.

I

Familiaridad y regalos del Señor

Pues para esto conviene presuponer que la suma de toda la vida cristiana y de toda nuestra filicidad consiste en amar a Nuestro Criador, para lo cual nos ayuda la consideración de los beneficios divinos y señaladamente el mayor de ellos, que fue el de nuestra redención. Mas en las historias y vidas de los santos, y especialmente de los que fueron muy favorecidos y regalados de Nuestro Señor, hallaremos otro grande motivo para este amor, que es la familiaridad y los regalos y favores y la comunicación estrecha que Él tiene con las ánimas que están ya muertas al mundo y vivas a solo Él; la cual es tan grande que sobrepuja todo lo que el común entendimiento y juicio humano puede alcanzar, si de ello no toviere experiencia. Esto nos declaró Él por San Juan, cuando dijo: al que venciere daré yo un maná escondido y un nombre nuevo el cual nadie conoce, sino el que lo ha recibido. Y por este maná (que en sí tenía la suavidad de todos los manjares) se entiende la grandeza de las consolaciones divinas y el alegría del Espíritu Santo que sobrepujan a todos los gustos y deleites del mundo; y por este nuevo nombre se entiende un nuevo ser y nuevo espíritu y nueva dignidad, la cual sobrepuja todas las dignidades y reinos del mundo, como claramente se escribe en el libro de la Sabiduría.

De estos favores y regalos con que Nuestro Señor trata las ánimas de los tales nos dan testimonio otros muchos lugares de las Santas Escrituras. Porque, ¿qué otra cosa nos representa todo el libro de los Cantares sino esta amorosa familiaridad del Esposo celestial con las ánimas ya purgadas y humildes? ¿Qué palabras más tiernas y amorosas que aquellas que Él dice a la Esposa: Levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y paloma mía, muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es suave y tu rostro hermoso? En otro lugar dice: cuán hermosa eres amiga mía, cuán hermosa eres, tus ojos son de paloma, de más de lo que dentro está escondido. En otro dice: su mano tiene puesta debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará. Todos estos son regalos que proceden de aquel grande amor que Cristo tiene a las tales ánimas, ni son menos dulces las que dice por Esaías, comparando su amor con el que una madre tiene a un hijo chiquito y así les dice: a mis pechos seréis traídos y sobre mis rodillas os halagaré; como la madre regala a un hijo chiquito, así yo os regalaré. Y, porque parecía poco a este santo amador comparar su amor con amor de madre, añade y dice por el mismo profeta: ¿qué madre hay que se olvide de un hijo chiquito que cría?; pues, si él de ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito. Lo cual ahora se puede muy bien verificar, pues con los agujeros de los clavos, que en sus sacratísimas manos quedaron, nos tiene presentes siempre. Pues ¿qué diré de aquellas tan amorosas palabras de los Proverbios en las cuales, después de haber recontado las grandezas de su omnipotencia, en cabo viene a concluir diciendo que sus deleites son estar con los hijos de los hombres? Y no es maravilla que el que tiene sus deleites con los ángeles los tenga también con los hombres, porque no es mucho que los ángeles, como sean sustancias espirituales, su vida sea toda pura y espiritual y, así tenga Él sus deleites con ellos; mas que el espíritu del hombre, cercado de una carne tan mal inclinada, y concebida y amasada en pecado, se levante por gracia y por el trabajo de las virtudes a imitar la pureza de los ángeles, y que, viviendo en carne, viva como si careciese de ella, esto es de verdad cosa admirable y digna de que el autor de tanta pureza se gloríe y regale en ella como en cosa bien natural y tan preciosa.

A todo lo dicho añadido otra efficacísima y dulcísima consideración por la cual se podrá entender la grandeza de esta familiaridad del Esposo celestial con las tales ánimas. Hablando el apóstol con los casados dice así: los que sois casados amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se ofreció a la muerte por hermosearla de tal manera que no hubiese en ella ruga ni mácula. Por las cuales palabras entendemos que fue tan grande el deseo que el Salvador tuvo de la hermosura y santificación de nuestras ánimas que, sabiendo Él que ninguna cosa había más eficaz para esta santificación que padecer Él muerte y pasión por ellas (por los grandes favores y socorros de gracia que de aquí se les siguían), no dudó ofrecer a todo esto por santificar y hermosear las ánimas con los dolores y llagas de su pasión. Pregunto pues agora: ¿qué tan grande será la hermosura de una ánima de esta manera hermoseada con abundante gracia, pues un tan sabio mercader como el Hijo de Dios, que es sabiduría eterna del Padre, tal precio como fue su sangre dio por ella? Y aun digo más: que como al patriarca Jacob parecían pocos los siete años de servicio por la afición que tenía a la hermosura de Raquel, así parecía poco a este santo enamorado lo que padecía por hermosear y santificar las ánimas, porque mucho más padeciera si les fuera necesario. Y, si se suele amar mucho lo que mucho cuesta, ¿cuál será el amor que este celestial Esposo tendrá a las ánimas, pues por tan caro precio las compró? Y, si tenemos por fe que todos estos dolores padeció Él por hermosear estas ánimas, ¿qué mucho es que, después de ya hermoseadas y santificadas, se deleite y regale con ellas y les haga todos

estos favores que hasta aquí habemos dicho? Si tanto hizo y padeció, cuando no eran santas, por santificarlas, ¿qué no hará por ellas, después de ya santificadas? Si cuando tan cara le costaba esta santificación, no rehusó el precio de ella, ¿qué no hará por ellas, después de ya hecha la costa y pagado el precio? Si (como dice el mismo apóstol), aun siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, siendo ya hechos de enemigos amigos, ¿qué no hará por nosotros?

Y, porque no extrañe nadie lo que hasta aquí está dicho de la amistad y familiaridad de Nuestro Señor para con las tales ánimas, añadiré aquí lo que San Crisóstomo siente en esta parte. Dice, pues, él que es tan grande el amor que Cristo tiene a una ánima purificada y limpia que ningún hombre, aficionado a la hermosura y de alguna criatura, aun de aquellos que andan enhechizados por ella, arde tanto en este amor cuanto Cristo en el de una ánima, cuando la halla purgada y llena de gracia; y conforme a la grandeza de este amor son los regalos y favores que le hace.

II

Ejemplos de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos

Por todos estos lugares que habemos traído de las Santas Escrituras entenderá el prudente lector algo de la grandeza de la bondad de Nuestro Señor para con todos los buenos y de la estrecha amistad y familiaridad para sus especiales amigos. Mas con todo esto me parece que se declara esto más distintamente por el ejemplo de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos, entre los cuales no quiero traer más que dos Catalinas, la mártir y la de Sena, cuyos privilegios y favores admirables arriba brevemente recontamos. Considere pues el hombre muy en particular los favores que hizo Nuestro Señor a la una y a la otra y por aquí entenderá algo de lo que decimos. Mas con estos dos ejemplos juntaré otro que refiere Severo Sulpicio en la vida de San Martín por estas palabras: «estábamos una vez yo y otro amigo a la puerta de la celda de San Martín, sin saber él que estuviésemos allí, y oímos hablar dentro de la celda, de lo cual concebimos en nuestras ánimas un grande miedo y pavor, pareciéndonos intervenir aquí alguna cosa divina; pasadas dos horas que allí estuvimos aguardando, salió el santo de su celda; entonces Sulpicio con este su amigo le comenzamos a rogar quisiese satisfacer a nuestra religiosa pregunta y declararnos la causa de aquel pavor que sentimos a la puerta de su celda y también nos dijese con quién estaba hablando, por haber sentido algo de esto, aunque no entendimos lo que era. Entonces él estuvo un gran rato pensando lo que haría; mas no había cosa que yo no pudiese acabar con él». Dice Sulpicio: «increíble cosa parecerá lo que quiero decir, mas pongo a Cristo por testigo que no miento, si no hubiese alguno tan sacrílego que piense haber mentido San Martín en lo que nos descubrió. Diré pues lo que él respondió: mas ruegoos, dijo él, que a nadie deis parte de ello; habéis de saber que San[ta] Inés y San[ta] Teda y la Sacratísima Virgen Nuestra Señora estovieron agora conmigo». Y de bondad y caridad de Dios para con sus criaturas que le provoquen a amar y desear servir a un Señor que tan amigablemente se comunica a ellas.

Ni debe ser motivo de incredulidad ser las cosas de esta virgen muy extraordinarias y grandes. Para lo cual es de saber que tiene Nuestro Señor dos maneras de hacer mercedes a sus criaturas: una es por vía de justicia, dando a cada uno lo que merece según su trabajo (como dice el apóstol); otra es por vía de misericordia, haciendo mercedes, conforme a su bondad y magnificencia, como se ve en la vocación de los apóstoles, los cuales estando ocupados en sus redes y en sus cambios, etc., los llamó a la dignidad del apostolado, que es la mayor de la Iglesia, enriqueciéndoles el día de Pentecostés con todas las gracias y dones del Espíritu Santo. Vese también en la conversión de San Pablo y de la Magdalena y de San Agustín, como él lo refiere en el octavo libro de sus Confesiones; y vese también a cada paso en los martirologios, donde leemos que, por ocasión de algún peligro o de la gran paciencia de los mártires, se convertían muchos de los gentiles a la fe, dándoles Nuestro Señor tanta abundancia de gracia y tanta fortaleza y constancia que padecían cruelísimos martirios juntamente con ellos, en lo cual se ve lo que el Espíritu Santo dice: que es fácil cosa en los ojos de Dios súbitamente enriquecer al pobre. Esta diversidad de hacer mercedes nos representó el Salvador en el evangelio de la viña, en la cual pagó su jornal por entero a los que vinieron a trabajar por la mañana, guardándoles su justicia; mas a los que vinieron a la postre dio lo mismo, usando con ellos de su liberalidad y magnificencia. Y, siendo esto así, nadie debe tener por increíbles los grandes y extraordinarios favores que hace Nuestro Señor a algunos santos, con los cuales quiso usar de esta largueza y magnificencia susodicha; en el cual número ponemos esta virgen por ser tan extraordinaria y tan familiar la comunicación que el Esposo celestial tiene con ella. Por donde Teodoro, escribiendo aquella manera de vida tan nueva de San Simeón el de la columna (de que arriba hicimos mención) dice que así como los reyes no usan siempre de un mismo cuño en la moneda que mandan fundir, sino algunas veces usan de otros muy diferentes, así aquel Rey Soberano no siempre usa de una manera de santificar los santos sino de otras diversas para muestra de su sabiduría y magnificencia, como lo veremos en esta historia.

Ni le debe ser ocasión de incredulidad la condición o corrupción del tiempo presente para no creer que haga Dios en él las maravillas de los tiempos pasados. Pues es costumbre de Nuestro Señor acudir a su Iglesia en los tiempos de mayor necesidad, como hizo en tiempo de Santo Domingo y San Francisco, cuando las costumbres de los hombres estaban más estragadas, como lo refiere copiosa y elegantemente el Padre Fray Fernando del Castillo en la primera parte de la Corónica de Nuestra Señora; y, si la condición del tiempo presente basta para argumento de incredulidad, síguese que no habían de ser creídas las maravillas de los santos en el tiempo que ellos vivían, lo cual fuera grandísimo yerro, pues ellas eran verdaderas, aunque acaecieron en sus días, porque las que ahora son pasadas, algún tiempo fueron presentes.

Desnúdese pues el hombre de sí mismo y no quiera juzgar las cosas de Dios por sí, ni medir la bondad y magnificencia divina con la estrechura de su corazón, sino, con la grandeza de Dios, el cual, como en sí mismo es incomprehensible, así lo es en sus obras. Plinio dice, que en las obras de naturaleza se hallan a cada paso cosas al juicio humano increíbles; pues, ¿qué mucho es hallarse lo mismo en las obras de gracia, que son tanto más excelentes cuanto se ordenan a más alto fin, que es hacernos hijos de Dios y darnos ser sobrenatural y divino?

LIBRO SEGUNDO

En la cual se escribe la vida de la muy religiosa madre María de la Visitación, Priora del Monasterio de Nuestra Señora de la Anunciada, de la orden de Santo Domingo, en la ciudad de Lisboa

Capítulo I

De los indicios de santidad que precedieron en esta virgen

Condición natural

Suelen los que escriben las vidas de los santos declarar primero el origen de su vida, que es su patria y sus padres y el linaje, estado y condición de ellos; y, por estar ya esto bastante declarado en la relación que arriba queda escrita, no me deterné en ello. Mas ya que en el principio de semejantes historias se suele tratar de esto para declarar el sujeto y fundamento de la divina gracia que después se ha de seguir, parecióme cosa conviniente declarar también la condición natural de la persona de que se escribe, que es fundamento más vecino a esa gracia que el linaje de los padres o de la patria. Pues, cuanto a esto, es esta virgen muy amorosa, humilde, blanda, afable y muy bien criada y vese en ella una continua alegría acompañada con una mesura y gravedad; tiene también natural discreción junto con tan grande simplicidad que en lo uno parece de muchos años y en lo otro de muy pocos. Y con estas buenas condiciones, su natural mansedumbre es tan grande que no es en su mano hacer ni decir cosa con que a nadie dé pena, aunque para esto tenga ocasión; la cual mansedumbre hasta hoy día persevera, aun en oficio de perlada, en el cual no faltan ocasiones para despertar la ira; la cual pasión está tan desterrada de su corazón como si naciera sin ella, y por esta tan grande mansedumbre generalmente es muy amada de todos. Su manera de hablar es tal que nos enseñan los sabios, diciendo que la habla de la mujer ha de ser como el agua, que, para ser buena, ningún otro sabor ha de tener sino de agua; tal es su manera de hablar en la cual ninguna cosa hay afectada, ni artificiosa, ni fingida, ni curiosa, sino llaneza y pura simplicidad, y con esto muy más amiga de callar que de hablar. Es también naturalmente muy compasiva de los pobres; y digo naturalmente porque se cuenta de ella que, siendo niña, le acontecía, viendo algunos pobres, aflojar la cinta que traía ceñida y dejar caer la mantilla que tenía debajo; otras veces daba la basquiña y plegaba el sayo que traía encima con alfileres para que no se viese el piadoso hurto que había hecho; y de éstos hacía muchos, ya de un vestido ya de otro, para dar a los pobres y rogaba a las mujeres de casa que no la descubriesen a su madre. Y, preguntándole yo si su madre por esto la castigaba, respondiome que su madre holgaba cuando esto sabía, por ser mujer muy caritativa. Y, no contenta con esto, siendo de esta edad, pedía a los parientes que venían a casa algo para tener que dar a los pobres; y, cuando comía, guardaba parte de su comida en la manga para lo mismo. De modo que pudo esta virgen con mucha verdad decir aquello del Santo Job: dende mi niñez creció conmigo la misericordia y del vientre de mi madre salió conmigo. Tal convenía que fuese la que había de tomar por esposa aquél que por las entrañas de su misericordia nos visitó viniendo dende lo alto.

Su hermana

Y porque en las historias de los santos también se suele tratar algo de los hermanos de ellos, cuando fueron señalados en virtud y santidad, diré aquí lo que es muy notorio en esta ciudad de una hermana suya por nombre soror Clemencia, la cual, habiendo sido casada con un caballero muy principal de este reino que tenía tres cuentos de renta y cinco villas suyas, después de su fallecimiento, quedó ella con un hijico de muy poca edad, heredero de todas esta hacienda. Y por ella haber enviudado muy moza y ser muy noble y de muy grande hermosura, la pedía un señor muy principal en casamiento; mas ella, estando ya tomada del amor de Cristo y entendiendo cuánto es más dulce el amor de este señor que todos los amores del mundo, hizo como el sabio mercader que vendió toda su hacienda por esta preciosa margarita del divino amor. Mas porque, como el Salvador dice, nuestros principales enemigos son los familiares domésticos de nuestra casa, tomaron tan mal los hermanos resistir ella a un casamiento con que ella y todos quedaban honrados, que uno de ellos con demasiada pasión desenvainó la espada y se la puso en los pechos, gritando toda la gente de casa, amenazándola que había de casar o la había de matar, con lo cual ella tuvo luego un grande desmayo; y tras de esto cayó en cama tan enferma que, visto el peligro de la enfermedad, tumaron por medio prometerle que nunca más le hablarían en negocio de casamiento, y con esto convaleció presto y puso por obra su santo propósito, menospreciando todo lo que el mundo le ofrecía y, lo que más es, el hijo chiquito, dejándolo encomendado a una agüela suya, el cual de ahí a poco tiempo falleció y fue Nuestro Señor servido de revelarle la hora de este fallecimiento. Y así, estando ella en el coro, volvióse a una monja que estaba a su lado y díjole algo turbada: «nuestro hermanico en este punto se va al cielo»; porque éste es el nombre de que usaba cuando hablaba de él, por parecerle cosa indecente de aquel estado religioso llamarle hijo; y súpose después que a aquella misma hora falleciera. Dándole pues las nuevas de su muerte, púsose de rodillas y levantadas las manos y ojos al cielo dijo: «muchas gracias os hago, Señor mío, que una sola cosa que en la tierra tenía, que algo me pudiera apartar de Vos, me la llevastes para que todo mi amor se emplee en solo Vos».

Mas el enemigo del linaje humano, herido con este golpe, viendo una tan grande conformidad con la voluntad de Dios, procuraba renovarle el dolor de la muerte del niño, porque se cuenta de ella que el demonio por inquietarla se transformaba en la voz del niño ya difunto y de noche le decía: «madre cruel, ¿por qué me dejaste»? Mas ni esto ni otra cosa hizo mella en su corazón, ni de otra cosa tiene más deseo que de ver a la hermana que tantos desean ver viniendo aun de muy lejos, y estando ella en la misma ciudad; mas también en esto se mortifica como en todo lo demás: tanto puede el amor de Cristo con ella.

No será razón pasar levemente por este hecho, porque por él se entenderá la virtud de la gracia y la razón que el apóstol tuvo para decir que no se avergonzaba de predicar el evangelio porque en él estaba la virtud y poder sobrenatural de Dios para salvar y santificar los hombres, dándoles fuerzas sobrenaturales para vencer la naturaleza y abrazar la cruz y despreciar todo lo que el mundo adora y busca por mar y por tierra. Porque tres cosas sobrenaturales podremos notar en este hecho contra la condición de la carne y la sangre. La

primera fue despreciar un casamiento honrado y hacienda y señorío y libertad con todos los regalos y gustos que traía consigo un tal casamiento. La segunda es escoger en lugar de esta vida otra la más áspera y apretada y encerrada y pobre que hay en todas las religiones cual es la vida de las religiosas de la Madre de Dios de Lisboa donde ella entró, porque aquí, entre otras asperezas, se viste sayal y no se come carne, ni hay locutorio, ni ver más padre ni madre la cara de su hija; esto bien se ve ser contra la naturaleza de nuestra humanidad que apetece todo lo contrario. La tercera y más principal fue desamparar la madre un solo hijo chiquito que tenía, que es la cosa que más tiernamente se ama y cuyo apartamiento causa mayor dolor, cerrando los oídos a las voces de todos cuantos lo contrario le aconsejaban y abriéndolos a las palabras de Cristo que promete el reino de los cielos a los que estos afectos naturales vencieren por su amor. Y cuando le persuadían a que criase el hijo y mirase por su hacienda que era un buen mayorazgo, respondía ella que sólo este apartamiento le debía a Nuestro Señor porque lo demás, que era la mudanza de la vida, días había que la tenía determinada. Pues como todas estas tres cosas sean tan contrarias a la naturaleza de nuestra carne, síguese aquí intervino el dedo de Dios. Por donde entenderemos que todas las obras semejantes a ésta, mayormente aquéllas donde grandes señores y señoras desamparan sus estados y abrazan la cruz de Cristo, son muy poderosos testimonios y argumentos de la verdad de nuestra fe de cuya virtud tan admirables mudanzas proceden. De las cuales dice San Agustín que se alegraba mucho porque las tales personas por la misma obra que hacían confirmaban la verdad de nuestra fe y daban testimonio de la virtud y gracia del evangelio y de la asistencia del Espíritu Santo, pues vemos que la naturaleza humana, considerada en sí sola, a velas tendidas busca el descanso y los regalos y aborrece los trabajos; por donde hacer lo contrario no es obra de la naturaleza, sino de gracia.

I

Indicios de santidad

Comenzando, pues, a tratar de su vida, no callaré algunos indicios y como prenósticos de lo que adelante había de ser, los cuales quiere Nuestro Señor que en algunos santos precedan antes de nacidos o luego después de nacidos. No quiero traer para esto el ejemplo de San Juan Bautista y de otros santos del Testamento Viejo, pues no faltan otros semejantes en el Nuevo, porque, antes del nacimiento de nuestro glorioso padre Santo Domingo y de San[to] Tomás de Aquino su hijo, tuvieron sus madres noticia de lo que habían de ser. Y San Nicolás, siendo niño de mamar, ayunaba los miércoles y los viernes de la semana, en los cuales días no mamaba más que una sola vez; y Santa Catalina de Sena vio al Salvador sobre la puerta de la Iglesia del monasterio de Santo Domingo, vestido de pontifical que amorosamente la miraba; y sobre la boca de San Ambrosio, siendo niño, se asentó un enjambre de abejas las cuales de ahí se subieron tan alto que se perdieron de vista, lo cual su padre tuvo por indicio de la excelencia de este su hijo. Esto ordenó Nuestro Señor así para que los tales santos, con estos preludios que procedieron, antes que ellos tuviesen uso de razón, por sola gracia y dispensación divina, entiendan que cuyos fueron los principios fue también lo que después se fabricó sobre ellos y lo uno y lo otro conozcan ser obra de gracia y así se dé la gloria al autor de todo sin tomar ellos nada para sí.

Pues, viniendo a nuestro propósito, semejantes indicios quiso el Esposo celestial que precediesen en esta virgen que Él había de tomar por esposa. Porque, siendo su madre preñada de ella, estaba de esto muy dubdosa, porque, siendo ya llegado el tiempo, no le bullía la criatura en el vientre, por donde los físicos juzgaban que esto no era preñez, sino dolencia; y así determinaron desarroparla y purgarla. Mas su madre, como persona muy virtuosa, recelando que aquello podría ser preñez y la cura podría perjudicar a la vida y ánima de la tal criatura, teniendo en más la salud espiritual de ella que la propia corporal de su vida, no se quiso poner en esta cura sin recorrer primero al verdadero médico de todos los males; y para esto mandó decir una misa de la Anunciación de Nuestra Señora, suplicándole con mucha devoción le alcanzase esta merced de su unigénito Hijo que la librase de esta perplijidad. Y Nuestro Señor, que siempre acude a los que con humildad y confianza se acogen a Él, la sacó de esta dubda, porque, oyendo esta misa, en levantando el sacerdote la primer hostia, le bullió la criatura en el vientre y así entendió lo que era, dando gracias a Nuestro Señor y a su Santa Madre por esta merced. Parece no haber carecido esto de misterio porque (como adelante veremos) fue esta virgen sobre todo lo que se puede encarecer devotísima del Santo Sacramento de cuya virtud procedieron todas las otras gracias y privilegios que lo fueron comunicadas, y así quiso el Esposo que de esta misma fuente procediese este beneficio.

Después de este primer indicio se siguió otro, el cual refirió la misma virgen a su padre confesor diciendo que, siendo ella niña, le pesaba a ella mucho cuando le hablaban en casa de ser monja; más llegando a edad de cinco años y estando en una ventana mirando la procesión que pasaba en la fiesta del Santísimo Sacramento y yendo en ella religiosos de diversas órdenes, en pasando la de Santo Domingo dijo ella que de aquella orden había de ser monja, de lo cual su madre quedó muy espantada, por saber cuán repugnante había sido todo el tiempo pasado a esta manera de vida y lo que más es en este propósito perseveró hasta que tomó el hábito.

Otro prenóstico hubo en que se ve más a la clara la virtud de la divina gracia. Porque, siendo ella de edad de ocho años, la previno Nuestro Señor con un tal conocimiento y deseo que sobrepujaba la capacidad de aquella edad, porque vínole el deseo de hallar un bien que de tal manera la hartase que no tuviese más que desear; y de aquí le nacía un hastío de los otros bienes y gustos de esta vida por ver cuán ruines y defetuosos eran y cuán estéril y hambrienta dejaban una ánima; por donde cuando alguna vez se le ofrecía algún gusto de éstos que hay en la tierra, con que ella pensaba tener algún contentamiento, visto que no lo hallaba, quedaba triste y decía: «no es éste el bien que yo deseo pues éste no harta». Y siendo ya de edad de once años y perseverando en este mismo deseo, determinó entrar en el monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada pareciéndole que en esta casa podría hallar este bien.

Tomado el hábito de novicia, le mudaron el nombre; porque dende antes se llamaba doña María de Meneses, la llamaron sor María de la Visitación de Nuestra Señora. Pues como ella tomó este estado y hábito para hallar este bien, entendiendo que de mano de Dios lo había de recibir, comenzó a procurarlo por todo, los medios que para esto le podían ayudar, que eran oraciones y ayunos, vigiliyas y disciplinas con que domaba su carne, y

señaladamente se ocupaba en la meditación de la Sagrada Pasión pretendiendo indignar con estos ejercicios y trabajos al dador de todos los bienes para alcanzar este bien.

Acabado este dichoso noviciado, siguióse la profesión, siendo ya de edad de dieciséis años y medio, la cual ella deseaba por tener más tiempo y aparejo, como ella mismo me dijo, para darse a la oración. Porque en los años del noviciado gastase mucho tiempo en aprender a cantar y a rezar el oficio divino y en otros ejercicios que son propios de las novicias y con esto no tenía ella el tiempo que deseaba para vacar a Dios y emplearse toda en el ejercicio de la oración. Antes de la profesión contaré una cosa notable, referida por ella misma, y ésta fue que toda la noche antes estuvo de rodillas en oración en la cual decía al Señor que quería tomar por Esposo, con una humildad y simplicidad atrevida, estas palabras: «Señor, ¿como ha de haber en el mundo desposarme yo con Vos sin primero veros y saber de la manera que sois»? Esto decía con muchas lágrimas y fuerza de espíritu y con tan grande fe que prometía de no levantarse de allí sin ver primero con quién se había de desposar. Perseverando, pues, la mayor parte de la noche en esta porfía, a la mañana, entre las cuatro y las cinco, estando cuasi fuera de los sentidos, le parecía que veía un Señor muy hermoso y resplandeciente y con alegre rostro le llamaba diciendo: «María, mira muy bien si eres contenta de desposarte conmigo». Ella entonces con grande alborozo y lágrimas de alegría se derribó a sus pies y dijo que no merecía ella ser esclava suya. A esto respondió el Esposo: «Pues yo soy muy contento y quiero que seas esposa mía.» Respondió ella: «¡Señor mío! Alaben os los ángeles, porque yo soy grande pecadora y no soy digna de alabaros por tan grande merced.» Y con esto despertando se halló toda bañada en lágrimas y con grande alegría de su corazón; y el día siguiente, que fue el segundo de la Pascua del Espíritu Santo, hizo profesión con grande alegría y consolación de su ánima y, éste fue el primer aparecimiento que ella tuvo, año de 1569.

Aquí terná bien que filosofar el devoto lector, considerando en este aparecimiento la inmensa bondad y suavidad y regalo de Nuestro Señor para con las ánimas puras, humildes y sencillas, y verá también cuánto puede la perseverancia en la oración acompañada con la fe y confianza que esta virgen tuvo, pues prometió de no levantarse de aquel lugar hasta que fuese respondida. Mas esta confianza entera y este deseo susodicho infundió en el ánima de esta virgen el mismo Señor que le quería hacer este gran favor; y por aquí también entenderemos que de tan prósperos principios ni podrán dejar de seguirse adelante grandes favores, porque nunca el Señor hace profundos los cimientos sino para levantar algún grande edificio como lo vemos en lo que adelante se escribe de esta virgen.

Capítulo II

De la profesión de esta virgen y de una visión que tuvo después de ella

Acabando pues esta virgen de profesar y entregándose toda al Esposo celestial, Él esclareció su entendimiento con una nueva luz y le cumplió lo que tanto había deseado certificándola enteriormente que Él era el bien que ella deseaba y el que sólo harta al que lo posee. Dando pues ella gracias de todo el corazón al Esposo que esto le había declarado, de ahí a algunos días (cuando ya era tiempo de levantarse a cosas mayores y más extraordinarias) estando en oración tuvo un raptó en el cual se vio en una calle oscura y

muy larga, llena de bestias fieras, las cuales tenían abiertas las bocas amenazándola como que la querían tragar; y fuele allí dicho que por todas aquellas fieras era necesario pasar para alcanzar aquel bien deseado. De lo cual ella muy atemorizada tenía grande temor de andar este camino; mas fuele allí infundida una nueva confianza de Dios, con la cual fe determinó pasar, pidiendo para esto favor al Señor, el cual parecía que le acudía diciéndole que confiase en Él, que Él la libraría de aquel peligro. Preguntada por mí esta virgen, qué entendía ella por estas fieras, respondió que eran los trabajos que era necesario padecer y las pasiones que convenía domar para alcanzar este deseado bien. En este paso me quiero detener un poco porque esta visión es un notable y necesario documento para todos los que anhelan a la perfección de la vida espiritual, los cuales deben tener por cosa muy cierta que no la alcanzarán si no es pasando por muchas dificultades y trabajos que se requieren para alcanzarla. Para esto alegaré un dicho de San Buenaventura el cual escribe en el prólogo de la Vida de Cristo que apareciendo Nuestra Señora a Santa Elisabet la viuda, entre otras cosas le dijo que tuviese por cierto que generalmente hablando ninguna gracia se comunicaba a las ánimas sino por medio de la oración y de los trabajos; la cual sentencia confirma el Salvador en el Evangelio que dice que los santos dan fruto de buenas obras mediante la paciencia en los trabajos. Y no son menos los que se han de padecer en domar y mortificar las pasiones, porque a todos (como refiere San Marcos) dijo el Salvador: quien quisiere venir en pos de mí, niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame. Y el negar a sí mismo es contradecir a sus apetitos y pasiones y malas inclinaciones, las cuales convenientemente son figuradas por estas fieras susodichas; porque considerando nuestro corazón en sí mismo (quitada aparte la divina gracia) hallaremos que es la fiera más cruel y mas ponzoñosa y más furiosa de cuantas hay en el mundo. Antes San Crisóstomo prueba muy a la larga que en él sólo se hallan los apetitos y ponzoña de todas las fieras juntas. Lo cual declara el apóstol en el primer capítulo de la Epístola escrita a los Romanos, donde cuenta las horribles maldades y vicios de los gentiles como de hombres entregados a la furia de sus bestiales apetitos, de los cuales nadie está libre en esta

vida, sino aquellos a quien Dios libra, dándoles victoria contra ellos. Por lo cual dice San Hierónimo todos somos compuestos del mismo lodo y todos tenemos unas mismas entrañas y por esto en la seda y en el sayal acomete a todos la misma sensualidad. Santísimo era Job y por tal alabado de Dios y casado con mujer e hijos; y, con todo esto, confiesa él de sí que no osaba levantar los ojos a mirar a una doncella, como quien entendía cuán fiera bestia tenía dentro de su corazón, en cuyas rabiosas gargantas cayó David, porque no tuvo esta misma cautela.

Pues esta naturaleza y disposición del corazón humano declaró el Salvador a esta virgen para que entendiese cuántas fieras había en él y supiese que contra éstas había de pelear mortificando todos sus apetitos y pasiones, si deseaba alcanzar aquel bien, universal; y porque no desmayase, ni desconfiase de la victoria. Él mismo le prometió su ayuda para vencer en esta batalla. Aquí aprenderán los que de verdad se determinan a caminar por la senda estrecha que va a parar a la vida, que la primera jornada ha de ser juntar con el estudio de la oración la mortificación de las pasiones y malas inclinaciones, que son aquel encienso y mirra de que tantas veces se hace mención en el libro de los Cantares. Porque la oración sin la mortificación vale poco; mas la mortificación, como es mirra amarga, no se podrá continuar sin el gusto y socorro de la oración. Y son estas dos cosas tan necesarias que para significar esto decía un santo varón muy experimentado en estas batallas que había

él de escribir un libro y que en cada hoja de él no había de escribir más que estas palabras del Salvador: Quien quisiere venir en pos de mí niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame.

Capítulo III

Del dolor y vergüenza que esta virgen tuvo con la memoria de sus pecados y cómo el salvador la Consol

En este mismo tiempo infundió el Salvador en el corazón de esta virgen un tan grande dolor y vergüenza de sus pecados que no lo podré yo explicar con palabras de la manera que ella misma me refirió, con lo cual me vino a la memoria lo que el Señor promete por Isaías diciendo que Él lavaría las inmundicias de las hijas de Sión con espíritu de juicio y espíritu de ardor. Esta es la orden que Nuestro Señor guarda en las ánimas que Él quiere purificar; ca primero son atormentadas y desconsoladas con el dolor de sus pecados causados por temor del juicio divino (que es obra de la ley) y después son esforzadas y consoladas con el ardor de la caridad y esperanza del perdón (que es obra del Evangelio) como en esta virgen claramente se verá.

Refería, pues, ella que, poniendo los ojos en la grandeza de la divina majestad y bajándolos de ahí a sí misma y a sus propias culpas y miserias, era tan grande la vergüenza y confusión que en sí misma sentía que no osaba levantar los ojos al cielo ni merecía que la tierra la sustentase y deseaba ser hollada y pisada de todas las criaturas; y sentíase por indigna de la compañía de las religiosas de aquel monesterio deseando echarse a los pies de todas ellas. Y estando en el coro, adonde está en lo alto un crucifijo, no osaba miralle ala cara sino a los pies y prostrada con el espíritu ante ellos, clamaba en lo íntimo de su corazón pidiendo misericordia; y algunas veces le parecía que de los pies del crucifijo salían rayos de sangre que rociaban todas las religiosas del coro y por esto se tenía ella por totalmente indigna de su compañía y así pedía al Señor que por el mérito de ellas lo otorgase el perdón de sus culpas. Y no se contentaría ella con solo esto sino, indignada contra sí misma, deseaba toda mortificarse y sacrificarse a Dios castigando su cuerpo, con ayunos y ásperos cilicios y disciplinas; porque hasta el día de hoy, con ser tan flaca y delicada, toma tres días en la semana muy ásperas y largas disciplinas, porque dura cada una por todos los siete psalmos penitenciales o por el Miserere mei dicho cinco veces. Y diciéndole yo que le haría mucho daño en tiempo de invierno tener por tan largo espacio las espaldas descubiertas al frío, que debía tomarlas en otra parte como se usa en otras religiones, pues se hace a oscuras y en lugar secreto, respondió: «pues allí no está presente el ángel bueno». Esto quise decir aquí para que por ello se entienda la honestidad y vergüenza original de esta esposa de Cristo que tan amiga es de toda honestidad. Verdad es que de estas tres disciplinas el padre confesor a quien ella obedece en todo, vista su gran flaqueza y frecuentes enfermedades, le ha quitado la una de ellas. Considere pues agora el prudente lector qué haría aquel piadoso y justo juez viendo esta virgen tan delicada estar al frío por tan largo espacio piedad de este Señor y es tan cierto, y tan superabundante su favor y gracia para los que se disponen a ella que siempre sobrepuja su gracia a nuestra virtud y diligencia; y según esto ¿qué favores estaría dando a quien por Él se estaba mortificando y martirizando y haciendo en sí tan rigurosa justicia? Mayormente que el rigor de estas disciplinas no sólo fue a los principios, cuando se trata de esta penitencia, sino

también después de tantas veces ya purificada con los dolores y llagas y sangre de Cristo, como adelante se verá. Por tanto, nadie no tenga por increíble los favores que Él hizo a esta virgen (de que después se trata), porque de tales principios tales efectos se suelen seguir, y de tales oraciones acompañadas con tales azotes nadie puede decir que sean ruegos secos pues van teñidos con sangre y con la mortificación de la carne.

Ni tampoco han faltado ásperos cilicios junto con las disciplinas; de lo cual da testimonio una madre muy religiosa y grande amiga de esta virgen la cual, viéndola en tan tierna edad andar muy flaca y amarilla, creyendo que traía algún áspero cilicio, la encerró en el refectorio (siendo ella refitolera) y le mandó que callase y toviere paciencia, porque quería quitarle el cilicio que le parecía traer; y excusándose ella con muchas lágrimas, rogándole con ellas que no le diese aquella desconsolación, todavía la madre porfió a querer saber esto; estando ella en todo esto tan mansa como una cordera derramando muchas lágrimas sin quejarse ni decir: «vos no sois mi prelada ni mi maestra, ¿por qué me hacéis esta fuerza?»; nada de esto dijo, hasta que aquella madre halló que traía un cordón hecho de cerdas con muchos nudos con las vueltas alrededor, que todas ellas juntas tenían una mano de ancho y se le entraban ya por la carne; el cual cilicio le quitó esta madre amenazándola que siempre había de tener cuidado de que no hiciese tales excesos, siendo tan flaca. En la cual obra no es menos de considerar la humildad y mansidumbre y las lágrimas de esta virgen que la aspereza de esta virgen que se le quitó. Y no se maraville nadie que habiendo vivido esta virgen con tanta inocencia, tuviese tan gran dolor y confusión por sus pecados, porque el Esposo, que quería levantar muy alto en ella el edificio de las virtudes, quiso que fuese muy hondo el fundamento de la penitencia y humildad para que así estoviese la fábrica de la obra segura. Ni es cosa nueva tener grande dolor los santos por muy pequeñas culpas, considerando que no puede ser culpa pequeña la que se hace contra Dios tan grande, conforme a lo cual escribe San Hierónimo en la vida de Santa Paula que así lloraba las culpas pequeñas como si hubiera cometido grandes pecados; y lo mismo vemos en los grandes temores con que vivía el santo Job, habiendo él confesado que en toda su vida no le había acusado su conciencia de cosa de pecado mortal.

Pasáronse en este llanto casi dos meses en los cuales andaba esta virgen tan absorta en este dolor y confusión de sus pecados que de día y de noche nunca cesaba de hacerse un río de lágrimas por ellos.

Preguntará aquí alguno qué es la causa porque algunas personas que han vivido con gran pureza e inocencia suelen a tiempos, y mayormente a los principios, tener tan grande sentimiento por las culpas de la vida pasada, no habiendo en ella al parecer materia suficiente para tan gran dolor, como lo vemos en el santo Job, de que hacemos agora mención; porque, demás del testimonio de su santidad que el mismo señor Dios nos da de él, también él hace en el capítulo veintinueve un inventario admirable de las virtudes y buenas obras que hacía, con que declara la inocencia de su vida. Siendo pues esto así, ¿de dónde procedían aquellos grandes temores que este santo muestra que tenía cuando dice: ¿qué haré cuando se levante Dios a juzgarme?, y cuando entrare en cuenta conmigo ¿qué le responderé? Y en otra parte dice que siempre andaba temblando de Dios y asombrado como el navegante cuando una grande ola viene a embestir sobre él. Y con todo esto, en medio de tan grandes trabajos y dolores, pide espacio de penitencia para llorar sus culpas, como si no bastara los dolores y trabajos que padecía.

Pues respondiendo a esta pregunta digo que tres causas entre otras hay de este tan grande sentimiento y confusión que padecen los justos. Una es la que ya tocamos y ésta es acordarse de la grandeza de la majestad ofendida y entender que no es culpa pequeña la que se comete contra un Dios tan grande. Otra es que los grandes santos no miden tanto la gravedad de los pecados por ellos mismos cuanto por la grandeza de los beneficios recibidos; y como éstos son grandes así es el sentimiento que tienen de haberse desmandado en algo contra tan magnífico bienhechor, de modo que no temen tanto por razón de los pecados pasados cuanto por la cuenta que han de dar de los talentos recibidos. Otra causa es darles Dios conocimiento de la malicia y perversidad del corazón humano mirado en sí mismo sin el correctivo de la gracia; porque, quitada ésta a parte, ve en él un profundísimo abismo de todos los pecados del mundo y espántase de ver que tienen dentro de sí una sierpe de tantas cabezas y un seminario de cuantos males hay en todos los hombres; porque ven que ningún pecado hace un hombre que no lo puede hacer otro hombre. Y por aquí entienden en cuán gran peligro viven si por un solo momento apartase Dios sus ojos de ellos, mayormente acordándose de las grandes caídas de muchos justos y de las palabras del apóstol que dice: quien piensa que está en pie, mire por sí no caiga; por donde cuando los hombres alababan al glorioso Padre San Francisco, respondía él: «no me alabéis tanto, porque aún puedo tener hijos». Pues el conocimiento de todas estas cosas infundió el esposo celestial en el ánimo de esta virgen y de aquí procedía este tan grande sentimiento y dolor que aquí habemos referido.

I. [Consolación]

Mas el piadoso señor determinó dar un fin glorioso a estas lágrimas, el cual después de la tempestad de los dolores envía tranquilidad y bonanza de consolaciones. Porque, pasados cuasi dos meses en estas lágrimas y vergüenza, el esposo le habló interiormente diciéndole estas palabras: «con el temor y vergüenza que hasta aquí has tenido hiciste tus faces bermejas como un pedazo de granada; y con la confianza y amor que en mí tuviste heriste mi corazón». Y, herido ella de esta manera el corazón del Esposo, quedó herida de un amor tan grande que toda ella se derretía en amor y aunque entendiese en otras cosas, la gran suavidad y fuerza de este amor de tal manera tenía preso y herido su corazón que doquiera que estoviese siempre estaba amando. De esta manera de amor que hace llaga en el corazón, se gloria la esposa en los Cantares cuando dice que estaba herida de amor. Este es un grado de caridad que llama Ricardo charitas vulnerata, que quiere decir herida de amor; y llámase así porque como el que está malamente herido no puede dejar de estar sintiendo el dolor de la herida aunque se divierta a otras cosas, así el ánimo herida con la dulce saeta del divino amor no querría dejar de estar siempre gozando de este amor, porque lo que hace en esotra herida material la fuerza del dolor hace aquí la suavidad y fuerza del amor, porque esta suavidad de tal manera ceba y prende al corazón que no le consiente divertirse a otra cosa.

Y porque la condición de Dios es acrecentar sus dones a quien usa bien de ellos, viendo cuán bien se aprovechaba la virgen de esta gracia, procuró siempre acrecentarla por otras

muchas vías, y así de ahí a días le apareció el Esposo y le dijo aquellas dulces palabras de Hieremías: *In charitate perpetua dilígi te, ideo atraxi te miserans*. Este fue el segundo aparecimiento del Esposo después del primero que fue víspera de la profesión, y fue el mismo año que profesó. Las cuales ella interpretaba de esta manera: por mi sola caridad e infinito amor, no habiendo en ti por donde lo merecieses, te traje a mí y te amé con perpetua caridad. Estas palabras traspasaron grandemente el corazón de esta virgen, porque, como no hay cosa con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así no hay cosa que con más se encienda un amor que con otro amor. Pues con este aparecimiento del Esposo y con estas palabras significativas de su amor y más perpetuo amor quedó su corazón tan herido de amor que todos sus pensamientos y deseos eran cómo había de corresponder a este tan grande y tan noble amador y qué podría hacer o padecer por agradar a un señor que, después de las angustias pasadas, tan amoroso se le había mostrado, siendo ella tan pobre de toda virtud y tan indigna de tal amor.

Pues con esta tan aguda escuela corría la virgen a gran prisa y con grande fervor continuando más sus oraciones y viglias y ayunos, por los cuales era grandemente persiguida de todas las madres ancianas, no por odio que le tuviesen, sino por el amor que le tenían y miedo de caer en alguna grave enfermedad, por ser ella muy delicada; mas nunca todas estas contradicciones bastaron para aflojar ella en el rigor de sus trabajos ni volver atrás del propósito comenzado.

Continuando, pues, su camino con este fervor y diligencia mereció alcanzar de Nuestro Señor otro favor mayor que el pasado; porque de ahí a un año la visitó la siempre Virgen amadora de las vírgenes con el niño Jesús en los brazos, la cual traía consigo a su Hermosa y a Santa Catalina de Sena y a nuestro Padre Santo Domingo; y decía Nuestra Señora a estos santos que les quería mostrar una nueva sierva que su Hijo tenía; entonces ella, postrada a sus pies, le suplicaba la hiciese verdadera sierva suya y a los santos pedía la ayudasen a dalle gracias y le alcanzasen su verdadero amor y temor para que nunca le ofendiese: y Nuestra Señora aceptó con mucha benignidad esta petición y, en señal de tomarla su Hijo por su sierva, quitó un anillo que en el dedo traía el Niño y le puso en el dedo de esta virgen. Entonces ella juntamente con los santos tornó a dar gracias a la Virgen y encomendarse a los santos y especialmente a su Hermosa, lo cual ella aceptó de muy buena voluntad. Este fue el tercero aparecimiento que tuvo dos o tres años después de la profesión y tras éste se siguieron otros más frecuentes. Este anillo se dio a esta virgen en prendas y testimonio del amor que el Esposo le tenía y del que quería que ella tuviese a Él. Este anillo dijo ella que tenía cinco piedras preciosas: las tres bermejas y las dos blancas; y pensando ella que las otras religiosas lo veían, andaba escondiendo la mano, mas una prudente religiosa, entendiendo algo de lo que era, le dijo que no trabajase por esconder la mano, porque nadie veía lo que ella veía.

Preguntada si después de esto había entervenido algún desposorio, como se escribe de Santa Catalina, respondió que la profesión había sido el desposorio; mas estas dos cosas susodichas con otras que adelante se dicen parece haber sido ratificación y confirmación de este desposorio.

Capítulo IV

De las tentaciones con que Nuestro Señor quiso ejercitar y probar la fe y constancia de esta virgen

Escribe San Gregorio en los Morales que hay tres estados en los cuales los hombres sirven a Dios, que son principio, medio y fin. Y dice él que en el principio hay regalos y dulzuras espirituales con que el Señor prende los corazones de los que de nuevo se convierten a Él, porque de otra manera luego se volverían al mundo; mas en medio del camino hay batallas y tentaciones que se levantan contra los que no han hecho raíces firmes en la virtud; pero al fin se sigue la perfección de una hermosa victoria de todas las batallas pasadas. Pues esta misma orden quiso Nuestro Señor que se guardase en la vida de esta virgen, para que, después de la dulce leche de los regalos y amores pasados, viniese a comer, según dice, pan con corteza y hacerse capaz de mayores dones, porque la virtud crece con los trabajos y cobra con ellos fuerzas para cosas mayores, como dice el Apóstol. Pues por esto permitió el Esposo que esta virgen padeciese grandísimas tentaciones de los demonios, los cuales le decían que dejase aquel modo de vida, que había escogido, de querer en todas las cosas ofrecerse a Cristo, porque no había de perseverar en el amor; que la había siempre de perseguir hasta quitarle la vida. Y fueron tantas y tan grandes las tentaciones que le armaron que no se pueden contar. Porque le aparecían visiblemente en torpísimas figuras, mas ella los aborrecía a todos y se volvía contra sí misma, armándose contra sus enemigos con ayunos y disciplinas y otras asperezas corporales; pero lo que más sentía era que el Esposo se apartara de ella. Y estando una noche, después de pasados muchos días en estas batallas, le sobrevino una nueva luz la cual de tal manera unió su corazón y voluntad con la del Esposo que dijo estas palabras: «Oh, dulce Señor mío, si fuese necesario que para loor y gloria vuestra padeciese yo estos trabajos y otros mayores hasta el día del juicio, con grande alegría y contentamiento lo sufriría, con tanto que Vos no fuédeses ofendido; porque ¿qué tormento hay en la vida por grande que sea que merezca la menor de vuestras consolaciones?» Acabadas estas palabras, fue luego esclarecida su celda con una grande luz y en medio de ella vio a Nuestro Señor bañado en sangre el cual le decía: «toda esta, sangre derramé por tu amor». Ella entonces cayó en tierra y abrazando sus pies y derramando muchas lágrimas sobre ellos le dijo: «¿cómo, Señor mío, me dejaste así tan sola en medio de tantos enemigos?» A la cual Él respondió: «ahí estaba contigo en lo íntimo de tu corazón, ca yo era el que hacía que no consintieses en esos malos pensamientos, mas antes los aborrecieses». Y estuvo entonces el Esposo con ella por algún espacio dándole doctrina y enseñándola cómo había de vivir y conversar, porque Él fue su maestro, su camino y su guía; por lo cual no es maravilla que saliese buena discípula la que tuvo tal maestro. Mas, no contento con el ayuda de la doctrina, acrecentó otra cosa más admirable y más nueva; porque, deseando purificar más y más la alma que Él tomaba por esposa, le ató una cuerda, no material sino espiritual, por la cual tiraba el Esposo las veces que ella se descuidaba en alguna cosa, y luego era interiormente reprehendida; en lo cual se ve la grandeza de la bondad y providencia paternal de Nuestro Dios y el deseo de nuestra santificación, pues teniendo a cargo la gobernación de todos los reinos e imperios del mundo, con todo esto, está atento a todos los pasos de esta virgen para que, en descuidándose en algo, luego lo avise y reprehenda tirándole por esta manera de cuerda; en lo cual se verá que pureza habrá allegado esta virgen, teniendo tal manera de ayuda para ella.

Capítulo V

De las oraciones y vigiliias y otros ejercicios con que esta virgen se desponía para agradar al Esposo

Encendida ya nuestra virgen con estos favores en el amor del Esposo, no contenta con esto, deseaba mucho más crecer en este amor y para esto determinó de entregarse a todos los ejercicios y trabajos de las virtudes que sirven para alcanzar la perfección de este amor, en el cual consiste aquel bien universal que ella siempre deseó. Porque, como dice la divina Sabiduría, los que come[n] de mí tendrán más hambre y los que beben padecerán más sed. Porque con la suavidad y dulcidumbre de ella cuanto más gustaren de esta sabiduría tanto más la desearán y este deseo es como la raíz y fundamento de todo lo que después se sigue. Conforme a lo cual dice el Sabio que el principio de la sabiduría es un deseo muy encendido de ella y así lo expirimentó el mismo Sabio, cuando dijo: deseé y fueme dado conocimiento y sentido; invoqué, esto es, llamé a Dios y fueme dado el espíritu de la sabiduría. De manera que primero puso el deseo y de este deseo se siguió luego el clamor de la oración, pidiendo por ella el cumplimiento de este deseo, y esta manera de oración es uno de los principales medios por do se alcanza la gracia y con ella todas las virtudes que de ella proceden; por donde dijo San Agustín: «ninguno creernos que viene a la salud, si Dios no le llama; y ninguno, después de llamado, obra lo que conviene para esta salud, si Dios no lo ayuda; y ninguno alcanza esta ayuda, si no la pide por oración». En las cuales palabras declara este santo doctor cuán importante instrumento sea la devota oración para todo lo que conviene a nuestra salud. Porque bien sabía este santo que los sacramentos dan gracia y que las buenas obras hechas en caridad merecen el acrecentamiento de ella y, con todo esto, no hace aquí mención más que de solamente la oración, para dar a entender cuán familiar y eficaz medio sea éste para alcanzar todos los bienes. Enseñada pues nuestra virgen por el maestro celestial, de tal manera ordenó su vida que toda ella fuese una perpetua oración. Y así, después de haber cumplido con las obligaciones de la obediencia, todo el tiempo que le sobraba gastaba en oración; mas el principal tiempo que para esto tomaba era el de la noche en su celda, en la cual tiene una cruz grande en la cabecera de su cama, la cual dice que es de su Esposo; y otra tiene al lado de ella, o encima de ella, a la cual llama su esposa. Esta tuvo primero de cuatro o cinco palmos en largo, y atábala consigo cuando dormía, y así dormía abrazada con ella. Después mandó hacer otra que agora tiene conforme a su estatura, con la cual acostumbra abrazarse casi siempre, cuando en la celda se pone en oración, echando sus brazos encima de los brazos de la cruz, ora esté en pie, ora postrada con ella.

Y algunas veces, cuando la carne dibilitada y desvelada con largas vigiliias pide su derecho y la combate con el sueño en la oración, se ata en pie con esta cruz para lo vencer; y vez le aconteció estar tres horas en oración con grande trabajo haciendo fuerza a la naturaleza; y estando en esto, vino el Esposo y soltando ella su cruz que en los brazos tenía, se abrazó con una que traía el Esposo, y allí le dijo Él muchas cosas con que le dejó esforzada y consolada.

Mas no piense nadie que el amor grande que esta virgen tenía a la cruz es a sola la figura de ella, sino este amor principalmente es a lo que se entiende por la cruz, que son los

trabajos que el Señor padeció en la cruz y el deseo encendidísimo de la imitación de ellos que esta virgen tuvo en sumo grado de perfección, porque a este amor de la cruz la exhortaba y animaba siempre el Esposo con muchos aparecimientos admirables, como adelante veremos; y no sin mucha razón, porque, a la verdad, la llave

y la summa de todo nuestro aprovechamiento consiste en el amor de los trabajos que se requieren para caminar de veras a la perfección. De aquí nace a los grandes amadores de Dios un muy encendido deseo de padecer trabajos por su amor y como no hallan otros más a mano que el volverse contra su carne y contra su propia voluntad, quebrantándola y castigándola y mortificándola en todas las cosas, vienen a hacer de ella un sacrificio vivo para agradar a Dios y para padecer algo de su amor. Porque, como Santa Catalina de Sena decía, así como el que ama a Dios aborrece tanto el pecado cuanto ama al mismo Dios, así después del pecado aborrece también santamente su propia carne y propia voluntad como a seminarios e incentivos de todos los pecados. Y por esto, si a ella fuera posible y no le fuera a la mano la obediencia, en este rigor de castigar su cuerpo, no hubiera trabajo que rehusara por esta causa.

Mas volviendo al propósito de la oración, el tiempo más principal que para esto tiene es (como dijimos) el de la noche, y al principio de ella duerme un poco para ir a los maitines; y, si se pone en oración, olvídase allí, y algunas religiosas, como saben esto, acuden a decirle que se acueste; pero después de maitines no duermen más sino está en oración hasta la mañana; y si le mandan quedar de maitines, vela en oración hasta la media noche. Y en este espacio y en otros que ella toma procura tener cada día siete horas de oración, las cuales ni agora pierde con las ocupaciones del oficio, ni con las visiones de muchas personas principales que no se pueden excusar, por ser ella perlada, puesto caso que en ellas nunca pierde la unión del amor divino que es la más perfecta oración; así ordinariamente está en estas visitaciones más con el cuerpo que con el espíritu, porque la fuerza y suavidad del amor violento que la tiene presa no la deja divertir a otra cosa. Ocupábase también en este tiempo en leer libros devotos y sacar de ellos las sentencias que más devoción y edificación le podían causar y señaladamente se deleita tanto en el libro de los Cantares y gusta tanto de él como si para ella sola se hubiera escrito; porque, como ella arde en amor, así todas las palabras de él son como astillas que encienden más este fuego en su corazón; y sábelo cuasi de coro y entiéndelo aunque está en latín, porque, como dice San Bernardo, «el lenguaje de amor, como es bárbaro a los que no aman, así es muy fácil de entender a los que arden en este amor».

I. [El ayuno, compañero de la oración]

Compañero de la oración es el ayuno que, aliviando el cuerpo de la carga del mantenimiento, hace el ánima ligera para volar a lo alto; y así estas dos virtudes son como dos alas para volar al cielo. Las cuales nos declaró por su ejemplo aquella Santa Ana profetísima del Evangelio, de quien escribe San Lucas que nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche. Fue, pues, nuestra virgen tan dada a esta virtud que por ella padeció muchas contradicciones como arriba dijimos. Y con todo esto, en

lo público se conformaba con lo ordinario de la comunidad, sin hacer cosa en que diese nota de singularidad; con esto ha llegado su abstinencia a términos de tener perdido el gusto de los manjares de tal manera que por el gusto no discierne entre unos manjares y otros. Y una vez, estando ella muy flaca, le hizo la perlada hacer una almendrada diciendo que era leche (de que ella suele ser amiga), sin entender lo que era. Verdad es que esto en ella no nace tanto de la virtud de la abstinencia, cuanto de la suavidad y violencia del amor del Esposo, el cual suspende y atrae a sí todos los espíritus y fuerzas del ánima y las convierte en amor, como hace un grande fuego que todo cuanto le echan, aunque sean cosas contrarias, las convierte en fuego. De aquí procede recibir ella grande pena cuando se llega la hora de pagar este tributo a este miserable cuerpo; y así es muy poquito lo que come cuando está en la mesa con las religiosas, de lo que ellas, como la aman intrañablemente, se desconsuelan, y ella también se desconsuela, sintiendo la desconsolación de ellas; y ha llegado el negocio a términos que su padre confesor le da en penitencia sacramental, que coma y haga en esto fuerza a la naturaleza.

Estos ejercicios de ayunos y oraciones son los primeros medios con los cuales se disponen los que comienzan a servir a Dios para alcanzar su gracia, en los cuales se ejercitaba siempre esta Santa profetísima Ana de la que arriba hecimos mención. Mas los cristianos en este tiempo de la ley de gracia tenemos otro singular medio para alcanzarla, que es el uso de los sacramentos, por los cuales se nos aplica la virtud y gracia de la Pasión de nuestro Redentor, entre los cuales el sacramento del altar es el que por excelencia se llama Eucaristía, por razón de la abundante gracia que por él se da al que para ella se dispone, y una de las principales disposiciones que para este sacramento se requieren es el hambre y deseo de este pan celestial.

Pues cuán grande haya sido y cuán extremada esta hambre de nuestra virgen y cuantas invenciones y diligencias buscaba para comulgar y cuán admirables y extraordinarios hayan sido los favores y regalos que en esta parte Nuestro Señor le ha hecho no hay palabras con que se pueda explicar. Porque como todos los intentos y deseos de esta virgen haya sido unirse con su Esposo y en este divino sacramento el ánima se junta con Él y aquí se consuma este matrimonio espiritual, de aquí resulta un tan grande amor y suavidad que sólo aquél que lo recibe lo podría sentir, mas no la podría explicar. Y así vemos ser tan grande la suavidad y amor que esta virgen recibe en la sagrada comunión que todas las veces que comulga pierde el uso de los sentidos y llega esta devoción y amor a tanto que, de sólo ver dende el coro comulgar algunas personas en la iglesia, sale de sí con soledad y deseo de gozar de este tesoro. Y así todas cuantas veces le es posible recibe este divino manjar, no sólo cuando el convento comulga sino también cuando algún sacerdote entra en el monesterio a dar la comunión a las dolientes de cama, otras veces ruega a la señora vecina suya que pida para sí y para algunas religiosas algún confesor, y entre ellas comulga ella. Y viendo que los perlados (antes que recibiese la gracia de las llagas) no le daban tantas licencias como ella deseaba, quejóse al Esposo de que sus perlados la mataban de hambre y Él la consoló diciéndole: «no te fatigues que ellos mismos vernán a darte lo que tanto deseas». Y así subcedió, como le fue prometido. Mas ella les echó una gran maldición diciendo: «plega a Dios que así se vean, tan muertos de hambre como yo, los que así me matan». Donde pudieran ellos con mucha razón decir: «plega a Dios que esa maldición nos comprenda». Y algunas veces acaeció, queriendo la perlada inducirla a que comiese alguna cosa necesaria para su indisposición y flaqueza, prometiéndole que le negociaría para

otro día una comunión; aceptó ella este partido, aunque toviese grande fastidio diciendo aquellas palabras de San Pedro: «non tantum pedes meos, sed et manus et caput».

Finalmente es tan grande la devoción que tiene a este Santísimo Sacramento que cualquier cosa que pertenece a él, como es una casulla o una estola del sacerdote, basta muchas veces para causar en ella alienación de los sentidos. Pues ¿qué diré del cáliz? Cuando le daban el lavatorio, después de haber comulgado, abrázalo tan fuerte que no hay quien se lo saque de las manos, y a veces lo lleva consigo abrazado hasta el coro. Y no sólo en esta ocasión, sino, si el sacerdote le pide el cáliz para decir misa, en tomándole en la mano, queda alienada y por eso manda a alguna monja que lo dé para excusar este inconveniente. Mas de esta materia trataremos adelante en su propio lugar; pero quise juntar aquí estos tres ejercicios de las oraciones y ayunos y uso de sacramentos de esta virgen para que por aquí se entienda a cuán alto grado de caridad y gracia llegaba ella, pues tan extrema fue en estos tres ejercicios que nos disponen para alcanzarla.

Capítulo VI

De la humildad de esta virgen

Agora será necesario tratar de las virtudes que por estos ejercicios susodichos se alcanzan, porque ésta es la moneda de precio que corre entre Dios y los hombres y vale mucho más que revelaciones y milagros que se compadecen algunas veces con pecados. Y en este lugar, aunque no sea propio de la historia divertirse mucho a tratar de moralidades, no dejaré de apuntar aquí un engaño general que se halla muchas veces en las personas que se han ofrecido al servicio de Nuestro Señor; muchas de las cuales emplean toda su diligencia y caudal en estos tres ejercicios susodichos, olvidándose de la mortificación de sus pasiones y del estudio de las virtudes; ni les parece que es agradable a Dios sino lo que se hace alrededor de los altares. De aquí nace que, si la obediencia les ocupa en algún oficio trabajoso o la caridad los llama para acudir a las necesidades del prójimo, están para esto muy pesados, diciendo que con estos ejercicios exteriores se interrumpe y corta el hilo de su devoción. Otros hay que con todos estos ejercicios están muy enteros en su propia voluntad; otros, impacientes y fáciles en la ira y muy amigos de sus pundonores; otros son apretados para socorrer a las pobrezas de sus prójimos, por ser muy amigos de su hacienda. Sepan, pues, todos éstos que no han atendido el armonía y orden de la doctrina cristiana la cual ordena aquellos tres ejercicios que arriba dijimos para mortificar las pasiones y alcanzar las virtudes y socorrer a las necesidades de sus prójimos; ca por esto dijo el Salvador: no todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre. Y por el profeta Esaías y Zacarías no aprueba los ayunos de su pueblo, porque no iban acompañados con justicia y obras de misericordia, la cual agrada tanto al Padre de las misericordias que dice el profeta Oseas: misericordia quiero y no sacrificio; y con pertenecer el sacrificio a la gloria de Dios y la misericordia al bien de los prójimos, es este Señor tan amigo de la misericordia que antepone esta virtud de su sacrificio. Por donde entenderán los que, ocupados en sus devociones, no trabajan por alcanzar las virtudes que son semejantes al enfermo que usa de purgas y sangrías y no consigue la salud para que estas medicinas se ordenan.

Y para mayor inteligencia de este tan importante aviso declararé aquí cómo toda la santidad y justicia de la vida cristiana consiste en aquellas tres cosas que el profeta Miqueas (después de haber preguntado con qué cosas agradeceríamos a Dios) finalmente concluye con estas tres cosas. Dice: mostrar ti he, oh hombre, cuál sea el verdadero bien y lo que Dios quiere de ti, esto es, hacer juicio y amar la misericordia y andar solícito y cuidadoso en el servicio de tu Dios. Pues en estas tres partes consiste la suma de la verdadera santidad y justicia, de las cuales una pertenece a Dios y otra a sí mismo y otra al prójimo. Y entre ellas la más principal es la que pertenece a la honra de Dios, al cual honramos amando su bondad, reverenciando su Majestad, confiando en su misericordia, poniendo en Él nuestra bienaventuranza, alabando sus grandezas, pensando en las maravillas de sus obras, dándole gracias por sus beneficios, obedeciendo a sus mandamientos, y, finalmente, haciendo los actos que pertenecen a la virtud de religión, que son asistir a los divinos oficios y continuar la oración, uso de sacramentos y otras obras semejantes, que pertenecen al culto de Dios, lo cual todo significó este profeta cuando nos enseñó a andar solícitos y cuidadosos en el servicio de Nuestro Dios. Mas la segunda parte de esta santidad consiste en hacer juicio, esto es, que no vivamos conforme a nuestros apetitos y propias voluntades sino conforme al juicio de la razón y de la palabra de Dios. La tercera parte pertenece a nuestros prójimos, la cual significó el profeta cuando nos manda amar la misericordia, en la cual se comprenden todas las obras de misericordia, así corporales como espirituales. Pues resolviendo esta materia digo que el engaño de muchas personas consiste en que procuran ocuparse en aquella primera parte de justicia que pertenece al culto de Dios, como la más principal; y, contentos con esto, olvidanse de las otras dos partes que consisten en la mortificación de sus pasiones y propias voluntades y en las obras de misericordia lo cual es un grande engaño, como arriba está declarado, y como las palabras de este profeta nos lo declaran, pues todas estas partes de justicia nos pide Nuestro Señor.

Presupuesto este breve aviso, trataremos agora de las virtudes de esta esposa, comenzando por la virtud de la humildad, que es raíz y piedra fundamental de todas las otras virtudes, las cuales quien quiere alcanzar sin humildad es como el que eleva el polvo contra la fuerza del viento que todo le cae en los ojos, porque virtudes sin humildad no son virtudes, sino materia de vanidad.

Deseaba pues esta virgen grandemente alcanzar esta virtud viendo que era uno de los principales medios para alcanzar la divina gracia, conforme a lo cual dice San Agustín en los libros de Doctrina Cristiana que quien leyere las Santas Escripturas hallará que virtualmente en cada hoja está escripto que Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia. Y el mismo santo, alabando esta virtud, dice que la Virgen Nuestra Señora agradó a Dios con la virginidad, mas que lo concibió con la humildad. Pues deseando nuestra virgen mucho esta virtud y pidiéndola con mucha instancia al Señor de las virtudes, fuele mostrado en visión un hombre muerto tendido en el suelo y muy desharrapado, y que otros hombres pasaban por encima de él y le pisaban; y fuele respondido que tal había de ser como éste el que fuese verdaderamente humilde, teniendo un ánimo dispuesto y aparejado para ser hollado y maltratado de todos.

Conforme a esto, se cuenta de esta virgen que había en su monesterio una madre muy anciana, la cual todas las veces que veía a esta virgen la maltrataba de palabras, tomando para ello motivo de los ayunos, oraciones y asperezas de su vida. Aconsejóle entonces una

grande amiga suya que no se encontrase con esta vieja, pues la trataba tan mal; a esto respondió la virgen: «¿esto me habéis vos de aconsejar?, ¿tengo yo otro tesoro sino éste?» Continuando la vieja sus palabras y viendo la humildad y mansedumbre de la virgen con que las sufría, convirtió la indignación en amor y las palabras ásperas en amorosas. Como esto vio la virgen, disistió luego de tal compañía, porque no hallaba allí lo que antes le agradaba. Esta virtud de la humildad era en ella tan noble que, aun siendo novicia, procuraba muchas veces limpiar los lugares más sucios del monesterio, de modo que no contenta con el afecto de la humildad interior, también procuraba serlo en todas las cosas exteriores. Y así, siendo refitolera, no contenta con la bajeza de este oficio, extendíase a más de lo que debía; porque, quitándose los hábitos de encima, ponía delante de sí un lebrillo de agua y un gran estropajo y, andando de rodillas, lavaba todo el suelo del refitorio de cabo a cabo, como lo pudiera hacer una negra de grandes fuerzas, siendo ella tan diligida. Y las que así se humillan levanta el rey del cielo para tomar por esposas.

Recibía otrosí grande pena cuando le tenían en cuenta de buena, y trabajaba cuanto le era posible por encubrir sus cosas, acordándose de aquella sentencia de San Bernardo el cual aconseja al buen religioso que tenga escritas aquellas palabras del profeta: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*.

Mas después que se publicó el favor y gracia de las llagas con que el Esposo quiso señalar esta su esposa, han sido muchas las cartas de señores de título y señoras que de diversas partes de España le han enviado y las visitaciones por otra parte de personas nobles que desean en una criatura ver las insignias de su criador. Preguntada, pues, cómo se había con estos favores del mundo respondió que estaba en ellos tan insensible como una piedra; y, preguntada si alguna vez era tentada de vanagloria, respondió sonriéndose, que la vanagloria era pura necedad. Esto dijo como persona que con clarísima lumbre del Espíritu Santo entendía que todo lo bueno era dádiva graciosa de la mano del muy alto, y que de sí no tenía más que nada y pecado, que es ser nada y menos que nada.

En esta virtud la confirmó también el Esposo con una maravillosa visión. Porque, estando ella el tercero domingo después de Pascua recogida en su celda, queriendo rezar nona, aparecióle el Esposo con grande resplandor y ella (como suele) derribóse humildemente a sus pies, y asentado Él y ella puesta de rodillas rezando esta hora, llegando a la antífona que dice: *noli flere, Maria, alleluya, et coetera*, que quiere decir: no llores, María, porque el Señor es ya resucitado, comenzó ella a derretirse toda en lágrimas y llorando dijo la capitula y los versos y la oración que comienza: *Deus qui in filii tui humillitate et coetera*, que quiere decir: Dios Padre, que levantaste el mundo caído con la humildad de tu Unigénito Hijo, et coetera. Acabada la oración, dijo el Esposo: «abrazá tú esa humildad mía, porque haciendo así yo te prometo que nunca de ti me apartaré». Y, dicho esto, echóle su bendición y fuese y ella quedó de esto grandemente consolada con esta promesa, porque ella sin el Esposo no puede vivir.

Piense, pues, agora aquí el ánima humilde qué haría o qué sentiría esta virgen con un favor de Dios tan señalado y cuánto crecería más en ella el amor de el Esposo que así la visitaba y enseñaba y prometía su favor y asistencia.

Mas, porque la prueba de la fina y verdadera humildad se conoce más en sufrir las injurias que en menospreciar las honras (pues muchos pueden lo uno y no así lo otro), no faltaron ocasiones a esta virgen para esta prueba. Mostráronle una carta de un teólogo de nombre, el cual, vistas algunas relaciones, que andaban escritas, de las virtudes de esta virgen, y, preguntado qué le parecía de lo que contenían, respondió que todo era ilusión y engaño del demonio; y esta fama se extendió por la ciudad donde este padre estaba y también pasaría adelante, por ser él persona de cualidad y letras. Sabido, pues, esto por la virgen dio muchas gracias a Nuestro Señor, diciendo que esto era lo que ella siempre había deseado, que era padecer algo por su amor, y sobre todo escribió una carta a un padre espiritual con quien ella trataba sus cosas, un pedazo de la cual me pareció engerir aquí para testimonio de la verdad. Dice pues así:

«Lado sea Dios con todo, porque Él sólo es poderoso en el cielo y en la tierra y puede cuanto puede y sin pedir consejo a nadie hace sus obras suavemente. Vuestra paternidad me encomiende a Él que yo no le ofenda, y diga el mundo lo que quisiere, porque más dijeron de Él y de sus siervos. Yo estoy muy contenta porque tengo lo que siempre deseé, que es padecer alguna cosa por su amor. ¡Oh, quién fuera tan dichosa que mereciera perder la vida y cien mil vidas si las tovierá por Él! Y con todo esto no hiciera nada, porque siervos inútiles somos. El Esposo digno de ser amado, servido y tenido nos enseñe a hacer en todo su santísima voluntad y Él dé a Vuestra paternidad así mismo.» Hasta aquí son palabras de la carta que brevemente declaran el ánimo humilde de esta sierva en esta pública infamia y deshonra.

Pero otra prueba hay más fina de esta virtud, porque fue ocasionada por un padre grave de su misma orden, el cual, viendo las apariciones tan cotidianas del Esposo a esta virgen, estaba un poco dudoso de la verdad de ellas. Y no es esto de maravillar, pues el Padre Fray Raimundo, confesor de Santa Catalina de Sena, también lo estuvo por esta misma causa, hasta que fue desengañado por un especial milagro que para esto intervino. Pero no es menor desengaño el de la verdadera humildad, para conocer la fineza de la virtud y la verdadera revelación, por la cual este padre quedó muy desengañado, ca vino a darle a esta virgen una gravísima reprehensión, siendo ella inocente, donde, entre otras cosas muy lastimeras que le dijo, una fue que estaba muy dudoso de sus revelaciones, porque Satanás muchas veces se transfigura en el ángel de luz y ha engañado a muchos, así en los tiempos pasados como en los presentes. A fray Rufino, uno de los principales compañeros del Padre San Francisco, apareció en figura de Cristo Crucificado, exhortándole a que dejase la compañía del santo y abrazase la vida solitaria. A uno de aquellos padres de Egipto que tenía un hijuelo apareció en la misma figura y le persuadió que sacrificase este hijo y que merecería lo que Abraham cuando quiso sacrificar el suyo. A otros en nuestros tiempos hizo creer que habían de ser Papas y otros que ellos habían de reformar la Iglesia; y así a otros engañó con revelaciones falsas. Por lo cual dice San Buenaventura que las revelaciones más han de ser temidas que deseadas por los engaños y ilusiones que pueden intervenir en ellas, y no es de todos saber discernir entre las falsas y verdaderas. Y puede ser que vos también seáis engañada como otros muchos; y siendo así (como sea verdad lo que Cipriano dice que el engaño y la mentira no pueden durar mucho, porque finalmente la verdad prevalece y la mentira se descubre), ¿en qué podéis vos parar sino en ser fábula del mundo, y ser tenida por otra Magdalena de la Cruz? Estas y otras afrentosas palabras le dijo este padre y todo el tiempo que en este vejamen gastó, ella estuvo tan mansa como una

cordera y ninguna otra cosa hizo sino derramar muchas lágrimas, ni habló una sola palabra en descargo y defensa suya, porque pudiera ella cortesmente decir: «padre, vos no sois mi perlado, ni mi confesor, ¿por qué me tratáis tan asperamente y me juntáis con Magdalena de la Cruz, que tan mal nombre dejó en el mundo?» Nada de esto dijo sino solas las lágrimas dio por respuesta; y (lo que es cosa de mayor edificación) otro día, en pago de esta afrenta, le envió un cestico de mazapanes y unas disciplinas que este padre le había pedido, y una carta de grande agradecimiento y humildad la cual me pareció digna de ponerse aquí. Decía pues así:

«Reverendísimo padre: Sabe el divino Esposo cuanto estimé la merced que vuestra paternidad me hizo el otro día; y ahora acabo de creer que el amor que le tengo merece el que vuestra paternidad me tiene, pues como padre, que huelga de yo acertar, me avisa de lo que me conviene. Yo pido a Nuestro Señor dé vida a vuestra paternidad y fuerzas para que siempre me muestre el camino de la verdad, porque quien me reprehende quiere que yo acierte. Las disciplinas que dé a vuestra paternidad así mismo y larga continua morada en esa ánima.»

Por esta carta, con todo lo demás que aquí está dicho, verá el prudente lector cuán poco pudieron levantar el corazón de esta virgen los humos de perlada y los vientos de los favores de Sus Majestades y las cartas y visitas de grandes señores y príncipes (de que arriba hecimos mención), pues tan poca mella hicieron en su corazón. Y no menos se reconocerá también aquí la condición del espíritu de Cristo tan ajeno de toda pertinacia y soberbia y lleno de mansedumbre y humildad. También se verá aquí la suavidad y blandura de aquel corazón que se ofreció a tomar una disciplina, porque no la tomase el que tan ásperamente la había disciplinado. Pues con esta tan grande humildad y mansedumbre quedó este padre susodicho más certificado y confirmado en las cosas de esta virgen que con cuantos milagros se cuentan de ella, porque no es posible permitir Nuestro Señor que tenga lugar el príncipe de la soberbia en el corazón donde mora tanta humildad.

Capítulo VII

De la mansedumbre de esta virgen

Hermana de la humildad es la mansedumbre, las cuales dos virtudes juntó en uno el Salvador cuando dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y así las juntó la Santa Judit, cuando hablando con Dios dijo: tú, Señor, eres a quien siempre agradó la oración de los humildes y mansos. Y de esta virtud es muy alabado Moisés, el cual escribe de sí mismo que era el más manso de todos los hombres que moraban sobre la tierra. Pues ¿qué diremos aquí de la mansedumbre de Nuestro Salvador el cual, siendo consumado en todas las virtudes, es alabado sobre todas ellas de ésta? Por la cual causa San Juan Bautista le llamó Cordero, y así también le llama en su Apocalipsis el evangelista, y antes de ellos le llamó por este nombre el profeta Esaías, en el cual profeta el Padre eterno engrandece la mansedumbre de Él con dulcísimas palabras. Resplandeció tanto esta virtud en la vida de este Señor que de aquí tomaron ocasión los fariseos para caluniarle, poniéndole delante de una mujer recién comprendida en adulteterio, pareciéndoles que de boca tan mansa no

podía salir palabra de condenación, por donde quedaría Él condenado, pues daba la vida a quien la quitaba la Ley.

Fue, pues, esta virgen tan extremada en esta virtud y resplandeció tanto en ella que parece escurecer ella las otras virtudes suyas, ca juntándose la gracia con su natural mansedumbre, vino a criarse en ella una mansedumbre extremada; porque, así como el santo Job dijo que del vientre de su madre había sacado consigo la compasión y misericordia, así podemos decir de esta virgen que del vientre de su madre sacó una natural mansedumbre, la cual perfeccionada con la gracia (que no destruye sino perfecciona a la naturaleza), vino a hacerse una tan perfecta mansedumbre que apenas sabía qué cosa fuese ira. Y porque esta virtud (como dice el Sabio) hace amables a los hombres (y aún si decir se puede, a los mismos animales, cuando son muy mansos), de aquí procedió ser ella como lo es tan amable de todas y mucho más de sus religiosas, que más familiarmente la tratan; porque es cierta cosa notable que, habiendo en este su monesterio sesenta religiosas y muchas servidoras, no se hallará entre ellas persona que de ella se queje y que no la ame intrañablemente.

Mas no sólo a los hombres sino mucho más al Esposo celestial hizo amable esta su esposa porque, como la semejanza sea causa de amor y Él sea (como dijimos) tan alabado en las Escrituras de manso cordero, no puede dejar de amar grandemente a la que ve tan semejante a Sí. Y algunas veces se me ha representado que una de las principales causas del grande amor que el Esposo con palabras y obras ha mostrado a esta su esposa ha sido esta tan extremada mansedumbre en que tanto se parece con Él. Y creo que hasta agora nadie habrá que la haya visto algunas veces airada; solamente se cuenta una manera de ira, que no fue ira sino celo de la religión; porque, haciéndose en el convento una casa de labor y quiriendo algunas religiosas que se hiciesen en ella algunos armarios donde pudiesen tener algunas cosillas debajo de llave (contra el estilo de aquella santa casa donde ninguna tiene llave), ella salió con grande ímpetu diciendo que tal no se había de hacer ni alterarse nada de las buenas costumbres en que todas se habían criado, amenazándolas con el Esposo, si tal cosa se hiciese, y así no se hizo.

Y en el tiempo que andaba esta obra, siendo víspera de San Juan Baptista, le presentaron de fuera un corderico, estando ella mirando los oficiales de la obra. Tomando, pues, ella el corderico en los brazos y acordándose de la mansedumbre del verdadero Cordero, luego quedó alienada sin querer el corderico apartarse de ella. Y viendo esto los oficiales y espantándose de aquel rapto, comenzaron a llorar con grandes sollozos y suspiros viendo la figura devotísima en que la virgen había quedado en este rapto.

Capítulo VIII

De la simplicidad de esta virgen

Mas dejemos ya la mansedumbre y tratemos de la simplicidad que es también compañera y hermana de la humildad. De esta virtud de la mansedumbre no pongo aquí ejemplos ni cosas particulares porque toda su vida es una tela de perpetua mansidumbre, ni por eso pierde el rigor y entereza que se requiere para la administración de su oficio, porque

lo que niega la natural condición de su mansedumbre suple la discreción y el temor de Dios que la obliga a hacer justicia, porque para esto sirve la mortificación y negación de sí mismo. A lo uno y lo otro nos encomendó el Salvador cuando puso aquel niño en medio de los discípulos diciéndoles que si no se hacían como los niños, no entrarían en el reino de los cielos. Y porque es propia de los niños la simplicidad, ajena de toda malicia, ésta nos encomendó el Maestro del cielo debajo de esta comparación de niños, de la cual alabó Él mismo al santo Job, diciendo que era varón simple y recto y temeroso de Dios. A esta virtud nos exhorta el apóstol San Pedro cuando quiere que seamos tan sencillos como los niños recién nacidos. Mas el apóstol San Pablo con la simplicidad de niños junta la prudencia de viejos y así dice él que en la malicia seamos niños, mas en el juicio y sentido de las cosas seamos hombres perfectos. Lo mismo nos aconseja el Salvador cuando dice que seamos prudentes, como serpientes y simples como palomas. Y no es pequeño negocio, ni pequeña gracia juntar estas dos virtudes en un mismo sujeto; mas el que pobló este gran mundo de cuatro elementos contrarios y los puso en paz y concordia, es también poderoso para juntar estas dos virtudes, que parecen contrarias, en un corazón, como realmente las puso en esta virgen. Porque su discreción y prudencia es tal que, no teniendo la edad que el concilio pide para ser perlada, el padre Provincial con todos los padres de consejo fueron de parecer que se propusiese para este cargo, no sólo por su virtud que era muy notoria sino por su prudencia y discreción; y así fue electa por sus religiosas en perlada, un año antes que recibiese las llagas.

Mas la simplicidad y sinceridad suya exprimentan cuantos la tratan porque no ven en ella ningún género de malicia, ni astucia, ni doblez ni sospecha de nadie; antes, si un defecto le cuentan de alguna persona, procura contarle y echarlo a la mejor parte. De todos siente bien y de ninguno mal; su conversación es llana, humilde, alegre y sin alguna sombra de singularidad o de hipocresía o de fingimiento o de recatamiento demasiado. Porque (como dice el Sabio) quien anda simplemente anda confiadamente, sin temer mal de nadie, es su vida y ánima como una fuente clara que descubre hasta las arenicas muy pequeñas que están debajo de ella; o como una casa abierta por todas partes, donde quien está de fuera ve cuanto hay dentro de ella, sin haber cosa escondida o solapada. De donde resulta que todos cuantos la ven y hablan con ella, aunque hayan antes dudado de sus cosas por ser tan grandes, salen de ella no sólo desengañados sino también edificados y devotos, porque como la virtud y la verdad tenga tanta fuerza ven claro que en aquel pecho tan abierto no hay doblez ni fingimiento sino pureza y simplicidad.

Vese también esta simplicidad en lo que aquí diré. Saben todos el amor grande que esta virgen tiene a la cruz (a la cual llama su esposa, con la cual un tiempo dormía abrazada como arriba dijimos). Entienden pues sus devotos que le hacen un presente muy agradable cuando le ofrecen algunas cruces pequeñas; y, por muchas que le den, nunca se harta de ellas y trae el seno lleno de cuantas en él caben, y con grande simplicidad y alegría las llama sus espositas. Y de la manera que, cuando era niña, se alegraba y andaba abrazada con sus muñecas, así agora se alegra y anda abrazada con estas sus espositas; y, si algunas de ellas le piden, dala con dificultad; pero, ya que la da, es con mucha alegría, como quien da una cosa que mucho ama; lo cual todo es muestra de su simplicidad y del amor grande que tiene a la cruz de su Esposo.

Vese también esta simplicidad en las lágrimas que derrama cuando alguna vez el Esposo se aparta de ella, como lo hace un niño chiquito cuando se ve sin su madre; y así dice ella que se ha en este caso con ella el Esposo «como una madre con un hijo pequeño que mucho ama, dándole a veces el un pecho y otras escondiéndolo, para que, llorando por él se lo torne a dar, tomándolo en sus brazos. Así Él, más deseoso de me dar a gustar su divino pecho, primero me da una gran sed de él y me lo muestra de lejos; y, llorando yo mucho, no se puede Él contener que no me lo dé abundantísimamente.» Y, generalmente hablando, todas las veces que recibe algún agravio (de los que ella tiene por agravios, que son los que tocan a su ánima o a la honra del Esposo que ella tiene por suya), luego se va a quejar a Él con lágrimas amorosas y tiernas, como lo hace un niño chiquito, que luego acude a su madre con cualquier agravio que le hacen. Y todas las veces que esto acontece el Esposo interiormente la consuela; y a veces con apariencia exterior, de lo cual adelante contaremos una cosa notable.

Muéstrase también en ella esta virtud, considerando la facilidad y llaneza con que dá cuenta a sus padres espirituales de los favores y mercedes que recibe de Nuestro Señor, refiriendo cosas muy grandes con toda simplicidad y sin ningún encarecimiento, como si fuesen cosas domésticas y familiares. Y así nos acaece con ella como al patriarca Jacob con su hijo José el cual contaba simplemente el sueño de que el sol y la luna y once estrellas le adoraban; y, no haciendo él caso de esto, el padre viejo secretamente en su pecho lo ponderaba.

Y no es de maravillarse que el Esposo, que tan estrecha familiaridad quería tener con ella, la hiciese tan extremada en esta virtud, pues está escrito: abominables son a Dios todos los escarnecedores y con los simples tiene todo su trato y comunicación. Así la tenía con San Pablo el que llaman el simple, el cual privó tanto con el amador de esta virtud que los milagros que no podía hacer el grande Antonio, hacía él.

Capítulo IX

De la grande obediencia de esta virgen

Muy compañera y hermana de la verdadera humildad es la obediencia, así como por el contrario la desobediencia es hija de la soberbia, como dice el santo Job, por estas palabras: el hombre vano se levanta con soberbia y como hijo de una bestia salvaje se tiene por libre para hacer lo que quiere. Tal era Faraón, el cual, oída la embajada que le traía Moisés de parte de Dios, sobre que le dejase libre a su pueblo, respondió: ¿quién es Dios para que le obedezca? No conozco a Dios ni dejaré libre a Israel. Mas por el contrario el verdadero humilde, como se tiene por tan bajo, fácilmente se sujeta a cualquier otra persona por baja que sea, mayormente a los perlados a quien se debe tan estrecha obediencia que dijo el Salvador hablando con ellos: quien a vosotros oye a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia. Pues con esta palabra se abrazó nuestra virgen obedeciendo a sus perlados como al mismo Dios. Y así como tratando de la humildad referimos un apareamiento del Esposo, el cual, después de haber rezado con ella, le encomendó la virtud de la humildad, así contaremos aquí otro no menos admirable en que le encomendó la virtud de la obediencia, en la cual consiste todo el buen gobierno de la religión. Porque lo

que es en la guerra la obediencia de los soldados al capitán eso es en las religiones la de los súbditos al perlado; sin esta obediencia el ejército es luego perdido y sin ella también la religión. Entrando pues esta virgen una vez en su celda en la fiesta del nacimiento de Nuestro Salvador, halló al niño Jesús muy hermoso como nacido en aquella hora y tomándolo en los brazos con grande alegría, la fueron a llamar por parte de la obediencia; entonces la obidiente virgen dejó al niño y fue a cumplir la obediencia, y acabada ésta volvió a la celda con grande priesa y halló al niño mucho más hermoso y crecido como de edad de siete años; y viéndolo así le dijo: «hermosura mía, ¿no os dejé yo ahora tan chiquito?, ¿cómo crecistes tan presto?» Respondió Él entonces: «tu obediencia me hizo crecer; y, si tú no obedecieras, yo me fuera de ti; mas porque fuiste y tornaste, por eso me hallaste, y prométote que siempre así sea». Pues por este favor tan admirable, con que el Esposo le declaró la dignidad y excelencia de esta virtud, entenderá el prudente lector cuán devota y amiga sería esta virgen de ella y cuán desapropiada de su voluntad teniendo tal motivo y tal ejemplo para obedecer de aquel Señor que fue obidiente hasta la muerte.

Otro argumento contaré aquí por el cual se conocerá la fuerza de esta virtud. Después que con el ejercicio de las virtudes susodichas creció esta virgen en el amor del Esposo, padecía muchos raptos de los cuales haremos mención adelante en el capítulo donde se trata de su caridad. Estando pues de esta manera arrebatada, no hay voces ni tormentos que la hagan volver en sí, sino sola la voz de la obediencia, por muy baja que sea; porque con cualquier mandamiento de la perlada o recaudo que ella le envíe luego vuelve en sí. Y dice ella que no oye las palabras con que la despiertan sino que quien la tiene presa la suelta de aquella amorosa prisión y así queda libre para poder volver en sí. Donde podemos decir lo que la Escritura dice cuando se paró el sol por mandamiento de Josué, que obedeció Dios a la voz de un hombre, así podemos aquí en su manera decir que obedeció Dios a la voz de la obediencia, pues, siendo el Esposo el que la tiene presa, en sonando esta voz, la suelta. Por lo cual entenderán los amadores de esta virtud cuánta sea su excelencia, pues hace obidiente al Señor de todo lo criado. Y algunas veces ha acaecido darle recaudos falsos de parte de la perlada y con ellos en ninguna manera despierta, y aun otra cosa más notable: acaeció que una religiosa pidió a la perlada con mucha importunidad la inviase a despertarla, lo cual no quiso ella conceder, porque sabía la pena que esta virgen recibía en privarla de la consolación que recibe cuando así está elevada y suspensa en Dios; pero siendo muy emportunada, dio licencia de palabra sola y no de voluntad y, dándole este recaudo falso, el Esposo que la tenía presa no la quiso libertar.

Otro ejemplo hay que declara cuán resignada tiene esta virgen su voluntad en la de su superior, presupuniendo para esto la sed y hambre increíble que tiene del Santísimo Sacramento. Acaeció pues que el año de ochenta y cuatro alcanzó licencia para que, después de encerrado el Santísimo Sacramento en la custodia el sábado santo, se le diese a ella, y quisiera que este sábado santo pasado se le concediera lo mismo, y creció más esta hambre por no haber comulgado el día precedente que era el santo viernes; y el deseo era tan grande que con ningunas palabras se podría explicar. Escribió entonces ella una carta a su padre confesor diciendo que ella moría con deseo del Esposo y que a los que mueren no se niega el Santísimo Sacramento. A esta carta y a otro mensajero que vino después de ella sobre la misma demanda, respondió el padre negándole la licencia. Oída esta respuesta quedó su espíritu tan quieto y tan sosegado (habiendo precedido este tan gran deseo) como

si nunca lo hubiera tenido, lo cual nos declara cuán resignada estaba aquella voluntad en mano de aquellos a quien se debe la obediencia.

En una sola cosa obedeció con grande dificultad, que es haberle mandado el Perlado que escribiese algo de su vida y de los favores que de Nuestro Señor había recibido. Estuvo ella muy repugnante a esto, porque estaba dubdosa si aquella obediencia era obligatoria, mayormente creyendo ella que aquella escriptura se había de publicar, lo cual en gran manera recelaba. Y así estuvo muchos días que no podía aplicarse a esto, porque contendían en su corazón dos hermanas muy amigas, que era, por una parte la obediencia, y por otra la humildad recelaba de hacer cosa que redundase en alabanza propia; pero finalmente la obediencia prevaleció y púsose a hacer lo que le mandaban y así escribió un cuaderno de algunos favores señalados que Nuestro Señor le había hecho, el cual vino a mi poder, escripto de su mano, y las cosas que contenía van engeridas en esta historia en los lugares que pertenecen.

Mas, bien considerado el negocio, de tal manera cumplió esta virgen con la obediencia que también guardó la cara a la humildad; porque por la obediencia escribió lo que pertenecía a la gloria de Dios, que eran los favores que Él le había hecho, y por la humildad calló las virtudes que ella con su ayuda había obrado. Por lo cual no va esta historia tan poblada de obras virtuosas como yo quisiera, porque no tuve para esto la ayuda de su escriptura, como la tuve para lo otro y así solamente escribí en esta parte lo que pude por algunos medios alcanzar.

Capítulo X

De la pureza virginal de esta esposa de Cristo

Todas estas virtudes susodichas hermozeaban el ánima de esta virgen, porque éstas son las joyas y atavíos que agradan a los ojos del Esposo celestial, pero no menos le agradaba la pureza de su propósito virginal, que es el que la hace esposa del rey del cielo, por haber renunciado por su amor los esposos y regalos del mundo. Esta pureza se entenderá por lo que diré. Refiriéndole su padre confesor las batallas y tentaciones con que Nuestro Señor ejercitaba y probaba la virtud de algunos santos, conforme a lo que leemos en las batallas y tentaciones que padeció San Hierónimo, San Hilarión y el grande Antonio y otros semejantes. Y, preguntándole si el Esposo la ejercitaba de esta manera, respondió que dos mercedes entendía por la experiencia haber recibido de Nuestro Señor, cuando fue servido de señalalla con la figura de sus preciosas llagas: la una que estaba como insensible a todas las honras y alabanzas que por esta causa el mundo le hacía, lo cual ordenó así la divina Providencia, porque, como por razón de estas llagas había de ser celebrada y nombrada en todo el mundo y visitada con cartas y en presencia de grandes señores, era razón que Él que estas preciosas llagas le concedía le concediese también una profunda humildad y cuasi insensibilidad contra estos loores, porque de otra manera redundara en mayor daño suyo este tan grande beneficio. La otra fue que no sentía en su ánima movimiento alguno sensual, porque en carne estampada con tan preciosas señales no era razón que hubiese movimiento alguno sensual. Lo cual era justo que así fuese, porque tal era razón que fuese el lecho florido donde el Esposo celestial había de reposar. Y no podía ser menos, porque

como a la olla que yerve no se allegan moscas, así en aquel corazón que andaba todo abrasado en el amor del Esposo con la fuerza de la caridad violenta (que no deja pensar en otra cosa sino en lo que ama), no podían caber las moscas importunas de los pensamientos subcios, que de tal lugar huyen. De esta manera de victoria (que es vencer y despedir de sí con el amor los malos pensamientos), dice elegantemente Crisólogo que es tierna y delicada manera de pelear e alcanzar vitoria de todos los vicios con solo amor. Porque, como no hay cosa más suave que el amor de Dios, dichoso es aquél que de tal manera le ama, que amando vence y triunfa de todos sus enemigos. Por donde entendernos que la castidad de esta virgen era como heroica, porque a las virtudes heroicas (como dice Santo Tomás), pertenece no vencer las tentaciones sino, no sentirlas, como al mismo Santo acaeció cuando dos ángeles de parte de Dios le ciñeron una cinta de castidad, porque dende entonces nunca más sintió en su carne estímulo contrario a esta virtud. Pues tal convenía que fuese la pureza de esta virgen para que no hubiese en ella sombra ni imagen de cosa que no fuese limpia en el ánima que el rey del cielo tomaba por esposa. Y así la representó el esposo a la madre Ana de San Francisco (de que al principio hicimos mención) la cual la vio en espíritu tan clara y pura como un cristal. Y no es esto de maravillar, porque, como este Esposo sea tan celoso de la pureza de sus esposas, Él toma a cargo la guarda de ella y no sólo Él, mas los ángeles, como fieles ministros suyos, tienen este mismo cuidado, ea éstos son los setenta fuertes, que guardan el lecho de Salomón, con sus espadas puestas sobre los muslos, a punto de desenvainarlas cuando algún peligro se ofrece. De Julio César, emperador, se escribe que repudió la mujer que tenía, no por culpa que toviese, sino por alguna sospecha que el pueblo tenía de ella, diciendo que la mujer de César no sólo había de carecer de culpa sino también de sospecha de ella. Pues, si esta pureza se requería para la mujer del rey de la tierra, ¿qué será necesario para la esposa del Rey del cielo? Y así Él no dejaba pasar sin áspero castigo cualquier defecto que hubiese en ella, por pequeño que fuese; y acerca de esto contaré aquí una cosa notable para edificación y aviso de las esposas del Señor. Acaeció a esta virgen que, estando unas religiosas leyendo por un libro profano, pasando ella por aquel lugar, detúvose un poco oyendo lo que se leía, y después, entrando en su celda, halló al Esposo muy sereno; ella entonces, cubierta su cara de una gran vergüenza y confusión, determinó de hacer justicia de sí misma, tomando una grande disciplina, y, para esto, encerróse de noche en una casa apartada y puso una vela encendida de fuera, y comenzando ella a tomar su disciplina, ¿qué diré aquí?, ¿quién pensara que de tal manera cela el Esposo la pureza de sus esposas? Estando pues ella de esta manera disciplinándose, llegan dos demonios y apagando la candela, comenzaron también ellos a disciplinarla; y entonces, llamando ella por el nombre de Jesús y repitiendo muchas veces, le apareció Santa María Magdalena, cercada de grande resplandor la cual traía una vela blanca encendida y, levantando a la virgen del suelo, le dijo: «¿en vos liviandades?» Ella le prometió que nunca más oiría aquel libro ni otro que fuese tal. Y así lo hizo y, si alguna vez lo veía, huía de él como de fuego. Y contaba ella después que, aunque le dolían mucho los azotes de los demonios, pero que mucho más sentía la confusión y vergüenza de las palabras que la Magdalena le había dicho. Esto que aquí he referido confieso que fuera para mí cosa increíble, si no lo leyera escrito de la mano de la misma virgen, porque a mi corto juicio parecía que bastaría por castigo de tan pequeña culpa la vergüenza y la disciplina que esta virgen tomaba por ella; mas permitir Nuestro Señor que los espíritus malignos fuesen ejecutores de esta sentencia, esto me pone admiración y me da a entender que pequeñas culpas, en los que han recibido de Dios grandes beneficios, merecen pequeño castigo; aunque por otra parte no me espanto permitir Nuestro Señor que los demonios maltratasen

esta virgen, pues mucho peor trataron al grande Antonio, sin preceder en él algún dilito. Y porque habemos hecho aquí mención de la Santa Magdalena, será razón decir algo de la amistad muy estrecha que esta virgen tiene con ella, ca muchas veces, cuando el Esposo le aparece, trae consigo esta gloriosa Santa y le encomienda mucho a esta esposa, de donde le creció grandemente la devoción y afición para con ella. Y así, en el día que se cantan los evangelios que de ella tratan, trabaja por hacerle grande fiesta, y ordinariamente la llama mihna hermosa y la Santa a ella llama por el mismo nombre y muy familiarmente la visita, unas veces en compañía del Esposo y otras sin Él. Y apareciéndole una vez esta Santa, le dijo estas dulces y amorosas palabras: «de cuantas personas tengo afición y me aman, a ninguna quiero más que a vos; y en todo el tiempo que en esta vida estoviéredes, nunca de vos me olvidaré, porque así me es mandado; y en el fin de la vida no os dejaré, mas entonces veréis claramente cuánto me agradastes».

Un día de la fiesta de esta gloriosa Santa, acabando el convento de comer, se fue esta virgen al coro con intención de perfumarlo y enramarlo, como lo acostumbra en las fiestas de esta Santa; mas púsose primero en oración y, olvidada de lo que iba a hacer, fue elevada en espíritu por esta su Hermosa, a oír unas vísperas muy solemnes, donde estaba Nuestro Señor con grande número de santos y santas; y no volvió en sí sino ya tarde, acabadas las vísperas del convento. Y vuelta en sí, quisiera comenzar lo que iba a hacer, mas dijéronle la hora que era, de que ella quedó muy corrida, como si la hubieran tomado en algún hurto.

Esto he querido referir aquí para declarar la devoción especial que esta virgen tiene con la Santa Magdalena.

Capítulo XI

De la caridad de esta virgen con los prójimos y para con Dios

[El amor de los prójimos. Algunos ejemplos]

Vengamos, después de estas virtudes susodichas, a la reina de todas ellas, que es la caridad, la cual (como dicen los teólogos) es un hábito que infunde el Espíritu Santo en los corazones de los justos, del cual proceden dos actos como dos ramos de una misma raíz, que son amor de Dios y del prójimo por amor de Dios, como cosa que pertenece al mismo Dios. Porque, como suelen decir: quien ama a Beltrán también ama su can. De estos dos actos virtuosos trataremos aquí brevemente, porque cosas más altas que tocan a esta materia se guardan para adelante. Comenzando, pues, por lo menor, que es el amor de los prójimos, fue esta virgen muy amiga de ellos y señaladamente de los pobres, a los cuales llama sus parientes y háceles todo el bien que puede, según su posibilidad. Y después que entró en la religión, tenía siempre por costumbre partir la comida que le daban (que es harto estrecha) para dar a los pobres. Y, andando ella cerca del torno, si algún pobre llega a pedir limosna, dale todo cuanto las porteras tienen guardado para socorrer a las necesidades que vienen, y, alguna vez, no teniendo que dar, pidió licencia a la perlada para dar el escapulario. Y ahora

que es perlada, da cuanto puede de la comunidad, diciendo que hasta los cálices se han de vender para socorrer a las necesidades de los prójimos; y no sólo se dá limosna a los pobres que vienen al torno, mas también a veces se envía a los pobres de la cárcel pan amasado. Y las religiosas, con este ejemplo, quitan muchas veces el manjar de la boca para acudir a los pobres y así se maravillan de lo poco que en el monesterio se gasta y de lo mucho que sale para fuera; y el Señor por cuyo amor esto se gasta, por otra parte lo multiplica todo, porque en este tiempo se ha hecho un gran lienzo de soldetorio, y un coro que, así en la hermosura del beneficio como en la devoción y frecuentación de las religiosas, más parece coro de ángeles que de criaturas humanas.

De esta caridad tenemos algunos ejemplos dignos de memoria. Estaba una monja vieja muy enferma, y habíale dado una locura de no querer comer; y con esto tenía los labios llenos de materia y sangre y muy asquerosos; y, como la caridad es ingeniosa y a esta virgen no le falta ingenio, determinó buscar manera cómo curarla. Por lo cual usó de este medio: entró en su celda, comiendo de un pan. Díjole entonces la vieja: «¿y vos coméis?, ¿qué es eso que coméis? Respondió ella: «es pan bendito de lo del refitorio. Come vos también, como yo de él». Respondió ella: «sí comeré, pero con tal condición que comáis del pan por la parte que yo comiere». Entonces la vieja dio un bocado en el pan y dejólo todo ensangrientado, y díjole que mordiese ella por aquella parte que ella había mordido. Y la virgen, tomando el pan en la mano para morderle por aquella parte, revolviósele el estómago por ser naturalmente limpísima, mas con todo, venciendo con la caridad de esta dificultad, dio otro bocado en el pan, y así, bocado a bocado, hizo comer a la doliente. Esta obra de caridad agradó tanto al Esposo que le apareció esa misma noche y le dijo: «mucho me agradaste en eso que heciste por amor de mí; y por el amargura que en eso recibiste, quiero que bebas de esta fuente de mi costado». Y así bebió allí un licor tan suave que no se puede explicar. Y no contento con esto, «por esto que hiciste (dijo Él), daré salud a esa enferma». Y así se la dio. Había también otra vieja en la misma enfermería, tan sucia y de tan mal olor que ninguna servidora se aplicaba a quererla servir; mas el amador de las ánimas no faltó a quien faltaban sus criaturas, porque apareciendo el Esposo a esta virgen, le mandó que curase a Él en ella, porque estaba enfermo. Oyendo esto la virgen, alegróse tanto de ver que se le ofrecía ocasión para ser ella enfermera de su Esposo que se levantaba muy de mañana y acudía a la vieja y lavaba los orinales y todo lo demás; y no le parecían aquellos olores sino suavísimos olores y limpiaba a la vieja y abrazábala con grande amor, tanto que decía la vieja: «quítate de ahí, María, que te pegaré el mal, que estoy hética». Y, si por acaso alguna servidora llegaba a hacer algo en Servicio de la doliente, pesábale por quitársele la ocasión de aquella buena obra.

Otro ejemplo admirable contaré aquí de la caridad de esta virgen por los prójimos. Siendo esta virgen enfermera y recogíendose a su celda, le mostró Nuestro Señor un hombre que ella no conocía, el cual, estando para morir, no se llevaba consigo sino sus pecados. Y vio ella el ánima de este hombre miserable, tan abominable y tan hedionda que no se puede explicar, y, con todo esto, no quería confesarse. Viéndolo pues ella así, comenzó con muchas lágrimas y entrañable dolor a pedir a Nuestro Señor sanase aquella ánima; mas Él respondió que su justicia pedía que fuese condenada. Pero ella, alegándole con su misericordia, le prometía que no desestiría de su petición hasta ser despachada; mas Él respondía que tal hombre no merecía perdón. Y pasando parte de la noche en esta porfía, finalmente dijo ella: «yo os prometo, Señor, que no tengo de partir de aquí sin que me deis

esta ánima; y, si esto no hiciéredes, no quiero nada de Vos». Y finalmente con esto vencido el Omnipotente prometió a su esclavilla (como ella aquí se llama) que perdonaría esta ánima; y mandóle que se levantase y fuese servir a las dolientes, que era ya hora. Y volviéndose ella a su celda, acabada su odidiencia, vio aquella alma ya clara y hermosa, y el Esposo le daba gracias, diciéndole que por su ruego aquella ánima se salvara. Y estando ella rogando por ella, falleció este hombre con penitencia y su ánima fue llevada al purgatorio; mas la virgen no descansó hasta verla puesta en lugar de descanso.

Oída esta historia, dije yo a esta virgen cómo había osado hablar al Esposo palabras tan estreñidas. A esto respondió que el Esposo lo quería así, porque procedía este atrevimiento de grande amor y confianza en Él. Porque «¿para qué (dijo ella), me descubría Él, el estado de aquel hombre, si no para que yo ejercitase esta obra de caridad y le rogase por él y quedase yo más encendida en el amor de quien tanto hacía por mí?» Otra cosa semejante a esta refiere Gregorio Nacianceno en un sermón que hizo en la muerte de una santa hermana suya, por nombre Gorgonia, de la cual cuenta que, estando muy enferma, se levantó de noche como pudo y se fue a un altar que tenía en su casa, donde estaba el Santo Sacramento, y puesta de rodillas, dijo: «Señor, no me tengo de levantar de aquí si no me dais salud. Así lo dijo y así lo cumplió el Señor que huelga con estos atrevimientos, porque nacen de dos virtudes que Él mucho precia, que son amor y confianza. De la cual también usó Moisés cuando pidiendo perdón por el pecado del pueblo dijo: Señor, si no perdonáis a este pueblo, borraradme del libro en que me tenéis escrito.

Mas, volviendo al propósito principal, hallaremos aquí muchas cosas que notar: la primera es la profundidad de los juicios de Dios, de donde procedió querer salvar un hombre tan perdido y cuasi ya condenado. La segunda es el secreto de la divina predestinación, ca este hombre estaba predestinado para la gloria y tenía el mismo Dios determinado este tan estreño y nuevo medio para que se ejecutase lo que Él tenía ordenado. La tercera: aquí tenemos una gran muestra de la infinita bondad y misericordia de Dios para con los pecadores, para que ninguno, por grande pecador que sea, desmaye ni pierda la confianza, haciendo lo que es de su parte, pues tenemos un Dios tan bueno y tan piadoso. La cuarta es que tampoco pierdan la confianza los que oran, si luego no cumple Dios su petición, ca muchas veces dilata las mercedes para despertar nuestra devoción y hacernos perseverar en la oración, como lo vemos en este ejemplo y también en el de la Cananea, en los cuales, queriendo el Señor por una parte hacer lo que se le pedía, por otra se hacía de rogar porque insistiésemos en nuestra petición. La quinta; aquí veremos cuán grande sea el amor que tiene Dios a sus santos y cuánto quiere honrarlos y cuánto pueden para con Él las oraciones de ellos, pues por ellas algunas veces se salvan los que sin ellas se perderían, como lo vemos en este ejemplo.

Mas, con todo esto, no costó poco a la virgen la salud de esta ánima, porque fueron grandes las persecuciones que los demonios levantaron contra ella. Y así, estando una noche en su celda, saltaron contra ella dos demonios que la quisieron ahogar, y echando ellos la mano en la garganta, acudió la Virgen Nuestra Señora y su Hermosa con grande claridad y alegre vista; y, lanzados fuera los demonios, la consolaron y sanaron, poniéndole la mano en la garganta, diciéndole que no hubiese miedo porque más miedosos iban los demonios. Esto pasó así enteriormente, y los demonios la amenazaban diciendo que la habían de matar y que no habían de descansar hasta quitarle la vida y que ella había de ser

condenada porque les había quitado aquella ánima que era suya. Y una vez estando esta virgen en una escalera sirviendo a una doliente, vino un negrillo y tiró por el pie de la escalera y así la derribó al suelo y fuese dando grandes risadas de lo que había hecho.

Otra vez permitió Nuestro Señor que el demonio levantase entre las religiosas algunas diferencias y desgustos, y andaba el enemigo de toda paz en figura de can muy negro y torpísimo, con la lengua grande de fuera lamiendo por todo el convento sin parar; y comenzábase ya (si Dios no acudiera) a levantar gran tribulación; y la virgen vía este can andar muy solícito por el convento, y encontrándose un día con él, quitóse la cinta y dióle con ella cuanto pudo; esto hizo por tres veces, y a la tercera se fue el can dando grandes alaridos, y luego quedó todo pacífico. Y decía ella que no había cosa que más le atormentase que ver cualquiera turbación entre las religiosas, por pequeña que fuese. A todos quería mucho y así deseaba la consolación de cada una como la suya propia. Decía que antes escogiera padecer todos los trabajos que ver alguna padecerlos: tanto era lo que se dolía del mal ajeno. Y así no cesaba de rogar a Dios por todas, aunque sabía que por medio de ellas alcanzara ella muchas mercedes de Dios, mas que en esto se lo quería satisfacer.

Este hecho nos declara cuánto el espíritu malo procura sembrar discordias en todas las comunidades, porque sabe cuánto gana él en esta mercadería y cuántos pecados se hacen, cuando los corazones están divisos. Y si este es el oficio del espíritu malo, síguese que a éste será contrario el del Espíritu Santo; y por esto nos aconseja el apóstol que andemos muy solícitos por conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, para lo cual alega todas las principales causas que hay de esta unidad, diciendo que todos somos un cuerpo y un espíritu y todos llamados para una misma esperanza de la vida eterna; y que todos tenemos un Señor y una fe y un bautismo y un Padre que es Dios, que mora en todos nosotros. Pues donde hay tantas razones unidas, ¿cómo es posible que haya división? Y sobre todo esto, el mismo Señor nuestro, víspera de su Sagrada Pasión, entre otras cosas, pide a su eterno Padre que todos sus discípulos sean con Él vitalmente una misma cosa, así como el Padre y el Hijo lo son. Y a esto nos convida el profeta alegándonos, demás de la bondad de la obra, la suavidad y alegría que en esto hay, y así dice: mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar los hermanos en uno, que es en esta unidad y concordia. Y la razón de esto da San Crisóstomo diciendo que donde está la hermandad, ahí las prosperidades son mayores, porque se comunican a muchos; y las adversidades son mayores, porque el sentimiento de ellas se reparte por muchos. Mas, aunque esto sea cosa tan buena y tan fuerte, es tan dificultosa de hallar entre hijos de diversas madres y de diversas condiciones que sólo Dios es poderoso para conservarla, y así, entre sus grandezas y maravillas, cuenta el profeta ésta por una: que Él hace morar en una comunidad muchos con una ánima y un corazón, como San Lucas lo cuenta de los fieles de la permitiva Iglesia.

Estando esta virgen un día por la mañana en el coro, vio que entraba en el convento de Santo Domingo un hombre muy mundano y poco arrepentido. Pidió ella con grande instancia a Nuestro Señor que, ya que le mostraba aquella ánima, le diese arrepentimiento de sus pecados para que, confesándose, mereciese el perdón de ellos. Insistiendo pues ella en su petición con muchas lágrimas, fue este hombre mudado y luego se confesó en Santo Domingo a un religioso, al cual dijo que, estando allí, sin venir con propósito de confesarse, súbitamente se hallaba mudado y le pesaba mucho de sus pecados. Y hablando este

religioso que le confesó con esta virgen, le dijo ella lo que pasaba, antes que él se lo contase, y quisiéralo él negar, mas cuando vio lo que ella decía, se espantó mucho, porque realmente así pasaba en la verdad.

Otro caso acaeció a esta virgen, semejante a éste, que fue así: que, estando esta virgen una noche, cerca de las once horas de la noche, abrazada con su cruz en oración cuasi despierta, se le ofreció en la imaginación un hombre que venía por la calle del monesterio con propósito de hacer una grande ofensa a Nuestro Señor; y ella, muy sentida de esto, pedía al Señor en su corazón que atajase esta ofensa suya por el modo que fuese más servido; y veía en espíritu a este hombre tan clara y distintamente que, mostraran, lo conociera. Y pasó así: que en la misma noche y a la misma hora pasaba por aquella calle este sobredicho hombre con la determinación que dijimos; y llegando cerca del monasterio, parando un poco, le vino a la memoria esta sierva de Dios de quien tantas maravillas oía, pensando cuán diferentes pensamientos tenía ella de los que él llevaba; y, estando en esto, le parecía que la veía delante de sí con su hábito de monja, y blanco, y velo negro, mostrándole señales de que quería impedirle su camino. Este hombre súbitamente volvió en sí, conociendo su culpa, y en aquel instante mudó el propósito que llevaba y volvióse a su casa contrito y enmendado. Y él mismo contó este caso, y la virgen dijo también lo que pasó en su corazón. Y conferiendo lo uno con lo otro, fue todo a un tiempo y a una hora. Pues ¿quién, considerando esto, no exclama con el apóstol: ¡Oh alteza de la sabiduría de Dios!; cuán incomprendibles son sus juicios y cuán dificultosos de atinar sus caminos! Estos son los juicios de su misericordia, que alegran las hijas de Judá; mas otros hay de justicia, que atemorizan y espantan, aunque éste también su manera espanta, pues por un medio tan misericordioso y extraordinario llamó para sí un hombre, cuando iba a ofenderle, como llamó a San Pablo cuando iba a perseguir la Iglesia. Estas ocasiones da muchas veces Nuestro Señor a sus siervos para ejercitar su caridad.

Culpas ajenas no las veía esta virgen, porque se tenía por la más culpada de todos; mas cuando Dios le mostraba alguna culpa, no comía ni bebía hasta no ser remediada la persona que la tenía y estar muy cierta de esto, viendo los personales manifiestos. Y, como ella sabía del Esposo cuánto esto le agradaba y que por esto se le mostraba, prometía ella de no levantarse de sus pies hasta ser bien despachada.

I. [Caridad para con el Esposo. Ejemplos]

Y pues hemos dicho de la caridad de esta virgen para el prójimo, digamos ahora algo de la que tiene para con el Esposo. En este tiempo comenzó Él a comunicársele y hacerle muy particulares mercedes y despertarla con muy continuas inspiraciones y aparecimientos, entre los cuales fue uno en que le mostró el grande amor con que amaba a ella y a todo el género humano. Este favor y regalo, de tal manera encendió y prendió el corazón de ella, que, tomada de este nuevo vino del Espíritu Santo, andaba ordinariamente cuasi fuera de los sentidos, de la manera que se dice de San Bernardo, de quien se escribe que al principio de su conversión andaba tan elevado en Dios que a veces perdía el uso de los sentidos, de modo que viendo no veía, y oyendo no oía, y gustando no gustaba; y así comía unas cosas

por otras, muy diferentes. Lo mismo acaeció a esta virgen, por donde muchas veces no sabía dónde estaba, o dónde iba o venía; otras veces, andando por el dormitorio, no atinaba a su celda, hasta que alguna religiosa la encaminaba. Y, porque sintía mucho verse esto, tomó por remedio colgar en la cortina de la celda un velo puesto (como que lo tenía allí para quitársele el olor de tinta, como lo suelen hacer las religiosas), y muchas veces ni aun esto bastaba. También hablaba despropósitos y los ponía por obra, llevando y trayendo unas cosas por otras y a unos lugares por otros.

Una vez, siendo ella refitolera, una religiosa, grande sierva de Dios y muy amiga suya le vino a ayudar a concertar el refitorio. Y, mientras ella ponía las mesas, mandó a esta virgen que fuere apriesa por un cántaro de agua; mas ella iba tan desacordada que, a cabo de rato, entra por las puertas del refitorio con una silla en la cabeza, de la que la otra madre quedó por una parte indignada y por otra espantada de tal desacuerdo.

Siendo también ella vestraria, cuyo oficio es poner a todas las religiosas cada sábado sus tocados en la cabecera de las camas, estaba ella tan alienada que andaba buscando en el claustro las celdas de las religiosas. De estos desatinos tan acertados se cuentan muchos que sería largo de contar.

Sentía mucho la virgen entenderse estas cosas y costábale muchas lágrimas, por parecerle que por esta vía la ternían en buena cuenta, lo cual ella como verdadera humilde, recelaba mucho; así vinieron a competir en su corazón estos dos afectos: ca por una parte deseaba evitar estos loores, y por otra, no pudiendo apartarse del amor del Esposo, que esto causaba, tomó por remedio ponerse en sus manos y entregarse al gobierno y leme de su vida, para que Él la gobernase como más fuese servido.

Creciendo, pues, cada día en el amor del Esposo y en el ejercicio de las virtudes, que de él proceden, llegó la fuerza del amor a estar a tiempos tan arrebatada y tan fuera de los sentidos, como si fuera un cuerpo de palo, y ni con retorcerle los dedos ni con otros tormentos volvía en sí. Y acaeció que una niña traviesa que había en el monasterio, de poca edad y mucha malicia, viendo a esta virgen de esta manera alienada, para probar si esto era verdad le hincó un alfiler en el brazo, mas ni esto bastó para acordarla de aquel dulce y suave sueño en que dormía en que su corazón velaba, aunque, después de vuelta en sí, sintió el dolor. En lo cual podremos conjeturar qué tan suspenso y encendido estaba el corazón de esta virgen en el amor del Esposo, pues elevaba consigo todos los espíritus y fuerzas del cuerpo y así lo dejaba desamparado de todo el vigor y fuerza de los sentidos.

Mas hallóse un muy fácil remedio para volverla en sí, que fue la voz de la obediencia, de que arriba tratamos en el capítulo de la obediencia.

Y aunque éste sea grande argumento e indicio de esta caridad, pero otro hay no menor, que es lo que padece con cualquier palabra tierna que se habla, aunque en común conversación; porque está su corazón tan abrasado y encendido en el amor del Esposo que con cualquier soplo, por muy pequeño que sea, luego arde y levanta la llama, quiero decir que con cualquier palabra que se le diga o ella piense del Esposo, a la acordándose de las pajas del pesebre del niño Jesús, luego es ida; y, si le hablan de trigo, acordándose que el Esposo se llama grano de trigo, hace otro tanto. Y platicando una vez de la provisión del

monesterio y diciendo que tenían necesidad de cebada para las bestias y de aceite, vínole a la memoria que el Esposo en los Cantares se llama olio derramado, y en medio de la plática quedó fuera de sí. Y diciendo yo a una doliente: Dominus opem ferat illi super lectum doloris eius, en oyendo esta palabra y acordándose del lecho del esposo, padeció lo mismo. ¿Qué diré? Picando un cantero una piedra, saltó una centella y esto bastó para arrobarla. Acordándose del fuego del amor divino, finalmente, su corazón está como una pólvora muy seca, que cayendo en ella una centella de alguna palabra devota, luego arde. De donde procede que los que quieren negociar con ella procuran de no decir palabra devota, porque no los deje al mejor tiempo. Y, preguntada si está en su mano resistir a estos raptos, responde que no puede más.

Diciéndole una vez su padre confesor que los santos en el cielo siempre están amando, sin poder dejar de amar, preguntando ella si era posible en esta vida hacer otro tanto, y respondiéndole que esto no era posible en esta vida por las ocupaciones y necesidades de ella, respondió la virgen: «pues yo conozco una persona que estando dormiendo esta amando». Y, declarando cómo esto era, dijo que se acostaba amando actualmente y así, en el sueño perseveraba en ella este mismo amor, hasta que la fuerza de él la despertaba.

Y, siendo preguntada qué palabras decía despertando, no se atrevió a decirlas por ser amorosas, mas dijo que las escribiría. De modo que también en el amor santo ha lugar lo que el poeta dijo:

Dicere quae pudit, scribere iussit amor.

Finalmente, apretada por el padre confesor respondió que decía estas palabras: «¡Oh, guarda mía!, vuestro amor no duerme ¡Hermosura mía!, guardadme en vuestro amor este día.» Por aquí entenderá el prudente lector la vergüenza virginal y honestidad de esta virgen, pues esta llegaba a no osar decir estas palabras por ser tan amorosas. Y en decir: «vuestro amor no duerme», da a entender lo que ya dijimos: que durmiendo estaba amando.

Otra vez este padre confesor decía que juntando en uno el amor de todos los serafines y de todos los espíritus bienaventurados y de la Virgen Nuestra Señora y de la ánima de Cristo, Nuestro Salvador (cuya caridad es tan grande que, como dice el apóstol, sobrepuja todo conocimiento aunque sea de ángeles), a todos estos amores, tomados así juntos, faltan infinitos grados para llegar a la medida del amor que se debe a aquella inmensa e infinita bondad de Nuestro Dios. Ca todos estos amores, con ser tan grandes, son finitos, porque son de criaturas; mas a aquella infinita bondad se debe por derecho infinito amor, el cual no se halla en todo lo criado, sino en solo el Criador. Y oyendo esto la virgen quedó alienada para un espacio y, estando así, dijo estas palabras: «aprieta, aprieta». Preguntada, pues por el dicho padre, cuando volvió en sí, qué vio en aquel rapto, respondió que había visto un fuego infinito, y que de él saltaba una centella acá fuera y que ella decía que acudiesen a gran priesa a juntar aquella centella con aquel grande fuego para que no se apagase; dando a entender que todo el amor de las criaturas, comparado con el que se debe al Criador es como una centella; y, porque ésta no se apague con los vientos de los peligros y ocasiones de esta vida, conviene muy aprieta, esto es, con suma diligencia, trabajar por juntar nuestro amor con aquel grande amor con que Dios se ama, para que así se conserve en él. Porque,

como la caridad en esta vida esté como fuera de su elemento, corre peligro de perderse, si no se fomenta con la consideración de todo aquello que nos puede incitar a este amor.

Y una de las cosas que ayuda a esta virgen para lo dicho es el libro de los Cantares, que ella entiende muy bien, aunque esté en latín, y retiene en la memoria mucha parte de él; y es tan grande el gusto que recibe con esta escritura como si para sola ella se escribiera. Y conforme a esto, representa ella en sí el oficio de esposa y aplica a sí todas las palabras que el Esposo dice a aquella esposa, como cuando la convida que venga a Él a grande priesa, diciéndole: levántate, y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es suave, y tu carne hermosa. Con el ejercicio de estas tan amorosas palabras y de las virtudes que habemos aquí referido, ha crecido el amor de esta virgen mucho más de lo que se puede encarecer; y cuando aquí dice de la esposa que mora en los agujeros de la piedra quiso el Espíritu Santo significar que esta esposa tiene por morada y continua meditación las llagas de Cristo crucificado, que es piedra fundamental de la Iglesia Cristiana. Pues en estos agujeros comenzó a morar esta nuestra paloma dende que era novicia, y en esta misma morada habita también agora; y contemplando en ellos esta obra de amor que Dios nos descubrió en este misterio, crece en ella el mismo amor junto con una grande compasión de lo que el Esposo por ella padeció; lo cual crece tanto en la semana santa que los tres días de ella, que son miércoles, jueves y viernes, persevera sin comer bocado. Y, preguntándole yo por esto, me respondió que, traspasada su ánima con el sentimiento de los dolores que su Esposo estos días padeció, no puede comer bocado y, siendo tan flaca y dilicada, persevera estos días ayuna, y más agora, siendo perlada, haciendo el mandato y lavando los pies y manos de sus religiosas, andando siempre de rodillas.

Síguense unos coloquios amorosos que esta virgen escribió por su mano, con que se ejercitaba en el amor del Esposo

Conviene al ánima que desea hallar a su Esposo Jesús que niegue a sí misma y se haga una cosa con Él, teniendo un mismo querer y no querer. Conviene, oh ánima amorosa, que, pues te has de unir con Dios con unión de amor, que desfallezca tu amor en ti por perfecta abnegación de tu propio amor y tu propia voluntad, de modo que ninguna cosa quieras sino al mismo Jesús y lo que Él quiere. El amor que es puro y libre, en todas sus obras endereza su fin a Dios con una intención pura y sencilla. Grande es el poder de este amor, pues él entre todas las virtudes puede hacer al ánima una cosa con Dios. ¿Qué mayor descanso que no tener otro querer sino el de su amado?, ¡Oh cuán con poco trabajo se gana tanto!

Una de las cosas que es menester para alcanzar este amor es una fe grande y confianza viva en Dios, desechando vanos pensamientos y deseos que ocupan al ánima y impiden la unión del amor. Aquella ánima que, confesada de sus pecados, se arroja en los brazos de Dios con esta finísima fe, no tiene por qué temer, porque Dios es fidelísimo y no falta a los que confían en Él. ¡Oh Señor mío y Dios mío!; ¿cuán dichosos son los que Vos aman y cuán felices los que esperan en Vos!; porque cierto es que Vos amáis a los que Vos aman, y

no desamparáis a los que en Vos ponen todas sus esperanzas. ¡Oh amor dulce de las ánimas humildes!, ¡cuán suave sois y cuán deleitable! ¡Oh amor santo, oh amor de los limpios de corazón!, ¡qué blando y benigno sois a los que Vos buscan! ¡Oh amor mío, dulce Jesús!, ¡cuánta suavidad cuánta dulzura, cuánta alegría, cuántos deleites aun en esta vida dais a las ánimas que Vos aman, y aun en los trabajos y afrentas (si este nombre pueden tener), estáis derramando grande suavidad en los corazones de ellos! Bien dice la esposa en los Cantares, que vuestro nombre es unguento derramado. Pues, oh amor, si en las cárceles y trabajos dais tantos gustos y consolaciones, ¿qué será en la patria? Seguid, hermanas, este vuestro Esposo por onde quier que fuere y no podréis errar; corred con vuestras compañeras sus esposas en pos de Él, y no haya cosa que os aparte de su amor, sin el cual nadie le puede agradar. Es tan enamorado de esta virtud de la caridad que, mirando la esposa que con ella está vestida y adornada, con grande amor le dice, Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, heriste mi corazón; y no se harta de hablarla de hermosa y bien ataviada en todas las cosas. Estas dilicias no hay lengua que las pueda declarar porque sobrepujan todo lo que el entendimiento humano por sí solo puede comprender.

Dice el Esposo hablando con el ánima devota: llevarla he a la soledad y hablarla he al corazón. ¡Oh esposas de este Señor, oh almas criadas para tanto bien!, corred y no os detengáis, para que gocéis de las delicias y suavidad de este Señor y no haya cosa que os detenga en este camino; corred al palacio del Esposo, que llama a cada una de vosotras diciendo: levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, y viene a mí. Este es Señor tan deseoso de enriquecer las esposas de sus bienes, que unas veces las llama que se den prisa, y otras veces Él mismo llama a la puerta diciendo: ábreme, hermana mía y amiga mía. Mi dulce Señor, ¿quién no arderá en vuestro amor, y quién se podrá esconder de vuestro resplandor, pues vos sois más deseoso de darme este amor que yo de buscarlo? Y ¿quién durará de hallarlo, si perseverara en buscarlo en cuidado, pues Vos, mi Dios, nos convidáis a buscarlo y salís al camino a esperar al que Vos busca? ¡Oh dulce amor!, cuántos modos buscastes para llevar a Vos las ánimas que redemistes y ni agora cesáis de llamarlas para las bodas del cielo, por todas las vías, ora viniendo a ellas, ora llamándolas Vos. Venid señor mío; venid, suave amor mío; venid, única esperanza mía; venid, Dios de mi corazón; venid, padre mío; venid Vos, todo mi bien. ¡Oh verdad que nunca falta!, Vos decís: yo estoy llamando a la puerta; quien me abriere, cenará conmigo. ¡Ah, Señor mío!, entrad en mí, que vuestro es este corazón, y el ánima y la voluntad todo está abierto para Vos. Entrad, amor, y cerrad la puerta; sellalda con vuestro sello. ¡Ah, Señor! sea luego. ¿Qué es lo que Vos detiene? Vos queréis y yo a solo Vos quiero. Pues ¿qué es esto?, ¿qué tardanza es esta? De mí viene esta dilación. Vos sólo la sabéis, y Vos sólo la podéis remediar, y, pues tenéis para eso el poder y el querer, veisme aquí, Señor; cortad por donde quisiéredes, porque todo soy vuestra, y en vuestras manos me pongo. Tomad esta voluntad y haceldad una con la vuestra. ¡Oh mor!, ¡oh Señor! no tardéis, porque mi ánima desfallece por vuestro amor. ¡Oh corazón mío!, no se sufre más esperar; venid, daos prisa. Ecce dilectus meus. Este amad, por éste morid, en éste venid, en éste sean vuestros deleites, a éste buscad, en este bien descansad, aquí por amor, allá en gloria sin fin.

Otro coloquio amoroso

¡Oh amor mío, dulce Jesús! ¿quién Vos hizo venir del cielo a la tierra? El amor. ¿Quién Vos hizo sufrir tantos y tan terribles tormentos hasta la muerte? El amor. ¡Oh fuerte amor más que la muerte!, ¡oh grande fuerza, que venciste al invencible!, ¡oh amor, de lo que era ya perdido remediador! Pues, dándonos a Dios, nos diste vida, gloria, alegría, gracia, perdón y remedio y todo lo que en Dios había, cuando abrasado en caridad lo vestiste de nuestra mortalidad, vistiéndonos Él de su divinidad. Ya no haya, Señor mío, corazón que no sea de ti poseído, pues en ti está lo que sólo harta y da cumplido reposo. Haz, Señor, que éste mío en ti sea consumido y que, abrasado de ti, viva sólo para ti, pues Tú Señor, diste tu vida toda para mí. Haz que yo sea en ti transformada y no viva ya más para mí, sino para ti. ¡Oh dulce maestro, oh dulce guía, y suave amor, Jesús! ¡Cuán dichosos son aquellos que de ti son poseídos y de ti son sustentados y abastados! Poned vida, ¡oh dulce esposo mío! Hacedme que Vos conozca, porque quien Vos conoce él Vos ama, desprecia a sí y ama a Vos más que a sí. ¡Oh alegría de mi corazón!, cuán dichoso es aquel que halla este tesoro de vuestro amor. Vos dejisteis que el que tuviese su corazón vacío de todo otro amor peregrino hallaría el vuestro.

Este tesoro quiere ser buscado con mucho cuidado, con suma diligencia, con limpio corazón, con pura intención, con fe firmísima, con un cuidado sin otros cuidados, con ojos de paloma. Quiero decir que sólo me vea a mí, de tal manera que solos mis defectos me parezcan muy grandes y los de los otros muy pequeños. Y quien de veras busca la verdad eterna no se ocupa en otra cosa sino en lo que desea y en lo que le falta para alcanzarlo. Este camino no sufre dilación, el que mira atrás ya pierde jornada. Por esto ¡adelante!, ¡adelante!, puestos los ojos en este bien en que tanto nos va, no hay cosa que os haga volver atrás. Si lo deseáis, aquí lo tenéis. Dejaos a vos y hallarlo heis. No se niega este amor a quien lo busca de todo corazón, porque Él es benigno, manso y piadoso y amador de un corazón humilde, limpio, confiado en Él y desconfiado de sí. Este tal, Señor mío, os hallará y Vos os manifestaréis a él, y verá vuestra deseada faz y hablaréis a su corazón palabras de vida.

Y, porque el ánima se puede por esta vía de amor unir a Él, conviene disponer la memoria, vaciándola de todo el vano, ocioso y mal pensamiento. Vaya, pues, todo fuera, todo fuera cuanto hay en el mundo. Sólo el corazón sea de Aquél que todo se os ha dado por vos. ¡Oh corazón, que sólo para amar fuistes criado!, todo fuera cuanto hay en la tierra, por amor de Aquél que todo se dio por ti. Pues todo aquello que se abraza con alguna demasiada afición pone impedimento y medio para unirse el ánima con Dios, el perfecto amor levanta la criatura sobre sí y sobre todas las cosas y sobre todas ocupaciones, y con grande ímpetu de espíritu se transporta en Dios y en Él reposa como en su centro y último fin.

¡Oh amor!, ¡oh dulzura!, ¡oh bondad! Quien te gusta no sabe vivir sin ti. ¡Oh hermosura!, ¡oh tesoro de todos los bienes!, ¡lumbre de mis ojos, oh dulce y suave Jesús! ¿Qué corazón hay tan de piedra que no se ablande y derrita con vuestro amor? ¡Oh Dios de mi corazón y de mi vida, oh fuego abrasador de corazones no hay corazón que de este bien sea excluido; mas abrasad, Señor, a todos con vuestro amor, para que veamos que Vos solo sois digno de ser amado, pues amáis y sois amor y amador.

Fundaos pues, hermanas mías, en este amor, porque donde éste entra, todas las virtudes trae consigo, y ninguna permanece ni es segura sin Él; porque quien ama es humilde y obidiente y amador de todas las virtudes. Sed pues muy enamoradas, porque importa esto mucho, mucho, mucho; y, después que lo experimentáredes, sabréis cuánto más importa esto de lo que digo. Pues quien quisiere tener conocimiento de Dios, ame; quien quisiere ir al cielo, ame; quien quisiere tener vida bienaventurada, ame; quien quisiere vivir contento y consolado, ame; quien quisiere gustar cuán suave cosa sea Dios, ame; quien quisiere carecer de los tormentos de la vida y de la muerte, ame; quien quisiere poseer un bien en quien están todos los bienes, ame; quien quisiere salir vencedor en las batallas espirituales de esta vida, ame; quien quisiere triunfar de la muerte, del mundo y del demonio, ame; quien quisiere agradar a los ojos del Esposo celestial, ame; porque sin amor nadie le agrada y con él todo le agrada. Este amor, per se sufficit, per se placet, ipse meritum, ipse praemium sibi est. Alégrese el corazón humilde de los que buscan al Señor, pero mucho más el de los que hallan; porque, si es cosa dulce buscarlo, cuánto más lo será hallarlo. El amor todo lo prevee, y, doquier que llega, todo lo ordena a su amado. Quien quiere hallar este tesoro tan precioso no debe descansar. El acertar en este camino es humillarse y no poner el gusto en las cosas de la tierra que tan presto se acaban. ¡Oh amor!, ¡oh Señor!, ¡oh, quién alcanzase ya este amor, esta gracia, esta misericordia, esta lumbre, estas riquezas! Este tal no tiene ya qué desear, pues ya tiene a Él que solo merece ser deseado. ¡Oh vida, oh dulzura y bondad!, quien una vez gusta de ti no puede vivir sin ti; y éste no vive ya para sí, sino para ti; porque en ti y por ti (y como Tú eres la misma vida y dador de vida) vive, porque Tú quieres que viva. ¡Oh dulce vida! ¡oh dichosa vida!, ¡dichosos los que viven en ti!

Coloquio amoroso más breve

¡Oh único amado del corazón y de la pura enamorada ánima que te tiene en los brazos! ¡Cuán bien entienden esto aquellos que lo espirementan! ¡Oh bien incomprehensible, que merece ser amado entrañablemente! Cuán alegre, cuán bienaventurada y cuán suave es esta brevecica hora en la cual te amamos en esta vida presente. Mi ánima sea todo derretida con las suavísimas palabras de su Amado. Dice el Esposo a la esposa en los Cantares: aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar. ¡Oh Esposo mío!, no apartes de mí esos tus ojos, porque sin ellos no podré yo volar. Y ¿qué digo?, oh robador de mi ánima y ladrón mío, enséñame Tú, Señor, que yo no sé lo que me digo. Suene tu voz en mis oídos, porque mi ánima se derritió cuando oyó la voz de su Amado. ¿Qué corazón hubo jamás tan de piedra, que ánima tan helada y fría, quien a las dulces y divinas y amantísimas palabras tuyas (que echan de sí un sobrenatural fervor) no se ablandasen y inflamasen con tu suavísimo amor? Maravilla grande es y admirable sobre toda admiración, si alguno te contemplare de esta manera con los ojos interiores de su ánima y no se derriere todo su corazón en tu amor. ¡Oh, verdaderamente bienaventurado aquel amador cuya ánima merece llamarse esposa tuya! ¡Cuán gran consolación, y cuán suave y celestial, saca de ti; cuántas blanduras secretas recibirá de tu amor! ¡Oh, Señor mío, si yo fuese digna que mi ánima se llamase amadora tuya! ¡Oh, bienaventurado aquél que Tú haces digno de tu suavísima amistad! Tu

conversación purísima, espejo de honestidad y pureza, tu faz graciosísima, de tu boca salen palabras de vida.

Esto baste agora para alguna declaración de la caridad de esta virgen; lo demás quedará para adelante.

Capítulo XII

De la paciencia y fortaleza a que el Esposo exhortaba a esta virgen

Dicho de la caridad de esta virgen, será razón decir también algo del principal efecto de esa caridad, que es desear padecer trabajos por amor de Dios. Y así, uno de los principales efectos que obraba este amor en su ánima era desear padecer mil muertes por Él; y no se contentaba ella con padecer cualquier linaje de muerte, sino recreábase diciendo que, tajadica a tajadica quería que fuesen cortados todos los miembros de su cuerpo, para que el padecer, durase por más largo espacio.

Mas, para entendimiento de esto, se debe notar que, como el fin de la ley y de todos los mandamientos divinos sea la caridad (como el apóstol dice), y en esa caridad haya muchos grados, unos más perfectos y otros menos; entre los más perfectos es uno desear padecer trabajos por amor de Dios, y alegrarse y gloriarse en ellos, como lo dice San Pablo; y como lo hicieron los apóstoles cuando fueron azotados por amor de Cristo; y así mismo los santos mártires, muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecieron voluntariamente a los tormentos por Él. Este parece el más alto grado de la caridad y de la perfección humana. Por lo cual, alabando el Señor a su apóstol San Pablo, y habiendo tantas gracias y virtudes que alabar en él, de ésta señaladamente hizo mención diciendo: yo le enseñaré a él cuántos trabajos le convenga padecer por amor de mí.

I. [Diversos aparecimientos]

Pues a esta manera de paciencia y fortaleza animaba el Esposo siempre a esta su esposa con diversos aparecimientos. Porque una vez le apareció el día de la Exaltación de la Cruz, muy de mañana, estando ella en sus sentidos, con una grande cruz. Entonces cayó ella en tierra a sus pies y Él le dijo si quería aquella cruz. A esto ella respondió: bien sabéis Vos, Señor, que ninguna cosa más deseo en la vida que ésa. Y pasando muchas palabras amorosas, abrazada con la cruz, la llamaba esposa, hermosa y lecho suavísimo de flores, las cuales el Esposo tenía plantadas en su huerto, al cual ella le convidada que viniese, para que fuese digna de ser llevada al huerto del Esposo diciéndole Él: veni in hortum meum, soror mea sponsa. Estando de esta manera ella de rodillas abrazada con la parte más baja de la cruz, allí la apretaron tan recio con ella que le pareció morir, por el gran dolor que sintió y reventóle mucha sangre, así del pecho como de la cabeza; y díjole entonces el Esposo: determino por esta vía hacerte semejante a Mí, y, dicho esto, desapareció.

El día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz y le dijo: quiérote mucho, porque eres amiga de la cruz; conviene saber, de los trabajos que se entiende por ella. Y en esto sintió un tan gran dolor que la despertó y volvió en sus sentidos; y por aquí entendió que luego el Esposo quería que probase por experiencia los trabajos y dolores a los cuales Él por aquella visión la convidaba.

Y no sólo por la figura de la Cruz, como arriba declaramos, sino también por figura de cáliz (que significa lo mismo), la exhortaba a padecer. Y así un día de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, estando en el coro alto, después de dichos los maitines muy solemnes, y estando ella arrimada a un altar de nuestro Padre, que está en el mismo coro, tuvo un grande raptó, conforme a la dignidad de aquel día; porque en las mayores fiestas comúnmente goza ella de alguna fiesta que el Esposo le hace. Pues, en este particular raptó, vio al Esposo en el aire con un cáliz en la mano, el cual arrimó a la llaga de su sagrado pecho y lo hinchó de un preciosísimo licor, y entrególo a nuestro glorioso Padre Santo Domingo, para que lo diese a esta virgen. Con lo cual fue tan grande el ímpetu del Espíritu y el deseo de beber de este cáliz, que juntamente con el espíritu, se levantó el cuerpo de la tierra, para tomar el cáliz y beber aquel licor precioso que le ofrecían; en el cual halló tan grande suavidad que con ninguna palabra se puede explicar. Y en el nombre de cáliz entendió los trabajos a que la exhortaban, y en la suavidad del licor, que contenía la suavidad y alegría que reciben con esos trabajos los que intrañablemente aman a Dios.

Otro aparecimiento hubo, después de éste. Y, para esto, es de saber que, así como este Esposo desea ser amado, así huelga con las palabras significativas de este amor. Por esto preguntó a la Magdalena, cuando lloraba par del sepulcro: mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Pues sabía el Salvador lo uno y lo otro, pero hízole esta pregunta, porque así la pregunta como la respuesta enternece mucho el corazón de esta grande amadora de Cristo. Porque preguntar por qué lloraba era traerle a la memoria las causas de su dolor. Otra semejante a ésta acaeció a esta virgen en una imaginaria visión, donde vio el Esposo acompañado con la Santa Magdalena y Santa Catalina mártir, y Santa Catalina de Sena y San[ta] Inés, la cual traía consigo un cordero y una cruz en la mano. El Esposo, pues, deleitándose con la pureza y amor de estas santas, preguntó a esta virgen cuál de ellas le amaba más. A esto respondió ella: Vos, Señor, sabéis que yo Vos amo mucho; más quién Vos ama más Vos lo sabéis. Entonces le entregó el Esposo aquella cruz que San[ta] Inés traía, como si le dijera: pues que tanto me amas, abraza esa cruz, esto es, aparéjate a padecer trabajos por mi amor.

Otra vez, estando en cama, siete veces sangrada, le apareció nuestro glorioso Padre Santo Domingo con una grande cruz. Dijo entonces ella: ¿qué es eso, Padre mío?, ¿con ese ramo me acudís sobre siete veces sangrada? Este es (dijo él) el que tú deseas y el que agora quiere el Esposo que abrace. Más es agora de saber que en esta santa casa se tiene por estilo, cuando sangran alguna religiosa, traerle algún ramo o agua olorosa, o cosa semejante, para refrigerio de la doliente, y a ésta llaman ramo. A este propósito dijo la virgen aquellas palabras, entendiendo por esta visión que la voluntad del Esposo era padecer trabajos por su amor, a lo cual la exhortaba con aquella grande cruz.

Por todos estos aparecimientos animaba el Esposo a esta su esposa a padecer trabajos y alegrarse en ellos por su amor. Y, entendiendo por estas liciones cuánto agradaba al Esposo

el padecer, creció tanto en ella este deseo que no se contentaba con desear poner la vida por Él, sino con grande amor y fervor de espíritu decía que deseaba la hiciesen mil pedazos por Él, y que, después de muerta, tornase a resucitar para padecer otra vez por Él; y así otra vez y otras veces muriese y resucitase para lo mismo. Este es el lenguaje de amor el cual no entiende sino el que ama, como San Bernardo dice. Mas quien hubiere leído el martirio de San Clemente, obispo de Ancira, que está en la segunda parte de nuestra Introducción del Símbolo, no extrañará este afecto y deseo de nuestra virgen; pues allí leerá que este santo obispo pidió a Nuestro Señor que toda la vida que viviese padeciese siempre diversos martirios por Él; y así, por espacio de veinticuatro años, padeció diversos martirios, ejecutados ya por unos tiranos, ya por otros; porque, cuando uno quedaba vencido, remetíanlo a otro, que con otros nuevos tormentos lo martirizase; y, de esta manera, se pasaron todos estos años susodichos.

II. [Paciencia y fortaleza, necesarias para la perfección]

Mas, volviendo al propósito, la causa porque el Esposo por tantas vías y aparecimientos exhortaba a la virgen al amor de los trabajos era no sólo por encender su corazón deseo de derramar su sangre por Él, sino también porque, como Él quería que su esposa fuese perfecta, era necesario que estuviese esforzada para los trabajos que se requieren para alcanzar esta perfección, sin los cuales no se alcanza. Porque apenas se da paso en este camino (a lo menos a los principios hasta hacer hábito en la virtud), que no cueste sangre y trabajos. Porque los ayunos, las oraciones continuas, las vigilias, las disciplinas, la cama dura y la áspera vestidura y otras asperezas semejantes no se hacen sin trabajo y sin vencer la naturaleza, que es amiga del descanso y enemiga de trabajo. Pues ya mortificar los apetitos y pasiones y propias voluntades y los siniestros de las malas inclinaciones con que muchos nacen, cuánto trabajo y cuánta diligencia cuesta. De aquí es que Salomón en sus Proverbios, a cada paso, de propósito y fuera de propósito, está tirando saetas al perezoso y negligente, denunciándole la perdición que por esto le ha de venir; y por otra parte está exhortando al trabajo, a la diligencia, a la paciencia y fortaleza para vencer todas estas dificultades y contradicciones susodichas. Y así en un lugar dice: la mano floja y remisa acarrea consigo pobreza, mas las manos de los fuertes son las que adquieren las verdaderas riquezas. Y en otra parte dice: la mano de los fuertes alcanzará señorío y victoria contra sus enemigos, mas las manos flojas y remisas pagarán tributos, esto es que servirán a los apetitos de su carne y de sus propias voluntades, que son los tributos que el príncipe de este mundo pide a sus vasallos. Estas mismas sentencias repite muchas veces este gran sabio como quien entendía que el fundamento y la raíz de todo nuestro aprovechamiento consiste en sacudir de nosotros todo género de pereza y negligencia, y abrazar la cruz de los trabajos, que para lo dicho y para alcanzar todas las virtudes se requieren; pues todas ellas están cercadas con un fuerte muro de dificultad y trabajo, el cual se ha de romper con esta fortaleza, para apoderarse el hombre de la virtud que con él se alcanza. Pues ¿qué cosa hay en todo lo que aquí se ha dicho, para que no sea necesario esfuerzo para vencer la naturaleza corrupta por el pecado? Por lo cual, declarando San Juan Clímaco qué cosa era ser monje, dijo: monje es perpetua violencia de naturaleza y guarda solícita de los sentidos, para que no se nos entre la muerte por ellos.

Mas aquí es mucho de notar que, cuan necesaria es esta fortaleza para la conquista de las virtudes, tan dificultosa es de alcanzar, lo cual no calló el mismo Salomón (que tanto nos exhorta a ella) cuando dijo: mujer fuerte ¿quién la hallará? Muy lejos y en los últimos fines de la tierra está el precio de ella. En las cuales palabras muestra la dificultad de esta virtud, dando a entender que no se halla luego a tras mano (como dicen), sino que es necesario andar mucho camino y trabajar mucho por alcanzarla, y que el precio porque se compra es muy caro, que es la victoria de sí mismo y mortificación del amor propio. Y por ser esta materia muy importante para la vida espiritual, no me extrañe el piadoso lector, si a lo que tengo dicho añadiere un punto.

III. [Difícil vencimiento del amor propio. Un caso en la vida de esta virgen]

Es pues agora de saber que, así como la virtud de la verdadera humildad es muy dificultosa, porque tiene un grande contrario, que se ha de vencer para alcanzarla, que es el apetito de la honra, y de la propia excelencia, a que los hombres son muy inclinados, así esta fortaleza es no menos dificultosa de alcanzar, porque tiene otro más poderoso contrario, que es el amor propio con todos los afectos que de él proceden, que es la más vehemente de todas nuestras pasiones y la raíz y fuente de todas ellas. El cual amor propio es enemigo de todos los trabajos y, por el contrario, amigo de todos los regalos y descansos. Porque quiere comer y beber y reír y gozar y holgar y pasear y hablar y conversar doquiera que halla algún refrigerio; quiere la cama blanda, la mesa rica, la vestidura preciosa, la familia grande, la casa espaciosa y, finalmente, quiere todo aquello que a la carne agrada y huye de todo lo que le amarga. Y todos estos apetitos y deseos ha de vencer el que desea alcanzar esta fortaleza que decimos; y así no pelea contra un solo enemigo, sino contra todo este ejército que trae consigo el amor propio. Y por esto hacía oración el profeta cuando decía: Ten compasión, Señor, de mí, porque el hombre me ha pisoteado, el día me ha hecho guerra, y atribulado; porque son muchos los que pelean contra mí. Y por este hombre entiende el profeta el hombre viejo y terreno, donde reina el amor propio; y por esta muchedumbre de combatientes entiende los afectos susodichos, que nacen de esta mala raíz, cuando se desordena. Por donde se entiende la dificultad que hay en alcanzar esta fortaleza, pues para ello es necesario vencer todos estos enemigos; por donde no es de maravillar que el Esposo celestial por tantos modos exhortase a esta virgen al amor de la cruz y de los trabajos que se requieren para llegar a la perfección y, juntamente con esto, la prevenía y apercebía para sufrir los dolores de las llagas que adelante trataremos.

Otro caso añadiré a los pasados, el cual, aunque lo pongo en este capítulo de la paciencia, no menos pertenece a los de la mansedumbre y de la humildad, por ser estas tres virtudes muy hermanas entre sí y ayudarse las unas a las otras. Porque, bien mirado, la mansedumbre y la humildad son como esmalte de la virtud de la paciencia, porque puede haber paciencia en una injuria, pero con desabrimiento y amargura de corazón, la cual curará por una parte la virtud de la humildad, haciendo que el hombre se abaje y humille, reconociéndose por merecedor de todas las injurias; y por otra parte la mansedumbre, haciendo al hombre sufrir aquella injuria con un corazón manso y quieto y fuera de toda

aquella alteración interior y exterior. Y en estas dos virtudes fue esta virgen tan extremada que alguna vez se me representaba ser esta la causa por que el Esposo celestial tanto la ama, de que dan testimonio tantos aperecimientos y favores que le hace, porque, como la semejanza sea causa de amor, estas dos virtudes hacen al hombre semejante a aquel Señor, que dice: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

Mas, antes que refiera este trabajo, diré de la manera que Nuestro Señor le apercibió para él, en lo cual se verá la prudencia paternal que tiene de sus siervos, probándolos con trabajos y dándoles fuerzas para sufrirlos. Porque, estando ella en oración, le apareció el Esposo con una grande cruz, esforzándola a llevarla, lo cual ella aceptó muy confiada en Él. Y es de notar que, todas las veces que había de tener algún trabajo, la preparaba Nuestro Señor con mostrarle una cruz; mas hubo en esto una diferencia: que este tiempo le mostraba estas cruces solas, sin las traer nadie, y agora, de algunos años a esta parte, Él mismo las trae, y, algunas veces, se las envía por nuestro Padre Santo Domingo.

El caso fue que un hermano de esta virgen, queriendo ir a la jornada de África y llevar un hijo solo que tenía, dejó en el convento de la Anunciada dos hijas suyas muy mozas, en hábito de monjas, con intento que, llegando a edad, hiciesen profesión; y dejólas muy encomendadas a esta virgen, su hermana, que mucho amaba; y ella las criaba en buenas costumbres y las amaba como a hijas, y ellas a ella como a madre. Subcedió, pues, la pérdida del Rey Don Sebastián y de su gente, y, hasta el año de en que esto aconteció, no había nueva cierta del hermano y sobrino de esta virgen. Y, porque, siendo muertos, la mayor de estas mozas quedaba heredera de un buen mayorazgo, aprovechándose pues el demonio de esta ocasión, ordenó que un caballero principal, tío de estas mozas, hermano de su madre, se persuadiese que pretendía nuestra virgen casar su sobrina, heredera de su hermano, con un pariente suyo (cosa muy lejos de su pensamiento, porque lo que deseaba era hacerlas santas). Persuadido este caballero de esto, se vino al locutorio del convento y, mandando recaudo a esta virgen, vino ella segura e inocente de lo que subcedió. Mas este caballero, como venía colérico, le dijo palabras muy ásperas y afrentosas, porque, entre otras, le dijo que era una desvergonzada que quería entregar su sobrina y la casa de su padre a un tal y cual y que él publicaría sus maldades, para que fuese conocida por ellas; y que no merecía tratar con ella de lo que determinaba hacer. Y, mandado que le llamasen la madre priora del convento, y en su presencia y de tres monjas, le dijo las mismas injurias y otras muy feas palabras; y por escarnio le dijo: «esta es la Santa Catalina de Sena que a mí me dicían, de quien pensábamos que por sus merecimientos nos había Dios de librar de tantos trabajos. Bien sé yo quién vos sois, yo diré al mundo lo que tiene en vos».

A todo esto respondió la virgen: «yo no soy Santa Catalina de Sena, mas por [su]f[r]ir semejantes cosas a ésta vino ella a ser santa. Todo esto que me dice yo lo merezco; mas, porque son cosas indignas que se digan en presencia de una tal perlada y de un tan grave convento, me voy». Mas, sin embargo, de eso, aquel caballero mostró a la priora provisiones y obediencias que traía para sacar del monasterio las dos mozas, que aún no eran novicias. Entonces nuestra virgen se fue al coro, delante del Santísimo Sacramento, como a lugar de su refugio, a pasar allí su trabajo; y las mozas fueron sacadas del convento con grande fuerza, aunque a la mayor no se hizo mucha violencia; mas la menor, no pudiendo sufrir esta fuerza, huyó para el coro y se escondió detrás de una imagen de Nuestra Señora, y de ahí fue sacada por fuerza. Mas, viendo ella a su tía en el coro, se

abrazó muy recia con ella diciendo: «mi señora y mi tía, ¿cómo podré yo vivir sin vos?» Mas nada de esto le aprovechó para dejar de ser arrancada de los brazos de la amada tía, la cual estaba toda bañada en lágrimas. Pero conformóse en todo con la voluntad de su Esposo, el cual la consoló en esta aflicción, como hizo en otras; porque, de ahí a pocos días, se supo la verdad de su inocencia. Y no es de callar que la niña que se acogió a Nuestra Señora la volvió a recoger, para que, pasadas las alteraciones susodichas, vino a tomar el hábito al mismo convento. Y su tía, siendo priora, la recibió y le dio la profesión con mucha solemnidad y alegría común de todos. De esta manera suele Nuestro Señor responder por los que callan y defender a los que en Él ponen su confianza como lo hizo en la Magdalena, que, siendo una vez condenada en el corazón del fariseo, y otra vez por los discípulos que sentían la pérdida del unguento que derramó sobre la cabeza del Salvador, Él tomó la voz por ella y ambas veces la defendió. Y, como sabía esto Moisés, animaba a su pueblo, diciéndole que callasen ellos, porque el Señor había de pelear por ellos.

IV. [Otra prueba]

Otra prueba de la paciencia y humildad de esta virgen añadiré a la pasada; y esta fue que, yendo nuestro Padre Provincial al monesterio de esta virgen, un hombre bien tratado y bien hablado y persona grave (mas él debía de ser el demonio en aquella figura, según lo que dijo el P. Provincial), haciendo grandes salvas que le quería descubrir una cosa de grande importancia, le afirmó que esta virgen tenía hecho un tan grave delito que decirse ni aun imaginarse podía sin gran vergüenza. El Provincial, espantado y escandalizado de oír cosa tan ajena de toda verdad, como prudente que era, no hizo caso de ello; antes pensó que tan grande atrevimiento y desvergüenza no podía ser sino arteficio del demonio para perturbar esta virgen. La cual supo todo esto por su confesor, a quien el Provincial lo dijo: y, oyendo de sí una tan infame falsedad, con grande sentimiento y lágrimas se humilló y dijo: «muy peores cosas haría yo, si Dios no tuviese de su mano, Él sabe mi inocencia, y Él me libraré como quien es, si fuere servido, y si no, hágase su voluntad». No faltó el Esposo a esta confianza y humildad; porque, estando la virgen en oración, ofreciendo su aflicción al Esposo, Él la consoló abundantísimamente, porque le mostró una grande escalera que tenía una punta en tierra y otra en el cielo, que le parecía estar abierto; y veía al Esposo con una admirable claridad y una muy hermosa y resplandeciente corona en las manos, y por la escalera le parecía que subían personas; y decía el Esposo: «por esta escalera suben los atribulados». Y, mostrándole aquella corona, le decía: «María, ¿quieres esta corona ahí en la tierra, o en el cielo?» Respondía ella: «mi Señor, para allá la quiero, que acá tengo una que Vos me distes, con que estoy muy contenta». Acabado esto, quedó ella muy consolada y animada para mayores trabajos.

V. [Sequedades y desamparos]

Una de las mayores fatigas y mayor prueba que hay en la vida espiritual son las sequedades y desamparos sensibles de Nuestro Señor, que suelen acaecer, y, en algunas personas aprovechadas, vienen a ser tan grandes que les hacen caer en cama y adolecer gravemente. Porque como las tales han despreciado por amor de Dios todos los gustos y regalos del mundo, por los que hallan en Dios, cuando éstos les faltan, vense en gran desamparo y tristeza, sin los unos y sin los otros. La cual tristeza procura acrecentar el enemigo para derribar el vigor del corazón y hacerlo desmayar, haciéndoles creer que aquel desamparo nace de algunas secretas ofensas de Dios, lo cual es para ellos un muy agudo cuchillo de dolor. Y de esta manera el santo Job, entre otras aflicciones y dolores exteriores, fue también interiormente aflejido, como lo muestran aquellas palabras, en que dice que le había Dios quitado la esperanza, como a un árbol arrancado de raíz, que ya no puede volver a nacer. Por las cuales palabras no entendimos que el santo varón había perdido totalmente la confianza, sino las tentaciones que padecía acerca de ella. Porque, en otra parte, esforzado con Dios, dice: aunque me mate, no dejaré de confiar en Él. Para ejemplo de esto y consuelo de los siervos de Dios, que en tales trances y aprietos se vieren, servirá grandemente el ejemplo que aquí contaremos, por el cual entenderán ser ésta una de las más finas pruebas de la verdadera virtud, con la cual suele Nuestro Señor ejercitar y purgar a sus siervos y fundarlos en la virtud de la humildad.

El caso fue que, estando ella en tranquilidad y con muchos regalos de su Esposo, a deshora y sin pensarlo, le sobrevino una tempestad y tribulación de grande descrédito y afrenta suya. Y (lo que más la lastimó) que fue nacida de personas de quien menos la esperaba y menos la merecía, y fue tan grande que no se acordaba ella de tenerla tal en su vida, así en lo exterior como en lo interior. Porque en el cuerpo, de la punta del pie hasta la cabeza, no había parte que no padeciese su dolor; y en lo interior fue tan grande la sequedad y desamparo que ni un momento tenía de consolación y sosiego. Entendía su mal y no podía valerse; veía el remedio y no se aprovechaba de él; los ojos eran fuentes de lágrimas; el corazón parece que reventaba; el comer y el dormir, cuasi nada; su único remedio y consolación (que es el Santísimo Sacramento) no le daba el alivio acostumbrado; y así andaba consumida y desfigurada. Estando en este aprieto, acertó de hablar con una persona su amiga, de quien algunas veces se fiaba, la cual, viendo tan grande mudanza y una tan extraordinaria tristeza, que en ella era cosa muy nueva, preguntóle la causa de esta novedad; y, aunque se excusaba, insistió tanto que reventó la virgen con un arroyo de lágrimas y contó por extenso la causa de su tribulación, que es la que arriba está segnicada. Oyendo esto aquella persona con mucha compasión, maravillábase como un Dios tan amoroso trataba así una alma tan pura, tan su amiga y tan inocente; porque sin dubda, en aquella afficción que padecía, ni sombra de culpa había de su parte. Y, aunque vio que en solo Dios estaba el remedio, todavía le dijo: «señora, un corazón tan grande, en quien Dios siempre mora, y Él es su fortaleza y su alegría, ¿cómo está tan flaco y triste en esta batalla?» Respondió ella: «si yo no supiese que Nuestro Señor era el que esto hacía, ya fuera muerta. Y no os maravilléis de verme cual estoy, que más fuerte y más santo que yo era San Pablo y no dejó de sentir mucho sus tentaciones y pedir a Dios tres veces lo librase de ellas. Y, aunque yo no merezco oír como él: *sufficit gratia mea*, no por eso desconfiaré de su misericordia. No soy insensible; si no sintiese los tormentos, poco me aprovecharía. Sé que lo que me conviene es padecer, sé que el Esposo quiere que me parezca con Él, y sé que cuesta mucho querer parecerse con Él, y también sé que todo lo que padezco no llega a una mínima de lo que Él por mí padeció; y por eso vengan más y más trabajos, que para

todos estoy aparejada; ayudadme a pedir al Esposo que no me desampare y cargue la mano cuanto fuese servido».

Antes de esto le había el Esposo aparecido algunas veces con cruces; y una de ellas fue con una cruz muy grande y muy pesada; y, preguntándola si podía llevarla a cuestras, respondió: «sin Vos, Señor, con nada podré; mas con Vos podré con todo». Y púsole el Esposo la cruz en los hombros y fue la carga tan pesada que parece que le molía los hombros y todos los huesos y quedó por muchos días con grandes dolores en todo el cuerpo. Esta persona que habló con la virgen sabía de este aparecimiento, y preguntóle si era ésta aquella cruz pesada que le molió los huesos. Respondió: «o ella es, o puerta para ella».

Aquí, pues, verán los amadores de la perfección a qué extremo llega Nuestro Señor algunas veces con sus fieles amigos, donde hallarán verificado lo que aquella devota madre de Samuel dijo en su cántico: el Señor da vida y mortefica, abate hasta los infiernos y saca de ellos. Porque aquel desamparo de Nuestro Señor es para ellos, en su manera, semejante a la del infierno, lo cual también significó el profeta cuando dijo: sálvame, Señor, porque han entrado las aguas de las tribulaciones en mis entrañas y véome atollado en lo profundo del cieno y no hallo sobre qué hacer pie, ni sobre qué estribar, porque no veo cosa que me consuele. Y no estaba muy lejos de esto con toda su santidad, el apóstol cuando escribiendo a los de Corinto dice así: quiero daros noticia, hermanos, de la gran tribulación que se levantó contra nosotros en Asia; porque sobre manera fuimos aflejidos y sobre todas nuestras fuerzas, en tanto grado, que teníamos por pesada la vida. Esto servirá para que, con estos ejemplos y probaciones, se esfuercen los amadores de Dios, cuando en esto se vieron, reconociendo que estas angustias son víspera de grandes favores. Porque no ahonda aquel sabio artífice tanto los fundamentos de la humildad con esos desamparos sino porque quiere levantar muy alto el edificio espiritual y por esto nunca está este Señor más cerca del hombre que cuando a él parece que está más apartado, como lo muestran los desamparos del grande Antonio y de Santa Catalina de Sena y de otros santos.

Mas no se contentó Nuestro Señor con ejercitar esta virgen en estos trabajos interiores, sino en muchos exteriores; para los cuales se le ofrecieron tantas ocasiones que sería largo proceso tratar de todas ellas. Y para una de ellas dio ocasión una alteración que en esta ciudad de Lisboa se ofreció, con la cual procuró el demonio, enemigo capital de esta virgen, desacreditarla con muchas falsedades que levantó contra ella, las cuales llegaron a oídos de gente muy noble y aun de los príncipes; de que pudieron resultar grandes trabajos, si Nuestro Señor no acudiera por la inocencia de su sierva. Y, como ella naturalmente tiene el corazón muy tierno, lastimábanla mucho estas cosas; mas llevábalas con una extraña paciencia y conformidad con la voluntad de su divino Esposo. Y, cuando le contaba algunas de estas cosas, decía al Esposo: «ya os entiendo, Señor; queréis que padezca, y yo también lo quiero». Y así mismo decía había mucho tiempo que pocas veces se pasa un día en que no tuviese algo que padecer.

Y, porque nadie se maraville de haberse ofrecido a esta virgen tantas ocasiones de trabajo, estando recogida y quieta en su monasterio, advertiré aquí que, como el padecer por Dios sea de tan grande merecimiento, Él mismo, de donde menos se piensa, levanta ocasiones a sus siervos, que le den materia de padecer, porque ni quiere que su gracia esté

ociosa ni que le falte ocasión para una obra de tan grande merecimiento como ésta. Porque no sin causa dijo el profeta: muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los libraré el Señor. Ni fueron menos frecuentes las tribulaciones del apóstol, pues él dice en una carta suya, que cada día moría por el provecho de sus hermanos.

Mas Nuestro Señor, que siempre después de la tempestad envía bonanza, pasados veinte días después de la tormenta, estando ella un día de mañana en oración recostada sobre su cruz, le apareció el Esposo muy hermoso y resplandiciente diciéndole: «María, ¿dónde está agora el amor de la cruz?, ¿quién la llamará agora mi esposa?» Respondió ella: «yo, mi Señor, y probaros lo he». «Yo, dijo Él, holgaré de os oír.» Dijo entonces ella: «¿quién jamás, Señor mío, amó la cruz más que Vos? Y ¿quién más suspiró por ella? Y con todo eso, ¿Vos no dejisteis tanseat a me calix iste?» Y respondió el Esposo: «muy bien dejistes y probastes el amor de la esposa, y así os prometo de haceros muchas mercedes por ella». Dicho esto, Él se fue y ella quedó muy consolada y aquí fenecieron las tristezas pasadas.

VI. [Mérito y excelencia]

Y no me puedo contener, aunque me extienda más de lo justo, sin decir algo de la excelencia y mérito de esta virtud, ya que traté de la necesidad que tenemos de ella para lo susodicho, porque esto servirá de estímulo para que nos esforcemos a abrazar la dificultad de lo uno con el fruto y mérito de lo otro. Y para esto no alegaré lo que las Escrituras y los santos dicen del mérito de la paciencia y fortaleza, sino lo que tengo ya visto por experiencia y meo argumento, de cuánto merecen y agradan estas virtudes a Nuestro Señor. Porque he visto personas de grande santidad y pureza de vida, las cuales quiso Nuestro Señor ejercitar y probar con grandísimos trabajos de mil maneras que se ofrecen en esta vida, y señaladamente en grandes y prolijas enfermedades, acompañadas con pobreza y con otros muy penosos accidentes, lo cual no consentirá Aquél que los guarda como a la lumbre de los ojos (según Él dice), si no fuese por el grande mérito que en esto hay. Conocí yo, entre otras personas, una gran sierva de Dios, la cual había siete años que estaba en cama y con grandes dolores en todos los miembros, los cuales padecía con grandísima alegría y contentamiento y con tanta conformidad con la voluntad de Dios que no consentía que le hablasen cosa de salud, sino en sola esta conformidad con la divina voluntad. Otras conocí con otras maneras de trabajos que no se pueden aquí referir. De donde infiero que, pues aquel Señor, que es más que padre de los justos y que tiene (como Él dice) contados todos sus cabellos, consiente en ellos que padezcan tan grandes dolores, que debe ser grandísimo el mérito de ellos. Séneca dice que, pues Catón (que él tenía por hombre muy virtuoso) padeció trabajos, que debían los hombres tener por buena suerte padecer lo que tal hombre padeció. Pues con cuánta mayor razón se puede decir esto de los trabajos que padecen aquellos cuyas vidas son trazadas y ordenadas por la voluntad de Dios.

También traigo, para argumento de lo dicho, los grandes dolores que nuestra virgen siempre padece en las llagas que tiene, mayormente los tres días de la semana, los cuales (dice ella) que siente tanto como si le hincasen un clavo ardiendo por las llagas que tiene; y

a veces crecen tanto que le parece, si durasen mucho, que no sería posible vivir, y así su vida es un prolijo y continuo martirio.

Y, como dije que me espantaba de los grandes trabajos de los siervos de Dios, así digo ahora que mucho más me espantan las grandes consolaciones que Nuestro Señor les dá también con ellos. Porque condición suya es dar las consolaciones conforme a los dolores, según dice David; y por esto quien pudiese entender la grandeza de los dolores que esta nuestra Virgen padece no dubdaría de las grandes consolaciones y favores con que el Esposo en medio de tantos dolores la sustenta y consuela. Pero, sobre todas estas experiencias y argumentos, la cosa que más declara la grandeza del mérito de los trabajos es haber ordenado el Hijo de Dios con especial providencia que su inocentísima y santísima Madre se hallase presente al pie de la cruz, padeciendo allí los mayores dolores que (después de los del Hijo) jamás se padecieron. En lo cual tiene bien el piadoso lector en qué pensar, para entender por este argumento lo que hasta aquí habemos dicho.

LIBRO TERCERO

En el cual se trata de los favores y privilegios singulares que nuestro Señor comunicó a esta virgen, y de algunas visiones y aparecimientos que en algunas fiestas principales tuvo

Capítulo I

Cómo Nuestro Señor señaló a esta su esposa con las insignias de su sagrada pasión

Hasta aquí, habemos tratado algo de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen. Y digo algo, porque, como la mayor parte de esta historia haya sido escripta por mano de ella (siendo para esto compelida y obligada por la obediencia de sus perlados, como arriba declaramos), no quiso ella escribir nada de sus virtudes, sino de los favores y mercedes que de Nuestro Señor había recibido como persona que trataba de esclarecer la gloria de Él y de encubrir la suya. Mas ya es tiempo de tratar algo de estos favores, que ella mereció alcanzar por el ejercicio de estas virtudes, las cuales entendemos que no serían pequeñas, pues los favores fueron tan grandes. Mas aquí es necesario tener fe y creer cosas que exceden la facultad de nuestra razón; pues bastan para esto los milagros auténticos de esta virgen, que al principio referimos. Pues es justo que las obras que sobrepujan la virtud de la naturaleza, hagan fe de las que sobrepujan la captada de la naturaleza. [El gran] fruto, que de esta fe se seguirá, será un maravilloso conocimiento de la inmensa bondad y caridad de Nuestro Señor para con sus criaturas y el amor inestimable que tiene a las ánimas puras y limpias. Y el que careciere de esta fe carecerá de este fruto, y quedará por hombre que siente baja y estrechamente de la bondad y caridad de Dios, y de la virtud y santidad de sus fieles siervos. En lo cual es mucho de notar la condición del corazón humano, el cual, a veces, se levanta tanto que todo el mundo le parece poco para lo que él piensa que merece. Y por otra parte, él mismo se apoca tanto que si le cuentan algún grande favor que Nuestro Señor hace

a los hombres, parecele que no es posible que tan grande majestad así se humane y abaje a tratar tan familiarmente con ellos.

I. [Por qué sigue ahora la impresión de las llagas]

Mas, primero que entre esta materia, quiero declarar la orden que en toda esta historia quise seguir. Y ésta ha sido precediendo de las cosas menores a las mayores, en cuanto fue posible. Y digo esto, porque, declarando algunas virtudes de esta virgen, pareció necesario añadir aquí algo de las cosas mayores que pertenecían a otro lugar más alto. Esta misma orden vemos en la vida de esta virgen, la cual, procediendo cada día de virtud en virtud, de humildes principios llegó a muy altos fines. Entre estas cosas que llamo mayores está la impresión de las llagas de Nuestro Señor. Y, según esta orden, de éstas se había de tratar en el fin de esta escriptura. Mas con todo eso, quise yo tratar primero de ellas, por ser cosas más probadas y testificadas por autoridad del santo Oficio con toda la solemnidad de derecho que para esto se requiere, como cosas de que se había de enviar relación a Nuestro santísimo Padre Gregorio XIII, por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal y legado a latere de Su Santidad. Y, demás de ser este testimonio tan abonado, otro hay más cierto, que son los ojos de tantos testigos que han visto las llagas de las manos de esta virgen con los clavos en medio de ellas, no sin grande admiración y devoción de sus ánimas; mas las de los pies y costado han visto algunas de sus religiosas. Y porque no faltase testimonio de hombre en cosa tan grave, el padre provincial de esta provincia y el padre confesor de nuestro Príncipe Cardenal, que también lo es de la misma virgen, para testimonio de la verdad vieron, con toda la honestidad y decencia que para esto se requería, la llaga de un costado y la de un pie, cubierto todo con un lienzo, y descubierto sólo el lugar de la llaga, que es semejante a la de las manos con el clavo que le atraviesa por medio. Estos dos testimonios son tan abonados y ciertos, que bastan para vencer toda la incredulidad humana.

Creído, pues, esto con la firmeza que tal probanza requiere, fácil cosa será creer todos los otros favores que el Esposo hizo a esta virgen, después que la tuvo hermoçada con estas gloriosas insignias y vestida con la púrpura de su preciosa sangre. Y aunque algunas de estas señales de las llagas se te concedieron en diversos tiempos (según que ella iba aprovechando cada día más en las virtudes), pero todas las referiremos en este capítulo juntas, señalando los tiempos en que fueron concedidas. Y contaremos primero todos lo que pertenece a esta historia simplemente con las mismas palabras que esta virgen las escribió y después pediremos lumbre al obrador de estas gracias, para saber filosofar sobre ellas, porque no seamos del número de aquellos a quien dijo Moisés, que, habiendo visto tantas maravillas como Dios había obrado por ellos sacando de la tierra de Egipto y guiándolos cuarenta años por el desierto con tantos milagros y providencias, nunca tuvieron ojos, ni entendimiento para saber estimar y reverenciar al obrador de cosas tan grandes.

En este lugar conviene advertir una notable sentencia de un religioso doctor el cual dice que ningún pintor trabaja tanto por hacer un retrato conforme a la persona que retrata, quanto el Espíritu Santo procura hacer las ánimas de los fieles semejantes en su manera a

Cristo crucificado. El cual, en todos los pasos de su vida santísima, y mucho más en la cruz, es un perfetísimo retrato y espejo de toda santidad y virtud. Pues esto parece haber pretendido el Esposo celestial en esta virgen que Él tomó por esposa, no sólo adornándola con las señales de sus preciosas llagas, sino también con los dolores continuos de ellas y con su corona de espinas y otras insignias, como luego veremos.

II.[La corona de espinas]

Entre éstas, la primera fue la corona de espinas (de la cual se hace mención en la relación que se envió a Su Santidad), que fue el año de 1575, siendo ella de edad de veinticinco años, en lo cual se ve cuán temprano comenzó el Esposo a hermoear la esposa con esta guirnalda y corona real. Pasó pues el caso de esta manera. Un miércoles del Octavario de los Santos, habiendo esta virgen padecido muchos trabajos, así interiores como exteriores, y teniendo grande sentimiento de la ausencia del Esposo, y deseando padecer muchos mayores trabajos por su amor, suplicábale todo corazón que le cumplierse este deseo, porque no quería en esta vida gustos, sino tormentos. Estando en éste, lo apareció el Esposo con grande resplandor y hermosura, el cual traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo bañado en sangre. Y viéndolo de esta manera cayó en tierra diciendo: «¡ah, Señor Jesús!, a mí esos dolores y espinas que merezco por mis pecados.» Entonces Él quitó la corona de su cabeza y púsola en la de ella, apretándola con sus manos, con lo cual ella sintió gran dolor y salió de ahí mucha sangre, quedándole las señales de las espinas en la cabeza, las cuales han visto algunas religiosas de quien ella se fía, cuando, según su costumbre, la trasquilan. Y la cofia que entonces tenía en la cabeza salió manchada con la sangre que de los agujeros de las espinas manó. Esta cofia vino a las manos de una religiosa muy devota y muy grande amiga suya, la cual tuvo mucho tiempo guardada, y después no faltó quien se la tomó y la entregó a esta virgen, la cual ella procuró lavar, por quitar las pintas de la sangre, y por ninguna vía se las pudo quitar; y, visto esto, porque no se descubriese el caso, ella misma, como verdadera humildad, la quemó.

Mas aquí es de notar que, como las honras de Nuestro Señor en esta vida no carezcan de dolores, porque no carezcan de merecimientos, dende aquel día hasta el presente año, siente esta virgen todos los viernes grandes dolores en la cabeza, los cuales comienzan el jueves a las avemarías y duran toda la noche y otro día hasta las mismas horas. Y preguntándole yo, si podía con estos dolores dormir y comer, respondió que muy mal hacía lo uno y lo otro. En lo cual todo parece que no quiso el Esposo que pasase la esposa todo este tiempo sin dolores, para que con ellos se habilitase a padecer otros mayores que fuesen materia de otros mayores favores.

III. [El costado. Preparación y anuncios divinos]

Por donde, pasados tres años después de esta gracia, creciendo ella cada día más en el amor del Esposo en toda virtud, le hizo otro mayor favor, el cual se refiere junto con el pasado y con el que se sigue en la relación susodicha. Y fue así que un miércoles de la Semana Santa, estando ella en el coro bajo y habiendo recibido el santo Sacramento por una manera maravillosa que adelante se dirá, acabando de comulgar, subió al coro alto a asistir al oficio de la misa; y, acabado éste, las religiosas se fueron a comer y ella se quedó en el coro en oración. Y estando allí tuvo un raptó, en el cual vio a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor, y fue tan grande su alegría viendo al Señor que tanto amaba, y tan grande el ímpetu del espíritu y deseo de llegar a Él, que el cuerpo se levantó en el aire y se fue tras el mismo espíritu. Y salió del lado del Señor un rayo bermejo con grande resplandor, el cual descendió con grande fuerza y hirió el pecho de esta virgen y quedó en él una señal bermeja, que todos los viernes mana sangre. Después de esta merced acostumbra el Esposo a visitarla más veces y con más familiaridad.

Pues, con este tan gran favor, ardía ella en el amor del Esposo y desprecio de sí misma y maltratamiento de su cuerpo, haciéndose un holocausto vivo, muriendo a todas las cosas del mundo y viviendo a solo Dios sin tratar de otra cosa noche y día. Creció aun más este amor con otro aparecimiento, en que el Esposo le declaró el grande amor que le tenía. Por tanto dijo Él: «está firme en mi amor, porque esto principalmente quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda adversidad, por amor de mí, porque determino de hacer una cosa nueva en ti». Esta cosa nueva, que aquí el Esposo prometió a esta virgen, entendemos que es la imprisión de las llagas, la cual fue, según la cuenta del tiempo, denunciada dos años antes. Y, no contento el Esposo divino con esta preparación, pasados estos dos años, la privino con otra. Porque el año de 84, siendo ella ya perlada, quince días antes de la fiesta de San[to] Tomás de Aquino, que cae a siete de marzo, la avisó que el día de este santo (de que ella es muy devota) le había de hacer una grande merced, sin declararle lo que era. Entonces ella, movida con la esperanza de esta promesa, pidió especial licencia al padre provincial, que entonces era, para apercebirse con la sagrada comunión; y así comulgó nueve días continuos antes de la fiesta señalada y, juntamente con esto, gastaba las noches en pedir al Esposo le concediese gracia para recibir aquella grande merced, para la cual Él la había apercebido.

Pues, por esta prevención y aparecimiento del Esposo, entenderemos cuán grande haya sido esta gracia; porque para los grandes dones y favores de Dios, quiere Él que procedan grandes disposiciones y aparejos. Y así vemos que apercebrió Él a sus discípulos para la venida del Espíritu Santo, prometiéndosela muchas veces antes que viniese; y demás de esto quiso Él que diez días antes se aparejasen con oraciones continuas para ella.

IV. [Impresión de las llagas]

Llegado, pues, este día, a las cuatro de la mañana, estando ella en su celda en pie, puestos los brazos sobre la cruz, como lo acostumbra, esperando esta merced, vio su celda llena de claridad, y en medio de ella vio a Nuestro Señor, enclavado en una cruz, mirándola con ojos amorosos. Y salían de sus cinco llagas cinco rayos encendidos como fuego, los

cuales con grande ímpetu, le hirieron el pecho con los pies y manos, estando ella con los brazos extendidos sobre su cruz; y fue el dolor que sintió tan grande, que le pareció morir. Y con la fuerza del dolor miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos; y sintiendo grande pena en el andar, pidió a Nuestro Señor le diese fuerzas para eso, ya que era servido que quedase en aquel oficio. Y comunicóle Nuestro Señor tan grande suavidad en aquellos dolores que pudo andar sin aquella grande pena que sintía. Mas el día siguiente, confesándose para comulgar, estuvo hecha un río de lágrimas, lamentándose por verse así tan señalada, recelando como verdadera humilde las alabanzas y también las importunidades de visitas que de aquí se habían de seguir. Mas el padre que oía su confesión, después de muchas razones, la quietó un poco, diciéndole aquellas palabras que el Salvador dijo a San Pedro, cuando se excusaba del lavatorio de los pies: lo que yo hago no sabes tú agora, mas saberlo has después. Y sin dubda esto cabe decirse en esta obra por algún fruto que en muchas personas, mayormente en monesterios de monjas, se ha seguido de la noticia de ella, porque con esto se han movido al amor y servicio de un tan noble Esposo que tienen, el cual tan magníficamente sabe y puede honrar a sus esposas. Mas después de esta merced, la visita el Esposo muy a menudo y le hace otras muy especiales mercedes. Y las heridas que en estas partes tiene, dice ella que parecen ser penetrantes, porque siente dentro mayores dolores que de fuera, porque, si en ellas tocaren recio, le parece que se abrirán; y el dolor todo es de dentro, y en lo de fuera tiene tan gran ardor, que no consiente tocarle nadie. Esto dijo la virgen antes que le diesen los clavos. Porque, no contento el Esposo con esta merced tan grande, el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584, comenzaron a nacerle clavos en medio de las manos y llagas que pasan de parte a parte, y han ido creciendo hasta agora. Y en torno de estos clavos está un círculo como una rosa de color de un rubí, aunque más claro, que los hermosea. Y vese esta rosa de la banda de la palma de la mano y de la otra; de modo que así como los pintores, después de haber pintado una perfecta imagen en una tabla, la adornan con una guarnición de oro o de otra cosa con que está cercada la imagen, así el Esposo celestial adornó estos clavos con estas rosas hermosísimas, como una guarnición que lo cerca en torno, lo cual es cosa de tan grande admiración y hermosura que pone espanto y una manera de temor reverencial a todos los que los miran, aunque muchas veces los vean.

Mas en lo que toca a las llagas de los pies, se ha entendido por relación de la misma virgen una cosa digna de admiración. Y es que en estas llagas no hay más que un solo clavo de tal manera partido, que la mitad con la cabeza se ve en el un pie, y en el otro la otra mitad con la punta que sale en la planta del pie. Y por aquí se entiende que no fueron cuatro clavos (como algunos imaginan) sino tres con que Nuestro Salvador fue crucificado, porque no es de creer que Él representase esto en su esposa de otra manera de como Él lo pasó.

Capítulo II

De lo que debemos filosofar sobre la imprisión de estas llagas

[Luz del cielo para considerarlas]

Agora será necesario pedir lumbré al Hacedor de estas maravillas, para filosofar sobre ellas; porque sin esta luz del cielo pasaremos por estas cosas sin saber ponderarlas y aprovecharnos de ellas, como les acaeció a los fariseos, los cuales por no haber merecido esta lumbré por su malicia pasaron por las maravillas que el Señor obró entre ellos, sin conocerle como lo había profetizado Esaías. Y para esto conviene presuponer que es particular beneficio de Nuestro Señor saber estimar y ponderar los beneficios que nos hace, y muchos tienen lo primero y no lo segundo, a los cuales por ventura fuera mejor no haber recibido los beneficios que recibirlos y no saber estimarlos, ni conocer al dador por ellos. Lo contrario de lo cual tenían los apóstoles, como lo muestra San Pablo, cuando dice: nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el de Dios, por cuya virtud sabemos estimar las mercedes que nos ha hecho. Pues este espíritu de Dios y esta lumbré nos es ahora necesaria para saber filosofar en esta tan señalada obra. Y primeramente se nos ofrece aquí una grande admiración de la mesma bondad y caridad de Nuestro Señor para con los hombres, pues, siendo Él quien es, ha querido comunicarse tan familiarmente a una tan baja criatura como es una pobre mujercita. Esto es: que aquel que es Señor de todo lo criado y resplandor de la gloria del Padre, a quien sirven los ángeles y adoran las dominaciones, y alaban las estrellas de la mañana, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y en cuya presencia toda esta tan gran máquina del mundo es como una gota del rocío de la mañana, pues que este tan gran Señor, que es gloria y bienaventuranza de los ángeles, haya querido comunicarse tan familiarmente a una criatura suya, que la vistiese de sí mismo, comunicándole las insignias gloriosas de su pasión (que Él trae estampadas en su misma carne para gloria de sus triunfos) ¿qué cosa puede ser de mayor dignación y admiración?

Cosa es ésta bastante para suspender y robar los ánimos de los hombres que tienen aquella lumbré y espíritu de Dios, que poco ha dejamos. Y así le acaeció a un religioso anciano de grande virtud, autoridad y experiencia en cosas divinas y humanas, el cual, al tiempo que esta obra se divulgó, fue a visitar a esta virgen y, viendo las llagas de las manos, fue tan grande su admiración y espanto, que cayó en tierra como atónito de ver las insignias del Señor de todo lo criado en una criatura humana; y él mismo dijo que, ni cinco días después de esta vista, andaba tan absorto en este pensamiento que de día y de noche otra cosa no podía pensar. Él hoy día es vivo y es testigo de esta verdad.

Ni es esto mucho de maravillarse, pues hemos visto que muchos hombres en letras y Teología, así de Castilla como de la Andalucía, han caminado, unos sesenta y otros cien leguas de ida y otras tantas de vuelta por solo ver estas preciosas señales de nuestra redención en las manos de una mujer; y, después que las vieron, quedaron tan maravillados, edificados y consolados, que dieron por bien empleado el trabajo del camino pasado, aunque fuera de muchas más leguas. Y no es esto de espantar, porque si la reina Saba vino de tan lejos tierra por oír la sabiduría de Salomón ¿cuánto más se debe caminar por ver en una flaca mujer impresas por mano del mismo Hijo de Dios las señales de las llagas con que fue redimido el mundo y vencido el demonio y abiertas las puertas del reino del cielo?

Mas para tener el sentimiento que esta obra merece, debemos todos pedir a Nuestro Señor su espíritu y su luz, para que, maravillándonos de la impresión de sus llagas en esta virgen, nos maravillemos mucho más de haberlas Él querido padecer por nosotros; ni

tengamos por cosa increíble haber comunicado Él estas gloriosas señales a los hombres, pues no tuvo Él por cosa extraña padecerlas en sí mismo por ellos.

Para entender lo demás que en esta materia podemos filosofar, habemos de presuponer que el Salvador no sólo imprimió en esta virgen las señales de sus llagas, sino también los dolores de ellas, los cuales ella padece todos los días, y señaladamente en miércoles y jueves, y mucho más en los viernes, y más particularmente dende las nueve hasta la una, cuando el Señor expiró en la cruz. Mas cuán grandes sean estos dolores, al fin del libro segundo queda declarado.

[Memoria del mayor beneficio del Señor]

Pues lo que sobre esto se debe considerar es acordarnos que el mayor beneficio que Nuestro Señor ha hecho y hará y puede hacer a los hombres ha sido encarnar y padecer por ellos. Antes digo que cuantos beneficios tiene hecho en cielos y en tierra son como una cifra en comparación de éste, pues todos ellos no le costaron más que un solo quierio; pero éste le costó la vida con treinta y tres años de trabajos, y con todos los demás dolores, enjurias que intervinieron en su pasión. Pues ¿qué tienen que ver todos los otros beneficios por grandísimos que sean con éste? Porque en aquellos beneficios no hizo Él cosa peregrina y contraria, sino muy conforme a la naturaleza de su bondad, que es sumamente comunicativa de sus bienes. Mas en esto todo lo que padeció fue extraño, todo ajeno de la gloria de la divinidad, atinque no de su bondad. De lo cual se infiere que, por razón, mucho más deben a este Redemptor los hombres que los ángeles, pues no hizo por ellos, lo que por los hombres, como dice el apóstol. Siendo, pues, esto así, no se contentó este Señor con que sepamos por fe y testimonio de los evangelistas lo que padeció por nosotros, sino quiere que haya personas en su Iglesia que por experiencia hayan probado la grandeza de estos dolores, y no un solo día, sino muchos días en la vida, para que ellas sientan y den noticia a otras de lo que deben a un Señor que por tal medio los redimió, porque cuanto fuera mayor el conocimiento experimental de sus dolores, tanto conocerán haber sido el beneficio mayor, por haber sido tan costoso.

Pero el fruto que de esta consideración quiere Nuestro Señor que saquemos es conocer lo mucho que le debemos por lo mucho que por nuestro remedio padeció; pues por este título le debemos más que los ángeles. Y pues ellos, por los bienes de gloria y gracia que les fueron dados, nunca cesan de alabarle y darte gracias eternalmente por ellos, ¿qué gracias le deben dar todos los escogidos, pues, demás de estos mismos bienes que les comunicó, dio la sangre y la vida por ellos?

Y porque este beneficio oscurece con la grandeza de su resplandor todos los otros por grandes que sean, quiere que dejemos a tiempos de pensar en ellos y que todo nuestro pensamiento, amor, y estudio se emplee en la consideración de éste, y así dice por Esaías, que nos acordemos de las obras pasadas y de los beneficios antiguos, porque Él determina hacer otras cosas nuevas, en las cuales quiere que se ocupe todo nuestro ejercicio y

pensamiento, no sólo por ser más grande, sino también por ser mayor el fruto que de esta piadosa consideración se nos ha de seguir.

I. [Honra y beneficio grande]

Demás de esto debemos aquí considerar la grandeza de la honra y beneficio hecho a esta virgen, porque cónstanos que la mayor gloria que tiene el Hijo de Dios humanado es haber sido redemptor del mundo mediante las cinco llagas que recibió en la cruz. Porque, aunque cualquiera de las otras obras de su vida santísima fuesen bastante medio para redimir el mundo, pero ésta fue la que señaladamente dispuso para este fin. Por la cual triunfó de tres capitales enemigos nuestros, que son el pecado, la muerte y el príncipe de este mundo, derribando por medio de sus discípulos sus templos y altares, donde él era adorado. Y triunfó del pecado satisfaciendo con el sacreficio de su muerte por todos los pecados del mundo y mereciéndonos gracia para vencerlos, como lo vencieron y vencen con esta gracia todos cuantos santos hay en el mundo, viviendo muchos inocentemente sin pecado, y otros haciendo verdadera penitencia de él. También, muriendo Él, mató nuestra muerte y darnos ha la resurrección general, vida eterna, en que no tenga ya más jurisdicción la muerte que agora reina en el mundo. Y, demás de estos enemigos, triunfó del infierno, saqueándolo y librando los santos padres que desde el principio del mundo estaban aguardando por este día. Y triunfó también del cielo abriendo aquellas puertas eternas que desde el mismo tiempo estaban cerradas aun a los grandes santos.

Pues no era razón que triunfos tan gloriosos quedasen sin señales que los representasen, pues vemos que los reyes y señores y emperadores de la tierra, cuando vencen y triunfan en las batallas, hacen labrar en sus reposteros las imágenes y figuras de sus triunfos. Mas nuestro verdadero Rey no quiso que en tan baja materia se estampasen las señales de sus triunfos, sino en sus sacratísimos pies y manos y costado, para gloria de estos triunfos, y para muestra de su amor, y para memorial perpetuo de este beneficio, no sólo en esta vida, sino mucho más en la venidera. Porque en la presente tenemos para esto por memorial el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre que para ello fue instituido hasta que venga a juzgar el mundo (como dice el apóstol). Mas en la venidera, que no ha de haber este divino Sacramento, servirán de memorial estas preciosas señales, para que, cuando los escogidos las vean, ardan en amor de este clementísimo reparador, considerando que por aquellas preciosas llagas recibieron tan grandes beneficios. Porque por ellas fueron redimidos y perdonados y fortalecidos contra el pecado; por ellas fueron predestinados, justificados y glorificados; por ellas fueron reconciliados con Dios y librados de la tiranía de satanás, y de esclavos del demonio, hechos hijos de Dios y herederos de su reino. Pues ¿qué bendiciones darán entonces a estas preciosísimas llagas que fueron para ellos puertas del cielo, ventanas de paraíso, fuentes de amor, estímulos de todas las virtudes y prendas de la vida eterna?

Pues, volviendo al propósito, como ser redemptor del género humano mediante estas preciosas llagas sea la mayor gloria y honra que tiene el Hijo de Dios, en cuanto hombre, haberle comunicado Él estas llagas a esta virgen es haberle comunicado, en su manera, la imagen y figura de la mayor gloria y honra, que Él tiene; para lo cual tenemos ejemplo en

el rey Asuero, el cual, pretendiendo honrar a un cierto hombre, preguntó a un gran privado suyo qué podría hacer algún rey si quisiese honrar mucho a algún hombre. Entonces el criado, creyendo que ninguno otro era en el reino a quien el rey quisiese honrar sino a él, extendió en esto las velas cuanto pudo y no halló otra honra mayor que mandar el rey poner en la cabeza de aquel hombre su corona real y vestirle las mismas ropas y insignias de rey. Esta pareció a aquel corazón ambicioso la mayor honra que un rey podía hacer a su vasallo. Pues ¿qué podemos decir aquí sino que esta misma manera de honra hizo el Rey del ciclo a esta virgen poniéndole en la cabeza su corona de espinas y adornando su cuerpo con las mismas insignias del suyo? Pues por aquí entenderemos la disposición del ánimo de esta virgen, porque por la transformación de su cuerpo entenderemos la de su espíritu, pues más cuenta tiene Nuestro Señor con lo espiritual que con lo corporal. Y, pues Él transformó el cuerpo de esta virgen en la imagen del suyo, mucho más conformaría el espíritu de ella en el espíritu suyo, para que le pareciese tanto en el espíritu como le parecía en las llagas del cuerpo, puesto caso que lo uno y lo otro procedió del mismo dador, el cual da las honras y también da los méritos y virtudes con que se alcanzan.

Procediendo más en esta filosofía vemos que fueron también estas llagas muestras del gran amor que el Esposo celestial tuvo a esta virgen, de lo cual es argumento haberla querido vestir y adornar con estas gloriosas insignias que Él trae estampadas y impresas en el sacratísimo cuerpo, para gloria, como está dicho, de sus triunfos. Y que esto sea indicio y testimonio del especial amor que Él tiene a esta su esposa, muéstranoslo el ejemplo en Jonatás, hijo del rey Saul, el cual, viendo venir a David victorioso de aquel desafío que tuvo con el gigante Golías, trayendo la cabeza de él en sus manos, le tomó tan grande afición que le amaba como a su propia vida; y en señal de este amor, dice la Escritura que se desnudó de sus vestiduras hasta el talabarte y la espada y el arco, y vistió a David con ellas, de suerte que de la grandeza de este amor procedió no consentir que un tan grande amigo anduviese tan mal vestido, sino que anduviese ataviado con vestiduras de hijo de rey. Pues según esto ¿de qué otra causa procedería haber vestido el Hijo de Dios a esta virgen de sus propias insignias, sino del grande amor que le tuvo por el cual la quiso así adornar y hermopear con ellas? Y pues este rey no es amador apasionado (a quien lo feo parezca hermoso), sino muy discreto, parece que en la virgen había pureza y hermosura merecedora de este tan grande amor, y que juntamente habría en su corazón correspondencia de amor a tal amor.

Es también para mí, causa de grande admiración la edad de esta virgen, porque si ella tuviera la edad de Ana, la profetisa del evangelio, la cual después de siete años de casada, hasta los ochenta y cuatro de edad nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche, cierto no me maravillara tanto que a tal edad tales méritos y tales ejercicios de tanto tiempo, se comunicara esta gracia. Mas comunicarse a una doncella de tan poca edad esto me pone mayor admiración y me hace creer que se dio gran priesa y sirvió con grande fervor de amor la que en tan poco tiempo tanta tierra ganó.

Ni se debe echaren olvido, que en la misma edad de los treinta y tres años, en los cuales padeció el Salvador sus llagas, recibió esta virgen las suyas, de manera que aun hasta esto quiso el Esposo celestial hacer esta su esposa semejante a sí.

De lo dicho podremos sacar un documento importante para los deseosos del amor divino, para lo cual es mucho de notar la común doctrina y sentencia de teólogos, los cuales dicen que este divino amor señaladamente crece con actos y deseos de ese mismo amor, cuando son vehementes y fervorosos; y tales parece que eran los de esta virgen, pues en tan poco tiempo aprovechó tanto de manera que, como el que hinca un clavo en una tabla, más lo arraiga con tres o cuatro martillazos grandes que con muchos pequeños, así la virtud de la caridad más se arraiga y crece en el ánima, con estas obras diligentes y fervorosas que con otras muchas flojas y remisas. Y por esto tantas veces nos encomienda Salomón en sus Proverbios el trabajo, fervor y diligencia en el servicio de Dios (como arriba dijimos) por el grande fruto que de este estudio y diligencia se sigue. Y conforme a esto, después de haber contado los grandes daños que se siguen de la flojedad y negligencia, concluye esta sentencia diciendo: si sacudieses de ti la pereza y negligencia, será tan copiosa la mies y abundancia de tus virtudes como una fuente de que siempre mana agua; y la esterilidad y pobreza de los bienes espirituales estará muy lejos de ti.

II. [Los dolores de las llagas no impiden la devoción ni el alegría de la suavidad espiritual]

Acerca de los dolores de estas llagas, podrá alguno preguntar si la fuerza de este dolor impide la suavidad de la devoción, pues San Bernardo, entre cuatro impedimentos de ella, cuenta los dolores del cuerpo. A esto responde nuestra virgen que este dolor no solamente no impide la devoción, mas antes la acrecienta, porque el dolor es de compasión, la cual nace del amor y éste enciende más la devoción.

Preguntará también si con estos dolores se compadece el alegría de la suavidad espiritual, por parecer que esta alegría no se compadece con la fuerza de estos dolores. A esto me respondió la virgen diciendo que los dolores por el Esposo, no impedían el alegría de esta suavidad. Para entender esto se ha de presuponer que el amor, cuando es grande, transforma al que ama en la cosa amada, de tal modo que todos los afectos y sentimientos que tiene el uno tiene el otro, como lo vemos en la madre que ama mucho a su hijo, la cual todos los bienes y males de su hijo tiene por suyos propios y así se alegra con lo que él se alegra, y se entristece con lo que él se entristece. Pues según esto, como esta virgen esté en cuerpo y ánima transformada en el Esposo, en el cuerpo con las llagas y en el ánima con el amor, de aquí procede que como Él se agrada tanto con los dolores y trabajos padecidos por su amor, (según está dicho), que ella también se ha de alegrar con lo que Él se alegra, y tomar contento con lo que Él lo toma, aunque a la carne duela, porque la suavidad del amor hace suave el dolor, como lo enseña San Agustín hablando con el penitente, a quien dice: duélete y alégrate de ese dolor por el bien que te hace. Pues por aquí se entenderá la causa de la alegría de esta virgen: de este mismo amor nace un grandísimo deseo de agradar al Esposo, y porque se entiende que una de las cosas que más le agradan es padecer dolores y trabajos por su amor, de aquí nace un gran deseo de ellos, y así no pueden dejar de alegrarse, cuando los padecen, por cumplírseles este deseo, pues como dice el sabio, es árbol de vida el cumplimiento del deseo. De esta manera se alegraban los apóstoles después de muy bien azotados, por haber sido merecedores de padecer injurias por el Señor, que tanto amaban. Y para mayor declaración de esto usaré aquí de un ejemplo del amor sensual,

porque éste a veces nos sirve para declarar la condición del amor espiritual, como se ve en el libro de los Cantares. Vino a mí una persona tentadísima de la afición de otra, para que yo le proveyese de algún remedio porque la tentación era grandísima. Yo, entre otros remedios, lo aconsejé que castigase reciamente su cuerpo con disciplinas, para que con los dolores del cuerpo mitigase los ardores de la carne, como acaeció a San Benito. A esto me respondió que ya lo había hecho, y que no solamente no se le apagaba el fuego que en su pecho ardía, sino que antes se acrecentaba, acordándose por quien se disciplinada. Tanto puede el espíritu de la fornicación, el cual con su bafo infernal inflama las brasas de nuestras pasiones, como se escribe en Job. Pues si tanto puede el amor que sopla el espíritu malo, ¿cuánto más podrá el que sopla y hace arder el Espíritu Santo, que es el mismo fuego de amor, el cual arde tanto en el pecho de esta virgen que no se puede apagar con el agua de los dolores, antes crece en ellos?

Capítulo III

De otros favores que hizo nuestro señor a esta virgen tocantes a la Sagrada Pasión

[Los clavos]

Mas no paran aquí los favores del Esposo, sino pasan adelante con nuevas insignias, porque el día de la Exaltación de la Cruz, de 84, quiso que le naciesen clavos, en medio de las llagas de pies y manos, hechos de la misma carne, que penetran de parte a parte, de manera que se ve la cabeza del clavo de color de hierro en la palma de la mano, y la punta en la parte contraria, lo cual no sin grande admiración vemos todos y ven sus monjas cada día.

[Cinco gotas de sangre]

Mas otro mayor favor y más admirable y nunca hasta hoy visto ni leído, le hizo el Esposo el día de la Invención de la Cruz, y ambas cosas en el mismo año. Y ésta es que todos los viernes le salen de la llaga del costado cinco gotas de sangre, puestas por orden en una perfectísima figura de cruz, y cada gota de sangre es redonda poco mayor que una lenteja; y para recogerlas pone ella encima de la llaga un lienzo, el más delgado y más usado que puede hallar, doblado con cuatro dobleces, los cuales todos penetran estas cinco gotas y pasan de parte a parte, de modo que cada viernes salen cuatro paños de éstos, y agora que está ella flaca no salen más de tres, y comienzan a manar estas gotas dende las nueve del día hasta la una, cuando crecen más los dolores.

Antes que pasemos adelante, me pareció notar en esta obra cuatro cosas que confirman la fe de nuestra redención. La primera es salir sangre fresca de llaga vieja. La segunda es

salir en viernes, y a la hora susodicha, que es el día de la Sagrada Pasión y no en otro día. La tercera, salir cinco gotas y no más, que nos representan las cinco llagas del Redentor. La cuarta es la más admirable que es: de una llaga larga, que tiene figura de lanzada, salir estas cinco gotas en perfectísima figura de cruz.

Sobre esto puede el cristiano lector filosofar lo que Dios le enseñare. Yo no sé filosofar, sino espantarme de cosa tan admirable, ni se me ofrece otra cosa, sino querer Nuestro Señor que de la llaga del costado saliese la sangre, que de las otras llagas (si fuera cosa decente) hubiera de salir.

[Vestidura colorada]

Y como si todo esto fuese poco, le añadió el Esposo otra cosa admirable, que es una vestidura colorada, en lo cual parece querer el Esposo que represente la esposa en sí aquella púrpura, de que los soldados del presidente Pilato, vestieron al Salvador por escarnio cuando le pusieron la corona de espinas; y así las cinco gotas de sangre susodichas y esta vestidura me están representando haber querido el Esposo hacer esta esposa suya semejante a sí en los principales pasos de su Sagrada Pasión, para que, viéndose por todas partes cercada y adornada con estas gloriosas insignias, ande siempre absorta y transformada en Él, para que por aquí entendamos todos los fieles hasta dónde se extiende la amistad y familiaridad de Nuestro Señor Dios para con sus criaturas.

Mas agora declararé de la manera que esta vestidura le fue dada. Estando esta virgen en su celda por la mañana después de maitines, con grande soledad y deseo de su Esposo, tuvo esta visión: aparecióle el Esposo muy claro y hermoso y lleno de toda la gracia; venían con él Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena, y traían en las manos un vaso de oro muy fino, el cual hinchó el Esposo de sangre de su divino pecho; y las santas desnudaron a esta virgen y lavaron en aquella sangre con la cual quedó tan alba como la nieve; y decíale el Esposo que estaba así muy hermosa, y vestíala de una túnica de carmesí de grande resplandor y hermosura, la cual ella ve todos los viernes y fiestas de Nuestro Señor y de Nuestra Señora; y, aunque los otros días no la ve, todavía siente que la tiene, mas ninguna otra persona la ve si no es por particular concesión de Nuestro Señor. Lo cual ella, siendo importunada, alcanzó por oraciones que algunas personas la viesan, entre las cuales fue una el Señor arzobispo de Lisboa, don Miguel de Noroña, el cual testificó esto con juramento; y viola también después de él el confesor de ella, el padre maestro Fray Pedro Romero; y antes de éstos la había visto Fray Antonio de la Cerda, provincial de esta provincia, y todos los tres dan testimonio de lo dicho.

Y cuando el Esposo le dio esta vestidura, le dijo; «mira no la ensucies». Y preguntándole yo qué entendía, por aquella palabra, «mira no ensucies esa vestidura», respondió que lo que entendía era vivir con grande cuidado de conservar la pureza que con aquel lavatorio de la sangre del Cordero se le dio, procurando no desmandarse en alguna culpa por pequeña que fuese. Y contóme un padre confesor suyo que, estando ella hablando con él, ofreciósele que había hablado una palabra desmandada y súbitamente resolviendo sobre sí, dijo: «ay;

¿qué dije?» y luego se arrebató. Lo cual he dicho para que por aquí se entienda el cuidado que tiene de su pureza y el sentimiento que le queda si en algo se desmanda.

I. [Recapitulación. La transformación del espíritu por la meditación de la Pasión]

De lo que hasta aquí hemos dicho se colige de la manera que el Salvador procedió con esta virgen para adornarla con las insignias de su Sagrada Pasión, porque primero comenzando por la cabeza, la adornó con la corona de espinas que con su mano le puso y con los dolores de ella; después de esto, la hirió con la llaga de su sagrado costado; mas no quiso que esta fuese sola, porque, siendo ella agradecida a este beneficio y alargando Él por eso la mano liberalísima de su misericordia, añadió a esta llaga las demás, ensanchando y haciendo mayor la que ya le había concedido; y después añadió los oplavos de color de hierro en esas mismas llagas de pies y manos; y sobre todo esto añadió otra cosa no menos admirable, que son las cinco gotas de sangre, que manan de la llaga del costado, de la manera que dejamos. Y, como si todo esto fuera poco, acrecentó esta vestidura de escarlata para que, ya que le había dado la corona de espinas, lo diese también la púrpura que los soldados le vestieron por escarnio.

Pues ¿qué otra cosa nos representa esta variedad de las insignias de la Sagrada Pasión, sino querer el Esposo celestial que, viéndose esta su esposa, por tantas partes cercada de estas gloriosas señales de su Sagrada Pasión, anduviese siempre absorta en ella, reconociendo la grandeza de este beneficio de nuestra redención, en cuya comparación todos los otros beneficios divinos son como sombra, según arriba dejamos? Y lo que el Esposo quiere de esta virgen, quiere también de todos los fieles en su manera, pues todos ellos fueron rescatados por el mismo precio.

También entendemos por esta transformación del cuerpo de esta virgen en la imagen del cuerpo de Cristo, la transformación de su espíritu en el espíritu de Cristo, que es de mayor dignidad. Porque poco valía la transformación del cuerpo, si no se juntara con ella la del espíritu; ni había conceder el Esposo la una sin la otra; antes de la más excelente que es la interior del espíritu se siguió la exterior que vemos en el cuerpo; y, si nos pone grande admiración cata corporal, que vemos, mucho mayor nos la pondría la espiritual, si la viésemos; porque ¿qué espectáculo habría en el mundo más hermoso que ver un espíritu humano, semejante al espíritu divino? Tal era el espíritu del apóstol cuando decía: vivo yo, ya no yo, porque vive en mí Cristo.

Al fin de esta materia no callaré una de las causas por la cual el Esposo celestial adornó esta su esposa con todas estas señales de su Sagrada Pasión, y esta fue haber sido ella todos los días de su vida, desde su nacimiento, devotísima de este misterio, aprovechándose para esto del Libro de la oración y meditación, en el cual estaban repartidos los pasos principales de la Sagrada Pasión, por los días de la semana. Y con este ejercicio fue siempre creciendo tanto en la devoción de este misterio, y es tan casada con él, que por esto llama a la cruz su esposa; y ella misma trae en el seno muchas cruces chiquitas, que con grande alegría y devoción llama sus espositas, como arriba dejamos. Y por esto no es maravilla que el

Esposo estampase las insignias de su Pasión en el cuerpo de esta virgen, pues ella las traía estampadas y impresas en su corazón, el cual tiene en esta parte tan sensible y tan tierno que muchas veces abrazando la cruz queda fuera de los sentidos, así como cuando toma el cáliz en las manos, según arriba dijimos. Y, si en común plática se dice alguna palabra tierna tocante a este misterio, hace lo mismo, o no consiente ir la plática adelante, porque no se lo sufre el corazón. Y así, diciéndole una vez su padre confesor que Nuestro Señor regaba la planta de las virtudes en las ánimas de sus siervos con su sangre, acudió ella a gran prisa diciendo: «no más, no más que moriré», y luego quedó arrebatada. Pero lo que más declara el sentimiento inrañable que ella tiene de este misterio es que los tres días de la Semana Santa, en que la Iglesia representa los dolores de la pasión y muerte de su Esposo, viene esta virgen a quedar tan traspasada de compasión de los dolores de su Esposo, que en todos ellos no puede comer bocado, como ya dejamos.

Esta doctrina es razón que mueva a los corazones de los fieles redimidos por tan grandes dolores, a tener cada día un pedazo de tiempo diputado para la consideración de este sumo beneficio, porque no es razón que se nos haga dificultoso de padecer por la ajena; y porque del fruto y mérito de este santo ejercicio y del modo con que se debe ejercitar habemos ya tratado en el Libro de la oración y en el Vita Christi, a estos lugares remito al cristiano lector que esto quisiere saber.

Capítulo IV

De la causa de la publicación de las llagas de esta virgen

[Una gran dificultad]

Quédanos al fin de esta materia una gran dificultad para cuya inteligencia será necesario pedir lumbré al que es Padre de las lumbres. Y para esto conviene presuponer que ha tenido y tiene hoy día Nuestro Señor en su iglesia algunas personas de excelente santidad y pureza, a las cuales ha dado a sentir en sus pies y manos parte de los dolores que Él padeció en las suyas, sin haber señales de fuera; y esto para darles a conocer la inmensidad de su bondad y caridad para con los hombres, y encenderlas más en el amor de quien por tan caro precio las compró; y en esta cuenta entra Santa Catalina de Sena, a la cual por espacio de una semana dio Nuestro Señor a sentir estos dolores con tanta fuerza que ni ella, ni sus discípulos creyeron que le fuese posible vivir. Y con todo esto no le dio exteriormente las señales de estas llagas, por haber pedido ella esto con grande instancia. Pues, siendo esto así, hay razón para preguntar por qué causa el Esposo celestial, que a veces da parte de estos dolores sin señales exteriores quiso señalar esta virgen con estas insignias públicamente en las palmas y vueltas de las manos. Y (lo que más es) con unas rosas tan grandes en medio por ambas partes y de tan hermoso color que de muy lejos están resplandeciendo con su clavo de color de hierro en medio; y espantan y mueven los corazones de quien las ve. Porque aunque esta virgen tenía, años había, la corona de espinas y la llaga del costado, que estaban en lugares secretos, ella las encubría con tanto recaudo

que sus monjas no lo sabían, aunque alguna lo barruntaban; mas de tal manera, que lo uno y lo otro estaba secreto. Mas, después que el Esposo quiso sacar este negocio a plaza, poniendo las llagas en los lugares, y con los colores susodichos, claramente dio a entender que quería que estas obras y favores suyos se publicasen, porque el Santo Oficio no había de dejar de hacer sus diligencias, en cosa tan nueva y tan extraordinaria, mayormente siendo razón que nuestro Príncipe Cardenal, como legado de Su Santidad, le diese cuenta de cosa tan señalada y de que ya por todo el mundo se hablaba. Y por esto mandó que el Santo Oficio hiciese diligente examen de la vida de esta virgen y de los favores que de Nuestro Señor había recibido; y por esta causa vino a estar el negocio más público y más auténtico de lo que hasta entonces estaba.

Siendo, pues, esto así y constándonos que así la impresión de las llagas como la publicación de ellas fue por consejo y voluntad de Nuestro Señor, hay razón para preguntar, qué es lo que su divina sabiduría pretendió en esta publicación. Yo por mi parte confieso que no seré tan loco ni tan atrevido que quiera yo por mí ni alcanzar ni aun escudriñar los consejos de Dios, pues está escrito: ¿quién podrá entender el sentido de Señor, o quién fue su consiliario?

[Renovar en este tiempo la memoria de su Pasión por los pecados]

Con todo esto lo que se representa a mi poco saber es que quiso Nuestro Señor por este medio renovar en este tiempo la memoria de su Sagrada Pasión, y acordar a los hombres dormidos y desalmados que bajó Él del cielo a la tierra vestido de carne humana; y que en ella padeció los mismos dolores que jamás se han padecido, y finalmente muerte de cruz, y que todo esto padeció por desterrar los pecados del mundo y satisfacer a la divina majestad, ofendida por ellos. Y por este medio nos quiso dar a entender que el pecado es un tan grande mal, y tan ofensivo de la divina majestad, que con menor satisfacción que con la sangre del Hijo de Dios, no podía, por tela de juicio, ser descargado. Y así mismo quiso que entendiésemos ser tan grande el aborrecimiento que Él tiene al pecado que consintió en la muerte de su Hijo por matar y destruir el pecado, y que a ese mismo Hijo, infinitamente amado, no perdonó por haberse encargado de satisfacer por los pecados ajenos. Y así se acuerden de aquella terrible palabra del mismo Hijo que dijo: si así arde el madero verde ¿qué puede esperar el seco?

Todo esto y mucho más callando nos pedrica el misterio de la cruz, lo cual es cosa bastante para que el cristiano que tiene fe de este misterio escogiese antes padecer mil muertes que cometer cosa tan aborrecible a Dios, y cuyo remedio tan caro costó al mismo Hijo de Dios.

Mas, con ser esto así, vemos innumerables hombres tan desacordados de este misterio, y tan zambullidos en todo género de pecados, y tan fáciles en cometerlos a cada paso y por cualquier ocasión como si todo lo que la fe predica de este misterio fuese fábula del mundo, porque ninguna cosa menos hacen creyendo lo que creen, que si nada de esto creyesen.

Digo, pues, agora que así como el Salvador mandó a los apóstoles que cuando no fuese su doctrina recibida en algún lugar, se descalzasen los zapatos y sacudiesen sobre él el polvo que se les había pegado, para que esto fuese argumento que por parte de Dios no les había faltado doctrina con que se pudiesen salvar, así parece haber querido este mismo Señor, no solo imprimir, sino también publicar las llagas de esta virgen para renovar en este tiempo tan estragado la memoria de su Pasión, y hacer que los hombres se acordasen de lo que el Hijo de Dios padeció por desterrar del mundo una cosa tan abominable en sus purísimos ojos como son los pecados. Y de esto quiso que fuesen agora testigos y predicadores las señales de las llagas de esta virgen, las cuales Él ha querido para este fin publicar por mar y por tierra. Porque es cierto que el más recio cargo que el día de la cuenta general se ha de hacer a los hombres es de la sangre del Hijo de Dios, como Él lo significó por San Juan diciendo: éste es el juicio de la condenación de los malos, porque vino la luz al mundo (que fue el Hijo de Dios) y amaron más los hombres a las tinieblas de los pecados, que la luz de la verdad, y para mayor condenación y desconsolación de los tales dice el Salvador que en el día del juicio parecerá la cruz en medio del ciclo, para que por ella declare Él que por su parte hizo lo último que se podía hacer para desterrar el pecado del mundo, que fue morir en cruz, y que ellos, por su malicia, no se despusieron para aceptar el perdón y el remedio, que Él con su sangre les había ganado. Este, pues, parece haber sido el fin de la impresión y publicación de las llagas de esta virgen, porque como antiguamente quiso Él que las sibilas denunciassen entre los gentiles la venida y pasión del Salvador, para que no toviese excusa su incredulidad, así quiso Él que esta virgen declarase entre los malos cristianos que este Señor era ya venido y padecido, para que no tuviese excusa su maldad.

[Las cinco gotas de sangre en figura de cruz]

Mas hay aquí otra cosa digna de grande consideración con que se declara más haber sido esto el intento susodicho de Nuestro Salvador. Porque de estas llagas no pueden tener noticia por vista de ojos todos los hombres, sino sólo por oídas, que es cosa que nos mueve poco; y; para suplir esto, quiso la divina providencia que todos los viernes, de dos años a esta parte, que se cumplen por Santa Cruz de mayo de 1586, manasen las cinco gotas de sangre en figura de una perfectísima cruz de la llaga del costado (según arriba lo declaramos), en el cual día salen cuatro pañitos con esta figura, porque penetran las gotas cuatro dobleces de lienzo que se ponen encima de esta llaga; y éstos andan repartidos por todas las partes de la cristiandad hasta Roma y Venecia y otras ciudades más remotas, y hasta las Indias y Japón donde han sido llevados, los cuales predicán y testifican lo mismo que la publicación de las llagas susodichas. Y aunque estas cinco gotas principalmente salen al mediodía, que es cerca del tiempo que Nuestro Salvador expiró en la cruz, pero también tenemos experiencia de manar algunas veces en la tarde de ese mismo día, porque dos padres de este nuestro monesterio fueron un viernes de éstos, sobre tarde, y le rogaron que pusiese encima de la llaga un paño doblado que llevaban; y, después de hablar un pedazo con ella, se lo pidieron, y, desdoblado, hallaron esta figura susodicha, en dos partes de él. Por haber penetrado las gotas de un doblez al otro. Y como yo supiese esto, fui el viernes siguiente a visitar la misma religiosa y pedíle que pusiese un pañito, que yo

llevaba, sobre aquella llaga; y, a cabo de media hora que platicamos, lo sacó del seno y me lo dio, y hallé en él las mismas cinco gotas de sangre en la misma figura impresas; el cual traigo siempre conmigo y estimo en grande precio, por haber sido cosa que tan claramente me pasó por las manos. Y di gracias a Nuestro Señor porque me dejó ver un tan manifiesto milagro, que es cosa que yo mucho deseaba, no por curiosidad, sino por la admiración que causa una obra sobrenatural de Dios, notoriamente siendo éste un milagro que testimifica el misterio de nuestra redención. Porque conocido milagro es de una llaga tan larga como un dedo con figura de media luna salgan cinco gotas, todas de un tamaño, y en igual distancia una de otra, y con esta figura de cruz. Porque ser esto en día de viernes y no en otro, y cinco gotas y no más ni menos, y en figura de cruz, vese claramente: el día y el número y la figura de esto dan testimonio claro del misterio de la Cruz, que es el mayor de los que celebra la religión cristiana. Y no tengo éste por menor milagro que el de la impresión de las llagas, porque aquél hízose de una vez y queda para toda la vida, mas éste hácese cada semana, sin haber faltado ningún viernes, tanto tiempo ha como habemos dicho. Y ora esté ella enferma, ora sana y muchas veces sangrada, nunca falta este ordinario, donde vemos a Cristo (si decir se puede) hecho pintor; porque, como ésta sea cosa sobrenatural, sólo su pincel, o a quien Él lo diere, es poderoso para hacer esta maravilla, nunca hasta hoy vista en el mundo en cuanto está escrito de vidas de santos; y poco sentido tiene de las cosas de Dios quien no queda suspenso y admirado y aun atemorizado con esta maravilla.

Yo escribí en el capítulo pasado, que de esto trata, que no podía entender el propósito y causa de este misterio, y lo que la divina sabiduría aquí pretendía. Porque, si quería con esta figura imprimir la memoria de este misterio en el corazón de esta virgen, bastaban las cinco llagas que tiene en su cuerpo y los dolores gravísimos que con ellas padece, los cuales bastan para que no haya olvidado donde hay dolor. Pues por esta razón me confirmo en creer que esta nueva demostración del misterio de nuestra redención no se hizo para renovar la memoria de esta virgen, sino para despertar (como dije) la de los hombres dormidos, que han echado en olvido cuán caro costó al Hijo de Dios y su remedio y cuán estrecha cuenta darán de no haber aprovechádose de él, ni aborrecido al pecado que Él por este remedio quiso desterrar del mundo. Lo cual sintió tanto nuestro Redemptor, que una de las causas que dan los santos de aquella agonía y sudor de sangre que derramó en la oración del huerto, fue ver cuán caro le costaba el remedio del mundo, y cómo muchos no habían de querer aprovecharse de tal medicina que no costó menos que la sangre y vida de Dios. Y de esto se queja Él a su Padre por el profeta Esaías, diciendo: «yo dije: en vano he trabajado, y sin causa he gastado mis esfuerzos y por tanto a Dios hago juez de mi causa, porque ninguna cosa dejé de hacer por mi parte que fuese necesaria para salvación de los hombres; y por tanto los que se pierden, por culpa suya se pierden, y no por falta mía». Y a este capítulo tan recio no tendrán los malos que responder el día de la cuenta, de lo cual les avisan estas gotas de sangre, que por toda la tierra van predicando y testificando esta verdad.

Capítulo V

De los grandes favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen, [a]cerca del Santísimo Sacramento

Declarados los favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen con las insignias de su Sagrada Pasión, síguese que tratemos de otros favores y gracias que le fueron concedidas, las cuales no podrá dejar de creer quien cree las que acabamos de decir, porque todo lo demás que se dijere o es menos que lo pasado, o cosa que se sigue de ello, porque tales privilegios y gracias como las susodichas no podían ser solas, sino acompañadas con otras muchas que les precediesen y las mereciesen, y otras que se siguiesen y las acompañasen.

[Suavidad del manjar divino]

Y primero diremos de las recibidas acerca del Santísimo Sacramento. Y para esto será necesario declarar en breve la grandeza de la suavidad que reciben con este manjar celestial las ánimas ya purgadas y limpias, como lo estaban la del Buenaventurado Padre San Francisco y Santa Catalina de Sena y otros santos, los cuales quedaban arrobados y fuera de sí, cuando comían este pan de los ángeles, por la grandeza de esta suavidad. Para la inteligencia de esto conviene presuponer que, como el hombre naturalmente sea muy amigo de todas las cosas que deleitan, la divina sabiduría, que dispone todas las cosas sabia y suavemente, viendo cuán amigo sea el hombre de cualquier gusto y deleite, puso éste en los manjares, para que con esto se moviese a comer y de esta manera se conservase la vida, la cual faltaría si el mantenimiento faltase. Mas agora es de saber que en el hombre justo hay dos maneras de vidas, y cada una tiene su manjar propio con que se sustenta. De estas vidas, la una es corporal, que es esta que vemos, y la otra espiritual, que no vemos, la cual consiste en estar en gracia y caridad con Dios. La una de estas vidas tenemos común con las bestias, y la otra es propia de ángeles, la una es humana, y la otra divina; la una es de los hijos de los hombres, la otra es de los hijos de Dios; la una vida se causa de la presencia del ánima en el cuerpo, y la otra de la presencia del Espíritu Santo en la misma ánima, según lo que dice el apóstol: la caridad para con Dios, se ha infundido en nuestros corazones, por virtud del Espíritu Santo que nos es dado.

Siendo esto así, podrá juzgar el prudente lector cuál será el sabor y gusto que pondría el Criador en el manjar con que se sustenta la vida espiritual y divina, pues tantas diferencias de manjares suavísimos crió para sustentar la vida humana. Porque, como las obras de este Señor sean tan perfectas, necesariamente habemos de confesar que, cuanto es más excelente esta vida espiritual que aquella corporal, tanto ha de ser mayor el gusto y suavidad que puso en el manjar de esta vida, que el que puso en la otra. Y conforme a esto dice Santo Tomás que nadie podrá explicar con palabras la grandeza de la suavidad de este sacramento, porque en él se gusta la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo, fuente y mar de infinita suavidad, de la cual gustan más abundantemente quienes más purgado tienen el paladar de su ánima.

Siendo pues esto así, nadie debe extrañar lo que dijéremos de la hambre que esta virgen purísima tenía de este divino manjar, ni del alegría y consolación que con él recibe, ni de los favores singulares que del Esposo ha recibido con él, de los cuales refiriremos aquí algunos.

[Visión en el Corpus de 1583]

En el año de 1583, en la fiesta del Santísimo Sacramento, acabado el oficio de la misa (que este día se acaba a las nueve, porque la gente quiere irse a la procesión), habiendo esta virgen comulgado, tuvo un raptó que duró desde esta hora hasta las cinco y media de la tarde. En el cual espacio estuvo su cuerpo tan hierto y tan sin moverse, como si fuera de piedra mármol. Y en este espacio dijo ella que vio cosas que con ningunas palabras se pueden explicar aquí: vio a Nuestro Señor hermosísimo con el pecho abierto, en el cual le pareció que tenía el Santísimo Sacramento y de Él venía a su ánima una incomprehensible claridad. Y aquí le fue mostrado el infinito amor, con que el Señor había instituido este Santísimo Sacramento. Y sería imposible poder explicar ella lo que en aquel sagrado pecho vio. Estaba delante de Nuestro Señor, Santo Tomás de Aquino, puesto en contemplación y atónito de ver este grande amor. En este espacio se pasaron seis horas sin ver otra cosa alguno, y dijo la virgen, así como estaba rapta, estas palabras que le oyeron: «¿si yo dijese estas cosas tan admirables, quién las creería? Dígalas Santo Tomás». Y de ahí a un poco dijo: «amo y creo». Como si despertara de algún sueño vio toda la corte del cielo y a Nuestra Señora con muchos santos alrededor del Esposo. Díjole entonces Santa María Magdalena que esperase por las vísperas, las cuales fueron luego comenzadas por el rey David y oficiadas por Santo Tomás, todos cantaban con grande alegría, y llegando al verso que se canta después del himno que dice: Panem de coelo praestinisti eis, etc., dijéronle que lo había ella de decir con San[ta] Inés, virgen que allí estaba. En estas vísperas se pasó otra hora. Las madres del monesterio, que presentes estaban, no sabían en este tiempo qué consejo tomasen, porque por una parte recelaban mandarle por obediencia que volviese en su acuerdo y sacarla de aquel paraíso de que su ánima tanto más gozaba, cuanto su cuerpo menos sentía, y por otra temían el peligro de su salud por ser ya muy tarde y estar ella sin desayunarse, siendo tan flaca y delicada. Mas, finalmente, venció esta parte, y la perlada le mandó por obediencia que volviese en sí; y así volvió, no sin muchas lágrimas y dolor de verse privada de tan grande suavidad.

¡Cuántas cosas tiene aquí un devoto corazón de que maravillarse! Una maravilla es estar un cuerpo tan dilicado tantas horas sin menearse ni bullir pie ni mano; otra maravilla es el regalo que el Esposo hizo a esta su esposa mostrándole todas estas maravillas; y oyendo estas tan solemnes vísperas y teniéndola suspensa por tan largo espacio en la contemplación de cosas tan grandes; y entre estas maravillas no es cosa menos suave encomendar el verso que se dice después del himno a estas vírgenes, porque tales acólitos y tales versicolarios pertenecían para tales vírgenes y vísperas.

Pero la cosa más digna de considerar en esta materia es la grandeza del amor con que el Salvador instituyó este Santísimo Sacramento; porque amar es querer bien y hacer bien; y cuanto mayor es ese deseo y beneficio tanto nos descubre mayor amor. Pues, para entendimiento de esto, será necesario traer a la memoria todos los efectos de este Sacramento que son muchos y admirables, de que en otras partes habemos tratado; mas aquí tocaremos brevemente uno solo. Para cuya inteligencia se debe presuponer que todas las leyes divinas y humanas se ordenan a hacer los hombres buenos y bienaventurados. Lo

uno como medio, y lo otro como fin. Mas los fines y los medios son diferentes en las leyes divinas que en las humanas; y, dejando las humanas, la summa de las divinas consiste en las dos cosas susodichas, que es hacer a los hombres buenos y bienaventurados. Para lo uno y para lo otro, sirve grandemente ese divino Sacramento, ca por virtud de la gracia y refección espiritual (que por él se nos dá), ayuda en gran manera a la santificación de nuestras ánimas, esforzándolas y renovándolas todos nuestros buenos propósitos y deseos. Y, con la grandísima suavidad que en él se dá a las ánimas purgadas y limpias, les comunica aquella manera de bienaventuranza, de que en esta vida gozan los amigos de Dios, muchos de los cuales llegándose a comulgar con cuerpos dibilitados y flacos, reciben tanta alegría y suavidad con el gusto de este pan de los ángeles, que se levantan de esta mesa esforzados y alentados, como si no hubiesen tenido flaqueza alguna, por la grande alegría que con él recibieron, la cual en las personas más diputadas es tan grande que las priva de sus sentidos. Pues en esto se ve la grandeza del amor con que el Salvador ordenó este Sacramento, por el cual se nos hizo este tan gran beneficio en que consiste la suma de toda la ley divina, como está aquí declarado. Vese también la grandeza de este amor en permitir este Señor ser tratado por mano de muchos indignísimos sacerdotes (que es como ser otra vez entregado en manos de pecadores), y todo esto sufre por el grande amor que tiene a las ánimas, porque no carezcan de este divino socorro.

Otro favor semejante a éste le hizo Nuestro Señor el año de 78, el miércoles de la Semana Santa, de que se hace mención en la relación hecha a su Santidad que atrás queda, y por eso no es necesario ponerse aquí.

[Visión en la fiesta de San Agustín]

Otra cosa memorable acaeció a esta virgen el año pasado día de San Agustín. En este día, estando ella enferma, había de ser purgada; mas no quiso por eso perder la ración cuotidiana de este pan celestial, para lo cual la víspera de este día mandó prevenir al capellán de las madres (que tenía licencia del perlado para comulgar), para que viniese muy de mañana a darle esta ración. Vino él a esta hora con un criado suyo, mas no era razón que tan alto Señor (ante cuya majestad tiemblan los poderes del cielo) viniese tan pobremente acompañado. Y así estando ella en sus sentidos, vio toda la Iglesia llena de ángeles con candelas encendidas en las manos, y el sacerdote venía debajo de un palio muy rico, cuyas varas traían cuatro ángeles muy hermosos, y a un lado venía el glorioso padre San Agustín vestido de una capa rica, acompañado con nuestro padre Santo Domingo y Santo Tomás, y al otro lado venía la sacratísima Virgen Nuestra Señora, acompañada de muchas vírgenes; lo cual todo veía esta virgen por la reja del coro bajo, y de ahí se llegó a la ventanilla de la comunión y recibió el Santo Sacramento de mano del sacerdote. Mas quedó ella de esta visión tan tomada y tan abrasada de amor, que suplicó al Esposo le diese fuerzas para poder levantarse de aquel lugar y ir a tomar la purga. Esta visión no fue rapto porque la virgen estaba en sus sentidos, mas el que es todopoderoso cría en el aire las especies y imágenes de lo que Él quiere representar, lo cual ni ven los que presentes están sino quien Él quiere que lo vea.

Y lo mismo que hizo este día madrugando muy de mañana para comulgar antes de tomar la purga, hace todas veces que se ha de purgar (que no son pocas, por sus muchas enfermedades). Y estando este mes de octubre de 85 tres veces sangrada (que para ella es mucho por ser de muy poquitas carnes; y estando tan debilitada y flaca que temían todos sus devotos el peligro de su vida), no por eso dejó de levantarse muy de mañana para gozar de esta refección espiritual antes de la purga.

Ni tampoco deja en estos días de levantarse de noche a estar sobre su cruz en oración como suele; porque, como el comer es tan poco, así lo es el dormir; y con esto se junta la fuerza del amor divino que la despierta, y por esto no quiere desistir de sus acostumbrados ejercicios.

[Más favores divinos]

Otra vez, siendo de noche, oyó esta virgen la campanilla que va con el Santo Sacramento cuando lo llevan a algún doliente, y oyendo esto, quedó ella transpuesta por un raptó; y, preguntado por las religiosas qué había sido aquello, respondió que había ido a acompañar al Esposo que iba a casa de una mujer doliente, con el cual dijo que iba poca gente de la tierra, pero mucha del cielo. Otro día supieron las madres que era así como ella lo había dicho.

Después que el Esposo fue servido de honrar su esposa con las insignias de su Sagrada Pasión, danle licencia los perlados para que cada día reciba el Santísimo Sacramento. Y es tan grande la suavidad y la fuerza del amor, que con esta unión espiritual recibe (en la cual la esposa se junta con su Esposo donde se consuma este santo y divino matrimonio), que totalmente pierde los sentidos y queda por grande espacio alibiada hasta que por obediencia la vuelven a ellos; y quédale el rostro tan devoto que mueve a los que lo ven a devoción, y a veces a lágrimas. Y dándole el cáliz envuelto en un lienzo, para que tome el lavatorio, apriétalo tan fuertemente con las manos, que no hay fuerza que se lo pueda quitar; y los dedos están tan apretados como si fueran de palo hasta que vuelve en sí; y a veces, aun después devuelta, le da otro ímpetu con que torna a arrebatarse el caliz y apretarlo consigo. Y generalmente hablando, todas las veces que toma el cáliz en la mano queda alienada; y por esto, cuando el sacerdote pide el cáliz por la ventanilla de la comunión para decir misa, no se atreve ella a darlo por esta causa, sino manda a otra monja que lo de.

Mas no paran aquí los favores que tocan a este divino Sacramento. Añadiremos aquí otro. Siendo esta virgen de menos edad, un día de San Juan Evangelista, estando algunas religiosas para comulgar, le negó la perlada licencia para lo mismo; y, creyendo ella que esto se le negaba por sus pecados, estuvo aquel día derramando muchas lágrimas, parte (como decía ella) por sus pecados, y parte por lo soledad y deseo que tenía del Esposo. Mas Él no se pudo contener que no la consolase, porque el día siguiente, que era de los inocentes, fuese ella al coro muy de mañana y, puesta delante de la reja de él en oración enfrente del altar mayor, tuvo un raptó en el cual quedó fuera de los sentidos. Y, estando así, vio que se ponía recaudo en este altar para decir misa, la cual se decía solemnemente

con sus ministros; y, cuando el sacerdote acaba la misa, los ministros, que estaban en la capilla mayor, le dijeron que había de comulgar; y volviéndose el que decía la misa para darle la comunión, volvió la virgen a sus sentidos y desapareció toda aquella visión; y vio venir una forma por el aire cercada de grande resplandor y púsosele en la boca, y sintió en su ánima con ella los mismos efectos y la misma suavidad que suele recibir con la sagrada comunión. Quien conociere la fuerza que tienen las lágrimas amorosas para con las entrañas piadosas de Nuestro Dios y Señor no extrañará esta merced y favor, porque no hay armas más fuertes para vencer el corazón del que ama que las lágrimas del amado, porque las armas del hierro hieren el cuerpo, mas las lágrimas de amor hieren en el corazón, como lo vemos en las lágrimas de la Magdalena que buscaba el cuerpo del Salvador en el sepulcro, por las cuales mereció, primero que los apóstoles, hallar vivo al que buscaba muerto. Por donde no es de maravillar que las lágrimas humildes y amorosas de esta virgen moviesen tanto al Esposo que le diese esta consolación, mayormente siendo verdad que, si la esposa tenía gran deseo de ir al Esposo, mayor lo tenía Él de venir a ella; pues, como se escribe en los Cantares, viene saltando los montes y los collados, tan ligero como un corzo a visitar su esposa. Queda agora por averiguar si esta forma fue tomada del sagrario o consagrada por la virtud y omnipotencia de Dios que todo lo puede; mas yo dejo la averiguación de esto para los más sabios o más curiosos.

Esto acaeció antes de la imprisión de las llagas, porque, antes de ellas, no le daban esta licencia tan continua, con lo cual ella padecía tan gran hambre de este divino manjar que de sólo ver comulgar a otras personas quedaba alienada. Y, quejándose al Esposo de su perlado por que le estrechaba tanto esta ración, Él respondió que se consolase, porque el que agora se la negaba, vendría a dársela por su mano. Y así se cumplió. Y la maldición que por esta causa ella echó al perlado que le estrechaba estas licencias fue diciendo: «plega a Dios que tal hambre padezca como yo quien así me hace padecer». Y diciéndole agora su padre confesor qué haría si no se diese la comunión sino en Goa, que está a cinco mil leguas de esta ciudad, respondió ella que sin dubda se pondría en camino para ir allá, por estar donde pudiese recibir este pan de los ángeles, lo cual cierto es para grande confusión de muchos cristianos, que estando en su mano poder gozar de este sumo beneficio, y para mucha mayor confusión de muchos sacerdotes que pasan muchos días sin celebrar (pudiendo cada día amontonar riquezas y tesoros de gracia que consigo trae este divinísimo Sacramento, para el que con limpia conciencia lo recibe), pierden todo esto por no tomar un poco de trabajo en disponerse para lo recibir. De los unos y de los otros se entiende lo que Salomón dice: esconde el perezoso las manos en el seno, y parecele gran trabajo llegar con ellas el manjar a la boca, y por esto anda tan flaco y tan resfriado en el amor de Dios, porque no recibe este Sacramento de amor. Porque dos cosas señaladamente hizo Dios para ser amado de los hombres. La una es hacerse visible y vestirse de carne, para que el hombre carnal, que no se acomoda a amar a Dios en el espíritu, lo amase vestido de carne, y porque, como se suele decir, a muertos y a idos no hay amigos, de tal manera se fue, que también se quedó con nosotros en este Santísimo Sacramento aposentado en todas nuestras iglesias, para que allí lo veamos y adoremos y hablemos con Él, y le presentemos todas nuestras necesidades, y (lo que más es) para que lo recibamos en nuestras ánimas, y nos encendamos en su amor, porque ¿quién esconderá fuego en su pecho que no arda con él?

Y por eso es de creer que arde tanto esta virgen en el amor del Esposo (como arriba declaramos), porque encierra cada día este fuego en su pecho y ansí anda abrasada y convertida en amor, de la manera que un hierro echado en el fuego se convierte en el mismo fuego; y éste es principal medio por donde todas las virtudes y favores devinos se alcanzan.

Capítulo VI

De algunos raptos y aparecimientos notables que tuvo esta virgen

Un día de cuaresma tuvo esta virgen un grande raptó, el cual escribió ella forzada por obediencia por estas palabras: «Vi una lumbre muy clara que descendía del cielo, la cual me arrebató y levantó en el alto; y así perdiendo los sentidos corporales vi cosas que no se pueden decir: vi una gloria muy grande y unas penas tan grandes con las cuales ninguna de cuantas hay en esta vida se pueden comparar; vi perder los hombres bienes infinitos y ofrecerse a tormentos eternos por gustos que hoy son y mañana no; en la hermosura de esta gloria vi a Nuestro Señor con las señales de su amor y miróme con grande afición y blandura; vi también a Nuestra Señora y a Santa María Magdalena y a los apóstoles y a nuestro padre Santo Domingo y a Santo Tomás y a muchos santos y santas y a muchas personas que conocí en esta vida. Todos me decían que quedase con ellos, y yo con muchas lágrimas les rogaba que fuesen mis intercesores y pidiesen a Nuestro Señor que no fuese yo más apartada de allí y decía: ¡oh dulce Señor mío, no permitáis Vos que yo me vaya de aquí! Él me decía que esperase el tiempo que Él tenía determinado. Los que más deseaban esto eran el coro de las vírgenes, las cuales estaban con palmas en las manos y coronas de grande resplandor en las cabezas y con las señales de sus martirios, con que resplandecían como el sol. Lo que en esta ciudad más vi yo, y no puedo decir, y volví para mi «hermosa» que todo esto me mostraba y díjeme: ¡oh, por cuán poco se pierde tanto, y con cuán poco se puede ganar tanto! Y díjome ella: venid y veréis a la vuelta de esta ciudad el purgatorio cuyas penas no se pueden comparar. Y vi en ellas las ánimas muy contentas y muy atormentadas; y vi que conocían por clara lumbre de Dios serles aquel lugar concedido por muy grande misericordia y ser tan grande el conocimiento que por esta lumbre tienen de la grandeza de la divina majestad y del servicio y reverencia que merece que, aunque le dieran el cielo con grandísimos grados de gloria (habiendo en ellas alguna mácula de culpa), no lo aceptarían por no parecer con ella delante de aquellos purísimos ojos de Dios. Y así están con grande contento en estas penas, tiniéndolas por grande[s] misericordias. Todas me pedían que rogase por ellas a Nuestro Señor. Muchas gentes conocí allí, y vi grandes tormentos por pequeñas culpas; y vi ser mayores las de aquellas ánimas que más recibieron y ser más castigado el pecado pequeño del que recibió de Dios mayor conocimiento de sí que el grande del que menos recibió; y vi que de cosas de que no se hace caso en esta vida, se hace mucho en la otra. Y no puedo decir más.»

Agora ruego al cristiano lector, pare un poco en esta visión y pondere aquellas palabras: «¡Oh cuán grande bien y por cuán poco se pierde y cuán grande bien y por cuán poco se podía ganar.» Porque estas dos sentencias son tan graves y tan compendiosas, que toda la vida hay que pensar y que ponderar y que llorar considerando la extrema ceguedad de los hombres que, creyendo esto que creen, viven como si no lo creyesen.

Pondere también lo que se dice de estas santas ánimas, las cuales no aceptarían el descanso de la gloria por no parecer con algún defecto ante la divina majestad. Porque con la lumbre que allí se les ha dado conocen la inmensidad de la bondad y santidad de Dios y del aborrecimiento que tiene al pecado, les sería mayor tormento la vergüenza que tendrían de verse ante aquellos purísimos ojos con pecado que todas las penas juntas del purgatorio.

Pasemos de aquí a otra devota visión. Andando esta virgen sirviendo a las enfermas, recogiendo en la noche a su celda, sintiendo en su ánima grande soledad y deseos del Esposo y derramando muchas lágrimas, con este deseo tuvo un raptó en el cual le apareció Él con una muy clara luz, y venía con Él Nuestra Señora y Nuestro padre Santo Domingo y San Juan Bautista y el Evangelista y Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena; y en esta visión recibió grandes mercedes del Esposo y fue visitada particularmente de estos santos, los cuales le mandaron ir a servir a las dolientes, diciéndole que sirviese a cada una de ellas como a la persona de Cristo. Y dijo que se vio allí tan baja y tan vil en sí misma, que se tenía por indigna de servir a aquellas esposas de Cristo por ser ella la mayor de los pecadores.

El año de 1583, en tiempo de cuaresma, habiendo esta virgen comulgado, fue elevada delante de Nuestro Señor, El cual estaba asentado en un trono y con Él estaba Nuestra Señora y nuestro padre Santo Domingo, y Santo Tomás y su «hermosa»; y tenía Nuestro Señor una grande cruz en el brazo derecho y dábale a nuestro padre diciéndole: ponel de esta cruz porque así es necesario para que por la una vía o por la otra te hagamos semejante a Nos, y ella abrazaba la cruz con grande alegría deseando saber lo que significaba, mas Santo Tomás lo decía que ella lo sabría adelante.

Después de esto, víspera de Nuestra Señora de la Visitación, acabando de comulgar, tuvo un raptó en el cual vio a Nuestro Señor que le decía: «levántate y extiende los brazos». Y tenía Él en las manos aquella cruz que le mostraba en la cuaresma; y, levantándose ella, extendió los brazos a manera de cruz diciendo estas palabras: paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Y el día en que fue elegida por priora de su monesterio, estando todo el convento en el capítulo, vio esta virgen a Nuestro Padre Santo Domingo y Santo Tomás y Santa María Magdalena, y tenía nuestro Padre aquella cruz en las manos y estovieron en el capítulo hasta que se acabó, y, acabado, les echó él su bendición, y entonces entendió la virgen lo que significaba aquella cruz, que nuestro padre le daba, prometiéndolo que Él la ayudaría.

Después de esta elección, habiendo esta virgen comulgado, entrando en su celda, se comenzó a quejar al Esposo, porque la había puesto en lugar donde se viesen en público sus culpas y defectos, y con esto decía otras palabras semejantes con muchas lágrimas. Mas el Esposo le dio esta respuesta: mostróle en aquel suavísimo pecho y puerto de descanso todas las religiosas sin faltar alguna, y el Esposo lo decía: «quiero que a todas éstas me tengas en la lumbre de los ojos». Y desde entonces se tiene por muy indigna de servir a éstas tan amadas y tan dichosas, y, si alguna cae en algún descuido y la halla menos, no descansa hasta que conozca su culpa y la tome a ver en su lugar. De lo dicho no se espantará ni lo extrañará quien conociere la virtud y recogimiento de este monesterio, y la paz y concordia de él, y la frecuencia de los sacramentos, y la continuación de la oración con todas las otras

virtudes monásticas. Son todas por la mayor parte nobles, dotadas, tienen en las camas sus mantas de lana, las enfermas son con mucha caridad servidas y proveídas, y entre ellas está una religiosa virtuosísima, que ha siete años que está en cama, y con graves dolores y contentísima con ellos, tiene especial don de lágrimas, y con ellas comulga con tanta devoción que la pone a las que la ven. Y por ser tan grande y tan antigua la religión y recogimiento de este monesterio, y más agora acrecentado con el ejemplo de tal perlada, no es maravilla que estén todas las religiosas de él recogidas en el pecho de Cristo como está dicho.

Y acaeció estar una religiosa inquieta y perturbada con algunos pensamientos, lo cual vio, en espíritu esta madre y la avisó, y ella no pudo negar lo que pasaba. Otra por un escrúpulo dejó de comulgar un día y la virgen por el mismo espíritu lo supo y la avisó y mandó comulgar otro día.

I. Síguese otro aparecimiento

El jueves de la semana de pascua, cuando se canta el Evangelio *Maria stabat ad monumentum, foris, plorans*, que trata de cómo el Salvador apareció a la Magdalena, estando ella llorando junto al sepulcro, después de haber esta virgen comulgado, cuenta ella misma lo que vio por estas palabras: «vi en espíritu una grande hermosura con la cual sentí en mi ánima una tan grande dulzura y suavidad, que con ningunas palabras se puede explicar, y aquello que vi, de tal manera me robó el corazón y me llevó en pos de sí, que todas las cosas de esta vida me son pesadas de sufrir. Aquí me mostró el Esposo su corazón y hallaba en él tan grande conocimiento de su divinidad, y tan grande dolzura que no se puede decir; y si entendiese, sería cosa de espanto. Y así lo es no reventar el corazón con la grandeza del amor y con el fuego excesivo y ardor de la caridad. Y no sabré decir lo que vi ni lo que sentí, y las palabras que dijo a mi ánima; el cual se vio con ella tan misericordiosamente como una madre con un hijo chiquito que mucho ama, al cual una vez da el un pecho y otras veces se le esconde, para que, llorando por él, se le torne a dar copiosamente tomándole en sus brazos. Así Él, muy deseoso de darme a gustar su divino pecho, primero me da una grande sed y deseo de él, lo muestra como de lejos, llorando yo mucho por él, no se puede contener que no me lo de abundantísimamente. Y de esto no se espante nadie, porque a Él ninguna cosa es imposible; y miróme con ojos de misericordia y alumbróme y enseñóme y Él es todo mi bien y todo mi amor y todas mis riquezas y en Él estoy segura; y su amor es para mí un muro inexpugnable, ya morí a todas las cosas por hallar su amor y mi vida está escondida en Él, *quoniam vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus*».

II. Síguese otro aparecimiento

Pedía esta virgen a Nuestro Señor que multiplicase en ella sus lavatorios para que quedase tan blanca como la nieve. Y un día de la Cruz, después de la comunión, vio al Esposo puesto en una cruz y todo bañado de sangre, y entró su corazón en la llaga de su sagrado pecho; y, siendo bañada en aquella sangre, sintió cosas que no se pueden decir ni entender. Él estaba acompañado de sus espíritus seráficos, que ardían en fuego de amor, los cuales eran hermosísimos y muy resplandecientes a manera de fuego, y de este divino pecho salió su corazón encendido como una brasa de fuego, con el cual la carne se consume con la fuerza del amor, de tal manera que le parece ser espantoso vivir.

III. Síguese otro que ella explicó por estas palabras:

«Vi una clara escuridad sin algún medio, en el cual vi al Esposo más hermoso y resplandeciente, y con alegre rostro me dijo que mirase, y vi todo el mundo junto, y a mí encima de él y díjome: «¿sabes de dónde te libré? míralo bien, está segura, mas de tal manera que siempre vivas con temor. La seguridad de no caer esté muy firme en mí, y el temor sea mirándote a ti». En este mismo paso le declaró el Esposo la grandeza del amor que le tenía diciendo: «si pudieses comprender cuán grande sea el amor que a tu ánima tengo, no sería posible vivir. Está, pues, firme en mi amor, que eso sólo quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda adversidad por amor de mí porque determino hacer una cosa nueva en ti.» Este aparecimiento fue antes de las llagas y ésta parece ser la cosa nueva que el Esposo quería obrar en ella.

Capítulo VII

De otros aparecimientos que esta virgen tuvo en diversas fiestas del año

Todos estos aparecimientos que hasta aquí se han referido en todo este libro tenía esta virgen escritos por su mano, siendo para ello compelida por obediencia de su perlado, mas los que ahora contaremos han sucedido dende el año de 1584, de los cuales daba ella cuenta a su padre confesor, y él, con licencia de ella, me la daba a mí.

Pero lo que al principio de esta materia puedo decir es que, regularmente hablando, ninguna fiesta principal hay en el año, especialmente de las fiestas de Nuestro Salvador y de su santísima Madre, y de nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y Santa María Magdalena, en que el Esposo no haga a ella alguna especial fiesta con que la consuele y alegre, y encienda más el su amor; por donde ni es de maravillar que, con estos estímulos y incentivos de amor tantas veces repetidos, arda tanto ella en el amor del Esposo, ni que el Esposo haga tantos regalos y favores a una virgen que tanto le ama; y quien esto considerase entenderá con cuánta razón dijo el Salvador que sus delicias eran tratar con los hijos de los hombres, entendiendo por este linaje de hombres las ánimas de aquéllos que, muertos al mundo, viven a solo Dios, por cuyo amor renuncian y dispiden de sí todos los regalos de la tierra, ca en pago de esta renunciación los consuela Nuestro Señor con otras consolaciones mayores que las que por su amor dejaron, según aquello del Salmo:

conforme a los muchos dolores de mi corazón, así tus consolaciones alegraron, Señor, mi ánima.

Mas en esta virgen juntáronse en uno cuatro cosas merecedoras de estas grandes consolaciones del Esposo. La primera es la grande simplicidad y pureza de su ánima. La segunda es la grandeza de su amor, de que agora hablamos. La tercera es la comunión cotidiana del Santísimo Sacramento, que es sacramento de amor y de unión del ánima con su Esposo, y su efecto propio es refección espiritual, en el cual interviene un sabor y gusto admirable de este pan celestial. La cuarta es la muchedumbre de los dolores que esta virgen padece todos los días de la semana, y señaladamente en los tres, los cuales son tan grandes, que totalmente la han privado del gusto de los manjares; y así como hay mal comer y mal dormir, y gran flaqueza que se sigue de lo uno y de lo otro, de modo que, cuanto al cuerpo, su vida es un perpetuo martirio. Mas, como Dios sea tan bueno y tan fiel para con sus siervos, cuanto son mayores los dolores del cuerpo, tanto son más crecidos y admirables los deleites del espíritu, porque nunca nadie perdió algo por Dios que no hallase en Él ciento tanto más de lo que por Él dejó. Y está nuestra virgen tan contenta, así con los dolores como con las consolaciones, que, como ella dice, no trocaría un punto de lo uno o de lo otro por todos los tesoros del mundo.

Comenzando, pues, por estos favores, sería cosa muy prolija contar todos estos aparecimientos; y por tanto no haré tanto caso de aquellos que redundan en gloria de esta virgen, sino de aquellos que traen consigo alguna edificación y aviso para la buena vida.

Día de las once mil vírgenes del año de 1584, después de haber recibido la sagrada comunión, estando fuera de los sentidos, fue llevada en espíritu a una hermosísima ciudad, y vio en ella asentado a Cristo en un trono con grande resplandor, y con Él estaba la virgen Nuestra Señora, y los apóstoles y la Magdalena, y de ella dijo que le echaría de sí un fuego de amor grande; y junto con esto vio una cosa que le representaría la muchedumbre de aquellas vírgenes cuya fiesta aquel día se celebraba; y entre ellas vio una monja de su monesterio que poco antes había fallecido, la cual esta virgen curó de aquella locura que tenía de no querer comer, como arriba se declaró. Y, estando gozando con grande suavidad de este espectáculo tan hermoso, fue llamada por parte del padre provincial, de lo cual ella recibió tan grande pena que todo aquel día se le pasó llorando. Mas a la noche el Esposo, que siempre se deja vencer de sus piadosas y amorosas lágrimas, volvió a aparecerle de la misma manera que por la mañana; y, demás de esto, traía consigo a Santa Catalina de Sena, Santa Cecilia, [y] Santa Inés. Y, entre otras palabras que le dijo, fue que tuviese entendido que le agradaba mucho la virtud de la obediencia, y que esa le había hecho volver para que no careciese de lo que por la obediencia había dejado. El valor de esta virtud se conoce considerando que la desobediencia de una mujer fue principio de la perdición del mundo; y la obediencia de un Dios, y hombre fuera reparo y remedio del mundo; y, con estar todas las virtudes en Cristo, ésta principalmente fue señalada por toda la Santísima Trinidad para redención del mundo, para que el daño que la desobediencia hizo curase la obediencia.

En el mismo año, estando esta virgen oyendo misa para comulgar, vio al Niño Jesús junto a la Hostia, y antes de la comunión vio que salía de Él un grande resplandor, el cual se le entraba por la llaga del costado y salía de Él grande copia de sangre con cinco gotas en la misma figura de cruz, pero las gotas eran mucho mayores que las ordinarias, y el lienzo

en que estas gotas se recogieron dio ella a su padre confesor; y quedó ella tan movida de esta novedad y gracia, que deseaba la noche para gozar más de ella. Levantándose, pues, a las dos de la mañana, vino el Esposo y rezó los maitines con ella, y las veces que el Esposo la visita siempre le dice: paz sea contigo, y ella se derriba luego a sus pies. Y en este aparecimiento le rogó ella que la llevase para sí y sacase de esta vida, mas Él le respondió que tuviese paciencia por agora, pero que no tardaría mucho.

El mismo año le apareció una noche Nuestra Señora en un raptó, trayendo en sus brazos un corderico, y ofreciéndolo a esta virgen, en cuya compañía venían muchas vírgenes cantando el cántico de Te Deum, aplicado a Nuestra Señora, diciendo Te matrem Dei laudamus, te matrem virginem confitemur, etc. Y llegando aquel verso que dice, sancta, sancta, sancta, todas hincaban las rodillas con grande reverencia y devoción, y todas miraban amorosamente a esta virgen y mirábanse unas a otras a las llagas de sus manos, casi maravillándose de ver aquellas gloriosas insignias de su Esposo. Entonces ella rogó a Nuestra Señora por sus monjas, y ella le prometió su favor y amparo.

Otra noche ante de ésta le apareció el Esposo, al cual suplicó que inflamase los corazones de estas mismas monjas en el fuego, de su divino amor, mas Él le respondió que con su amor no se compadecía otro amor que no fuese en Él y por Él.

En el mismo año, en el mes de noviembre, vino el Esposo y rezó vísperas y completas con ella, y comenzando la salve que se dice después de ellas, apareció la virgen Nuestra Señora acompañada de muchas vírgenes, las cuales venían cantando la salve y el verso que se canta después de ella, que dice: dignare me laudare te, dijo esta virgen rezado, y todas las demás le respondían así.

En el mismo mes y año, día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz diciéndole estas palabras: «quírote mucho porque eres amiga de la cruz», entendiendo por la cruz la carga de los trabajos y dolores que padece, con los cuales ella vive muy consolada. En el mes siguiente le apareció el Esposo declarándole la grandeza del amor que Él le tenía y diciéndole que tal lo había de tener ella para con Él. Y de esta visión se recreó en ella un grande amor de ardor que le parecía que, si mucho le durase, no sería posible vivir.

Día de Nuestra Señora de la O, en el mismo año, vio a Nuestra Señora hermosísima y muy resplandeciente acompañada de cinco vírgenes, trayendo al Niño Jesús en sus brazos, y preguntándole esta virgen quién era ella, respondió que era la reina de misericordia, mandándole que le pidiese alguna cosa, a lo cual respondió esta virgen que no quería otra misericordia, sino que le diese aquel niño. Y ella le tomó en sus brazos, y preguntándole su padre confesor por lo que allí hacía, respondió que todo se le iba en abrazar y besar los pies del santo niño; y preguntada más cuánto espacio había durado esto, respondió que dende las dos hasta la seis de la mañana, mas que a ella le había parecido todo este tiempo un soplo.

En el mismo año, día de Navidad, se halló presente en espíritu al misterio del nacimiento donde vio a Nuestra Señora cercada de ángeles, con el niño Jesús en los brazos, y dioselo ella para que lo recibiese en lo suyos; y el día de San Juan siguiente le apareció el Esposo con la Magdalena y con el mismo San Juan, de quien ella es muy devota, diciéndole que

por hacerle merced le traía consigo, y que se encomendase a él y le tomase por maestro; y el día siguiente el mismo santo le apareció y avisó de algunas cosas que tocaban al regimiento de su oficio.

En el mismo año, día de Santa Inés, vio una procesión de vírgenes hermosísimas con palmas en las manos cantando el himno que comienza, Jesu, nostra redemptio, amor, et desiderium, etc., el cual se canta de entre pascua y pascua; y llegando al trono donde estaba el Salvador con su santa Madre, mudando el himno, cantaron el de las vírgenes que comienza: virginis proles opifexque matus, etc., y entre estas vírgenes iba San[ta] Inés con un corderico en los brazos; y dijo más: que esta visión había durado cuatro o cinco horas, mas que todo este espacio le había parecido un momento.

El jueves santo del año de 1585, haciendo ella como perlada el mandato, tuvo por ayudadores y compañeras en él a la Magdalena y a Santa Catalina de Sena; y, cuando ella se arrodillaba para hacer este oficio, ellas también se arrodillaban con ella. Cuando se leyó el evangelio de San Juan, que se canta después del mandato, estuvieron ellas asentadas oyéndolo, tomando a esta virgen en medio. Después lo que ella sentiría con esta compañía y con esta honra todas las veces que en esto pensase, fácilmente lo podrá entender quien atentamente considerare la grandeza de este favor y regalo de las santas.

El viernes santo del año de 1585 padeció esta virgen tan grandes dolores en las llagas, que le parecía cosa imposible poder vivir con ellos; y este día manó gran copia de sangre de la llaga del costado, mucho más que los otros días. En este paso quiero que considere el devoto lector cuánto desea Nuestro Redentor que sintamos la grandeza de los dolores que por nuestra causa padeció, porque, no contento con lo que nos declaran las Sagradas Escrituras y los santos doctores, los cuales afirman que mayores dolores se han jamás en esta vida padecido iguales a ellos; no contento con esto, quiere que haya habido en su iglesia personas que por experiencia hayan sentido la grandeza de estos dolores o parte de ella, como arriba dejimos; y por aquí quiere que entendamos cuánto le debemos, y cuán caro le costamos, y cuánta obligación tenemos a amar a quien tanto nos amó, y aborrecer el pecado cuyo remedio tan caro le costó. Porque aunque le debemos mucho por el remedio que nos dio, mucho más sin comparación le estamos obligados por el medio que escogió para remediarnos, que por el mismo remedio, porque remediar males es propio de Dios, mas totalmente contrario padecerlos.

El día de Pascua siguiente por la mañana le apareció su «hermosa» a la cual preguntó esta virgen qué tan grande fuera el dolor que sintió cuando vio expirar al Salvador en la cruz, a lo cual le respondió haber sido tan grande que, si no fuera confortada por Dios, allí expirara juntamente con Él, y añadió más diciendo que por aquí entenderá la grandeza de la alegría que recibió cuando lo vio resucitado.

Este mismo día de Pascua ordenó que se hiciese una muy solemne procesión por la mañana alrededor de la iglesia de su monesterio llevando en ella el Santísimo Sacramento. Estando ella en su acuerdo, dando orden a lo que se había de hacer para la procesión, en este tiempo vio al Esposo en el Santísimo Sacramento y vio toda la iglesia llena de ángeles que le acompañaban; vio también en la mesma procesión a nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y otros santos de la orden; y, saliendo por la puerta de la iglesia, ella se

arrebató y dijo que había ido en toda aquella procesión acompañando el Santísimo Sacramento.

Día de la Ascensión en la noche tuvo un raptó, y dijo que no sabe si el ánima estaba en el cuerpo, si fuera de él; y que más se inclinaba a creer que está fuera. Y en este raptó dijo que la llevaron a una gran ciudad, y que allí vio a Cristo asentado en un trono con grande majestad cercado de ángeles, y al lado Nuestra Señora, y la Magdalena, y Santa Catalina de Sena; y, preguntada qué hacía ella, respondió: «amar, alabar y pasmar, no otra cosa». Y decía ella que allí sí quisiera estar toda la vida.

Día de Pentecostés del mismo año acabando de comulgar tuvo un grande raptó en el cual estaba todo su cuerpo como enterizado, y aquí vio un círculo de fuego encima del cual estaba el Esposo, y cercaron a ella de este fuego de donde quedó toda abrasada en amor; y allí hablaba ella con el Esposo diciéndole que era tiempo de hacer misericordias a su Iglesia.

Después de maitines, estando en la celda de rodillas encostada en la «esposa», no del todo despierta, oí unas voces suavísimas que cantaban aquel verso primero del himno, «o gloriosa domina», etc. Acabado el verso, desperté de todo el ruido de las voces y de la grande luz y claridad que en la celda había; y en medio de la claridad vi a Nuestra Señora, cercada de ángeles con un hermosísimo niño en los brazos, el cual me pareció de edad de cinco años; y, postrada yo a sus pies, me decía si quería mucho [a] aquel rey que en los brazos traía. Yo le decía que mucho, y, vuelta al Niño, preguntábale si merecía tal amor darme lo que me pedía. Y respondía el Niño que sí, y que con el suyo, que era muy grande, encendería y haría crecer el mío aunque pequeño en comparación del suyo, que era infinito; y, tomando yo en los brazos a este hermoso y suave Niño Jesús, parecía que se me abría el pecho con amor, y se me encendía en él un gran fuego. Pedía yo a este Señor en pocas palabras algunas cosas que Él quiso que le pidiese, y respondía con misericordia.

LIBRO CUARTO

En el cual se escriben los milagros auténticos que Nuestro Señor ha sido servido de hacer por los ministerios de esta virgen

Capítulo I

Que es como preámbulo y aviso para saber leer con más frutos los milagros que Nuestro Señor hace para gloria suya y de sus siervos

Algunos habrá, cristiano lector, que, considerando estos favores y gracias que Nuestro Señor hace a sus especiales amigos, concibirían en sus ánimas una devota admiración de la bondad y caridad de este Señor para con ellos. Otros habrá por ventura que tendrán algún escrúpulo o dubda de la verdad de estas cosas. Pues para estos señaladamente sirven los milagros que en este postrer libro escribimos, para hacer fe de ellas; porque, como los

milagros sean obras y testimonios de solo Dios, ninguna cosa hay tan encreíble al juicio humano que no se pruebe bastantemente por un solo milagro, pues nos consta que el principal medio de que Nuestro Señor usó para que el mundo creyese lo que sobrepuja la facultad de la razón fueron los milagros que exceden la facultad de la naturaleza por ser obras de solo Dios; y es tan bastante medio éste para hacer fe de las cosas que se dicen (por increíbles que parezcan) que un solo milagro que hizo San Pedro, sanando un hombre cojo, del vientre de su madre, bastó para convertir a la fe cinco mil hombres, y hacerles creer que era verdadero Dios y Señor de todo lo criado el que pocos días antes habían visto crucificado; tanta es la fuerza de un solo milagro. Mas al presente, conviene advertir que no se refieren aquí todos los milagros que comúnmente se cuentan de esta virgen, que son muchos, sino solos aquellos que han sido jurídica y solemnemente probados y autenticados por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado a latere de Su Santidad; y los procesos de éstos están guardados ad perpetuam rei memoriam en el cartorio de Santo Domingo de Lisboa.

Mas, antes que entre en esta materia, quiero tocar algo del fruto que se debe sacar de esta lectura, así como lo hice en el primero capítulo del primero libro, tratando de las maravillas que Nuestro Señor ha hecho con sus santos. Porque tiempo hubo en el cual, oyendo yo las historias de los santos, no me ocupaba tanto en leer sus milagros como en buscar los ejemplos de sus virtudes y las palabras de su virtud y doctrina; mas agora estoy de otro parecer, porque aunque estos ejemplos y palabras sirvan para instituir y ordenar nuestra vida, mas los milagros sirven para gloria de Nuestro Señor, ca en ellos se manifiesta la grandeza de su bondad y amor para con sus fieles siervos, y el deseo que tiene de honrarlos y engrandecerlos aun en esta vida donde no es tiempo de honras, sino de trabajos. Y vese esto en que no solamente hace por ellos milagros en su vida, sino también después de ella, y no sólo por ellos, sino por las cosas que tocaron en sus cuerpos, como a cada paso leemos en las historias de los santos, para lo cual quiero referir aquí un ejemplo memorable. En la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra (el cual, estando casado con una nobelísima doncella y haciendo vida juntos, conservaron ambos su pureza virginal hasta el fin de la vida), se escribe que a un ciego fue revelado que se untase los ojos con las lavazas del agua con que el santo rey se lavaba las manos, y que así recibiría la vista. Así lo hizo y así la recibió. Pues ¿qué es esto, sino mostrar Nuestro Señor la grandeza del amor y deseo que tiene de honrar a quien lo honra; pues quiso, contra las leyes de naturaleza, dar súbita vista a un ciego por haber ungido sus ojos en el agua que tocó en las manos de su siervo? Y, si fuera agua limpia que Él bendijera con sus manos y hiciera oración sobre ella, no me espantara tanto; pero hacer esto con el agua sucia que se echa a mal, esto me pone más admiración, porque esto es dar Nuestro Señor a entender que estima tanto los cuerpos de sus siervos, que ninguna cosa haya tan vil por la cual no haga maravillas por haber tocado sus cuerpos. Pues ¿quién no conocerá por aquí la bondad, la fidelidad, la nobleza y la caridad de este Señor para con sus amigos?, ¿quién no deseará padecer mil muertes por un Señor tan agradecido, que así ama a quien lo ama, y así honra a quien lo honra?, ¿qué bienes no terná aparejados en la otra vida para quien así lo honra, pues hace que las leyes inmutables de la naturaleza sirvan a cualquier cosa que tocare en sus cuerpos por bajísima que sea? Este es, pues, el principal fruto que el prudente lector debe sacar cuando leyere los milagros de los santos, aunque los milagros que aquí se relatarán, demás de lo dicho, servirán también para hacer fe de las cosas que de esta virgen en los milagros pasados se

han escrito. Presupuesto agora este pequeño preámbulo y aviso, comenzaremos a tratar de estos milagros.

Capítulo II

Síguense los milagros

[Los clavos]

Entre estos milagros pareció poner en el primer lugar el que está más claro, más público y más probado por vista de ojos que son los clavos que se ven en las palmas y vueltas de sus manos, cercados de una hermosa rueda de color de rubí, como arriba está dicho, los cuales esta virgen recibió el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584. Y fueron creciendo poco a poco hasta la cantidad que agora tienen; y la cabeza del clavo se parece en la palma de la mano de color de hierro, y la punta de él se ve en la banda contraria, cercado con una figura a manera de escudo del mismo color que la de la otra banda. Y para la averiguación de este milagro no es otro testigo más cierto que el de los ojos; y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y privilegios de esta virgen, la visitó, entrando en el mismo monesterio acompañado de nuestro padre provincial y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos mandándole el padre provincial por obediencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

[Las cinco gotas de sangre]

En el segundo lugar ponemos el milagro de las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, ordenadas en figuras de una perfectísima cruz, las cuales le fueron dadas el día de la Invención de la Cruz del año de 1584, y hasta este presente año de 1585 se han continuado sin faltar un solo viernes; en el cual milagro concurren las cuatro maravillas que arriba apuntamos; y ésta es una maravilla que jamás hasta hoy se ha visto y leído en el mundo, porque parece que los viernes de todo este tiempo hace Nuestro Señor un especial milagro sin el cual no era posible salir estas cinco gotas de sangre en esta figura susodicha. Testigo de vista de esta verdad no hay otros, sino el dicho de la misma virgen, por no ser esto cosa que pase ante los ojos de otras personas, pero la verdad de este testimonio confirman los milagros que [por] los lienzos donde están estas gotas de sangre Nuestro Señor ha obrado, como se vera en el milagro siguiente y en otros que adelante se ponen.

De un milagro notable que se hizo en una brava tormenta

La virtud de estos lienzos susodichos se ve en un clarísimo milagro que hizo en una tormenta, el cual, luego que fue acabada, se dio petición al ordinario para que lo autentificase; y así lo fue con seis testigos contestes de él y, por estar él más especificado por carta de uno de los que en esta tormenta se hallaron, me pareció poner aquí esta carta cuyo tenor es el que se sigue.

«A Dios muchas gracias, llegué a esta villa de Mazagán, martes a los cuatro de marzo. Tardamos quince días, cinco en el río de Lisboa y diez en el mar. Aquel domingo que salimos de Lisboa nos hubimos de perder en los cachopos, porque estuvimos en uno de ellos en cuatro brazas, que eran las que nuestra nao demandaba, y esto con calma y agua vaciante, que es peor que tormenta. Yo acudí luego a un jarro de agua de la bienaventurada priora, con que la nao nadó y corrió como pez. Y esto fue nada para lo que adelante sucedió; venimos seis días con viento en popa y mucha bonanza; con el cual tiempo llegamos a vista de Mazagán y tan cerca que no estuvimos de ella más que tres leguas. Allí nos dio una tan grande tormenta que nos hizo tornar a arribar al mar y nos tuvo cuasi tres días, al fin de los cuales nos quiso Nuestro Señor mostrar lo que por esa hace en este tiempo. Nos tomó el viento de travesía y nos trajo con grande ímpetu a la tierra en la costa de Berbería, de manera que no había otro remedio, sino dejarnos dar en la costa donde, antes de llegar a tierra, habíamos de ser consumidos del mar sin remedio, por razón de la tormenta y gruesos mares. El tiempo era oscuro, con grandes aguaceros; oíamos el mar batir en la tierra y no sabíamos dónde era ni podíamos ver; esto era a las ocho horas de la mañana; estábamos de manera que el maestro y piloto lloraban como niños; los marineros tan sin ánimo que ya no trabajaban; entre las mujeres que venían en la nao hallé una con una niña y un niño atados todos tres con una cuerda, y preguntándoles para qué estaban de aquella manera me respondió que para morir todos tres juntos. Y todo lo demás en este modo. Visto esto, acudí a la bienaventurada santa y a sus reliquias que traía y tomé un jarro de su agua con un pedacito de su paño y velo, y llegamos tres hombres al bordo de la nao y lo echamos en el mar con recato de no llegar mucho, porque el mar no nos arrebatase. Al mismo punto que esto llegó al agua, se hizo en ella una rueda blanca y llana, que sería de dos brazos en redondo, y se fue extendiendo por el mar, y quedó tan llano y tan en bonanza como la palma de la mano; y luego de improviso salió el sol tan claro, como si nunca hubiera nublado, y pareció la tierra de un[a] alegría de nosotros; el viento también se tornó en popa, con el cual corrimos aquel día de largo de la tierra de Berbería muy contentos; y el día siguiente entramos en Mazagán. En esta nao venían seis mujeres, que todas venían a negociar el rescate de sus maridos, y dos de ellas con sus niños, y veintidós hombres portugueses, que, visto este milagro, se pusieron todos de rodillas dando gracias a Dios y a esta bendita santa; y hubo un hombre que prometió y votó de tomar de Mazagán en romería ir descalzo a la casa donde esta santa habita.»

Paulo Sebastián, que es el llegado (que escribió esta carta susodicha) a la villa de Mazagán, presentó luego una petición al Ordinario, al cual requería autentificase este milagro; y así se hizo por testimonio de seis testigos contestes de los que en el mismo navío venían y vieren este milagro, el cual es muy semejante al que el Nuestro Salvador hizo navegando con sus discípulos en otra tormenta, sosegando la mar y los vientos, de lo

cual maravillados los que con Él navegaban, dijeron: ¿quién es éste a quien la mar y los vientos obedecen? Pues no es mucho que comparemos aquí lo que hace la esposa con lo del Esposo. O, por mejor decir, lo que obra la criatura con lo que hace el Criador, ca ésta redundante en mayor gloria de Él; lo cual testifica San Bernardo por estas palabras: ninguna cosa más declara la omnipotencia de Dios que hacer Él omnipotentes a los que esperan en Él. Lo cual se ve en este milagro susodicho. Porque en un mismo punto de tiempo sucedieron aquí tres maravillas, que fueron: sosegarse la mar y descubrirse el dí[a] claro, que estaba cerrado, y mudarse el viento contrario en el más próspero que era viento en popa. Y no es menos maravilla obrar todo esto Nuestro Señor, no por oraciones de esta virgen, sino por cosas que había tocado en su cuerpo; por lo cual entendemos lo que aquí está dicho que es el grande amor y deseo que este Señor tiene de honrar a sus santos, pues así honra estas cosas por haber tocado en sus cuerpos.

[El pan quemado]

Otro muy notorio y muy insigne milagro acaeció en el monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada poco después que esta religiosa fue electa en perlada; porque, habiendo las amasaderas metido en el horno una gran hornada de pan, cargaron tanta leña en él, que el pan vino a hacerse tan prieto como un carbón. Corrió entonces una de las horneras a esta virgen a darle cuenta de lo que pasaba; entonces ella, llena de fe y sin alteración alguna, dijo a esta servidora que fuese al horno y mandase al pan en nombre del Esposo y de Nuestro P. S. Domingo, que se parase blanco. Va la moza a la boca del horno y dijo lo que la perlada había mandado; y en el mesmo instante que lo dijo, el pan se paró muy hermoso y muy blanco y muy sabroso, y de él comió todo el convento. Este milagro también se parece con el que el Salvador hizo en las bodas, mudando el agua en vino, que fue mudar una sustancia en otra. Mas esto se mudó un accidente en otro, que fue el color prieto en blanco; y por ventura a partes estaría algún pan o pedazo, perdida la forma de pan y hecha carbón; y aquí se mudaría una sustancia en otra, que es el carbón en pan, pero basta la mudanza súbita de un accidente en otro para la verdad del milagro. Mayormente que no es menor la potencia que se requiere para el un milagro que para el otro, por ser esta mudanza súbita. Este milagro es tan averiguado y tan notorio en este monesterio, donde había en aquel tiempo cincuenta monjas y dieciséis servidoras, y todos son testigos de esta maravilla. Y por más señal una religiosa guardó dos pedazos de pan, uno de este miraculoso y otro de lo ordinario. Y, mirándolos a cabo de cierto tiempo, halló este ordinario cubierto de moho, y el otro blanco y limpio como estaba cuando lo puso en este lugar. Y de éste pedí yo un pedacico, que tengo guardado en mi poder. Pregunto, pues, agora ¿qué hombre habrá tan incrédulo que ose negar una cosa tan cierta y tan notoria como ésta, y después del caso autenticado jurídicamente con testigos de vistas juramentados? San Gregorio cuenta en sus Diálogos un milagro que un santo varón obró con él por medio de su oración lebrándole de una grande enfermedad; y con este milagro tan claro, que él experimentó en sí, hace fe de otros milagros de este santo varón, que el mismo San Gregorio había escripto. Pues conforme a esto puedo yo, con razón, decir que este milagro por ser tan grande y tan notorio, basta para hacer fe de todos los otros que de esta virgen se

contaren, porque quien con tanta facilidad, no orando, sino mandando, y esto por tercera persona, hizo este milagro podría hacer también todos los otros.

[Un enfermo curado]

Otro milagro acaeció en el mismo tiempo que ella era Perlada, año de [¿?]. Y el caso es que un religioso de la orden del glorioso padre S. Francisco, morador en este insigne convento de S. Francisco de Lisboa, había [¿?] meses que estaba en casa de su padre curándose de una de las más extrañas enfermedades que se han visto; y ésta era que se le removía la sangre y se le subía hasta la garganta, de modo que le ahogaba parándole el rostro negro; y no hallaban los físicos otro remedio en este accidente, sino de vertir la sangre en sangrías. Y apenas era hecha una, cuando de ahí a poco era menester otra, y otras tantas que parece cosa increíble decirlas. Y antes de este remedio probaron otro, que era atarle las piernas por los muslos y los molledos de los brazos tan fuertemente que a veces le reventaba la sangre por las mismas ataduras; y esto hacían para detener la sangre, que no subiese a ahogalle. Y, visto que este remedio no bastaba, acudió a sangrarle muchas veces al día, según le apretaba la sangre, para divertirla por este medio. Y de esta manera se averiguó que le había dado ochenta y tantas sangrías en el mismo brazo y en la misma vena; y con tantas sangrías estaba este buen padre tan descarnado y tan desfigurado, que más parecía estatua que hombre; y como le faltaban ya las carnes y la sangre, hasta el agua que bebía se convertía en sangre. Oída, pues, la fama que el milagro de esta virgen había hecho de aquella doncella muda de que hace mención la relación enviada a Su Santidad, acordaron llevarlo en una silla a esta virgen; y, aunque ella huye de semejantes cosas por las importunidades y desasosiegos que de esto se le podrían recrecer, todavía, movida a piedad de ver la figura tan lastimera que aquel religioso traía, mandó que lo llevasen al locutorio, y estuvo con él hablándolo y consolándolo, y así lo despidió de sí haciendo oración por él; y dende este día hasta el presente, que ha más de un año, nunca más fue sangrado. Y quedó tan sano que, tres días después de esta cura, fue en una bestia a Nuestra Señora que llaman de la Peña, que son cuatro leguas de camino muy fragoso, y dijo misa en esta iglesia. Esto me contó el mismo padre que se vio conmigo, quien le mostró el brazo en que había recibido las sangrías susodichas, que le parecían en la vena como unas verruguitas pequeñas. Y este religioso, como siervo de Dios y no menos agradecido que el leproso samaritano del evangelio, se harta de dar cuenta a todos de esta maravilla y alabar a Dios en su sierva.

[Sacerdotes a Malaca]

Otro milagro en mes de diciembre de 1585. Estando un galeón para ir a Malaca, mandó el Príncipe Cardenal a nuestro padre provincial que le diese luego cuatro sacerdotes para ir en aquel galeón, y fuese luego, porque estaba de partida. Puesto el padre en este aprieto, escribió a nuestra virgen la aflicción y obligación en que estaba sin hallar medio en tan

breve espacio para cumplir con ella. Acudió luego la virgen al Esposo representándole esta necesidad y, perseverando en oración, vio en espíritu cinco religiosos de este convento de Santo Domingo de Lisboa que iban a la India; y esto fue antes que ninguno se ofreciese a la jornada. Y, antes que esto se supiese, se ofreció un religioso para este camino; y tras él se ofrecieron dos, uno lector de Arte y de Teología; y luego se ofreció otro. Con éste se ofreció el número de cuatro; después se ofreció otro para esta jornada, pidiendo licencia con tanta importunidad y instancia que se la hubieron de dar. Y, notificado esto a S.A., le mandó proveer de matalotaje como a los otros. Y dijo más esta virgen: que, si entre muchos frailes viera estos cinco, que los conociera distintamente por la figura en que le fueron mostrados. Pues, como ella supo que estos religiosos iban a predicar la fe entre gentiles, fue tan grande su alegría y el regalo que su ánima sintió que los tomó a todos por hijos ofreciéndoles sus oraciones, perpetuo cuidado de rogar por ellos y proveyéndolos de cosas para su camino. Y para argumento de lo dicho añadiré aquí el escripto que dio a uno de ellos que dice así:

«Prometo a meu filho Fray Francisco de Matos de todos los días de encomendar a Dios y pedir al divino Esposo le de corona de martirio. Y, para memoria y certidumbre de esto, le doy este escripto de mi mano hoy, día de los Inocentes, en la tercera octava del amor del Esposo. María de la Visitación.»

Otro [milagro]

En el monesterio de la Anunciada estaba una religiosa por nombre sor Juana de la Trinidad, la cual tenía una calentura tan recia que le hacía hablar desatinos; y junto con ella, opilación. Y subíasele un humor a la garganta que le cortaba el huelgo. Y decían los médicos que mirasen por ella, que alguna vez se podría ahogar; y estaba siempre tan ronca con aquel humor que apenas podía hablar. Estando ella de esta manera muchos días, víspera de Nuestra Señora de la Presentación le llevaron a la cama una imagen pequeña de Nuestra Señora que tienen en el coro y, encomendándose a ella con mucha devoción y deseo de alcanzar salud, la noche siguiente soñó que le decía Nuestra Señora que, pues, en casa tenía el remedio de su salud ¿por qué no lo buscaba? Que fuese nueve días donde la madre priora estuviese, y que sanaría de la calentura, mas no de la opilación, porque le quedase con que merecer; y que comenzase estos nueve días del viernes siguiente, a gloria y honra de la cruz de que la madre priora es tan devota; y acabase en sábado, a gloria y honra de la misma Nuestra Señora. Contó la religiosa este sueño luego el día siguiente y comenzó a divulgar por el monesterio; y el día después de la Presentación de Nuestra Señora, que fue viernes, la llevaron a la celda de la madre priora; y de esta manera fue continuando los nueve días, aunque luego dende el primero se comenzó a hallar mejor y con menos calentura y de manera que, cumplidos los nueve días totalmente sin calentura, comenzó a comer muy bien, habiendo muchos días que casi no comía ni el estómago podía retener cosa alguna. Y de la voz y pecho que [era] en la enfermedad empedido quedó tan buena que el día de Nuestra Señora de la Concepción cantó muy bien a un arpa.

Milagro de la conversión de un moro

Estaba en una de las galeras de este reino, en el puerto de esta ciudad de Lisboa, un moro de cuarenta y seis años, el cual se hizo cristiano. Y, deseando yo saber cómo esto pasaba, le hice venir a mí.

Para entender mejor el negocio y ver la conformidad de una relación con la otra, este moro tenía una extraña enfermedad, porque tenía el vientre muy hinchado como una mujer preñada; y todo cuanto comía tornaba a lanzar por la boca, y por esto dice que en todos los dos años nunca purgó por bajo nada. Y estaba ya totalmente desconfiado de remedio humano por todos los médicos. Estando, pues, éste una noche durmiendo en la galera, soñó que dos negros terribles tiraban por él, uno por una parte y otro por otra. Y en este mismo sueño dio voces llamando por la Madre de Dios, las cuales voces oyeron otros de la galera. Y, preguntando yo cómo llamaba por la Madre de Dios, díjome que esta voz con todo lo demás que se sigue era en sueños. Y a esta voz dice que vio una doncella vestida de blanco con las señales de las llagas en las manos, y él dijo: «señora, si tú me sanares de la enfermedad, yo me haré cristiano». Todo esto pasó en sueños, y lo mismo le acaeció otra noche. Y dando cuenta de este sueño al patrón de la galera y entendiéndolo quién era esa doncella, lo envió a la madre priora con Tomás de Aquino, que era otro convertido y más ladino; y él le trajo a la priora y, antes que ella le hablase palabra, en viéndola, reconoció que ella era la que le había aparecido. Entonces ella le habló muy amorosamente, y le hizo dar de merendar y beber del agua en que ella mete las manos; y él acudió siete veces en siete días a beber grandes jarros de agua y, así como había bebido, luego iba purgando por bajo y mejorando, de manera que agora está sanísimo y está ya bautizado, y así vino a mí la tercera con hábito de cristiano, y sabe toda la doctrina de la cartilla tan bien como sé yo el Ave María; y así me la rezó toda aquí. Sea Dios bendito cuyos juicios son admirables.

Otro

Año de 1584 en la ciudad de Leria estaba un hombre honrado por nombre Etor Vaz de Castelo Blanco, veedor del duque de Villa Real, el cual tenía un lobillo en el pescuezo había algunos años; y a la sazón estaba con grande dolor de cabeza y calentura; y, por la devoción y confianza que tenía en esta sierva de Dios, tomó un pañito de las cinco gotas de sangre (que le salen los viernes de la llaga del costado) y púsolo sobre la cabeza y sobre los ojos y besólo. Y luego en el mismo instante le reventó el lobillo echando fuera toda la materia que tenía dentro; y quedó del todo sano sin le quedar señal alguna; y así comenzó a dar gracias a Nuestro Señor por este tan señalado beneficio y obra suya.

Otro

Acaeció también que Felipa de Valladares, mujer del sobredicho, adoleció en el mismo año de gota artérica, y vino a tullirse de piernas y brazos con grandes dolores sin para ello hallar remedio en los médicos. Por lo cual escribió a un hermano suyo religioso, muy familiar de esta virgen, para que le pidiese remedio para aquella enfermedad. Y, haciéndolo ella así con toda devoción, el día de la Magdalena a hora de víspera le cesaron los dolores, ni hasta agora le han vuelto, que fue el tiempo en que este religioso pidió este socorro a nuestra virgen, como él mismo lo significó por una carta suya escrita a la misma hermana declarándole el mismo día y hora en que esto había pasado.

Otro

En la mesma ciudad de Leria estaba la señora doña Beatriz, hija del duque de Villa Real, la cual había seis años que tenía muy graves accidentes que la privaban de los sentidos y la quitaban el habla. Y, viéndose la duquesa su madre tan lastimada con los accidentes de la hija, envió a pedir a esta virgen, por un religioso muy devoto y familiar de ella, que pidiese a Nuestro Señor se apiadase así de la hija como de la madre, que tanto sentía el mal de su hija. Y, viniendo este religioso a esta ciudad de Lisboa, le encomendó esta necesidad con grande instancia; y subcedió así que, por el mes de junio, cuando él esto pidió a esta sierva de Dios, cesaron aquellos accidentes; y hasta hoy, que son cumplidos dos años, nunca más ha vuelto esta señora; en lo cual parece la grande eficacia de las oraciones de esta virgen, pues basta para dar súbita salud a los ausentes, como parece por los dos milagros susodichos.

Otro

Por el mes de enero partió de esta ciudad de Lisboa un navío para Mazagán; y, algunos días después de partido, se levantó gran tormenta en la mar, por lo cual Enrique Sebastián dio aviso a nuestra virgen del peligro que corría el tal navío para que lo encomendase a Nuestra Señora. Ella confiada en Él, respondió a la señora doña Juana de Morona que el navío iría a salvamento. Llegado, pues el navío cerca de Cádiz, viose tan perdido que no había más de cinco brazas de la tierra; y el viento y la mar los llevaban a ella, donde todos perecieran sin haber remedio alguno. Y a la sazón venía en el navío Gil Hernández de Carvallo, el cual llevaba un pañito de las cinco gotas de sangre de esta virgen y, echándole en la mar, en un momento saltó el viento por cima de la tierra, el cual le apartó de los bajíos, y otro día fue a surgir en la barra de Cádiz sano y salvo. Todas estas palabras son de una carta que el capitán de este navío, por nombre Emanuel de Acosta, escribió al señor Juan Gómez da Silva, veedor de la hacienda de su Majestad, el cual refiere en su carta los grandes trabajos que pasaron en este viaje, especialmente el día de Santo Amaro. Y añade más: que dicen los antiguos en esta tierra que no se acuerdan de tan grandes tempestades, porque en el Puerto de S. María cayeron 40 y tantas casas, y en Cádiz cayó la torre de San Sebastián y otras muchas cosas; y dende esta costa hasta las arenas gordas se halla mucha

gente muerta y navíos despedazados. Y por aquí verá V. S. los trabajos que habemos pasado y las mercedes que Dios nos ha hecho. La carta original de este capitán queda en mi poder: y por esta obra se entenderá la grandeza del amor que Nuestro Señor tiene a sus siervos y el deseo de honrarlos pues quiere que a sus cosas obedezca el ímpetu de los vientos y la furia de la mar con todas sus tormentas. Por lo cual sea para siempre bendito.

Otra maravilla semejante a la pasada acaeció este mismo año de 86, y fue así: que, viniendo un galeón de Malaca muy destrozado y mucha gente muerta, rehicieron la gente con alguna que venía de la Tercera para Lisboa. Y en éste venía un morisco que se había hecho cristiano por vía de la madre priora, la cual le había dado uno de los pañicos de las cinco gotas de sangre; y en el camino levantóse contra ellos una tan brava tormenta que todas las velas mayores o menores se hicieron pedazos, y el galeón estaba en tan gran peligro que los maestros estaban desconfiados sin saber que hacerse. Entonces este morisco, a quien la priora había puesto por nombre Tomás de Aquino, ató aquel pañito que traía consigo a vista de todos y echólo en la mar. Y luego cesó la tormenta, con que todos dieron gracias a Nuestro Señor. Y sin velas algunas van gobernando el galeón al amor del agua; y así entraron sanos y salvos en el puerto de Lisboa. De este milagro son testigos todos los que venían en el galeón. Y a mí vino el maestre del navío con el dicho Tomás de Aquino, que me refirieron lo que está dicho con otras cosas que acaecieron en la navegación de don Duarte de Meneses, que iba por visorey a la India.

Otro

En la villa de Gibraleón estaba una mujer por nombre Inés Pérez, mujer de Francisco Martínez, siete días había, con calenturas, y llegó la enfermedad a tanto que no se podía menear, aunque le habían sangrado y purgado; y, haciéndole otros muchos remedios, nada le aprovechaba. Y, después de confesada y comulgada, llegó a tanto peligro que su confesor la ayudaba a bien morir. Y esta mujer, teniendo noticia del agua de la madre priora que el señor marqués había traído de Lisboa, pidió con gran devoción y lágrimas le trajesen de ella; y bebiendo de ella el viernes de Ramos próximo pasado, luego se dormió (habiendo tanto tiempo que no se acuerda haber dormido sueño semejante, si no era dormitando). Y en despertando, vomitó gran cantidad de mal humor, (lo cual nunca había hecho en toda la enfermedad), y ese día hasta otro por la mañana que fue el sábado, le duraron.

Otro[s diez milagros]

Estos diez milagros que se siguen están ya autenticados.

En la ciudad de Lisboa, en la calle de la Condesa de Vidiguera, había un niño de nueve o diez meses que había más de un mes que tenía una postema o hinchazón en la garganta; habíanle mandado sajar, y, después de sajado, estuvo dos días sin mamar. Pusiéronle una

rosa, que la madre priora había traído en sus manos, mojada en un poco de agua, y luego mamó y se le comenzó a vaciar la postema, y luego, de allí a dos días, sanó. Púsole esta rosa una vecina suya, la cual con la misma rosa había sanado una hinchazón de un mal de garganta; bebiendo del agua en que lavó la dicha rosa, se remojó y se halló sano de ella.

Una mujer llamada Beatriz Díaz, natural de Lisboa en la Cordonería Vieja, tenía grandes temblores de todo el cuerpo y no podía hablar. Llegó a la ventanilla del comulgatorio acabando de comulgar la madre priora y, rogándole muy encarecidamente la muy ilustre señora doña Juana de Lima y el padre Fray Hernando de Castro, sub prior del convento de Santo Domingo, que le pusiese la mano sobre la cabeza, la dicha madre sacó la mano y dijo unas oraciones, que parece que era un evangelio, tiniendo la mano sobre la cabeza de la enferma, y dijo en voz alta a la mujer: «hablad y decid el nombre de Jesús, encomendaos a Él y pedilde perdón de vuestros pecados y arrepentíos de ellos». Y en ese punto dejó la mujer de temblar, y estuvo quieta y sosegada, y dijo con voz clara el nombre de Jesús.

En el mismo día, una mujer de Caparica que tenía una postema en la garganta, de donde le salía mucha sangre por el agujero de ella, y era muy ponzoñosa y dañosa enfermedad, poniéndole la mano la dicha priora y diciéndole que tuviese fe en Nuestro Señor que le daría salud; y de ahí a cinco días sanó. Y la vio sana Ruy Lorenzo de Tabera, que tiene una quinta en Caparica, el cual contó al padre provincial de Santo Domingo que no solamente había sanado de aquella hinchazón de la garganta que le había resuelto, sino también de otra postema que tenía en una pierna.

Hierónima Pinera, mujer de Nicolás Pinto, morador en la Rua dos Canos, estaba muy enferma de gota artítica, de tal manera que ni podía menear pies ni manos; y, si se le caía la ropa de la cama, no la podía levantar, y, aunque la curaban los médicos, no sentía mejoría. Compadeciéndose de esta su enfermedad una su vecina llamada Catalina Carreira, viuda, mujer que fue de Blas de Alende, alcanzó por vía de una sobrina que tiene monja en el monesterio de la Anunciada un escrito de la madre priora que estaba en una tira de papel pequeña y decía estas palabras: «en nombre de Jesús, [E]sposo suave e fermoso, vos mando que nao tenáis más esas dolores, el cual no estaba firmado de la madre priora, pero era de su letra y, puniéndolo sobre las manos y pies y las demás partes enfermas, luego cesaron los dolores. Y, por la gran devoción que tenía el dicho papel, lo envolvió en un pañito que traía consigo en el seno y de allí a algunos días, buscando el dicho papel, no le halló; y esto tuvo por mayor milagro que el primero. Tenía esta enferma tanta devoción con la madre priora que decía que, si la dicha madre la tocase con la mano y le echara la bendición, había de ser luego sana. Y, como viese esta devoción, Catalina Carreira escribió a María de San Pablo, su sobrina, le enviase alguna cosa de la madre priora; ella le respondió por escrito, y dentro en la carta venía un papelillo con las dichas palabras, y encomendó la madre priora el secreto a la dicha religiosa.

Item María Núñez, viuda, mujer que fue de Manuel Fernández, mercader de esta ciudad de Lisboa, había más de seis años que tenía un zaratán en el pecho que le llaman ca[n]co, de que tenía el pecho muy hinchado; y en él una dureza de que le salían rayos de grandísimo dolor, y nunca lo había querido mostrar a los médicos por estar en la parte donde estaba; y por no tener ánimo para los grandes dolores entendía recibiría si se le sacaban, determinándose antes morir que curarse. Y estando el primer día de mayo en el

monesterio de Santo Domingo con Beatriz Núñez, mujer que fue del merino Antonio de Tavanca, y dándole parte de su enfermedad por ser amigas, le dijo que se pusiese sobre el pecho unas cuentas de nudos que habían sido de la madre priora, que esperaba en Dios que cobraría con ello salud; y dentro de cuatro días que se lo puso y lavó con un poco de agua de la madre priora que le dio doña Luisa de Barros y bebió de ella, tocándole también el pecho con otras cosas de la misma madre, se le quitó luego el zaratán o canco y quedó sana sin otro ningún remedio humano.

Hierónima (fue mujer de Pedro Ruiz Velasco que al presente reside en las partes del Brasil), había seis semanas, poco más o menos, que tenía grandes dolores de estómago y grandes agotamientos y congojas. Aunque la mandó sangrar Roque Gómez, cirujano que mora enfrente de la Iglesia de esta ciudad, no sintió mejoría después de la haber sangrado. Y, como oyese decir las maravillas que Nuestro Señor obraba por medio de la madre priora de la Anunciada, envió a pedir al padre Fray Gaspar Goreiz, maestro de novicios en el monesterio de Santo Domingo, una poca de agua de la que la dicha madre priora acostumbra a dar. Y en trayéndosela, bebió, y, en bebiéndola, cesaron los dichos dolores y agotamientos [y] congojas. Sin otro ningún remedio quedó sana de la dicha enfermedad.

Ana Rodríguez, beata de la tercera regla de San Francisco, por la gran devoción que tiene con la madre priora de la Anunciada, envióle a pedir alguna cosa para traer consigo, y la madre priora le envió un lienzo suyo con Domingo Montero, iluminador. Y sintiéndose algunas veces maltratada de vahídos de cabeza al punto se le quitaron; y después acá se halla muy mejor. Y, yéndose a confesar un día al monesterio de Obregas con el padre Fray Antonio de la Concepción, súbitamente le dio un dolor muy grande en el pecho, que algunas veces le suele dar, principalmente cuando camina. Y, estando muy atribulada con el dicho dolor, vio caer sobre sus pies un paño doblado, levantólo y púsolo en el pecho, y al punto le cesó el dolor. No sabe de donde se cayese este paño, sino que acaso le habían puesto sobre la cabeza cuando salió de su casa; y fue así, porque después, cuando volvió no halló el paño de la madre priora, y reconoció ser el mismo que se había puesto en el pecho, por manchitas que tenía.

Isabel de Vargas, doncella hija de Tristán de Meneses, mercader, había cuatro meses y medio que estaba enferma de perlesía, que toda la parte ezquierda no podía mandar ni menear, y había llegado a perder el habla y estar por espacio de quince días perdida la vista de los ojos. Curábanla de los mejores médicos de Portugal y con ninguna medecina halló mejoría; ofrecióse venir en el tiempo de pascua en que tenía obligación de recibir el Santísimo Sacramento, y, porque no podía hablar para confesarse, le aconsejó el cura de su fe[l]igresía que inviase a llamar al padre con quien se acostumbraba confesar otras veces, que por señas, o como pudiese, confesase con él y se le daría el Santísimo Sacramento; y para este efecto envió a llamar al P. Fray Fernando de Santa María, religioso de la orden de Santo Domingo con que solía confesarse; el cual, viendo que no hablaba, sacó de la manga un pedazo de lienzo que traía consigo y díjole que tomase aquel lienzo, que era de la madre priora de la Anunciada, y con mucha fe le pusiese en la boca en nombre del Esposo y hablase. Y, en poniéndosele y haciendo con la señal de la cruz, súbitamente habló nombrando tres veces el nombre de Jesús; y de ahí adelante habló como de antes solía y muy mejor; de que dicho padre Fray Fernando y los médicos que la curaban quedaron muy espantados y contentos. Y pidióla le enviase un poco de agua de la dicha madre priora,

con la cual agua mojó el lienzo que tenía y lo puso sobre las partes enfermas de la perlesía y, después de haberlas mojado en él, le dio un sudor con que se adormeció por espacio de dos horas; y, acordando del sueño, se halló sana de todas las enfermedades que tenía. Y de allí a dos días, que fue día de Pascua, se levantó y fue a comulgar.

De este milagro susodicho se hace minción en la relación que se invió al Papa, y también de la cura de doña Beatriz de Mora, hermana de don Cristóbal de Mora.

De las cosas que en la Anunciada tomó información Manuel de Cuadros, conviene a saber: de la vida santa de la madre priora y de las claridades y luces que se ven en la celda, y de las señales de las llagas, y de verla levantada del suelo, y de haber tenido antes de esto en el costado llaga, y de tener corona de espinas en la cabeza son testigos, Guiomar de la Asunción, María de la Cruz, Ana de Santa María, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista, María de las Chagas, Antonia de la Cruz, y testifican de esta manera de su virtud, oración, raptos, penitencia, caridades y señales de las llagas. Testifican todas de vista y Ana de Santa María testifica de vista que, pasando un día por su celda de noche, oyó que decía un verso y callaba otro; después le preguntó quién rezaba con ella, y dijo que el Esposo. Antonia de la Cruz, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista testifican que, estando en los raptos, no respondía sino a recaudos verdaderos de la obediencia. Ana de Santa María testifica que había trece años que ella y Beatriz de Jesús y María de Jesús quitaron una cofia a la dicha madre priora por estar con grandes dolores de cabeza, la cual estaba llena de sangre y le vieron en la cabeza un bergón levantado quanto un dedo, bermejo, y con unos agujericos por él, de los cuales parece que salió sangre que estaba por la cofia alrededor a manera de corona. De que haya tenido llaga en el costado antes de agora testificalo de oída.

Historia de Sor María de la Visitación
Luis de Granada (O.P.)

PRÓLOGO

En el cual se declara el argumento y materia de lo contenido en esta historia y de los fundamentos que hay para dar crédito a las cosas que en ella se escriben

Costumbre fue de muchos insignes autores escribir las vidas de algunas personas notables que florecieron en sus tiempos, como lo hizo San Hierónimo, y San Gregorio en sus Diálogos, y Teodoreto en la Historia religiosa, y Paladio en la suya, y otros que sería largo de contar; y, si éstos no usaran de esta diligencia, careciera hoy la Iglesia de la edificación y fruto que de estas historias se recibe. Movíme por este ejemplo (aunque mi autoridad sea tan desigual), a escribir las vidas de algunas personas de gran virtud que en mi tiempo conocí y traté familiarmente, pareciéndome que, no lo haciendo, cometía hurto contra la sangre de Cristo (de la cual proceden todos estos bienes) y contra la gloria de

Nuestro Señor cuyas obras y maravillas dijo el ángel San Rafael a Tobías que debían ser publicadas.

Y no faltan en nuestros tiempos por la bondad y providencia de Nuestro Señor, en diversas partes de la cristiandad, algunas personas de notable santidad que han dado y pueden dar materia de escribir a los que tovieran celo de la gloria de Nuestro Señor y de sus siervos. Porque en la ciudad de Valencia han florecido agora dos grandes varones, uno de la orden de nuestro padre Santo Domingo por nombre fray Luis Bertrán y otro de la orden del glorioso padre San Francisco, por nombre fray Nicolás Factor, cuyas vidas ordenó Nuestro Señor que se escribiesen, y así se leen no sin mucho fructo y edificación de los fieles. Y el mismo Señor, que honró a Valencia con estos dos santos varones, honró también a Lisboa con dos señaladas mujeres, una dominica, por nombre soror María de la Visitación, y otra de la tercera regla del glorioso padre San Francisco, por nombre Ana de las Llagas; y, lo que más es, a ambas señaló Nuestro Señor con las insinias de su sagrada pasión. Porque la dicha madre soror María de la Visitación tiene impresas en pies y manos y costado las señales de cinco llagas del Salvador, y la otra religiosa tiene encima del pecho esculpido a Cristo puesto en una cruz y el nombre de Jesús al lado, perfectísimamente fabricado de la misma carne, con letras grandes y bien figuradas, y esto de tal manera que, puesta una pasta de cera blanda encima de este lugar, queda lo uno y lo otro figurado, como por autoridad del Santo Oficio se verificó. De manera que Nuestro Señor, que en un mismo tiempo quiso que se hallasen juntos en la ciudad de Roma dos tan grandes santos como fueron Santo Domingo y San Francisco, fundadores de dos órdenes tan principales, quiso también que se hallasen en las dos ciudades susodichas, dos hijos y dos hijas legítimos de ellos, que representasen muy bien la santidad de sus padres.

He dicho esto para que se entienda, que, pues agora es el mismo Dios que era entonces, no se haga increíble a los hombres hacer Él agora lo que entonces hizo, pues no hay agora menor necesidad de hacer milagros y maravillas, en tiempo que la fe está tan menoscabada con tantas herejías y las vidas de muchos hombres estragadas con tantos vicios como lo estaban en aquel tiempo. Y costumbre es de Nuestro Señor acudir a su Iglesia en tiempo de la mayor necesidad, pues ella ha de durar hasta la fin. De esta manera acudió a su Iglesia en tiempo de la ley (cuando las cosas estaban más caídas) con profetas santísimos y con Reyes religiosísimos como fueron David, Miqueas y Josías y otros semejantes. Y por esto no es cosa extraña criar Nuestro Señor personas tales que con su mérito y oraciones detengan su ira y con el ejemplo de sus vidas despierten los negligentes y con la virtud de sus milagros sustenten la fe.

Pues, por ser tan grande el fructo de semejantes leturas, confiado en la misericordia de Nuestro Señor, tomé a cargo escribir la historia de nuestra virgen, así por razón de ser de mi orden como por haber tenido yo particular noticia de sus cosas, y porque las que de ella hay que escribir son muy grandes y muy extraordinarias, mayormente para la condición de nuestros tiempos en los cuales no hay tanta santidad como en los pasados.

Para que no tropiecen aquí los que esto leyeren, diré de la manera que supe todo lo que aquí escribo. Porque primeramente el Padre Fray Pedro Romero que era su confesor (a quien ella como a su legítimo juez daría cuenta de los favores que de Nuestro Señor recibía) me la daba también a mí y yo la asentaba por memoria para escribirla más de propósito en

su lugar. Después de esto el Padre Provincial de esta provincia mandó a esta virgen por obediencia escribiese por su mano todos los favores que de Nuestro Señor había recibido, lo cual ella mucho tiempo rehusó, recelando que esta escritura se había de publicar; mas, todavía apretada por el perlado, hizo lo que le mandaban y así escribió un cuaderno de tres o cuatro pliegos de estas cosas, el cual después se me entregó y las cosas de él puse en los lugares de esta historia, a que pertenecían. Después de esto, porque era muy penoso a esta virgen escribir por su mano, por razón de la llaga y clavo que en ella tiene, dióse esta orden por el perlado: que ella diese cuenta a su confesor de estas cosas, el cual las escribe fielmente de la manera que las oyó a ella y, para ratificarse en lo escrito, las vuelve a leer a esta virgen y ella borra cualquier palabra o cosa que desdiga de lo que pasó. Y es cosa notable ver el sentimiento y alegría que recibe, cuando con esta letura le remueven la memoria de estas cosas, de las cuales no tenemos otro testimonio sino habellas ella testificado y ratificado de la manera que decimos; y cuán firme sea este testimonio adelante se declarará. Y es cosa muy notable ver la simplicidad y llaneza y cuán sin encarecimiento, da cuenta esta virgen a su confesor de los favores que recibe de Nuestro Señor, porque, aunque a los principios recibía gran pena y vergüenza de esto, pero después, con la familiaridad y confianza que tenía del secreto de su confesor, comenzó a declararse más; pero esto como dije, tan sin engrandecer sus cosas y los favores que de Dios recibía, como si contara otra cualquiera cosa en que fuera poco. De suerte que, como el santo José contaba con grande simplicidad los sueños que había soñado, mas el padre tácitamente consideraba lo que aquello pesaba, así también cuenta ella con toda simplicidad sus cosas, mas los padres espirituales ponderan lo que aquello es. Lo cual me parece que procede, o de haberle dado Nuestro Señor esta simplicidad y humildad, o de la costumbre tan frecuentes que tiene de andar siempre transportada de Dios gozando tan a la continua de estos favores. Y así me parece que le acaeció como a un hombre pobre que, cuando llega a la casa de algún príncipe, si acaso le dan algunos relieves de los majares y del vino de la mesa del señor, no se harta de alabar el gusto y precio de lo uno y de lo otro mas los señores que están acostumbrados a estos regalos no hacen ya caso de ellos. Lo mismo en su manera podemos decir de esta virgen, por estar acostumbrada de muchos años a gozar de tan grandes favores, que a otros serían materia de grande y nueva admiración, mas a ella no lo son por la costumbre, y así da tan llanamente cuenta de sus cosas como si la diese de las ajenas.

I. [Responde a algunas cuestiones]

Agora me pareció satisfacer a algunas dudas o preguntas que los lectores podrán hacer acerca de lo que aquí leyeren. Y primeramente porque aquí se escribe que muchas veces el Esposo Celestial aparecía a esta virgen y rezaba alguna hora del Oficio divino familiarmente con ella, como se escribe de Santa Catalina de Sena, dudaría alguno si realmente era la persona del mismo Cristo, porque por alguna parte parece que sería algún ángel que representase la persona del mismo Señor, como en los tiempos pasados apareció a los Padres antiguos. Porque, aunque el que dio la ley en el monte Sinaí, puesto caso que se llama Dios, no era sino ángel que representaba la majestad y persona de Dios y así era tratado y reverenciado como tal, de la manera que vemos hablar por alteza a los oidores

cuando están en sus estrados porque representan la persona real; mas por otra parte, considerando que ya el Hijo de Dios humanado tiene verdadero cuerpo puédesse decir que Él mismo sea el que aparece, porque no es cosa nueva haber aparecido Él, después que subió al cielo, a algunos santos, como apareció a San Pablo, según él lo testifica. Y este aparecimiento no fue con visión imaginaria, sino con la real y verdadera presencia del cuerpo de Cristo, ca por este aparecimiento pretende el apóstol probar la verdad de la resurrección del Salvador y por ella la de nuestros cuerpos. Esto dice Santo Tomás, y Cayetano en el mismo lugar.

Cuéntase también en esta historia, después de haber tratado de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen, muchos y diversos aparecimientos de Nuestro Señor y de su bendita Madre y de algunos santos, las cuales señaladamente acaecieron en las fiestas principales que celebra la Iglesia. Porque como en los tales días esta virgen se dispone a celebrarlas con mayor devoción y recogimiento, así Nuestro Señor, que nunca niega su favor y gracia a quien se dispone para ella, le correspondía con alguna especial visitación con que le representaba alguna cosa notable del misterio de aquella fiesta, con que encendía el corazón de esta virgen en su amor. Mas en otros aparecimientos (demás de éstos) pretendía este Esposo, como maestro de las virtudes, inducirla a alguna de ellas, como a la virtud de la humildad, de la paciencia, del amor de la cruz y de los trabajos y a la desconfianza en sí y confianza en Dios, del conocimiento de su propia vileza, lo cual sirve grandemente para el provecho de los lectores; por lo cual tuve más cuidado de escribir estos aparecimientos que los otros, porque sirve más para la edificación de nuestras ánimas.

Mas, para entender de la manera que son estos aparecimientos y visiones, es de saber que unas veces se hacen interiormente, infundiendo Dios en el ánima las especies e imágenes de las cosas de que quiere representar, lo cual se hace en los raptos; otras veces, estando la persona en su acuerdo, se forman estas mismas especies e imágenes exteriormente en el aire, mediante las cuales la persona ve lo que Nuestro Señor le quiere representar. Algunos habrá que extrañen tanta manera de aparecimientos como en esta historia se cuenta. A esto fácilmente respondemos que Nuestro Señor comenzó a hacer especiales favores y mercedes a esta virgen dende la víspera de su profesión (como adelante veremos) y de esta manera ha continuado con ella, dende este tiempo, que fue dende los diecisiete años de su edad; y, siendo ella agora, al tiempo que esto se escribe, de treinta y siete, son ya pasados veinte años en que estos favores y mercedes se han continuado, unas veces más frecuentemente y otras menos, como Él era servido. Y, como se lee en dos horas lo que pasó en tantos años, parece mucho; lo cual, mirado cuando ello acaeció, no lo es; y por esta causa, en algunas cosas de esta historia, procuraremos señalar, cuanto nos sea posible, los años en que algunas de estas cosas acaecieron.

Otros habrá que, considerando lo dicho, no extrañen tanto la muchedumbre de las cosas como la grandeza de algunas de ellas, como son los éxtasis tan frecuentes, los levantamientos en el aire, los milagros que se hacen con cosas suyas y con el agua en que ella mete las manos, y otras cosas semejantes, alegando que no se leen tales y tantas cosas en las vidas que tenemos de los santos pasados. A esto primeramente respondo que en la Iglesia hay muy pocas vidas de santos, aunque sean muy grandes santos, que estén escritas a la larga. Porque no hay otros mayores santos que los apóstoles y, sacado el apóstol San Pablo, cuya peregrinación se escribe en los Actos de los apóstoles, y un poco del apóstol

San Pedro, que ahí también se escribe, casi nada tenemos escrito de ellos, si no es el lugar donde pedricaron y el martirio que padecieron; y es de creer que no padecieron ellos menores trabajos que el apóstol San Pablo. Y de algunos mártires gloriosísimos (como fueron San Lorenzo y San Vicente) no está más escrito que los tormentos que padecieron; y es de creer que estaban ellos antes fundados sobre firme piedra y consumados en toda virtud, pues tan grandes avenidas y crecientes de ríos no fueron parte para irritarlos. Y lo mismo digo de otros mártires fortísimos, porque no hubo quien se aplicase a escribir sus vidas, por las cuales alcanzaron tan grande fe y constancia, y muchas de ellas se perdieron por las persecuciones de los tiranos que mandaban quemar todos nuestros libros. Verdad es que de los santos que fueron fundadores de las religiones (como fueron Santo Domingo, San Francisco, San Benito, San Bernardo y otros), algunos tenemos sus vidas escritas a la larga desde el principio hasta el fin de ellas, porque sus hijos procuraron saber las virtudes y ejercicios de los padres que habían de imitar, mas en pocos otros se hizo esta diligencia. La vida de Santa Caterina de Sena escribió su propio confesor y, si él no se despusiera a tomar este trabajo, quedarán sepultadas en perpetuo silencio tantas maravillas como de ella se escribe, que tanto nos declaran la bondad y suavidad de Dios para con las ánimas puras y humildes. Y a esta santa reveló Nuestro Señor que le era igual en la gracia y en la gloria una virgen llamada Inés (cuya sepultura fue esta virgen a visitar) y, con todo eso, nada sabemos de ella, porque no se ofreció nadie a escribirla; y conforme a esto se suele decir que antes del rey Agamenón hubo hombres esforzados, pero no tenemos noticia de ellos, porque no hubo poetas que escribiesen sus proezas y valentías.

Y demás de esto, para confirmar la fe de las cosas que aquí se escriben, y para que nadie las tenga por increíbles, escribí el primer libro de esta historia, en el cual procediendo por los principales santos del Viejo y Nuevo Testamento hasta llegar a Santa Catarina de Sena, reconté las grandes maravillas que Nuestro Señor obró con ellos, las cuales, si no estovieran autorizadas con la Escritura divina, parecieran increíbles. Para que se entienda que, pues es agora el mismo Dios que era entonces, (el cual no se muda con los tiempos), no se tenga por increíble hacer Él agora algo de lo que hizo entonces, pues no está abreviada su mano con todo cuanto tiene hecho, para no poder hacer mucho más.

Pero, aunque esta razón sea muy grave otra hay más urgente y perentoria, que son los milagros que esta virgen tiene hechos, los cuales están con toda solemnidad procesados y averiguados. Visto que con sólo este argumento y testimonio se satisface la Iglesia para canonizar los santos, mas esta virgen, demás de este testimonio, tiene otro no menor, que es la impresión de las llagas de nuestro Redentor, y en pies y manos y costado. Y las de las manos están patentes a todo el mundo, mas las de los pies y costado han visto los perlados y su confesor, porque para cosa tan grande hubiese testigos de tanta autoridad.

Con este testimonio se junta otro no menor, que son las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, puestas en una perfectísima figura de cruz, lo cual consta ser un grande milagro y más tantas veces en cada semana repetido y, lo que más es, no sabido por relación de otros sino por vista de ojos, como lo han visto religiosos y legos y hasta un moro muy principal que quiso saber esto, el cual, dando a esta virgen un pañito delgado y poniéndolo ella en presencia de él, sobre esta llaga, salieron estas cinco gotas en la figura sobredicha, de que el moro quedó espantado, confesando que esta mujer era santa.

Concluyendo, pues, esta parte, digo que, si un solo milagro verdadero es bastante argumento para creer los misterios de la fe, cuánto más debe bastar tantas maneras de milagros para tener por verdad lo que en esta historia se escribe, por nueva y extraordinaria cosa que parezca.

Mas aquí quiero advertir al cristiano lector que no entiendo escribir esta historia secamente y desnuda, sino apuntando, aunque brevemente, los avisos y dotrinas que se sacan de las cosas que se van relatando, porque no es de todos saber filosofar en las cosas que se escriben en las vidas de los santos, por lo cual conviene que el historiador se haya en esto como la madre, que da el manjar mastigado al niño, cuando él no tiene aún dientes para ello. Porque por esta causa son alabados en el libro de los Cantares los dientes de la Esposa que es la Iglesia, porque ella es el ama y la madre que con los dientes espirituales de los santos doctores dá mastigado el manjar de la dotrina a los hijos espirituales que cría.

II.[División y argumento de esta historia]

Esta historia, cristiano lector, va repartida en cuatro libros: en el primero se trata de todo lo que sirve para hacer fe de las cosas que en ella se escriben y juntamente de la edificación y fruto que de ella se debe sacar.

Y, quanto a lo primero, se pone un memorial de los privilegios y maravillas que Nuestro Señor ha obrado con muchos de los santos pasados, comenzando dende Moisés hasta Santa Catalina de Sena, para que nadie tenga por cosa increíble hacer Dios agora lo que hizo entonces, pues es agora el mismo que entonces era; donde se pone la relación de la vida y milagros de esta virgen que por parte del Príncipe Cardenal y del Santo Oficio fue inviada a Gregorio XIII con los milagros que de esta relación se coligen.

En el segundo libro se trata de los ejercicios espirituales, que son oraciones, vigiliass, ayunos, cilicios, disciplinas y otras obras penitenciales con que esta virgen se disponía para recibir acrecentamiento de la divina gracia y de los favores del Esposo; y juntamente se trata de sus virtudes, conviene a saber, de su mansidumbre, humildad, simplicidad, obediencia, caridad, paciencia y fortaleza para padecer trabajos.

Mas en el tercero se cuentan los grandes favores y mercedes espirituales que por estas virtudes y ejercicios recibió de Nuestro Señor y también de algunas visiones y aparecimientos que tuvo.

En el cuarto libro se escriben los milagros que Nuestro Señor fue servido de hacer por los méritos de esta virgen.

Todo ello va sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia.

LIBRO PRIMERO

De lo que sirve para hacer fe, en el cual se trata de lo que se escribe en esta historia y aquí también se trata del fruto que se saca de esta piadosa consideración

Capítulo I

En el cual se declara cuán admirable sea Dios en sus Santos, esto es, en los grandes favores que les hace, y cómo, aunque ellos sean admirables, no por eso son increíbles

[Dios es admirable en sus Santos]

Mirabilis Deus in sanctis suis. En estas breves palabras nos da el profeta David copiosa materia de consideración y nos declara uno de los principales medios que hay para levantarnos al conocimiento de nuestro Criador. Para cuya declaración presupongo que la más excelente ocupación y más alto ejercicio en que se puede emplear una criatura racional es levantar los ojos a considerar la más alta cosa que hay en el mundo, que es el Sumo Bien, en quien están y de quien proceden todos los bienes. Y, como sea verdad que no pueda nuestro entendimiento en esta mortalidad conocer este sumo bien en sí mismo sino en sus obras, para esto nos sirven dos géneros de obras tuyas, que son las obras de naturaleza que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos, y las de gracia que se ordenan a la santificación de nuestras ánimas; donde es de saber que los santos varones hacen escaleras de las unas y de las otras obras para levantarse a la contemplación de su Criador, como parece claro en muchos de los salmos donde se trata de las unas y de las otras obras. Pero lo más común es proceder por las obras de gracia, las cuales, cuanto son más excelentes, tanto nos dan mayor luz, para subir al conocimiento del autor de ellas. Porque las obras de naturaleza principalmente nos dan conocimiento de la omnipotencia y sabiduría y providencia que este señor tiene de sus criaturas; mas las obras de gracia, demás de esto, nos dan conocimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia y de la suavidad y benenidad de nuestro Dios para con los hombres, y señaladamente de la providencia paternal que tiene de sus espirituales hijos, porque éstos dice Él que trae dentro de sus entrañas y que los tiene escritos en sus manos y que tiene contados sus güesos y cabellos y que si cayeren no se lastimarán porque Él pondrá su mano debajo para que no se lastimen, en éstos dice que tiene puestos sus ojos, y sus oídos en las oraciones de ellos, y de éstos dice que quien los tocare, toca a Él en la lumbré de los ojos y que a los ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos para que no tropiecen sus pies en alguna piedra, y después de todos estos favores, viene finalmente a decir que sus deleites son estar con ellos. ¿Qué cosa se puede decir más tierna y más regalada que ésta? Pues por éstos y otros semejantes favores se ve cuánta razón tuvo el profeta para decir que era Dios admirable en sus santos, pues tal cuidado tiene de ellos y tales regalos les hace. Pues ¿qué diré de las honras con que los honra, aun en este lugar de destierro? Porque no sólo los

honra en su vida, sino también después de ella; y no sólo en sus cuerpos sino también en los andrajos y retazos de sus vestiduras; y no sólo en sus personas propias sino también en sus hijos y descendientes, aunque sean malos, por respeto de sus padres que fueron buenos, como parece en los hijos de Loth y Abrahan, etc.

Pues del conocimiento de Dios que se alcanza por estas obras de gracia se enciende en los corazones devotos la caridad y amor para con Dios; y, vista la bondad y blandura con que trata sus fieles siervos, nace también de aquí una grande confianza, viendo que, pues este señor no es aceptador de personas y que no sólo está aparejado para acudir a quien le llama sino que también, como dice San Juan, llama a nuestra puerta, por aquí viene el hombre a confiar que, si él por su parte se dispusiere, no negará a él lo que concede a los otros. También con esto se aviva la fe y el crédito de los favores que Nuestro Señor hace a sus amigos, considerando los muchos que en diversos tiempos les ha hecho. Mas, allende de esto, en las ánimas de los que son verdaderos humildes causan estos favores una grande admiración de aquella Suma Bondad. Porque, como ellos se tienen por unos viles estropajos del mundo y por indignos de toda consolación, cuando ven que aquella altísima majestad se inclina a visitarlos y consolarlos y darles prendas de su amistad, no acaban de maravillarse y espantarse de esta tan grande bondad; y con esto crece en ellos más el amor y reverencia para con Él.

Pues todos estos frutos susodichos se siguen de la consideración de las obras de gracia, las cuales señaladamente resplandecen en las historias y vidas de los santos; y tanto más cuanto ellos fueren más vecinos a nuestros tiempos, porque mucho más nos suelen mover las cosas presentes que las pasadas.

Mas cuanto ellas son más poderosas para movernos, tanto son más dificultosas de creer, mayormente de las personas poco espirituales y devotas. Mas las que no lo son y han ya experimentado cuán suave sea nuestro Dios y cuán bueno para los buenos, no tienen esta incredulidad, porque ya tienen prendas y conjeturas de la amistad de Dios para con sus fieles amigos. Mas los que no han llegado aquí, y juzgan más las cosas por su ciega razón que por espíritu de Dios, no dan crédito a estas cosas. Debrían éstos de humillarse y no querer ser jueces de las cosas que nunca experimentaron y por tales los recusa el apóstol cuando dice que el hombre que es aun animal no entiende las cosas del espíritu de Dios, porque tal espíritu ha de tener el que las ha de juzgar. Si un hombre (como dice S. Bernardo) no sabe la lengua griega ¿cómo entenderá al que habla en esa lengua? De donde infiere que tan lejos estará de entender el lenguaje del amor divino quien no lo ha probado como de entender a el que habla en griego quien no aprendió la lengua griega.

Pues ya la grandeza de la dolzura espiritual con que Dios regala a los que se afligen por Él, ¿cómo la conocerá, pues dice David, que la tiene Él escondida para los que le temen? Y la grandeza de la paz interior con que Él da cumplido reposo a los corazones de sus amigos, ¿cómo la conocerá el hombre sensual, pues el apóstol dice que sobrepuja a todo entendimiento y sentido? Pues el nuevo ser y nueva virtud que Dios da con abundante gracia al hombre justificado, ¿cómo éste lo conocerá, pues dice S. Juan que nadie lo conoce sino aquél que lo recibió?

[I. En los Santos del Viejo Testamento]

Y, si todos estos testimonios no bastan para humillar y convencer los incrédulos, debe de bastar el ejemplo de los santos de que hacen mención las Santas Escrituras, donde verán cosas que, a no estar testificadas en ellas, no fueron creídas. Por lo cual no será sin propósito ni sin fruto proponer aquí algunos de estos ejemplos, no sólo para hacer fe de las cosas nuevas con el ejemplo de las viejas, mas para que veamos cuán admirable, cuán glorioso y cuán digno de ser amado y alabado sea Dios en todos sus santos.

Y, dejados los antiquísimos ejemplos de la ley de naturaleza, comencemos por la ley de escritura en la cual trató Dios más familiarmente con los hombres. El promulgador de esta ley fue Moisés. Pues ¿quién contará las maravillas que obró Dios por este profeta? Y, dejadas aparte las que obró en la tierra de Egipto, ¿qué cosa más admirable que con el golpe de un[a] vara abrir los mares para que pasase a pie junto el pueblo de Israel y volvellos a cerrar con ella para ahogar el ejército de Faraón que los seguía, porque por justo juicio de Dios muriesen ahogados en las aguas los que a los niños inocentes ahogaban en ellas? Él mismo, tocando con esa vara en una peña, sacó de ella un río de agua viva. Él mismo, no por una sola vez, sino por dos, estuvo cuarenta días en el monte con Dios, sin comer y sin beber y sin dormir, trayendo consigo dos tablas en que estaba escrita la ley con el dedo de Dios; y del mismo se escribe que conversaba y hablaba con Dios tan familiarmente como un amigo con otro. Pues ¿qué cosa más admirable? Dejo otras muchas grandezas y maravillas que hizo cuarenta años que anduvo con aquel pueblo en el desierto que sería cosa muy larga de contar, mas éstas bastan para que se vea cuan admirable sea Dios en sus santos.

Pues ¿qué diré del criado de este profeta que fue Josué? El cual detuvo las aguas corrientes del río Jordán para que pasase el pueblo a pie junto por la madre del río y, corriendo las aguas inferiores para abajo, las que venían de lo alto iban creciendo y haciéndose una grande montaña, hasta que todo el pueblo pasó. Y, si es cosa admirable, ¿cuánto más lo es haber hecho este capitán detener el sol por espacio de tres horas en medio del cielo, obedeciendo Dios (como dice la Escritura) a la voz de un hombre? Y no menos lo es sino más lo que leemos del profeta Esaías, porque aquél hizo detenerse el sol por espacio de estas tres horas, más éste le hizo volver diez horas atrás.

Vengamos, después de Esaías, a los otros profetas entre los cuales era muy señalado Elías, el cual juntamente con Moisés apareció en la transfiguración del Señor con grande resplendor. Pues ¿qué cosas tan admirables cuenta de él la Historia Divina!: él caminó otros cuarenta días sin comer ni beber hasta llegar al monte de Dios; él mandó por dos veces bajar fuego del cielo y quemar a dos capitanes cada uno con cincuenta soldados que le venían a prender, él ardía tanto con el celo de la honra de Dios que, viendo a su pueblo dado al culto de los ídolos, hizo oración a Dios pidiéndole que no lloviese por tres años y seis meses, juzgando por indignos de la vida y del rocío del cielo a los que ofendían al señor del cielo; y entendía el santo profeta que perecían las gentes y se caían los hombres por las calles muertos de hambre, y nunca por eso se dobló a revocar la petición que había hecho; y, en este tiempo en que las gentes perecían de hambre, tenía Dios cuidado de dar de

comer a su Profeta enviándole cada día con un cuervo pan y carne a la mañana y pan y carne a la noche. ¿Quién creyera esto, si ahora se dijera? Pues aún más admirable es lo que de él escribe, que lo arrebató Dios con un torbellino, sobre un carro de fuego y no sabemos a dónde lo llevó, con todas las otras circunstancias anejas al hombre que tiene vida, como es de creer que él la tenía.

Ni es menos admirable la vida de su criado Eliseo, pues toda ella está llena de milagros, entre los cuales se refiere uno más admirable y éste fue que, habiendo muerto ciertos ladrones a un caminante y escondiéndolo en la sepultura de este profeta, en tocando el recién muerto a los güesos del Profeta muerto, luego resucitó.

Entre los profetas mayores el cuarto es Daniel cuya historia contiene muchas cosas de grande admiración, mas una sola diré; y es que habiéndolo echado los moradores de Babilonia en un lago donde estaban siete bravos leones para que lo despedazasen y comiesen, porque él había destruido los ídolos de ellos, estuviéronse seis días los leones rabiando de hambre sin tocar en el manjar que tenían delante, y él, en medio de estas bestias, seguro y regalado con esta maravillosa providencia de Dios. Y al sexto día apareció un ángel al Profeta Habacuc, que estaba en Judea y a la sazón llevaba de comer a unos segadores, y dijole el ángel: lleva esa comida a Babilonia, a Daniel, que está en el lago de los leones. Respondió el profeta: Señor, no sé dónde es Babilonia, ni es el lago. Entonces el ángel le tomó por un cabello de la cabeza y en un momento le puso en Babilonia sobre aquel lago. Dijo entonces Habacuc: Daniel, siervo de Dios, toma esta comida, que te envía Dios. Respondió entonces Daniel (creo que con muchas lágrimas y ternura de corazón) diciendo: Acordásete de mí, Señor mío, y no desamparaste a los que te aman. Tomó pues la comida y comió; y el ángel volvió a Habacuc a su lugar. Sabida pues esta maravilla, el rey sacó a Daniel de aquel lago y mandó echar en él a los que habían revuelto aquella tela, los cuales fueron despedazados por los leones en el aire, antes que llegasen al suelo. Pues ¿quién no alabará a Dios, viendo el regalo de esta providencia para con su fiel siervo?

Pues lo que hizo Dios para consuelo y remedio del Santo Tobías fuera increíble, si no estoviera expreso en la Santa Escritura. Porque, pudiendo él remediar la pobreza y trabajos de este santo por muchas maneras, escogió una tan extraordinaria que fue enviar un ángel, y no cualquiera sino uno de los siete que asisten ante la presencia divina, en figura humana, vestido a modo de caminante, para que fuese con el hijo de este santo varón muchas leguas de camino por ventas y mesones; asentándose con él a la mesa y platicando con él todo el camino. Y, después que llegó a casa de Raquel, pariente del Santo Tobías, y concertó el casamiento del mozo con una hija de él muy honrada, librándola del demonio que le mataba todos los maridos con quien casaba, hecho esto, rogóle el mancebo que tomase cuatro criados de casa y dos camellos y fuese a cobrar el dinero que a su padre se debía. Y, andado este camino con los mozos y con los camellos, volvió al mancebo con el dinero cobrado, y así le acompañó hasta entregarlo en las manos de su padre, dándole la vista que había perdido. Y, acabada esta jornada, descubrió el santo ángel quién era, con lo cual quedaron tan atónitos padre e hijo, que cayeron en tierra y por espacio de tres horas no cesaron de alabar a Dios que por tan nueva manera los quiso remediar.

II. [En los Santos del Nuevo Testamento: Los Apóstoles; La Magdalena; S. Clemente Romano; Los Padres del Yermo]

Después de los santos del Testamento Viejo, vengamos a los del Nuevo. Y, comenzando por los apóstoles, ¿qué cosa más admirable y más increíble al juicio humano que lo que se escribe del apóstol San Pedro: que, andando por las calles, la sombra de su cuerpo sanaba a todos los enfermos a quien llegaba?, ¿quién tal virtud pudo dar a la sombra de un cuerpo concebido en pecado y de un hombre que, pocos días antes, había negado a su maestro?

Pero esta maravilla queda vencida con otra mayor, porque mayor cosa fue la conversión de San Pablo que todo lo dicho. Porque ¿quién no queda atónito, viendo que a un hombre que merecía mil infiernos por haber perseguido tan sangrientamente el nombre de Cristo, y caminando furiosamente con nuevas provesiones y poderes para destruir su Iglesia, lo levantase Dios al tercero cielo y le mostrase la esencia divina (como lo sienten Santo Tomás y San Agustín), haciéndolo con esto del mayor persiguidor de la fe el mayor predicador y defensor de ella, por la cual siete veces fue públicamente azotado y muchas más veces encarcelado y por mar y por tierra de judíos gentiles y herejes perseguido?

Después de los apóstoles, vengamos a la Magdalena, la cual llamamos «apóstola de los apóstoles» por haberles denunciado la Resurrección del Salvador. Pues cuán admirables son las cosas que están recibidas de esta santa penitente. Porque ¿qué cosa más admirable que haber estado treinta años en una cueva sin comer ni beber, y sin vista de alguna criatura humana? Y, si esto es mucho, ¿cuánto más es lo que se dice de ella, que siete veces al día la levantaban los ángeles en el aire para oír las siete horas canónicas, cantadas con voces celestiales? ¿Quién dijera ahora esto que no fuera escarnecido y tenido por loco?

Después de los Apóstoles podemos contar por varón apostólico a San Clemente, subcesor del apóstol San Pedro en la cátedra de Roma, el cual, por mandado de Trajano, fue echado en la mar, atado a una áncora; mas Dios, que tanta cuenta ha tenido siempre con los cuerpos de sus mártires y de sus sepulcros, honró este santo con una admirable honra cual jamás fue vista. Porque, no consintiendo que aquel sagrado cuerpo tovese por sepultura los bucheros de los peces, mandó que por mano de los ángeles se hiciese dentro de la mar un templo de mármol y que en él se fabricase una arca de la misma piedra y allí depositasen el cuerpo de su mártir con el áncora hallado. Y, no contento con esta maravilla, acrecentó otra no menor. Porque todos los años del día de su pasión se desviaba el agua de la mar por espacio de tres millas para que fuesen los hombres a ver y reverenciar los huesos de un hombre que padeció trabajos por Dios. Pues ¿qué corazón no se regala con la consideración de esta providencia divina?

Después de esto vengamos a las maravillas que Nuestro Señor hubo con algunos de aquellos Santos Padres del Yermo, entre los cuales es admirable la vida de San Simeón, que llaman de la columna, porque moraba en una torre muy estrecha a manera de columna, cuya vida escribió Teodoreto, su contemporáneo y familiar amigo suyo y testigo de sus milagros. Del cual escribe la cosa más admirable que jamás se vio, que fue hacer vida sobre una columna levantada treinta y seis codos en alto, descubierta a todos los calores y fríos y injurias del aire. Y, sobre todo esto, era tan grande su abstenencia que no comía más que

una vez en la semana sólo pan y yerbas; y, lo que es más admirable, en todas las cuaresmas que vivió, perseveraba sin comer bocado. En la cual columna y abstinencia perseveró por espacio de cuarenta años. Y esta novedad de vida hacía que de todas las naciones viniesen gentes a ver cosa tan extraña; y dende allí hacía infinitos milagros y con ellos convertía a la fe las naciones bárbaras de los infieles. Y, con todo esto, dice el mismo historiador que fue esta columna en aquel tiempo escarnecida de muchos. Pues, según esto, ¿qué santidad habrá que esté libre de las lenguas y juicios del mundo?

Pues de los Santos Padres del Yermo ¿cuántas cosas admirables podríamos aquí referir: de las increíbles abstenencias de unos, de la soledad y silencio de otros por muchos años, y de la continua oración de todos? Pero no es razón echar en olvido la soledad del primer autor de esta vida que fue San Pablo, primer ermitaño, el cual perseveró en ella noventa y siete años, sin ver en todo este tan largo espacio persona viviente, hasta la víspera del día que partió de esta vida; porque este día le envió Dios al grande Antonio, para que sepultase su sagrado cuerpo. Pues ¿qué cosa más admirable que, siendo este santo hombre (que por ley de naturaleza es animal político y sociable), perseverar tanto tiempo sin vista de hombre? Ni es menos admirable su abstinencia, pues una palma que allí había le daba con sus dátiles de comer y con sus hojas de vestir, hasta que Dios por ministerio de un cuervo le proveyó de medio pan para cada día por espacio de sesenta años, la cual ración dobló por la venida del nuevo huésped Antonio, proveyendo un pan entero para ambos.

III. [San Luis, Rey de Francia y San Alejo]

Juntemos con la pobreza y soledad de los monjes personas ricas y de alto estado, porque de todos puede ser Nuestro Señor servido. Admirable fue la humildad de San Luis, Rey de Francia, el cual ciertos días daba de comer por su mano a doscientos pobres, sirviendo él mismo a la mesa, y, no contento con esta obra de tan grande humildad, acrecentábala con otra mayor porque todos los sábados, recogido en un lugar muy secreto, lavaba los pies a ciertos pobres y los besaba, y lo mismo hacía a las manos, dando a cada uno su limosna. No con estas obras de tan extrema humildad en una persona real faltaron ayunos y cilicios y otras asperezas con que domaba la carne y la hacía servir al espíritu. En este santo Rey de Francia fue admirable la virtud de la humildad; mas en San Eduardo, rey de Inglaterra, junto con la humildad fue admirable su castidad. Porque, habiendo recibido, por consentimiento del rey, por mujer una noblísima y virtuosísima señora y tal cual convenía a la persona real, para que por esta casamiento toviese subcesión el reino, ellos ambos tovieron más cuenta con la pureza de la virginidad que con esta subcesión, y así se concertaron y propusieron guardar perpetua virginidad. Cuán maravillosa cosa haya sido esta parece por aquello de San Bernardo, el cual dice que «es mayor milagro morar en compañía de una doncella sin caer que resucitar muertos, porque esto es estar en medio del fuego y no arder». Pues ¿qué mayor maravilla que estar un rey mozo en compañía de una doncella virtuosísima, la cual cuanto era más virtuosa era más amable, y tratándose familiarmente como casados para encubrir su propósito, y comiendo y bebiendo regaladamente como reyes, que es atizar el fuego con manjares regalados, con toda esta comunicación tan familiar, no de cuatro ni de cinco años, sino de toda la vida, ni se

quemasen, ni pusiesen mácula en su pureza virginal?, ¿qué cosa más admirable? ¿Pues ¿cómo creerán esto los hombres carnales cuyos ojos, como dice un apóstol están llenos de adulterios? Pues haber sido este voto agradable a Dios, bastantemente se prueba con que, treinta y seis años después de sepultado, el cuerpo de este rey se halló entero y con sus vestiduras frescas y recientes. Declárase también por otra maravilla con que Nuestro Señor honró este santo rey, porque reveló a un ciego que untase sus ojos con las lavazas del agua con que el rey lavaba sus manos; así lo hizo, y así recibió la vista que deseaba. Pues ¿qué manera de honra es ésta que Dios hace a sus santos, pues no va con el tocamiento de sus manos ni con reliquias de sus cuerpos, sino con el agua sucia que se echa en el muladar, da vista a los ciegos, por sólo haber tocado en las manos de ellos? Ni tampoco carece de admiración lo que de este santo rey se cuenta, porque, diciéndole un pobre llagado, de parte del apóstol San Pedro, que le tomase a cuestras y lo llevase hasta el altar del mismo apóstol, sin otro más testimonio, tomó al pobre a cuestras y lo llevó dende el palacio real hasta el dicho altar, y con este acto de santa humildad, de que sus criados escarnecieron, alcanzó perpetua salud al pobre.

Muy trillada es la historia de la vida de San Alejo, pero no es menos admirable que esa vida. Porque ¿qué mayor maravilla, estar este santo en un rincón de la casa de su padre sufriendo mil baldones e injurias de sus criados, y saber dende allí los regalos y abundancia de su casa, y la desconsolación de su viejo padre y de su piadosa madre, y las lágrimas y soledad de su dulce esposa, y que nada de esto bastase por espacio de dieciocho años para desistir de aquella vida tan humilde, tan pobre y tan áspera que él, inspirado por Dios, había escogido? Los gentiles, para declarar la grandeza de las penas del infierno, fingen que está allí un hombre pereciendo de sed y que, teniendo el agua a la boca, no puede beber; pues por aquí se entenderá la virtud de este santo, pues, pasando tanta pobreza y teniendo delante la abundancia de la casa de su padre, no por eso se movía a desear ni tocar la que tenía presente. Ni es menos admirable ni menos semejante a la pasada la manera de vida de Santa Eufrosina, que, siendo mujer, estuvo escondida en hábito de monje treinta y ocho años en un monasterio, consolando muchas veces a su viejo y desconsolado padre, que esto no sabía, sin jamás descubrirsele hasta la víspera de su muerte, para que él sólo sepultase su cuerpo. De lo cual espantado el buen viejo y hecho un río de lágrimas, abrazó aquel cuerpo virginal y lo sepultó y, dados todos sus bienes a pobres, hizo vida en aquella misma celda de su hija hasta que murió. Pues ¿qué hombre habrá tan de piedra que no se maraville del silencio y secreto que esta virgen guardó por tan largo espacio, conociendo ella el alegría que daría a su viejo padre, si se le descubriera?

IV. [Santo Domingo y San Francisco]

Vengamos a los Santos más vecinos a nuestra edad, donde luego se nos ofrecen aquellas dos grandes lumbreras del mundo, Santo Domingo y San Francisco, que Dios encendió en el tiempo que más reinaba la maldad, por estar como el Salvador dice, resfriada la caridad. Y, cual era la dolencia del mundo, tal fue el remedio con que la Divina Providencia lo

socorrió, que fueron estos dos tan grandes Santos, que en un mismo tiempo nacieron y florecieron y fundaron dos clarísimas religiones, para que no sólo ellos por sí, sino por sus discípulos, no sólo en aquel tiempo, sino en todas las edades y tiempos hasta la fin del mundo, se ocupasen en este ministerio de salvar las ánimas. Ambos tuvieron un mismo espíritu, ambos grandes celadores de la gloria de Dios, ambos profesores de la pobreza evangélica, ambos semejantes en la humildad, caridad y aspereza de vida, y con ser tan semejantes en todas estas cosas, se señalaron y extremaron cada cual en su manera de vida. Porque el glorioso Padre San Francisco abrazó más la soledad y la vida contemplativa, morando en lugares solitarios, ocupando los días y las noches en la contemplación de las cosas celestiales. Mas su glorioso compañero ayuntó con la vida contemplativa la activa y por eso moraba en lo poblado, gastando las noches con Dios en el estudio de la oración, y el día con los prójimos en el oficio de la predicación. Y aunque ambos fueron admirables en sus vidas, no menos lo fueron en sus virtudes. Así vemos cuán admirable fue en el buen Padre San Francisco el amor de la pobreza evangélica; admirable también la aspereza de su vida, padeciendo tantas enfermedades; admirable aquella simplicidad con que llamaba a todas las criaturas hermanas y las convidaba a alabar a su Criador y, entre ellas al hermano don sol, según él lo llamaba, como a la más principal de ellas. Admirable la obediencia con que le obedecían todos los animales, las aves, los peces, con todos los demás. Admirable su humildad, por cuya causa, siendo fundador de una orden tan esclarecida, no quiso ser perlado de ella, ni ordenarse de misa. Sobre todo esto fue admirable su transfiguración, donde a manera de Cristo fue transfigurado, resplandeciendo el rostro, alumbrado su entendimiento, con el cual conoció los secretos de los pensamientos y muchas cosas que estaban por venir. Pero sobre esto fue más admirable la impresión de las llagas y insi[gn]ias de Nuestro Redentor, atravesadas de parte a parte, con los clavos fabricados de la misma carne, con la cual quiso el Salvador transformar del todo al Santo glorioso en sí, para que, como tenía en su ánima a Cristo crucificado por compasión, así también lo tuviese en su misma carne, para que todo él en cuerpo y ánima estuviese deificado y transformado en el que es la summa de todos los bienes.

Vengamos a nuestro glorioso Padre Santo Domingo y veremos cuán admirable fue en las virtudes en que notablemente resplandeció. Por que primeramente fue admirable en el celo de la salvación de las ánimas, der[r]itiéndose sus entrañas, como una hacha encendida, con el sentimiento de las que perecían. Admirable fue también la sed insaciable y deseo que tenía del martirio, el cual era tan grande que no se contentaba con ser él solo mártir, sino quería que todos los miembros y artículos de su cuerpo fuesen mártires, contándolos uno a uno y después presentándolos a sus ojos, para gozar de este hermosísimo espectáculo, y, esto hecho, le sacasen los ojos y dejasen el cuerpo destroncado revolverse en su misma sangre. Pues ¿qué diré de la penitencia y aspereza de su vida? Traía ceñida a las carnes una cadena de hierro y con ella tomaba cada noche tres disciplinas. Una por los que estaban en pecado, y otra por las ánimas del Purgatorio, y otra por sí mismo, no teniendo él por qué tomarla. ¿Qué diré de la eficacia de su oración, pues él mismo reveló a un amigo suyo que ninguna cosa había pedido a Nuestro Señor que no se la otorgase? Díjole entonces este amigo: pídele que te dé por ayudador al maestro Reginaldo, que es un señalado varón. Hízolo él así aquella noche, y el día siguiente por la mañana vino aquella persona notable a pedirle el hábito. ¿Qué diré también de su caridad y amor para con los prójimos? Una pobre mujer viuda le pedía con lágrimas limosna para ayudar a rescatar un hijo que tenía cautivo, de la cual tuvo tan grande compasión que, no teniendo qué le dar, se le ofreció de todo

corazón para que lo vendiese por esclavo y con el precio de él, rescatase su hijo. Fue también admirable la fe y confianza que en Dios tenía, de la cual procedía hacer tan fácilmente tantos milagros en todas las necesidades espirituales y corporales que se ofrecían. Y así andó camino y, lloviendo mucho, hizo con esta fe la señal de la cruz en el aire, con la cual el agua que llovía se iba apartando de él y dejándole el aire sereno. Dejo aparte los enfermos que sanó y los muertos que resucitó. Pero, entre éstos, fue más admirable la resurrección de un mancebo por nombre Neapoleón, sobrino de un cardenal, en presencia del tío y de otros dos cardenales con todas sus familias y otras gentes. Porque, diciendo el santo varón misa con grandísima devoción, al tiempo que levantó la sagrada Hostia, juntamente se levantó el cuerpo del Santo un codo en alto; y, acabada la misa, llegándose al cuerpo y haciendo devotísimamente oración, se volvió a levantar aún más alto, y entonces, llamando al mancebo con alta voz en nombre de Cristo, le restituyó la vida. Lo que aquí mayor admiración nos pone es la presencia de tantos testigos. Si este Santo Padre estoviera recogido y solo en su celda, no me maravilla de verlo, todo absorto en Dios y levantado en el aire; mas en presencia de tantos ojos, de ellos incrédulos y de ellos curiosos, deseando ver en qué paraba cosa tan nueva, y con todo eso estar el Santo tan mortificado a todo lo humano; y, en presencia de tantas y tan principales personas, que ni temiese vanagloria ni perdiese punto de su abstracción y devoción más que si nadie allí estuviera, esto excede toda admiración, mayormente si traemos a la memoria lo que hizo el apóstol San Pedro, el cual queriendo, a petición de unas pobres viudas, resucitar una que a todas ellas socorría, mandó que todas se saliesen fuera, para quedar él solo con el cuerpo de la difunta, por tener el espíritu más quieto y recogido para obrar aquella maravilla. Mas este glorioso Padre, sin usar de este medio, estuvo tan solo entre muchos como si estoviera consigo solo. Y así, es de creer que, en este paso, hizo Nuestro Señor con él lo que con Josué, diciéndole interiormente en su ánima: hoy te quiero públicamente ensalzar para que por ti tu orden sea acreditada y ensalzada en el mundo. Y esta alegría, que el Santo tomó en Dios, fue bastante para arrebatar su espíritu y suspender su cuerpo en el aire.

V. [San Vicente Ferrer]

Después del buen Padre, vengamos a su legítimo hijo San Vicente Ferrer, en el cual hallaremos muchas cosa[s] dignas de grande admiración. Porque fue tan admirable en su predicación y conversión de las ánimas que, sin injuria de nadie, podemos decir que, después de los Apóstoles, ningún santo anduvo por más tierras y provincias predicando que él, y ninguno que más herejes e infieles y pecadores públicos convertiese, muchos de los cuales, predicando él, se levantaban en medio del sermón, confesando a voces sus pecados. Ni fue menos admirable el hacer milagros, porque ochocientos se alegraron y presentaron en su canonización, sin hacerse mención de los que hizo en España, donde más tiempo predicó, y era tanta la fe y devoción del pueblo para con él que hasta los pelos de la barba y de la cabeza recogían para hacer milagros.

Y, aunque era admirable la fe con que tan fácilmente tantos milagros hacía, más maravilla la virtud de su humildad, que nunca, entre tantos milagros y honras y favores de reyes, se envaneció. Y, lo que excede de toda admiración, revelándole Dios que había de

ser canonizado por Santo y el Papa que lo había de canonizar, y cuándo esto había de ser, nunca, ni por esto ni por todo lo dicho, tuvo necesidad de aquel estímulo de su carne que se dio a San Pablo, para guarda de la humildad. Tan fundado estaba en ella que todos estos vientos no bastaron para der[r]ibarla.

No pongo por cosa admirable que, andando tantos caminos y trabajando en la predicación todos los días, tomaba cada noche una disciplina. Pero pongo por cosa digna de admiración y edificación la constancia de este su propósito, porque, estando enfermo en cama, mandaba al compañero que le diese una gruesa disciplina, por no cortar el hilo de su rigor aun en la enfermedad.

VI. [Santas: Cecilia, Catalina de Alejandría y Catalina de Sena]

No es razón que, habiendo tratado de los santos varones, pasemos en silencio las vírgenes, que no menos se señalaron en todo género de virtud y santidad. Y comencemos por la gloriosa virgen Santa Cecilia, por haber sido muy previligada de su Esposo y alcanzado por sus oraciones cosas al juicio humano imposibles. Porque, habiéndola sus padres casado con un caballero romano, y deseando ella conservar su pureza virginal, pedía a Nuestro Señor, día y noche con oraciones continuas y ayunos de dos y tres días, le conservase esta pureza. Pues, perseverando ella en esta continua oración, ¡cuántas cosas alcanzó con ella! Alcanzó que el esposo no tocase en esta pureza y que se bautizase y que recibiese la fe de Cristo y que para esto le enviase Dios un ángel, que traía un libro en la mano, en el cual estaba escripta la fe con letras de oro; y después de éste, que le enviase otro, que le pusiese en la cabeza una guirnalda de flores olorosísimas y que nunca se marchitaban; y sobre todo esto, de tal manera lo confirmó en la fe, que padeció martirio por ella. Y lo que alcanzó para el marido, alcanzó también para el cuñado, por nombre Tiburcio; y ambos juntos caminaban al lugar del martirio con tan grande alegría y contentamiento que con esto y con sus palabras convirtieron a la fe a Máximo, oficial de la justicia, que con ellos iba. El cual recibió la fe con tanta firmeza y constancia que juntamente con los santos hermanos padeció martirio y tan recio martirio que, a poder de azotes, le abrieron los huesos y arrancaron el ánima del cuerpo. Y, no contento el Esposo con todos estos favores, mandando el tirano echar la virgen en una gran caldera de agua hirviendo, hizo que estuviese allí todo un día como quien está en un baño de grande refrigerio. Y, lo que sobrepuja todo lo dicho, llevándola a degollar, de tal manera predicó a la gente que con ella iba, que convirtió a la fe más de cuatrocientos infieles que con ella iban. Pues ¿qué decimos a todas estas maravillas? Todas ellas nos declara[n] la grandeza de la caridad y familiaridad de Nuestro Señor para con sus fieles siervos y la virtud de la omnipotente oración (si así se puede llamar) pues por ella se alcanzan cosas al juicio humano imposibles como lo eran éstas; mas a ella no hay cosa imposible, porque estaría en el señor que todo lo puede.

Después de esta virgen, quise aquí juntar en uno las dos Santas Catalinas, una virgen y otra virgen y mártir, por ser admirables los favores que les fueron concedidos. Y, comenzando por la mártir, ¿qué cosa hay en toda la historia de su martirio que no sea admirable?

Siendo doncella de dieciocho años entró con ánimo y corazón más que varonil en el palacio del Emperador a reprenderle, con gravísimas palabras, la crueldad que usaba con los cristianos. Disputó, después de esto, con cincuenta gravísimos filósofos, sobre la materia de la fe, con tanta sabiduría y eficacia y con tanta elocuencia que los rindió y convenció y trajo a la fe de Cristo; y de tal manera los esforzó y animó, que todos juntos padecieron constantemente martirio por Él. Pues ¿qué cosa más extraña y más admirable se pudiera decir de una doncella de tan poca edad?

Vencidos de esta manera y coronados los filósofos, comenzó el tirano a proceder con la virgen con grandes halagos y promesas, mas ella ni hacía caso de sus promesas ni tampoco de sus amenazas. Embraveado con esto, el tirano mándala desnudar y azotar cruelísimamente y encerrar en una cárcel oscurísima, atormentándola por espacio de once días con hambre y sed. Mas acude en este tiempo el Esposo dulcísimo a visitar la esposa, esclareci[n]do la cárcel con lumbre celestial, y acuden también los ángeles, con guirnaldas de flores hermosísimas en sus cabezas, cantando cantares celestiales para regalo de la virgen, trayéndole otra comida más preciosa que la que el tirano le quitaba. Acude también la Emperatriz, avisada también en espíritu, de noche, con Porfirio, capitán general del ejército, a visitarla. Entonces la virgen quitó la guirnalda a uno de aquellos ángeles y púsola sobre la cabeza de la Emperatriz, profetizándole que de ahí a tres días recibiría corona de martirio, y así fue. Predicó también a este capitán con tanta eficacia que lo convirtió a la fe, y él a doscientos soldados amigos suyos, los cuales todos esforzadamente padecieron martirio con él.

¿Qué más diré? Manda el tirano aparejar una terrible rueda cercada de navajas muy agudas, para que, estando la virgen desnuda sobre ella, anduviese la rueda en torno, atormentando aquel cuerpo virginal; mas, haciendo la virgen oración al Esposo, la rueda se hizo mil pedazos, con el cual milagro muchos de los gentiles que presentes estaban se convirtieron a la fe renegando de sus falsos dioses.

Vencido por todas estas vías el tirano y perdida la esperanza de la victoria, dio sentencia que la virgen fuese degollada. Puesta ella en el lugar del degolladero, hace oración al Esposo, rogándole por los que tuviesen memoria de su pasión. A esto acude una voz que decía: «ven, esposa de Cristo, ven al tálamo de tu Esposo, tu oración es oída y yo usaré de misericordia con los que se encomendaren a ti». Oídas estas palabras, extendió su virginal cuello para recibir el golpe de la espada; y, para mostrar el Esposo la pureza virginal de su Esposa, acabándola de degollar, en lugar de sangre salió leche albísima. Y, no contento con este regalo y con todos los demás, añadió el postrero, que fue no consentir que las manos profanas de los gentiles tocasen aquel santo cuerpo, sino mandó a los ángeles que le tomasen y le llevasen por los aires y lo sepultasen en el sagrado monte Sinaí, donde Él dio la ley a los hombres. Y, sobre todo esto, quiso que de aquellos miembros virginales manase olio, que sanaba todas las enfermedades. Vea pues aquí el cristiano lector cuántas maneras de regalos y favores singulares hizo el Esposo a esta virgen y conozca por este ejemplo la

grandeza de la bondad y caridad y familiaridad de Nuestro Señor con las ánimas puras y humildes como ésta lo era.

Vengamos, después de esta virgen, a la que concuerda con ella en el mismo nombre, que es Santa Catalina de Sena. Mas sus cosas son tan admirables que, si no estuviera ella conocida por la Iglesia, apenas fueran creídas; pues el mismo padre que la confesaba (que fue persona de grande autoridad, pues por tal vino a ser general de toda nuestra orden), estuvo un tiempo tan perplejo y dudoso que fue necesario que Nuestro Señor le certificase de sus cosas exteriores con milagros y interiormente inclinando su entendimiento a creerlos.

Entre estas cosas se cuenta por admirable su abstenencia. Porque en la misma bula de su canonización se refiere que dende el Miércoles de la ceniza hasta el día de Pentecostés, que pasan de tres meses, nunca se desayunó sino con solo el Santo Sacramento. Y todo el resto de la vida que podemos afirmar que pasó sin comer, porque, por las grandes murmuraciones que se levantaban contra ella sobre esto, se asentaba a la mesa con sus compañeras y chupaba un poco de unas yerbas cocidas y, acabada la mesa, tomaba una pluma para vomitar aquel poquito de zumo, que había tragado, porque le daba grandísimo tormento. El cual padecía cada día para excusar aquel escándalo de los flacos, de sus ayunos, vigiliass, oraciones, mala cama y disciplinas con que tanta sangre derramaba. No hago caso porque estas cosas son comunes a muchos santos; vengo solamente a cosas extraordinarias y ordinarias, entre las cuales es admirable aquel desposorio tan solemne con que Cristo se desposó con esta virgen; porque desposorio de tan alto rey no podía dejar de ser con grande acompañamiento de Santos, y así en él se halló la Sacratísima Virgen de las vírgenes, y el evangelista San Juan y el apóstol San Pablo, el glorioso Padre Santo Domingo, que no había de faltar al desposorio de su querida hija; y, porque no faltase música en tan solemne fiesta, venía también el Profeta Real con un salterio en la mano tañendo con grande suavidad. Entonces la serenísima Reina de los ángeles tomó la mano derecha de Catalina y suplicó a su dulcísimo Hijo tuviese por bien de tomarla por esposa; y Él, con su sacratísima diestra, tomó la mano de la Esposa y le puso un preciosísimo anillo de oro en el dedo, adornado con cuatro preciosísimas perlas y un riquísimo diamante, diciéndole estas palabras: «Yo te desposo conmigo, tu criador y salvador en fe, la cual nunca faltará hasta que vengas a gozar de mí en el tálamo de la gloria.»

No se puede negar que haya sido este un privilegio singular, pero no son menos admirables los que después de éste se siguieron. Entre los cuales es uno el que se canta en el himno de su fiesta, que compuso el mismo Papa Pío segundo que la canonizó, que fue la imprisión de las llagas del Salvador, con las cuales fue tan grande el dolor que por toda una semana padeció, que ni ella ni nadie juzgaron que viviera.

Y, si este privilegio fue admirable, no menos lo es otro nunca visto, el cual ella misma descubrió a su confesor. Y éste fue sacarle Cristo el corazón del pecho y tenerlo tres días consigo y volvérselo muy hermoso y encendido y tornarlo a poner en su lugar; y, porque no se entendiese ser esto cosa imaginaria, sus compañeras vieron en el pecho de la virgen la señal de la abertura por donde fue sacado y restituido el corazón. Son cosas tan admirables las de esta virgen que, cuando salimos de una grande maravilla, entramos en otra no menor. Y ésta es que aquel Esposo, amador de las ánimas puras y limpiass, holgaba tanto con la

pureza de esta virgen que, paseándose con ella, rezaban ambos el oficio, como un clérigo con otro. Pues ¿qué cosa de mayor admiración? Después de ésta, se sigue otra no menos admirable, que fue haberle enseñado el Esposo a leer sin conocer las letras. Porque, deseando ella saber leer, por rezar el oficio divino, y, visto que no podía retener en la memoria los nombres de las letras, por estar su memoria tan presa en Dios que no la podía apartar de él, pidió al Esposo que le enseñase a leer y así lo hizo, por donde, sin conocer las letras, leía muy expeditamente por cualquier libro.

Pues ¿qué diré del fruto inestimable que hizo con su doctrina en las ánimas, pues, aún sin ella, con sola su vista se convertían muchos pecadores? Y ¿qué diré de otra maravilla que se cuenta en la bula de su canonización, que fue sacar el ánima de su madre del infierno a donde estaba por haber fallecido sin penitencia, volviéndola al cuerpo para que en él hiciese lo que antes no había hecho? Otras maravillas están escritas de esta virgen, pero estas bastan para que entendamos por cuánta razón dijo el Salmista que era maravilloso Dios en sus Santos.

Preguntará por ventura alguno: ¿qué fruto se saca de todo lo que hasta aquí habéis dicho, quiriendo escribir la vida de una religiosa? A esto respondo que es por una parte tanta la incredulidad de los hombres del mundo, y por otra tantas las maravillas y privilegios tan extraordinarios que Nuestro Señor ha concedido a esta virgen que todo esto ha sido necesario para que los hombres den crédito a lo que dijéremos, considerando que no se ha agotado la misericordia de Nuestro Señor que todas las gracias y favores que hasta aquí ha concedido a todos los santos, de que hecimos mención ni se ha mudado con los tiempos de lo que siempre fue, sino que ahora es el mismo, tan rico y tan copioso en misericordias y tan amador de los buenos y tan liberal para hacerles agora los mismos favores como siempre fue, lo cual claramente se verá en el discurso de la vida de esta virgen.

Preámbulo para la inteligencia de la relación que se sigue

Aunque las maravillas que Nuestro Señor ha obrado con sus santos en todos los tiempos pasados, que en este capítulo precedente habemos referido, sean bastante medio para que los hombres prudentes no extrañen y tengan por imposibles las cosas que se escriben de esta virgen, pues es agora el mismo Dios que era entonces, mas con todo eso quise interponer aquí la relación de la vida y milagros de esta virgen, que por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y legado a latere, fue enviada a nuestro Santísimo Padre Gregorio XIII juntamente con la respuesta de Su Santidad, para que así esto como todo lo susodicho haga fe de las cosas que adelante escribiremos de esta virgen.

Síguese la relación que se envió a Su Santidad en romance.

Que lo que se ha entendido de la madre María de la Visitación, priora del monesterio de la Anunciada de Lisboa, así por información que se tomó y diligencia que hizo un inquisidor del Consejo General del Santo Oficio, por mandado del arzobispo de Lisboa, Inquisidor General en estos reinos, como por relación que ella dio, obligada con el precepto de su prelado.

Nació esta sierva de Dios, que antes de ser religiosa se llamaba Doña María de Meneses, de muy nobles padres, porque fue hija de don Francisco Lobo, el cual fue embajador del rey don Juan el tercero en la corte del emperador Carlos V, y de doña Blanca de Meneses, ambos de nobleza muy principal en estos reinos.

Muertos sus padres, siendo de edad de once años, tomó el hábito de la religión del bienaventurado Santo Domingo en el monesterio de la Anunciada de esta ciudad de Lisboa, y a los diez y seis hizo profesión, y habrá veinte y dos años que es religiosa, porque ahora será de edad de treinta y tres y el año pasado de mil y quinientos y ochenta y tres fue ele[c]ta por priora.

En todo este tiempo es cosa cierta y notoria haber cumplido perfe[c]tamente las obligaciones de su religión, con vida adornada de todas las virtudes que en una religión se pueden hallar, siendo ejemplo de ellas a todas las monjas del mismo convento y saliendo al buen olor de su fama para ser conocida por tal de los príncipes de estos reinos y de muchas personas graves y religiosas de ellos. Porque, demás de ser su regimiento grande y sus costumbres inreprehensibles, ha sido siempre muy pronta en la obediencia con humildad muy profunda, dando en las obras extiriores, manifiestos testimonios de estas virtudes. Sus vigiliyas han sido siempre muy largas, sus oraciones muy continuas y tantos sus ayunos y disciplinas y el uso de asperezas corporales que fue necesario algunas veces serle puesta tasa y límite en esto. Fue siempre muy continua en seguir la comunidad en el coro, y fuera de él de día y de noche, sino cuando la enfermedad se lo impedía, y en la frecuentación de los sacramentos de la confesión y e[u]caristía.

Ha perseverado continuamente en ser muy devota y fervorosa. Con los prójimos siempre se ha mostrado aventajadamente llena de caridad y misericordia, y así su conversación es afable y benigna, compasiva, con muy grande candor y muestras de simplicidad cristiana, y de muy blanda condición. Su oficio de priora ejércitalo con muy grande providencia y discreción, siendo cuidadosa y diligente en las obligaciones de él, sin parecer que la comunicación exterior de la gente le haga daño alguno a lo interior del espíritu, o en la devoción y fervor para la continuación de las virtudes espirituales, o en las mercedes que de Dios suele recibir en ellos. Entre las particulares devociones que ha continuado consigo siempre en el recogimiento de su celda es una haber tenido consigo siempre una cruz grande, del tamaño de su estatura, a quien llama su «esposa», con la cual ha dormido siempre abrazada y en esta misma postura, abrazada con ella, [a]costumbra ponerse en oración, en la cual ha gastado siempre mucho tiempo, por ser muy poco lo que duerme.

Pruébese que de algunos años a esta parte, estando en oración, tiene raptos en que pierde los sentidos exteriores, especialmente después de haber recibido la Sagrada Comunión, y algunas veces en coloquios particulares en que se tratan cosas de Dios. Y estando así en éxtasis no recuerda ni acude aunque le den voces y le toquen, si no es diciendo que los

superiores se lo mandan por obediencia, como ahora mandándolo su provincial, o la priora, cuando ella no lo era. Pruébese también, con testimonio de personas que lo han experimentado, que algunas veces dándole recaudo falso, diciendo que la obediencia lo mandaba, sin ser así, no respondía, respondiendo siempre (como dicho es) cuando era verdad lo que le mandaban; aunque también recuerda agora tocándole en alguna de las señales de las llagas que tiene en las manos, por el gran dolor que siente.

También se averigua como cosa vista muchas veces por muchas personas que, cuando está en la oración, especialmente en las noches de los días que ha comulgado, salen de ella grandes resplandores, no continuos, sino que, se van y vienen por el tiempo que así está; y algunas veces son más encendidos, de modo que parece salir fuego de ella. Y que, estando abrazada con la cruz, orando, está algunas veces tan alta que parece estar levantada de la tierra la cruz y ella, y así lo han juzgado religiosas que lo han visto y testificado.

También se probó con testimonio de las religiosas que ha muchos años que le han visto al derredor de la cabeza, a manera de corona, levantada la carne como grosura de un dedo, teniendo algunos agujeros en ella como hechos con algún alfiler grueso, de los cuales se vio en la cofia haberle salido sangre.

La relación que ella acerca de esto dá es que, habiendo pasado un miércoles de las Octavas de Todos los Santos, en el año de mil y quinientos y setenta y cinco, un gran trabajo, estando con grande soledad del Esposo (que es el nombre con que siempre nombra a Nuestro Redentor), deseando sufrir muchas cosas por su amor, le pedía que le cumpliera este deseo, que no quería en esta vida gustos, sino tormentos; y le apareció el Señor con grande resplandor y hermosura y traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo bañado en sangre. Y, luego que así lo vio, cayó en tierra y dijo: «Oh Señor Jesús, esos dolores y espinas a mí, que yo las merezco por mis pecados, yo las quiero sufrir por vuestro amor.» Quitóse entonces el Señor la corona de su cabeza y púsola en la de ella y con sus manos se la apretó y sintió muy gran dolor y salió mucha sangre y quedaron señales en la cabeza. Hasta el día de hoy todos los viernes del año tiene siempre dolores sin nunca le faltar; y comiéndole el jueves bien tarde y dándole hasta el otro día hasta la misma hora.

Dan también testimonio los que la han visto que en el pecho izquierdo, de la parte del corazón, tiene una llaga de que algunos días sale sangre. Y lo que ella refiere es que el miércoles de la semana santa del año de mil y quinientos setenta y ocho, acabando de confesarse y deseando mucho comulgar, fue al coro bajo, donde las monjas suelen comulgar; y, estando el Santísimo Sacramento en la capilla donde se da la comunión, en un cofre sobre el altar, y la ventanilla por donde comulgan abierta, estando ella con este deseo, vio que se abría el cofre y salía de él una Hostia pequeña, cercada de grande claridad; y metiósele en la boca tornándose a cerrar el cofre como de antes estaba, y sintió los mismos efectos que le hace la comunión. Tornóse para el coro a la misa y, cuando se acabó, quedó fuera de los sentidos y vio a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor y, viéndole, fue tamaño el ímpetu del espíritu que quería llegar a su Señor, que fue el cuerpo forzado a seguirlo. Salía del costado de Cristo un rayo colorado de grande resplandor y, descendiendo con grande fuerza, le hirió el corazón y le quedó una señal de que a los viernes echa sangre.

Lo que más ha hecho divulgarse las cosas de esta sierva del señor ha sido haberse publicado las insignias de las llagas, que visiblemente tiene en las manos y pies, como consta de muchas personas que las han visto y por la averiguación que sobre ello se ha hecho. Las cuales recibió a siete de marzo, el día de Santo Tomás de Aquino (cuya devota muy especialmente es) de este presente año de mil y quinientos y ochenta y cuatro. Y el Reverendo Padre Fray Luis de Granada refiere haberle dicho unos días antes una beata de la orden del bienaventurado San Francisco, muy grande sierva de Dios, que el día de Santo Tomás había de hacer Dios una gran merced a la priora de la Anunciada; y ese día por la mañana se le imprimió las formas de las llagas que hasta agora tiene. Lo que ella refiere acerca de esto es que quince días antes de la fiesta de Santo Tomás de Aquino le dijo el Esposo se aparejase para el día del Santo, lo cual ella hizo, porque con licencia de su perlado comulgó, nueve días antes, cada día; y todas las noches pasaba en pedir al Esposo le concediese gracia para recibir aquella grande merced para la cual había mandado se aparejase, mas no sabía la merced para que era. Y el día de Santo Tomás, antes de amanecer, entre las cuatro y cinco, estando en la celda en pie, arrimada a su cruz, esperando esta merced, vio la celda muy clara y en medio de ella Nuestro Señor enclavado, que la miraba con mucho amor y blandura. Y salían de las cinco llagas cinco rayos claros como fuego y con grande ímpetu le hirieron los pies, manos y pecho, estando ella con los brazos tendidos sobre los de su cruz. Y fue el dolor muy grande que sintió que le parecía que moría; y, con la fuerza del dolor, miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos. Teniendo muy grande pena en el andar, pedía a Nuestro Señor le diese fuerza para que pudiese andar (ya que era servido que quedase en el oficio de priora), y derramóle el Señor tan grande suavidad en los dolores que puede andar sin aquella grande pena que sentía.

Y, porque ya de algunos años antes, como dicho es, tenía la señal de la llaga en el pecho, cuando agora fue herida en él juntamente y en las manos y pies, ha declarado que se le hizo mayor la del pecho, la cual es en el lado izquierdo atravesada, de largura de más de dos dedos y ancha como de medio y ésta tiene alguna profundidad. Las de las manos se ven por la parte de fuera y de dentro de un color rosado y como de rubí, hermosísimo, que dicen los que la ven parecer luego cosa sobrenatural. Son como del tamaño de un real de a cuatro, no redondas, sino de la parte de fuera de las manos a modo de figura triangular, no perfecta, y por la parte de dentro algún tanto prolongadas; y a este modo son las de los pies.

El dolor que en ellas tiene dice ser muy íntimo y prenetante, porque lo siente más de dentro que en la superficie exterior, donde siente grande ardor que no sufre tocarle; y le parece que, si le tocasen recio, se le abrirían. En los miércoles y viernes es el dolor más grande que en los otros días y en todos éstos es más crecido de las once horas del día hasta la una, y en la tarde se le suelen mitigar. Y después de este subceso dice que el Esposo le hace mercedes muy particulares.

Otras muchas cosas admirables de que ella sola puede dar testimonio se han entendido por lo que han sabido de ella sus perlados y confesores, de las cuales, aunque algunas se han divulgado, no pareció deberse escribir en esta relación, porque por ventura no era tiempo oportuno para publicarse, dado que tiene mucha semejanza con las que Santa Catalina de Sena, Santa Gertrude, y de algunas otras santas se lee de mucha familiaridad

con el Señor y de revelaciones y apariciones, unas estando en su sentido, otras fuera de él, con favores muy particulares y extraordinarios.

También se han publicado algunas obras milagrosas que dicen haber Dios obrado por medio de esta sierva suya. Entre las cuales es muy principal y averiguado lo que se vio en doña Beatriz de Mora, hija de don Luis de Mora, monja de la orden de Santa Clara, porque se prueba con testimonio de los médicos tener enfermedades habidas por incurables, pues que había nueve años que no podía andar ni tenerse en pie, por tener unos tremores terribles especialmente en la pierna derecha que no se podía quietar. Y que, después de haberla visto la priora y hecho lo que adelante se dirá, se le quitaron los tremores y tiene tal mejoría en la salud que puede andar. Porque siendo llevada a instancia suya con mucha fe y divoción en una silla al monesterio de la Anunciada, compadeciéndose la priora de ella, se hincó de rodillas y le puso las manos sobre las piernas, haciéndole muchas veces la señal de la cruz. Luego en aquel instante dice la enferma que sintió grande movimiento, como que le descoyuntaban la pierna, y se le fue despidiendo el tremor de modo que nunca más lo tuvo. Cuanto al andar, conforma el dicho de la priora con el de la enferma en que la priora dio un bordón a la enferma y le dijo que andase en el nombre de Jesús dentro de tres días. Esto era miércoles; y los días siguientes hasta el viernes en la noche estuvo la enferma en la cama con grandes dolores de cabeza y de cuerpo sin poder comer ni beber, pareciéndole que aquellas noches le estaban fregando las piernas. Y el sábado a las cinco de la mañana, como entre sueños, le pareció que una persona le daba un bordón y descendía por unos escalones de piedra; y de más no sabe dar fe, sino que su padre y madre y la gente de casa afirman que a aquella hora descendió y fue en camisa descalza con el bordón a la cámara de su padre e hincada de rodillas le pidió la bendición, y que llevaba el velo puesto, el cual ella se acuerda habérselo quitado y puesto a la cabecera por el gran dolor de cabeza que tenía. Y la priora dice que, estando el viernes en la noche en su lecho y habiendo rogado a Dios por la salud de esta enferma, estaba en la cama y le fregaba las piernas y la hacía levantar y le ponía el velo en la cabeza y le daba el bordón y la hacía ir al aposento de su padre y que no sabe ella lo más que allá pasó, mas que esto se le representó estando en su lecho sin salir de él. Después tornó la misma enferma a la priora y volvió con mayor mejoría, de modo que puede andar y con chapines, arrimada en el bordón y en una criada. Los médicos consideraron la enfermedad pasada y no haber intervenido medicina humana para tener la salud que tiene, juzgando esto por obra de Dios.

También se prueba que estando Isabel de Vargas, mujer doncella, enferma de perlesía, que se le recreció de una grande caída que dio de una escalera, la cual le quitó el sentido y movimiento de la pierna y brazo izquierdo y la habla, después de haber estado cuatro meses así, queriendo al fin de la cuaresma confesarse por señas, el confesor le trujo un paño de la madre priora y de su parte le dijo que con mucha fe lo pusiese en la boca y que hablase invocando el nombre de Jesús. Ella lo hizo así, y haciendo la señal de la cruz, poniendo el paño en la boca, comenzó a llamar el nombre de Jesús con lengua suelta y expedita como de antes. Enviándole luego un poco de agua de la priora, se mojó con ella las partes parálíticas y aquella noche, pasando un sudor que tuvo, se halla sana con perfecto movimiento del brazo y de la pierna, habiendo hasta entonces estado en la cama sin poder andar ni menearse de aquel lado. Los médicos afirmaban no haber podido sanar en tanta perfección tan brevemente, porque, demás que de mojarse con agua antes suele dañar en semejantes enfermedades, los que de ella naturalmente sanan no suelen cobrar así

súbitamente el uso de la lengua, ni movimiento de los miembros tan expedito y fácil, sino poco a poco lo van adquiriendo, por lo cual juzgan esto por obra de Dios, hecha por intercesión de esta sierva suya.

Otras muchas personas han sentido remedio en diversas enfermedades, unos con tocar la misma priora rogando a Dios por ellos, otros con tocar cosas suyas y otros con usar del agua que ella o alguna religiosa del convento les ha enviado. La que ella envía es ordinariamente agua en que mete una reliquia que tiene de la Vera Cruz, aunque las religiosas suelen enviar agua con que ella se lava las manos. Pero no ha parecido referirse agora todos estos casos en particular, parte por haber intervenido en ellos otros medios naturales y no se haber restituida la salud con tanta brevedad, parte porque la mayor certidumbre que de estas cosas se tiene es por relación de solas personas que han recibido el remedio y de otras a quien ellas las dijeron.

El inquisidor del Santo Oficio, que, por mandado del Inquisidor General en estos reinos, como se dijo al principio haber tomado información y hecho diligencia, habló con la priora y vio las insignias de las llagas que decentemente se pudieron ver y tomó juramento a las monjas, las cuales, habiendo jurado, testificaron lo que le dicen haberse averiguado. El mismo Inquisidor tomó información con juramento de la sanidad que Dios había dado a las personas de que en esta relación se dá particular noticia.

La relación que se dice haber dado la mesma priora de sumario, por habérselo mandado su provincial con precepto obligatorio, la dio con modestia hablando de sí como de tercera persona a quien habían acontecido aquellas cosas, las cuales van relatadas aquí por sus mismas palabras, vueltas del lenguaje portugués en castellano. Y ella ha mostrado muy grande sintimiento y desconsuelo de obligalla la obediencia del superior a referir lo que ha dicho y de que le había mandado mostrar las manos a muchas personas que las han visto, pesándole juntamente de la fama que entiende haberse divulgado de estas cosas y deseando y pidiendo con mucha instancia que la llevasen a donde no la conociesen y pudiera vivir ascondida.

Copia del Breve de Su Santidad en respuesta de la relación que se le envió sobre las llagas de la priora de la Anunciada.

«Dilecto filio nostro Alberto Henrico Sanctae Crucis in Hierusalem Cardinali Austriae nuncupato, nostro et apostolicae sedis in Regno Portugallia de latere legato intus vero.

Legimus libentissime quae perscribere curasti de virtutibus prioerae monasterii Anunciationis Bmae. Mae. Virginis summisque Dei erga illam beneficiis. Rogamus divinam bonitatem ut eam in dies sua gratia digniorem reddat celestibusque muneribus augeat ad sui nominis gloriam fideliumque suorum laetitiam. Datum Romae apud Sanctum Marcum sub annulo Piscatoris die decimo septimo currentis 1584, Pontificatus nostri anno decimo tertio.

Antonius Bucapaduli.»

Copia de capítulo de una carta del conde de Olivares, embajador católico en Roma, al serenísimo Cardenal Príncipe Alberto.

«Lo de la priora de la Anunciada tiene Su Santidad por muy gran milagro, y no lo deja de ser para toda esta corte romana y de mucho consuelo en habernos querido enviar Nuestro Señor en este tiempo mujer tan santa en cuya persona resplandecen tan inauditas maravillas. Díjome el Papa que de su parte escribiese a V. Alteza no deje de ir continuando con Su Santidad lo que en esto hobiere de nuevo por el contento que de ello recibirá, etc.»

Capítulo II

De los milagros que se coligen de esta relación susodicha

El mayor trabajo que se me ofrece en esta historia es tratar las cosas de tal manera que, por extraordinarias y nuevas que parezcan, no dejen de ser creídas aun de los muy encrédulos. Y por esto, antes que entre en la historia, sumaré aquí los milagros que se coligen de esta relación, como testigos de la verdad de las cosas que en ella se escriben. Porque, como los milagros sean obras de solo Dios, síguese que sea testigo de las cosas que con ellos se confirman. Pues de esta relación podría el prudente lector colegir los milagros siguientes.

I. Entre los cuales el primero y más principal es el de la imprisión de las llagas en pies y manos y costado, que claramente se ve con los ojos.

II. Otro, anejo a éste, es haber Nuestro Señor revelado a una devota religiosa tres días antes este singular privilegio de las llagas no sin grande admiración y derramamiento de lágrimas.

La cual, por tener particular comunicación conmigo, vino a mí tres días antes a decirme lo que había visto, como se refiere en la relación susodicha; y de esto yo doy testimonio en Dios y en mi consciencia.

III. Otro milagro es de la corona de espinas y los dolores que cada viernes padece con ella.

IV. Otro es la llaga del costado que recibió miércoles de la semana santa, año de 1578, y la sangre que todos los viernes sale de ella.

V. Otro es abrirse el cofre del Santo Sacramento este mismo día y salir de él una Hostia y ponérsele en la boca y comulgarse con ella.

VI. Otro es que en ese mismo día, cuando el Salvador le apareció y le hirió en el lado, se levantó el cuerpo juntamente con espíritu en el aire, y que otras veces, estando en oración, se había visto lo mismo.

VII. Otro es que muchas veces de noche, mayormente los días de la comunión, se ven salir grandes lumbres y resplandores de su pecho.

VIII. Otro es la cura que hizo en la monja francisca que estaba paralítica, nueve años había, en casa de su padre y con gran tremor en una pierna.

IX. Otro fue la cura de una doncella paralítica de un lado y más muda tres meses había.

Estos son los milagros que se pueden coligir de la relación susodicha. Después acá han subcedido otros no menos admirables, uno de los cuales es haberle nacido clavos en las llagas de pies y manos, el día de la Exaltación de la Cruz, 1584; y vese la cabeza del clavo en la palma de la mano y punta de él en la parte contraria de ella. Y para la averiguación de este milagro no es menester otro testigo más cierto que el de los ojos, y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y privilegios de esta virgen, la visitó entrando en el mismo monesterio acompañado de nuestro padre provincial y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos, mandándole el padre provincial por obediencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

Estos primeros milagros, que en esta relación se han referido, han sido autenticados solemnemente por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado a latere de Su Santidad, y éstos debían bastar para hacer fe de las cosas que de esta virgen adelante se escriben; pero, demás de éstos, quisiera yo interponer aquí otros que Nuestro Señor ha obrado por medio de esta virgen, para que éstos, con los que están referidos, convenciesen la incredulidad de algunos hombres que, por no conocer la grandeza de la bondad de Nuestro Señor y el amor y deseo que tiene de honrar a sus santos, no dan crédito a semejantes favores y gracias que Él les hace; mas, porque estos milagros se van cada día multiplicando, pareció que se debían poner al fin de esta escriptura, para que así como se fuesen haciendo se fuesen acrecentando unos a otros. Mas ruego yo al cristiano lector que, si en su alma sintiere alguna manera de dubda de estas cosas, lea los milagros autenticados que al fin de esta escriptura se ponen; porque no podrá ser tan incrédulo que, vistas estas maravillas, no dé crédito a lo que Nuestro Señor, que sólo puede hacer milagros, con tales testimonios lo confirma; porque cuanto más perfecta fe tuviere, tanto mayor edificación concibirá en su ánima y tanto mayor admiración de la enmensa bondad y caridad de Dios para con sus amigos y de aquí le nacerá un deseo de amar y servir a un Señor que así honra a los que lo aman y honran.

Mas, sobre todos estos argumentos y testimonios, es muy grande la vida de esta virgen, la cual resplandece tanto en su rostro y en la gravedad y simplicidad de sus palabras, que ninguna persona le habla que no juzgue por solo este indicio ser verdaderas las cosas que de ella se dicen. Y a esta fama vino un padre muy religioso y maestro en Teología donde Jerez de la Frontera a visitarla y, después que la vio y trató, dijo que Nuestro Señor había puesto en el rostro de esta virgen un sobreescrito que declaraba todo lo que había en su ánima.

Con esto se junta la pureza de su vida muy notoria, ca dende el día que hizo profesión se señaló entre todas sus monjas en todo género de virtud mayormente en la humildad, en la obediencia, en el mal tratamiento de su cuerpo, en disciplinas y, sobre todo, en la continua oración. He dicho esto para que se entienda que esta pureza de vida no es agora nuevamente nacida con sus llagas, sino muy antigua dende su noviciado, de la cual dan testimonio todas las madres de su monesterio, que es muy principal y poblado de personas nobles y muy religiosas y muy dadas a la oración, [y] frecuencia de sacramentos. Y, como se escribe de la santa Judit que no había quien le pusiese falta alguna, así se puede decir de esta virgen: que en este monesterio no hay religiosa que en todo este tan largo discurso de su vida le haya notado algún defeto de que se pueda hacer caso.

Y, con ser tantas las honras que el mundo le hace y tantos los favores que del Esposo recibe, siempre persevera en ella la misma humildad y simplicidad y llaneza sin ninguna sombra de mudanza, ni de estimación propia o alegría vana, lo cual es manifiesta señal de espíritu bueno; porque el malo es altivo, soberbio, ambicioso, parlero, deseoso de ser conocido y estimado, lo cual todo está tan ajeno de esta virgen, que todo su estudio es esconder sus cosas y mudar para esto de noche las obras de sus ejercicios, por no ser vista de sus monjas, que la andan espiando para ver lo que pasa. Ni de noche quiere estar en oración en el coro ante el Santo Sacramento (que es cosa con que ella mucho se consolaría) por la misma causa y por eso se va luego a esconder a su celda. Y porque el Espíritu Santo es amigo de callar como el malo de hablar, es tan grande su silencio que dicen los que la tratan ser su espíritu mudo, porque parece que no la crió Dios para hablar sino para amar. Todos éstos son claros indicios de verdadera humildad la cual, dice San Gregorio que es ividentísima señal de los escogidos, como por el contrario la soberbia es de los reprobados.

Capítulo III

Del fructo principal que de esta escriptura se debe sacar

Dicho ya de lo que sirve para la fe y crédito de las cosas que en esta historia se refieren, porque no basta creerlas y tenerlas por verdaderas, si no sacamos de ellas algún fruto y edificación para nuestras ánimas, será razón declarar agora el fruto principal que debemos sacar de ellas.

[I Familiaridad y regalos del Señor]

Pues para esto conviene presuponer que la suma de toda la vida cristiana y de toda nuestra filicidad consiste en amar a Nuestro Criador, para lo cual nos ayuda la consideración de los beneficios divinos y señaladamente el mayor de ellos, que fue el de nuestra redención. Mas en las historias y vidas de los santos, y especialmente de los que fueron muy favorecidos y regalados de Nuestro Señor, hallaremos otro grande motivo para este amor, que es la familiaridad y los regalos y favores y la comunicación estrecha que Él

tiene con las ánimas que están ya muertas al mundo y vivas a solo Él; la cual es tan grande que sobrepuja todo lo que el común entendimiento y juicio humano puede alcanzar, si de ello no toviere experiencia. Esto nos declaró Él por San Juan, cuando dijo: al que venciere daré yo un maná escondido y un nombre nuevo el cual nadie conoce, sino el que lo ha recibido. Y por este maná (que en sí tenía la suavidad de todos los manjares) se entiende la grandeza de las consolaciones divinas y el alegría del Espíritu Santo que sobrepujan a todos los gustos y deleites del mundo; y por este nuevo nombre se entiende un nuevo ser y nuevo espíritu y nueva dignidad, la cual sobrepuja todas las dignidades y reinos del mundo, como claramente se escribe en el libro de la Sabiduría.

De estos favores y regalos con que Nuestro Señor trata las ánimas de los tales nos dan testimonio otros muchos lugares de las Santas Escrituras. Porque, ¿qué otra cosa nos representa todo el libro de los Cantares sino esta amorosa familiaridad del Esposo celestial con las ánimas ya purgadas y humildes? ¿Qué palabras más tiernas y amorosas que aquellas que Él dice a la Esposa: Levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y paloma mía, muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es suave y tu rostro hermoso? En otro lugar dice: cuán hermosa eres amiga mía, cuán hermosa eres, tus ojos son de paloma, de más de lo que dentro está escondido. En otro dice: su mano tiene puesta debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará. Todos estos son regalos que proceden de aquel grande amor que Cristo tiene a las tales ánimas, ni son menos dulces las que dice por Esaías, comparando su amor con el que una madre tiene a un hijo chiquito y así les dice: a mis pechos seréis traídos y sobre mis rodillas os halagaré; como la madre regala a un hijo chiquito, así yo os regalaré. Y, porque parecía poco a este santo amador comparar su amor con amor de madre, añade y dice por el mismo profeta: ¿qué madre hay que se olvide de un hijo chiquito que cría?; pues, si él de ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque en mis manos te tengo escrito. Lo cual ahora se puede muy bien verificar, pues con los agujeros de los clavos, que en sus sacratísimas manos quedaron, nos tiene presentes siempre. Pues ¿qué diré de aquellas tan amorosas palabras de los Proverbios en las cuales, después de haber recontado las grandezas de su omnipotencia, en cabo viene a concluir diciendo que sus deleites son estar con los hijos de los hombres? Y no es maravilla que el que tiene sus deleites con los ángeles los tenga también con los hombres, porque no es mucho que los ángeles, como sean sustancias espirituales, su vida sea toda pura y espiritual y, así tenga Él sus deleites con ellos; mas que el espíritu del hombre, cercado de una carne tan mal inclinada, y concebida y amasada en pecado, se levante por gracia y por el trabajo de las virtudes a imitar la pureza de los ángeles, y que, viviendo en carne, viva como si careciese de ella, esto es de verdad cosa admirable y digna de que el autor de tanta pureza se gloríe y regale en ella como en cosa bien natural y tan preciosa.

A todo lo dicho añade otra eficacísima y dulcísima consideración por la cual se podrá entender la grandeza de esta familiaridad del Esposo celestial con las tales ánimas. Hablando el apóstol con los casados dice así: los que sois casados amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se ofreció a la muerte por hermosearla de tal manera que no hubiese en ella ruga ni mácula. Por las cuales palabras entendemos que fue tan grande el deseo que el Salvador tuvo de la hermosura y santificación de nuestras ánimas que, sabiendo Él que ninguna cosa había más eficaz para esta santificación que padecer Él muerte y pasión por ellas (por los grandes favores y socorros de gracia que de aquí se les siguían), no dudó ofrecer a todo esto por santificar y hermosear las ánimas con los dolores

y llagas de su pasión. Pregunto pues agora: ¿qué tan grande será la hermosura de una ánima de esta manera hermo­seada con abundante gracia, pues un tan sabio mercader como el Hijo de Dios, que es sabiduría eterna del Padre, tal precio como fue su sangre dio por ella? Y aun digo más: que como al patriarca Jacob parecían pocos los siete años de servicio por la afición que tenía a la hermosura de Raquel, así parecía poco a este santo enamorado lo que padecía por hermo­sear y santificar las ánimas, porque mucho más padeciera si les fuera necesario. Y, si se suele amar mucho lo que mucho cuesta, ¿cuál será el amor que este celestial Esposo tendrá a las ánimas, pues por tan caro precio las compró? Y, si tenemos por fe que todos estos dolores padeció Él por hermo­sear estas animas, ¿qué mucho es que, después de ya hermo­seadas y santificadas, se deleite y regale con ellas y les haga todos estos favores que hasta aquí hemos dicho? Si tanto hizo y padeció, cuando no eran santas, por santificarlas, ¿qué no hará por ellas, después de ya santificadas? Si cuando tan cara le costaba esta santificación, no rehusó el precio de ella, ¿qué no hará por ellas, después de ya hecha la costa y pagado el precio? Si (como dice el mismo apóstol), aun siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, siendo ya hechos de enemigos amigos, ¿qué no hará por nosotros?

Y, porque no extrañe nadie lo que hasta aquí está dicho de la amistad y familiaridad de Nuestro Señor para con las tales ánimas, añadiré aquí lo que San Crisóstomo siente en esta parte. Dice, pues, él que es tan grande el amor que Cristo tiene a una ánima purificada y limpia que ningún hombre, aficionado a la hermosura y de alguna criatura, aun de aquellos que andan enhechizados por ella, arde tanto en este amor cuanto Cristo en el de una ánima, cuando la halla purgada y llena de gracia; y conforme a la grandeza de este amor son los regalos y favores que le hace.

II. [Ejemplos de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos]

Por todos estos lugares que hemos traído de las Santas Escrituras entenderá el prudente lector algo de la grandeza de la bondad de Nuestro Señor para con todos los buenos y de la estrecha amistad y familiaridad para sus especiales amigos. Mas con todo esto me parece que se declara esto más distintamente por el ejemplo de la familiaridad que Nuestro Señor tuvo con algunos santos, entre los cuales no quiero traer más que dos Catalinas, la mártir y la de Sena, cuyos privilegios y favores admirables arriba brevemente recontamos. Considere pues el hombre muy en particular los favores que hizo Nuestro Señor a la una y a la otra y por aquí entenderá algo de lo que decimos. Mas con estos dos ejemplos juntaré otro que refiere Severo Sulpicio en la vida de San Martín por estas palabras: «estábamos una vez yo y otro amigo a la puerta de la celda de San Martín, sin saber él que estuviésemos allí, y oímos hablar dentro de la celda, de lo cual concebimos en nuestras ánimas un grande miedo y pavor, pareciéndonos intervenir aquí alguna cosa divina; pasadas dos horas que allí estuvimos aguardando, salió el santo de su celda; entonces Sulpicio con este su amigo le comenzamos a rogar quisiese satisfacer a nuestra religiosa pregunta y declararnos la causa de aquel pavor que sentimos a la puerta de su celda y también nos dijese con quién estaba hablando, por haber sentido algo de esto, aunque no entendimos lo que era. Entonces él estuvo un gran rato pensando lo que haría;

mas no había cosa que yo no pudiese acabar con él». Dice Sulpicio: «increíble cosa parecerá lo que quiero decir, mas pongo a Cristo por testigo que no miento, si no hubiese alguno tan sacrílego que piense haber mentido San Martín en lo que nos descubrió. Diré pues lo que él respondió: mas ruégoos, dijo él, que a nadie deis parte de ello; habéis de saber que San[ta] Inés y San[ta] Teda y la Sacratísima Virgen Nuestra Señora estovieron agora conmigo». Y de bondad y caridad de Dios para con sus criaturas que le provoquen a amar y desear servir a un Señor que tan amigablemente se comunica a ellas.

Ni debe ser motivo de incredulidad ser las cosas de esta virgen muy extraordinarias y grandes. Para lo cual es de saber que tiene Nuestro Señor dos maneras de hacer mercedes a sus criaturas: una es por vía de justicia, dando a cada uno lo que merece según su trabajo (como dice el apóstol); otra es por vía de misericordia, haciendo mercedes, conforme a su bondad y magnificencia, como se ve en la vocación de los apóstoles, los cuales estando ocupados en sus redes y en sus cambios, etc., los llamó a la dignidad del apostolado, que es la mayor de la Iglesia, enriqueciéndoles el día de Pentecostés con todas las gracias y dones del Espíritu Santo. Vese también en la conversión de San Pablo y de la Magdalena y de San Agustín, como él lo refiere en el octavo libro de sus Confesiones; y vese también a cada paso en los martirologios, donde leemos que, por ocasión de algún peligro o de la gran paciencia de los mártires, se convertían muchos de los gentiles a la fe, dándoles Nuestro Señor tanta abundancia de gracia y tanta fortaleza y constancia que padecían cruelísimos martirios juntamente con ellos, en lo cual se ve lo que el Espíritu Santo dice: que es fácil cosa en los ojos de Dios súbitamente enriquecer al pobre. Esta diversidad de hacer mercedes nos representó el Salvador en el evangelio de la viña, en la cual pagó su jornal por entero a los que vinieron a trabajar por la mañana, guardándoles su justicia; mas a los que vinieron a la postre dio lo mismo, usando con ellos de su liberalidad y magnificencia. Y, siendo esto así, nadie debe tener por increíbles los grandes y extraordinarios favores que hace Nuestro Señor a algunos santos, con los cuales quiso usar de esta largueza y magnificencia susodicha; en el cual número ponemos esta virgen por ser tan extraordinaria y tan familiar la comunicación que el Esposo celestial tiene con ella. Por donde Teodoro, escribiendo aquella manera de vida tan nueva de San Simeón el de la columna (de que arriba hicimos mención) dice que así como los reyes no usan siempre de un mismo cuño en la moneda que mandan fundir, sino algunas veces usan de otros muy diferentes, así aquel Rey Soberano no siempre usa de una manera de santificar los santos sino de otras diversas para muestra de su sabiduría y magnificencia, como lo veremos en esta historia.

Ni le debe ser ocasión de incredulidad la condición o corrupción del tiempo presente para no creer que haga Dios en él las maravillas de los tiempos pasados. Pues es costumbre de Nuestro Señor acudir a su Iglesia en los tiempos de mayor necesidad, como hizo en tiempo de Santo Domingo y San Francisco, cuando las costumbres de los hombres estaban más estragadas, como lo refiere copiosa y elegantemente el Padre Fray Fernando del Castillo en la primera parte de la Corónica de Nuestra Señora; y, si la condición del tiempo presente basta para argumento de incredulidad, síguese que no habían de ser creídas las maravillas de los santos en el tiempo que ellos vivían, lo cual fuera grandísimo yerro, pues ellas eran verdaderas, aunque acaecieron en sus días, porque las que ahora son pasadas, algún tiempo fueron presentes.

Desnúdese pues el hombre de sí mismo y no quiera juzgar las cosas de Dios por sí, ni medir la bondad y magnificencia divina con la estrechura de su corazón, sino, con la grandeza de Dios, el cual, como en sí mismo es incomprehensible, así lo es en sus obras. Plinio dice, que en las obras de naturaleza se hallan a cada paso cosas al juicio humano increíbles; pues, ¿qué mucho es hallarse lo mismo en las obras de gracia, que son tanto más excelentes cuanto se ordenan a más alto fin, que es hacernos hijos de Dios y darnos ser sobrenatural y divino?

LIBRO SEGUNDO

En la cual se escribe la vida de la muy religiosa madre María de la Visitación, Priora del Monasterio de Nuestra Señora de la Anunciada, de la orden de Santo Domingo, en la ciudad de Lisboa

Capítulo I

De los indicios de santidad que precedieron en esta virgen

[Condición natural]

Suelen los que escriben las vidas de los santos declarar primero el origen de su vida, que es su patria y sus padres y el linaje, estado y condición de ellos; y, por estar ya esto bastante declarado en la relación que arriba queda escrita, no me deterné en ello. Mas ya que en el principio de semejantes historias se suele tratar de esto para declarar el sujeto y fundamento de la divina gracia que después se ha de seguir, parecióme cosa conveniente declarar también la condición natural de la persona de que se escribe, que es fundamento más vecino a esa gracia que el linaje de los padres o de la patria. Pues, cuanto a esto, es esta virgen muy amorosa, humilde, blanda, afable y muy bien criada y vese en ella una continua alegría acompañada con una mesura y gravedad; tiene también natural discreción junto con tan grande simplicidad que en lo uno parece de muchos años y en lo otro de muy pocos. Y con estas buenas condiciones, su natural mansedumbre es tan grande que no es en su mano hacer ni decir cosa con que a nadie dé pena, aunque para esto tenga ocasión; la cual mansedumbre hasta hoy día persevera, aun en oficio de perlada, en el cual no faltan ocasiones para despertar la ira; la cual pasión está tan desterrada de su corazón como si naciera sin ella, y por esta tan grande mansedumbre generalmente es muy amada de todos. Su manera de hablar es tal que nos enseñan los sabios, diciendo que la habla de la mujer ha de ser como el agua, que, para ser buena, ningún otro sabor ha de tener sino de agua; tal es su manera de hablar en la cual ninguna cosa hay afectada, ni artificiosa, ni fingida, ni curiosa, sino llaneza y pura simplicidad, y con esto muy más amiga de callar que de hablar. Es también naturalmente muy compasiva de los pobres; y digo naturalmente porque se cuenta de ella que, siendo niña, le acontecía, viendo algunos pobres, aflojar la cinta que traía ceñida y dejar caer la mantilla que tenía debajo; otras veces daba la basquiña y plegaba el sayo que traía encima con alfileres para que no se viese el piadoso hurto que había hecho; y de éstos hacía muchos, ya de un vestido ya de otro, para dar a los pobres y

rogaba a las mujeres de casa que no la descubriesen a su madre. Y, preguntándole yo si su madre por esto la castigaba, respondiome que su madre holgaba cuando esto sabía, por ser mujer muy caritativa. Y, no contenta con esto, siendo de esta edad, pedía a los parientes que venían a casa algo para tener que dar a los pobres; y, cuando comía, guardaba parte de su comida en la manga para lo mismo. De modo que pudo esta virgen con mucha verdad decir aquello del Santo Job: dende mi niñez creció conmigo la misericordia y del vientre de mi madre salió conmigo. Tal convenía que fuese la que había de tomar por esposa aquél que por las entrañas de su misericordia nos visitó viniendo dende lo alto.

[Su hermana]

Y porque en las historias de los santos también se suele tratar algo de los hermanos de ellos, cuando fueron señalados en virtud y santidad, diré aquí lo que es muy notorio en esta ciudad de una hermana suya por nombre soror Clemencia, la cual, habiendo sido casada con un caballero muy principal de este reino que tenía tres cuentos de renta y cinco villas suyas, después de su fallecimiento, quedó ella con un hijico de muy poca edad, heredero de todas esta hacienda. Y por ella haber enviudado muy moza y ser muy noble y de muy grande hermosura, la pedía un señor muy principal en casamiento; mas ella, estando ya tomada del amor de Cristo y entendiendo cuánto es más dulce el amor de este señor que todos los amores del mundo, hizo como el sabio mercader que vendió toda su hacienda por esta preciosa margarita del divino amor. Mas porque, como el Salvador dice, nuestros principales enemigos son los familiares domésticos de nuestra casa, tomaron tan mal los hermanos resistir ella a un casamiento con que ella y todos quedaban honrados, que uno de ellos con demasiada pasión desenvainó la espada y se la puso en los pechos, gritando toda la gente de casa, amenazándola que había de casar o la había de matar, con lo cual ella tuvo luego un grande desmayo; y tras de esto cayó en cama tan enferma que, visto el peligro de la enfermedad, tumaron por medio prometerle que nunca más le hablarían en negocio de casamiento, y con esto convaleció presto y puso por obra su santo propósito, menospreciando todo lo que el mundo le ofrecía y, lo que más es, el hijo chiquito, dejándolo encomendado a una agüela suya, el cual de ahí a poco tiempo falleció y fue Nuestro Señor servido de revelarle la hora de este fallecimiento. Y así, estando ella en el coro, volvióse a una monja que estaba a su lado y díjole algo turbada: «nuestro hermanico en este punto se va al cielo»; porque éste es el nombre de que usaba cuando hablaba de él, por parecerle cosa indecente de aquel estado religioso llamarle hijo; y súpose después que a aquella misma hora falleciera. Dándole pues las nuevas de su muerte, púsose de rodillas y levantadas las manos y ojos al cielo dijo: «muchas gracias os hago, Señor mío, que una sola cosa que en la tierra tenía, que algo me pudiera apartar de Vos, me la llevastes para que todo mi amor se emplee en solo Vos».

Mas el enemigo del linaje humano, herido con este golpe, viendo una tan grande conformidad con la voluntad de Dios, procuraba renovarle el dolor de la muerte del niño, porque se cuenta de ella que el demonio por inquietarla se transformaba en la voz del niño ya difunto y de noche le decía: «madre cruel, ¿por qué me dejaste»? Mas ni esto ni otra cosa hizo mella en su corazón, ni de otra cosa tiene más deseo que de ver a la hermana que

tantos desean ver viniendo aun de muy lejos, y estando ella en la misma ciudad; mas también en esto se mortifica como en todo lo demás: tanto puede el amor de Cristo con ella.

No será razón pasar levemente por este hecho, porque por él se entenderá la virtud de la gracia y la razón que el apóstol tuvo para decir que no se avergonzaba de predicar el evangelio porque en él estaba la virtud y poder sobrenatural de Dios para salvar y santificar los hombres, dándoles fuerzas sobrenaturales para vencer la naturaleza y abrazar la cruz y despreciar todo lo que el mundo adora y busca por mar y por tierra. Porque tres cosas sobrenaturales podremos notar en este hecho contra la condición de la carne y la sangre. La primera fue despreciar un casamiento honrado y hacienda y señorío y libertad con todos los regalos y gustos que traía consigo un tal casamiento. La segunda es escoger en lugar de esta vida otra la más áspera y apretada y encerrada y pobre que hay en todas las religiones cual es la vida de las religiosas de la Madre de Dios de Lisboa donde ella entró, porque aquí, entre otras asperezas, se viste sayal y no se come carne, ni hay locutorio, ni ver más padre ni madre la cara de su hija; esto bien se ve ser contra la naturaleza de nuestra humanidad que apetece todo lo contrario. La tercera y más principal fue desamparar la madre un solo hijo chiquito que tenía, que es la cosa que más tiernamente se ama y cuyo apartamiento causa mayor dolor, cerrando los oídos a las voces de todos cuantos lo contrario le aconsejaban y abriéndolos a las palabras de Cristo que promete el reino de los cielos a los que estos afectos naturales vencieren por su amor. Y cuando le persuadían a que criase el hijo y mirase por su hacienda que era un buen mayorazgo, respondía ella que sólo este apartamiento le debía a Nuestro Señor porque lo demás, que era la mudanza de la vida, días había que la tenía determinada. Pues como todas estas tres cosas sean tan contrarias a la naturaleza de nuestra carne, síguese aquí intervino el dedo de Dios. Por donde entenderemos que todas las obras semejantes a ésta, mayormente aquéllas donde grandes señores y señoras desamparan sus estados y abrazan la cruz de Cristo, son muy poderosos testimonios y argumentos de la verdad de nuestra fe de cuya virtud tan admirables mudanzas proceden. De las cuales dice San Agustín que se alegraba mucho porque las tales personas por la misma obra que hacían confirmaban la verdad de nuestra fe y daban testimonio de la virtud y gracia del evangelio y de la asistencia del Espíritu Santo, pues vemos que la naturaleza humana, considerada en sí sola, a velas tendidas busca el descanso y los regalos y aborrece los trabajos; por donde hacer lo contrario no es obra de la naturaleza, sino de gracia.

I. [Indicios de santidad]

Comenzando, pues, a tratar de su vida, no callaré algunos indicios y como prenósticos de lo que adelante había de ser, los cuales quiere Nuestro Señor que en algunos santos precedan antes de nacidos o luego después de nacidos. No quiero traer para esto el ejemplo de San Juan Bautista y de otros santos del Testamento Viejo, pues no faltan otros semejantes en el Nuevo, porque, antes del nacimiento de nuestro glorioso padre Santo Domingo y de San[to] Tomás de Aquino su hijo, tuvieron sus madres noticia de lo que habían de ser. Y San Nicolás, siendo niño de mamar, ayunaba los miércoles y los viernes de la semana, en los cuales días no mamaba más que una sola vez; y Santa Catalina de Sena

vio al Salvador sobre la puerta de la Iglesia del monasterio de Santo Domingo, vestido de pontifical que amorosamente la miraba; y sobre la boca de San Ambrosio, siendo niño, se asentó un enjambre de abejas las cuales de ahí se subieron tan alto que se perdieron de vista, lo cual su padre tuvo por indicio de la excelencia de este su hijo. Esto ordenó Nuestro Señor así para que los tales santos, con estos preludios que procedieron, antes que ellos tuviesen uso de razón, por sola gracia y dispensación divina, entiendan que cuyos fueron los principios fue también lo que después se fabricó sobre ellos y lo uno y lo otro conozcan ser obra de gracia y así se dé la gloria al autor de todo sin tomar ellos nada para sí.

Pues, viniendo a nuestro propósito, semejantes indicios quiso el Esposo celestial que precediesen en esta virgen que Él había de tomar por esposa. Porque, siendo su madre preñada de ella, estaba de esto muy dubdosa, porque, siendo ya llegado el tiempo, no le bullía la criatura en el vientre, por donde los físicos juzgaban que esto no era preñez, sino dolencia; y así determinaron desarroparla y purgarla. Mas su madre, como persona muy virtuosa, recelando que aquello podría ser preñez y la cura podría perjudicar a la vida y ánima de la tal criatura, teniendo en más la salud espiritual de ella que la propia corporal de su vida, no se quiso poner en esta cura sin recorrer primero al verdadero médico de todos los males; y para esto mandó decir una misa de la Anunciación de Nuestra Señora, suplicándole con mucha devoción le alcanzase esta merced de su unigénito Hijo que la librase de esta perplijidad. Y Nuestro Señor, que siempre acude a los que con humildad y confianza se acogen a Él, la sacó de esta dubda, porque, oyendo esta misa, en levantando el sacerdote la primer hostia, le bullió la criatura en el vientre y así entendió lo que era, dando gracias a Nuestro Señor y a su Santa Madre por esta merced. Parece no haber carecido esto de misterio porque (como adelante veremos) fue esta virgen sobre todo lo que se puede encarecer devotísima del Santo Sacramento de cuya virtud procedieron todas las otras gracias y privilegios que lo fueron comunicadas, y así quiso el Esposo que de esta misma fuente procediese este beneficio.

Después de este primer indicio se siguió otro, el cual refirió la misma virgen a su padre confesor diciendo que, siendo ella niña, le pesaba a ella mucho cuando le hablaban en casa de ser monja; más llegando a edad de cinco años y estando en una ventana mirando la procesión que pasaba en la fiesta del Santísimo Sacramento y yendo en ella religiosos de diversas órdenes, en pasando la de Santo Domingo dijo ella que de aquella orden había de ser monja, de lo cual su madre quedó muy espantada, por saber cuán repugnante había sido todo el tiempo pasado a esta manera de vida y lo que más es en este propósito perseveró hasta que tomó el hábito.

Otro prenóstico hubo en que se ve más a la clara la virtud de la divina gracia. Porque, siendo ella de edad de ocho años, la previno Nuestro Señor con un tal conocimiento y deseo que sobrepujaba la capacidad de aquella edad, porque vínole el deseo de hallar un bien que de tal manera la hartase que no tuviese más que desear; y de aquí le nacía un hastío de los otros bienes y gustos de esta vida por ver cuán ruines y defetuosos eran y cuán estéril y hambrienta dejaban una ánima; por donde cuando alguna vez se le ofrecía algún gusto de éstos que hay en la tierra, con que ella pensaba tener algún contentamiento, visto que no lo hallaba, quedaba triste y decía: «no es éste el bien que yo deseo pues éste no harta». Y siendo ya de edad de once años y perseverando en este mismo deseo, determinó entrar en el

monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada pareciéndole que en esta casa podría hallar este bien.

Tomado el hábito de novicia, le mudaron el nombre; porque dende antes se llamaba doña María de Meneses, la llamaron sor María de la Visitación de Nuestra Señora. Pues como ella tomó este estado y hábito para hallar este bien, entendiendo que de mano de Dios lo había de recibir, comenzó a procurar por todo, los medios que para esto le podían ayudar, que eran oraciones y ayunos, vigiliyas y disciplinas con que domaba su carne, y señaladamente se ocupaba en la meditación de la Sagrada Pasión pretendiendo indignar con estos ejercicios y trabajos al dador de todos los bienes para alcanzar este bien.

Acabado este dichoso noviciado, siguióse la profesión, siendo ya de edad de dieciséis años y medio, la cual ella deseaba por tener más tiempo y aparejo, como ella mismo me dijo, para darse a la oración. Porque en los años del noviciado gastase mucho tiempo en aprender a cantar y a rezar el oficio divino y en otros ejercicios que son propios de las novicias y con esto no tenía ella el tiempo que deseaba para vacar a Dios y emplearse toda en el ejercicio de la oración. Antes de la profesión contaré una cosa notable, referida por ella misma, y ésta fue que toda la noche antes estuvo de rodillas en oración en la cual decía al Señor que quería tomar por Esposo, con una humildad y simplicidad atrevida, estas palabras: «Señor, ¿como ha de haber en el mundo desposarme yo con Vos sin primero veros y saber de la manera que sois»? Esto decía con muchas lágrimas y fuerza de espíritu y con tan grande fe que prometía de no levantarse de allí sin ver primero con quién se había de desposar. Perseverando, pues, la mayor parte de la noche en esta porfía, a la mañana, entre las cuatro y las cinco, estando cuasi fuera de los sentidos, le parecía que veía un Señor muy hermoso y resplandeciente y con alegre rostro le llamaba diciendo: «María, mira muy bien si eres contenta de desposarte conmigo». Ella entonces con grande alborozo y lágrimas de alegría se derribó a sus pies y dijo que no merecía ella ser esclava suya. A esto respondió el Esposo: «Pues yo soy muy contento y quiero que seas esposa mía.» Respondió ella: «¡Señor mío! Alaben os los ángeles, porque yo soy grande pecadora y no soy digna de alabaros por tan grande merced.» Y con esto despertando se halló toda bañada en lágrimas y con grande alegría de su corazón; y el día siguiente, que fue el segundo de la Pascua del Espíritu Santo, hizo profesión con grande alegría y consolación de su ánima y, éste fue el primer aparecimiento que ella tuvo, año de 1569.

Aquí terná bien que filosofar el devoto lector, considerando en este aparecimiento la inmensa bondad y suavidad y regalo de Nuestro Señor para con las ánimas puras, humildes y sencillas, y verá también cuánto puede la perseverancia en la oración acompañada con la fe y confianza que esta virgen tuvo, pues prometió de no levantarse de aquel lugar hasta que fuese respondida. Mas esta confianza entera y este deseo susodicho infundió en el ánima de esta virgen el mismo Señor que le quería hacer este gran favor; y por aquí también entenderemos que de tan prósperos principios ni podrán dejar de seguirse adelante grandes favores, porque nunca el Señor hace profundos los cimientos sino para levantar algún grande edificio como lo vemos en lo que adelante se escribe de esta virgen.

De la profesión de esta virgen y de una visión que tuvo después de ella

Acabando pues esta virgen de profesar y entregándose toda al Esposo celestial, Él esclareció su entendimiento con una nueva luz y le cumplió lo que tanto había deseado certificándola enteriormente que Él era el bien que ella deseaba y el que sólo harta al que lo posee. Dando pues ella gracias de todo el corazón al Esposo que esto le había declarado, de ahí a algunos días (cuando ya era tiempo de levantarse a cosas mayores y más extraordinarias) estando en oración tuvo un raptó en el cual se vio en una calle oscura y muy larga, llena de bestias fieras, las cuales tenían abiertas las bocas amenazándola como que la querían tragar; y fue allí dicho que por todas aquellas fieras era necesario pasar para alcanzar aquel bien deseado. De lo cual ella muy atemorizada tenía grande temor de andar este camino; mas fue allí infundida una nueva confianza de Dios, con la cual fe determinó pasar, pidiendo para esto favor al Señor, el cual parecía que le acudía diciéndole que confiase en Él, que Él la libraría de aquel peligro. Preguntada por mí esta virgen, qué entendía ella por estas fieras, respondió que eran los trabajos que era necesario padecer y las pasiones que convenía domar para alcanzar este deseado bien. En este paso me quiero detener un poco porque esta visión es un notable y necesario documento para todos los que anhelan a la profesión de la vida espiritual, los cuales deben tener por cosa muy cierta que no la alcanzarán si no es pasando por muchas dificultades y trabajos que se requieren para alcanzarla. Para esto alegaré un dicho de San Buenaventura el cual escribe en el prólogo de la Vida de Cristo que apareciendo Nuestra Señora a Santa Elisabet la viuda, entre otras cosas le dijo que tuviese por cierto que generalmente hablando ninguna gracia se comunicaba a las ánimas sino por medio de la oración y de los trabajos; la cual sentencia confirma el Salvador en el Evangelio que dice que los santos dan fruto de buenas obras mediante la paciencia en los trabajos. Y no son menos los que se han de padecer en domar y mortificar las pasiones, porque a todos (como refiere San Marcos) dijo el Salvador: quien quisiere venir en pos de mí, niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame. Y el negar a sí mismo es contradecir a sus apetitos y pasiones y malas inclinaciones, las cuales convenientemente son figuradas por estas fieras susodichas; porque considerando nuestro corazón en sí mismo (quitada aparte la divina gracia) hallaremos que es la fiera más cruel y mas ponzoñosa y más furiosa de cuantas hay en el mundo. Antes San Crisóstomo prueba muy a la larga que en él sólo se hallan los apetitos y ponzoña de todas las fieras juntas. Lo cual declara el apóstol en el primer capítulo de la Epístola escrita a los Romanos, donde cuenta las horribles maldades y vicios de los gentiles como de hombres entregados a la furia de sus bestiales apetitos, de los cuales nadie está libre en esta

vida, sino aquellos a quien Dios libra, dándoles victoria contra ellos. Por lo cual dice San Hierónimo todos somos compuestos del mismo lodo y todos tenemos unas mismas entrañas y por esto en la seda y en el sayal acomete a todos la misma sensualidad. Santísimo era Job y por tal alabado de Dios y casado con mujer e hijos; y, con todo esto, confiesa él de sí que no osaba levantar los ojos a mirar a una doncella, como quien entendía cuán fiera bestia tenía dentro de su corazón, en cuyas rabiosas gargantas cayó David, porque no tuvo esta mesma cautela.

Pues esta naturaleza y disposición del corazón humano declaró el Salvador a esta virgen para que entendiese cuántas fieras había en él y supiese que contra éstas había de pelear mortificando todos sus apetitos y pasiones, si deseaba alcanzar aquel bien, universal; y

porque no desmayase, ni desconfiase de la victoria. Él mismo le prometió su ayuda para vencer en esta batalla. Aquí aprenderán los que de verdad se determinan a caminar por la senda estrecha que va a parar a la vida, que la primera jornada ha de ser juntar con el estudio de la oración la mortificación de las pasiones y malas inclinaciones, que son aquel encienso y mirra de que tantas veces se hace mención en el libro de los Cantares. Porque la oración sin la mortificación vale poco; mas la mortificación, como es mirra amarga, no se podrá continuar sin el gusto y socorro de la oración. Y son estas dos cosas tan necesarias que para significar esto decía un santo varón muy experimentado en estas batallas que había él de escribir un libro y que en cada hoja de él no había de escribir más que estas palabras del Salvador: Quien quisiere venir en pos de mí niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame.

Capítulo III

Del dolor y vergüenza que esta virgen tuvo con la memoria de sus pecados y cómo el salvador la Consol

En este mismo tiempo infundió el Salvador en el corazón de esta virgen un tan grande dolor y vergüenza de sus pecados que no lo podré yo explicar con palabras de la manera que ella misma me refirió, con lo cual me vino a la memoria lo que el Señor promete por Isaías diciendo que Él lavaría las inmundicias de las hijas de Sión con espíritu de juicio y espíritu de ardor. Esta es la orden que Nuestro Señor guarda en las ánimas que Él quiere purificar; ca primero son atormentadas y desconsoladas con el dolor de sus pecados causados por temor del juicio divino (que es obra de la ley) y después son esforzadas y consoladas con el ardor de la caridad y esperanza del perdón (que es obra del Evangelio) como en esta virgen claramente se verá.

Refería, pues, ella que, poniendo los ojos en la grandeza de la divina majestad y bajándolos de ahí a sí misma y a sus propias culpas y miserias, era tan grande la vergüenza y confusión que en sí misma sentía que no osaba levantar los ojos al cielo ni merecía que la tierra la sustentase y deseaba ser hollada y pisada de todas las criaturas; y sentíase por indigna de la compañía de las religiosas de aquel monesterio deseando echarse a los pies de todas ellas. Y estando en el coro, adonde está en lo alto un crucifijo, no osaba miralle ala cara sino a los pies y prostrada con el espíritu ante ellos, clamaba en lo íntimo de su corazón pidiendo misiricordia; y algunas veces le parcela que de los pies del crucifijo salían rayos de sangre que rociaban todas las religiosas del coro y por esto se tenía ella por totalmente indigna de su compañía y así pidía al Señor que por el mérito de ellas lo otorgase el perdón de sus culpas. Y no se contentaría ella con solo esto sino, indignada contra sí misma, deseaba toda mortificarse y sacrificarse a Dios castigando su cuerpo, con ayunos y ásperos cilicios y disciplinas; porque hasta el día de hoy, con ser tan flaca y dilicada, toma tres días en la semana muy ásperas y largas diciplinas, porque dura cada una por todos los siete psalmos penitenciales o por el Miserere mei dicho cinco veces. Y diciéndole yo que le haría mucho daño en tiempo de invierno tener por tan largo espacio las espaldas descubiertas al frío, que debía tomarlas en otra parte como se usa en otras religiones, pues se hace a oscuras y en lugar secreto, respondió: «pues allí no está presente el ángel bueno». Esto quise decir aquí para que por ello se entienda la honestidad y vergüenza original de esta esposa de Cristo que tan amiga es de toda honestidad. Verdad es

que de estas tres disciplinas el padre confesor a quien ella obedece en todo, vista su gran flaqueza y frecuentes enfermedades, le ha quitado la una de ellas. Considere pues ahora el prudente lector qué haría aquel piadoso y justo juez viendo esta virgen tan delicada estar al frío por tan largo espacio piedad de este Señor y es tan cierto, y tan superabundante su favor y gracia para los que se disponen a ella que siempre sobrepuja su gracia a nuestra virtud y diligencia; y según esto ¿qué favores estaría dando a quien por Él se estaba mortificando y martirizando y haciendo en sí tan rigurosa justicia? Mayormente que el rigor de estas disciplinas no sólo fue a los principios, cuando se trata de esta penitencia, sino también después de tantas veces ya purificada con los dolores y llagas y sangre de Cristo, como adelante se verá. Por tanto, nadie no tenga por increíble los favores que Él hizo a esta virgen (de que después se trata), porque de tales principios tales efectos se suelen seguir, y de tales oraciones acompañadas con tales azotes nadie puede decir que sean ruegos secos pues van teñidos con sangre y con la mortificación de la carne.

Ni tampoco han faltado ásperos cilicios junto con las disciplinas; de lo cual da testimonio una madre muy religiosa y grande amiga de esta virgen la cual, viéndola en tan tierna edad andar muy flaca y amarilla, creyendo que traía algún áspero cilicio, la encerró en el refectorio (siendo ella refitolera) y le mandó que callase y tovese paciencia, porque quería quitarle el cilicio que le parecía traer; y excusándose ella con muchas lágrimas, rogándole con ellas que no le diese aquella desconsolación, todavía la madre porfió a querer saber esto; estando ella en todo esto tan mansa como una cordera derramando muchas lágrimas sin quejarse ni decir: «vos no sois mi prelada ni mi maestra, ¿por qué me hacéis esta fuerza?»; nada de esto dijo, hasta que aquella madre halló que traía un cordón hecho de cerdas con muchos nudos con las vueltas alrededor, que todas ellas juntas tenían una mano de ancho y se le entraban ya por la carne; el cual cilicio le quitó esta madre amenazándola que siempre había de tener cuidado de que no hiciese tales excesos, siendo tan flaca. En la cual obra no es menos de considerar la humildad y mansidumbre y las lágrimas de esta virgen que la aspereza de esta virgen que se le quitó. Y no se maraville nadie que habiendo vivido esta virgen con tanta inocencia, tuviese tan gran dolor y confusión por sus pecados, porque el Esposo, que quería levantar muy alto en ella el edificio de las virtudes, quiso que fuese muy hondo el fundamento de la penitencia y humildad para que así estoviese la fábrica de la obra segura. Ni es cosa nueva tener grande dolor los santos por muy pequeñas culpas, considerando que no puede ser culpa pequeña la que se hace contra Dios tan grande, conforme a lo cual escribe San Hierónimo en la vida de Santa Paula que así lloraba las culpas pequeñas como si hubiera cometido grandes pecados; y lo mismo vemos en los grandes temores con que vivía el santo Job, habiendo él confesado que en toda su vida no le había acusado su conciencia de cosa de pecado mortal.

Pasáronse en este llanto casi dos meses en los cuales andaba esta virgen tan absorta en este dolor y confusión de sus pecados que de día y de noche nunca cesaba de hacerse un río de lágrimas por ellos.

Preguntará aquí alguno qué es la causa porque algunas personas que han vivido con gran pureza e inocencia suelen a tiempos, y mayormente a los principios, tener tan grande sentimiento por las culpas de la vida pasada, no habiendo en ella al parecer materia suficiente para tan gran dolor, como lo vemos en el santo Job, de que hacemos agora mención; porque, demás del testimonio de su santidad que el mismo señor Dios nos da de

él, también él hace en el capítulo veintinueve un inventario admirable de las virtudes y buenas obras que hacía, con que declara la inocencia de su vida. Siendo pues esto así, ¿de dónde procedían aquellos grandes temores que este santo muestra que tenía cuando dice: ¿qué haré cuando se levante Dios a juzgarme?, y cuando entrare en cuenta conmigo ¿qué le responderé? Y en otra parte dice que siempre andaba temblando de Dios y asombrado como el navegante cuando una grande ola viene a embestir sobre él. Y con todo esto, en medio de tan grandes trabajos y dolores, pide espacio de penitencia para llorar sus culpas, como si no bastara los dolores y trabajos que padecía.

Pues respondiendo a esta pregunta digo que tres causas entre otras hay de este tan grande sentimiento y confusión que padecen los justos. Una es la que ya tocamos y ésta es acordarse de la grandeza de la majestad ofendida y entender que no es culpa pequeña la que se comete contra un Dios tan grande. Otra es que los grandes santos no miden tanto la gravedad de los pecados por ellos mismos cuanto por la grandeza de los beneficios recibidos; y como éstos son grandes así es el sentimiento que tienen de haberse desmandado en algo contra tan magnífico bienhechor, de modo que no temen tanto por razón de los pecados pasados cuanto por la cuenta que han de dar de los talentos recibidos. Otra causa es darles Dios conocimiento de la malicia y perversidad del corazón humano mirado en sí mismo sin el correctivo de la gracia; porque, quitada ésta a parte, ve en él un profundísimo abismo de todos los pecados del mundo y espántase de ver que tienen dentro de sí una sierpe de tantas cabezas y un seminario de cuantos males hay en todos los hombres; porque ven que ningún pecado hace un hombre que no lo puede hacer otro hombre. Y por aquí entienden en cuán gran peligro viven si por un solo momento apartase Dios sus ojos de ellos, mayormente acordándose de las grandes caídas de muchos justos y de las palabras del apóstol que dice: quien piensa que está en pie, mire por sí no caiga; por donde cuando los hombres alababan al glorioso Padre San Francisco, respondía él: «no me alabéis tanto, porque aún puedo tener hijos». Pues el conocimiento de todas estas cosas infundió el esposo celestial en el ánimo de esta virgen y de aquí procedía este tan grande sentimiento y dolor que aquí habemos referido.

I. [Consolación]

Mas el piadoso señor determinó dar un fin glorioso a estas lágrimas, el cual después de la tempestad de los dolores envía tranquilidad y bonanza de consolaciones. Porque, pasados cuasi dos meses en estas lágrimas y vergüenza, el esposo le habló interiormente diciéndole estas palabras: «con el temor y vergüenza que hasta aquí has tenido hiciste tus faces bermejas como un pedazo de granada; y con la confianza y amor que en mí tuviste heriste mi corazón». Y, herido ella de esta manera el corazón del Esposo, quedó herida de un amor tan grande que toda ella se derretía en amor y aunque entendiese en otras cosas, la gran suavidad y fuerza de este amor de tal manera tenía preso y herido su corazón que doquiera que estoviese siempre estaba amando. De esta manera de amor que hace llaga en el corazón, se gloria la esposa en los Cantares cuando dice que estaba herida de amor. Este es un grado de caridad que llama Ricardo *charitas vulnerata*, que quiere decir herida de amor; y llámase así porque como el que está malamente herido no puede dejar de estar sintiendo

el dolor de la herida aunque se divierta a otras cosas, así el ánima herida con la dulce saeta del divino amor no querría dejar de estar siempre gozando de este amor, porque lo que hace en esotra herida material la fuerza del dolor hace aquí la suavidad y fuerza del amor, porque esta suavidad de tal manera ceba y prende al corazón que no le consiente divertirse a otra cosa.

Y porque la condición de Dios es acrecentar sus dones a quien usa bien de ellos, viendo cuán bien se aprovechaba la virgen de esta gracia, procuró siempre acrecentarla por otras muchas vías, y así de ahí a días le apareció el Esposo y le dijo aquellas dulces palabras de Hieremías: *In charitate perpetua dilígi te, ideo atraxi te miserans*. Este fue el segundo aparecimiento del Esposo después del primero que fue víspera de la profesión, y fue el mismo año que profesó. Las cuales ella interpretaba de esta manera: por mi sola caridad e infinito amor, no habiendo en ti por donde lo merecieses, te traje a mí y te amé con perpetua caridad. Estas palabras traspasaron grandemente el corazón de esta virgen, porque, como no hay cosa con que más se encienda un fuego que con otro fuego, así no hay cosa que con más se encienda un amor que con otro amor. Pues con este aparecimiento del Esposo y con estas palabras significativas de su amor y más perpetuo amor quedó su corazón tan herido de amor que todos sus pensamientos y deseos eran cómo había de corresponder a este tan grande y tan noble amador y qué podría hacer o padecer por agradar a un señor que, después de las angustias pasadas, tan amoroso se le había mostrado, siendo ella tan pobre de toda virtud y tan indigna de tal amor.

Pues con esta tan aguda escuela corría la virgen a gran prisa y con grande fervor continuando más sus oraciones y vigiliyas y ayunos, por los cuales era grandemente persiguida de todas las madres ancianas, no por odio que le tuviesen, sino por el amor que le tenían y miedo de caer en alguna grave enfermedad, por ser ella muy delicada; mas nunca todas estas contradicciones bastaron para aflojar ella en el rigor de sus trabajos ni volver atrás del propósito comenzado.

Continuando, pues, su camino con este fervor y diligencia mereció alcanzar de Nuestro Señor otro favor mayor que el pasado; porque de ahí a un año la visitó la siempre Virgen amadora de las vírgenes con el niño Jesús en los brazos, la cual traía consigo a su Hermosa y a Santa Catalina de Sena y a nuestro Padre Santo Domingo; y decía Nuestra Señora a estos santos que les quería mostrar una nueva sierva que su Hijo tenía; entonces ella, postrada a sus pies, le suplicaba la hiciese verdadera sierva suya y a los santos pedía la ayudasen a dalle gracias y le alcanzasen su verdadero amor y temor para que nunca le ofendiese: y Nuestra Señora aceptó con mucha benignidad esta petición y, en señal de tomarla su Hijo por su sierva, quitó un anillo que en el dedo traía el Niño y le puso en el dedo de esta virgen. Entonces ella juntamente con los santos tornó a dar gracias a la Virgen y encomendarse a los santos y especialmente a su Hermosa, lo cual ella aceptó de muy buena voluntad. Este fue el tercero aparecimiento que tuvo dos o tres años después de la profesión y tras éste se siguieron otros más frecuentes. Este anillo se dio a esta virgen en prendas y testimonio del amor que el Esposo le tenía y del que quería que ella tuviese a Él. Este anillo dijo ella que tenía cinco piedras preciosas: las tres bermejas y las dos blancas; y pensando ella que las otras religiosas lo veían, andaba escondiendo la mano, mas una prudente religiosa, entendiendo algo de lo que era, le dijo que no trabajase por esconder la mano, porque nadie veía lo que ella veía.

Preguntada si después de esto había entervenido algún desposorio, como se escribe de Santa Catalina, respondió que la profesión había sido el desposorio; mas estas dos cosas susodichas con otras que adelante se dicen parece haber sido ratificación y confirmación de este desposorio.

Capítulo IV

De las tentaciones con que Nuestro Señor quiso ejercitar y probar la fe y constancia de esta virgen

Escribe San Gregorio en los Morales que hay tres estados en los cuales los hombres sirven a Dios, que son principio, medio y fin. Y dice él que en el principio hay regalos y dulzuras espirituales con que el Señor prende los corazones de los que de nuevo se convierten a Él, porque de otra manera luego se volverían al mundo; mas en medio del camino hay batallas y tentaciones que se levantan contra los que no han hecho raíces firmes en la virtud; pero al fin se sigue la perfección de una hermosa victoria de todas las batallas pasadas. Pues esta misma orden quiso Nuestro Señor que se guardase en la vida de esta virgen, para que, después de la dulce leche de los regalos y amores pasados, viniese a comer, según dice, pan con corteza y hacerse capaz de mayores dones, porque la virtud crece con los trabajos y cobra con ellos fuerzas para cosas mayores, como dice el Apóstol. Pues por esto permitió el Esposo que esta virgen padeciese grandísimas tentaciones de los demonios, los cuales le decían que dejase aquel modo de vida, que había escogido, de querer en todas las cosas ofrecerse a Cristo, porque no había de perseverar en el amor; que la había siempre de perseguir hasta quitarle la vida. Y fueron tantas y tan grandes las tentaciones que le armaron que no se pueden contar. Porque le aparecían visiblemente en torpísimas figuras, mas ella los aborrecía a todos y se volvía contra sí misma, armándose contra sus enemigos con ayunos y disciplinas y otras asperezas corporales; pero lo que más sintía era que el Esposo se apartara de ella. Y estando una noche, después de pasados muchos días en estas batallas, le sobrevino una nueva luz la cual de tal manera unió su corazón y voluntad con la del Esposo que dijo estas palabras: «Oh, dulce Señor mío, si fuese necesario que para loor y gloria vuestra padeciese yo estos trabajos y otros mayores hasta el día del juicio, con grande alegría y contentamiento lo sufriría, con tanto que Vos no fuédeses ofendido; porque ¿qué tormento hay en la vida por grande que sea que merezca la menor de vuestras consolaciones?» Acabadas estas palabras, fue luego esclarecida su celda con una grande luz y en medio de ella vio a Nuestro Señor bañado en sangre el cual le decía: «toda esta, sangre derramé por tu amor». Ella entonces cayó en tierra y abrazando sus pies y derramando muchas lágrimas sobre ellos le dijo: «¿cómo, Señor mío, me dejaste así tan sola en medio de tantos enemigos?» A la cual Él respondió: «ahí estaba contigo en lo íntimo de tu corazón, ca yo era el que hacía que no consintieses en esos malos pensamientos, mas antes los aborrecieses». Y estuvo entonces el Esposo con ella por algún espacio dándole doctrina y enseñándola cómo había de vivir y conversar, porque Él fue su maestro, su camino y su guía; por lo cual no es maravilla que saliese buena discípula la que tuvo tal maestro. Mas, no contento con el ayuda de la doctrina, acrecentó otra cosa más admirable y más nueva; porque, deseando purificar más y más la alma que Él tomaba por esposa, le ató una cuerda, no material sino espiritual, por la cual tiraba el Esposo las veces

que ella se descuidaba en alguna cosa, y luego era interiormente reprehendida; en lo cual se ve la grandeza de la bondad y providencia paternal de Nuestro Dios y el deseo de nuestra santificación, pues teniendo a cargo la gobernación de todos los reinos e imperios del mundo, con todo esto, está atento a todos los pasos de esta virgen para que, en descuidándose en algo, luego lo avise y reprehenda tirándole por esta manera de cuerda; en lo cual se verá qué pureza habrá allegado esta virgen, teniendo tal manera de ayuda para ella.

Capítulo V

De las oraciones y vigiliias y otros ejercicios con que esta virgen se desponía para agradar al Esposo

Encendida ya nuestra virgen con estos favores en el amor del Esposo, no contenta con esto, deseaba mucho más crecer en este amor y para esto determinó de entregarse a todos los ejercicios y trabajos de las virtudes que sirven para alcanzar la perfección de este amor, en el cual consiste aquel bien universal que ella siempre deseó. Porque, como dice la divina Sabiduría, los que come[n] de mí tendrán más hambre y los que beben padecerán más sed. Porque con la suavidad y dulcumbre de ella cuanto más gustaren de esta sabiduría tanto más la desearán y este deseo es como la raíz y fundamento de todo lo que después se sigue. Conforme a lo cual dice el Sabio que el principio de la sabiduría es un deseo muy encendido de ella y así lo expiementó el mismo Sabio, cuando dijo: deseé y fueme dado conocimiento y sentido; invoqué, esto es, llamé a Dios y fueme dado el espíritu de la sabiduría. De manera que primero puso el deseo y de este deseo se siguió luego el clamor de la oración, pidiendo por ella el cumplimiento de este deseo, y esta manera de oración es uno de los principales medios por do se alcanza la gracia y con ella todas las virtudes que de ella proceden; por donde dijo San Agustín: «ninguno creernos que viene a la salud, si Dios no le llama; y ninguno, después de llamado, obra lo que conviene para esta salud, si Dios no lo ayuda; y ninguno alcanza esta ayuda, si no la pide por oración». En las cuales palabras declara este santo doctor cuán importante instrumento sea la devota oración para todo lo que conviene a nuestra salud. Porque bien sabía este santo que los sacramentos dan gracia y que las buenas obras hechas en caridad merecen el acrecentamiento de ella y, con todo esto, no hace aquí mención más que de solamente la oración, para dar a entender cuán familiar y eficaz medio sea éste para alcanzar todos los bienes. Enseñada pues nuestra virgen por el maestro celestial, de tal manera ordenó su vida que toda ella fuese una perpetua oración. Y así, después de haber cumplido con las obligaciones de la obediencia, todo el tiempo que le sobraba gastaba en oración; mas el principal tiempo que para esto tomaba era el de la noche en su celda, en la cual tiene una cruz grande en la cabecera de su cama, la cual dice que es de su Esposo; y otra tiene al lado de ella, o encima de ella, a la cual llama su esposa. Esta tuvo primero de cuatro o cinco palmos en largo, y atábala consigo cuando dormía, y así dormía abrazada con ella. Después mandó hacer otra que agora tiene conforme a su estatura, con la cual acostumbra abrazarse casi siempre, cuando en la celda se pone en oración, echando sus brazos encima de los brazos de la cruz, ora esté en pie, ora postrada con ella.

Y algunas veces, cuando la carne debilitada y desvelada con largas vigias pide su derecho y la combate con el sueño en la oración, se ata en pie con esta cruz para lo vencer; y vez le aconteció estar tres horas en oración con grande trabajo haciendo fuerza a la naturaleza; y estando en esto, vino el Esposo y soltando ella su cruz que en los brazos tenía, se abrazó con una que traía el Esposo, y allí le dijo Él muchas cosas con que le dejó esforzada y consolada.

Mas no piense nadie que el amor grande que esta virgen tenía a la cruz es a sola la figura de ella, sino este amor principalmente es a lo que se entiende por la cruz, que son los trabajos que el Señor padeció en la cruz y el deseo encendidísimo de la imitación de ellos que esta virgen tuvo en sumo grado de perfección, porque a este amor de la cruz la exhortaba y animaba siempre el Esposo con muchos aparecimientos admirables, como adelante veremos; y no sin mucha razón, porque, a la verdad, la llave

y la summa de todo nuestro aprovechamiento consiste en el amor de los trabajos que se requieren para caminar de veras a la perfección. De aquí nace a los grandes amadores de Dios un muy encendido deseo de padecer trabajos por su amor y como no hallan otros más a mano que el volverse contra su carne y contra su propria voluntad, quebrantándola y castigándola y mortificándola en todas las cosas, vienen a hacer de ella un sacrificio vivo para agradar a Dios y para padecer algo de su amor. Porque, como Santa Catalina de Sena decía, así como el que ama a Dios aborrece tanto el pecado quanto ama al mesmo Dios, así después del pecado aborrece también santamente su propria carne y propria voluntad como a seminarios e incentivos de todos los pecados. Y por esto, si a ella fuera posible y no le fuera a la mano la obediencia, en este rigor de castigar su cuerpo, no hubiera trabajo que rehusara por esta causa.

Mas volviendo al propósito de la oración, el tiempo más principal que para esto tiene es (como dijimos) el de la noche, y al principio de ella duerme un poco para ir a los maitines; y, si se pone en oración, olvídase allí, y algunas religiosas, como saben esto, acuden a decirle que se acueste; pero después de maitines no duermen más sino está en oración hasta la mañana; y si le mandan quedar de maitines, vela en oración hasta la media noche. Y en este espacio y en otros que ella toma procura tener cada día siete horas de oración, las cuales ni agora pierde con las ocupaciones del oficio, ni con las visiones de muchas personas principales que no se pueden excusar, por ser ella perlada, puesto caso que en ellas nunca pierde la unión del amor divino que es la más perfecta oración; así ordinariamente está en estas visitaciones más con el cuerpo que con el espíritu, porque la fuerza y suavidad del amor violento que la tiene presa no la deja divertir a otra cosa. Ocupábase también en este tiempo en leer libros devotos y sacar de ellos las sentencias que más devoción y edificación le podían causar y señaladamente se deleita tanto en el libro de los Cantares y gusta tanto de él como si para ella sola se hubiera escrito; porque, como ella arde en amor, así todas las palabras de él son como astillas que encienden más este fuego en su corazón; y sábelo quasi de coro y entiéndelo aunque está en latín, porque, como dice San Bernardo, «el lenguaje de amor, como es bárbaro a los que no aman, así es muy fácil de entender a los que arden en este amor».

I. [El ayuno, compañero de la oración]

Compañero de la oración es el ayuno que, aliviando el cuerpo de la carga del mantenimiento, hace el ánimo ligero para volar a lo alto; y así estas dos virtudes son como dos alas para volar al cielo. Las cuales nos declaró por su ejemplo aquella Santa Ana profetísima del Evangelio, de quien escribe San Lucas que nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche. Fue, pues, nuestra virgen tan dada a esta virtud que por ella padeció muchas contradicciones como arriba dijimos. Y con todo esto, en lo público se conformaba con lo ordinario de la comunidad, sin hacer cosa en que diese nota de singularidad; con esto ha llegado su abstinencia a términos de tener perdido el gusto de los manjares de tal manera que por el gusto no discierne entre unos manjares y otros. Y una vez, estando ella muy flaca, le hizo la perlada hacer una almendrada diciendo que era leche (de que ella suele ser amiga), sin entender lo que era. Verdad es que esto en ella no nace tanto de la virtud de la abstinencia, cuanto de la suavidad y violencia del amor del Esposo, el cual suspende y atrae a sí todos los espíritus y fuerzas del ánimo y las convierte en amor, como hace un grande fuego que todo cuanto le echan, aunque sean cosas contrarias, las convierte en fuego. De aquí procede recibir ella grande pena cuando se llega la hora de pagar este tributo a este miserable cuerpo; y así es muy poquito lo que come cuando está en la mesa con las religiosas, de lo que ellas, como la aman intrañablemente, se desconsuelan, y ella también se desconsuela, sintiendo la desconsolación de ellas; y ha llegado el negocio a términos que su padre confesor le da en penitencia sacramental, que coma y haga en esto fuerza a la naturaleza.

Estos ejercicios de ayunos y oraciones son los primeros medios con los cuales se disponen los que comienzan a servir a Dios para alcanzar su gracia, en los cuales se ejercitaba siempre esta Santa profetísima Ana de la que arriba hicimos mención. Mas los cristianos en este tiempo de la ley de gracia tenemos otro singular medio para alcanzarla, que es el uso de los sacramentos, por los cuales se nos aplica la virtud y gracia de la Pasión de nuestro Redentor, entre los cuales el sacramento del altar es el que por excelencia se llama Eucaristía, por razón de la abundante gracia que por él se da al que para ella se dispone, y una de las principales disposiciones que para este sacramento se requieren es el hambre y deseo de este pan celestial.

Pues cuán grande haya sido y cuán extremada esta hambre de nuestra virgen y cuantas invenciones y diligencias buscaba para comulgar y cuán admirables y extraordinarios hayan sido los favores y regalos que en esta parte Nuestro Señor le ha hecho no hay palabras con que se pueda explicar. Porque como todos los intentos y deseos de esta virgen haya sido unirse con su Esposo y en este divino sacramento el ánimo se junta con Él y aquí se consuma este matrimonio espiritual, de aquí resulta un tan grande amor y suavidad que sólo aquél que lo recibe lo podría sentir, mas no la podría explicar. Y así vemos ser tan grande la suavidad y amor que esta virgen recibe en la sagrada comunión que todas las veces que comulga pierde el uso de los sentidos y llega esta devoción y amor a tanto que, de sólo ver desde el coro comulgar algunas personas en la iglesia, sale de sí con soledad y deseo de gozar de este tesoro. Y así todas cuantas veces le es posible recibe este divino manjar, no sólo cuando el convento comulga sino también cuando algún sacerdote entra en el monasterio a dar la comunión a las dolientes de cama, otras veces ruega a la señora vecina

suya que pida para sí y para algunas religiosas algún confesor, y entre ellas comulga ella. Y viendo que los perlados (antes que recibiese la gracia de las llagas) no le daban tantas licencias como ella deseaba, quejóse al Esposo de que sus perlados la mataban de hambre y Él la consoló diciéndole: «no te fatigues que ellos mismos vernán a darte lo que tanto deseas». Y así subcedió, como le fue prometido. Mas ella les echó una gran maldición diciendo: «plega a Dios que así se vean, tan muertos de hambre como yo, los que así me matan». Donde pudieran ellos con mucha razón decir: «plega a Dios que esa maldición nos comprenda». Y algunas veces acaeció, queriendo la perlada inducir la a que comiese alguna cosa necesaria para su indisposición y flaqueza, prometiéndole que le negociaría para otro día una comunión; aceptó ella este partido, aunque toviese grande fastidio diciendo aquellas palabras de San Pedro: «non tantum pedes meos, sed et manus et caput».

Finalmente es tan grande la devoción que tiene a este Santísimo Sacramento que cualquier cosa que pertenece a él, como es una casulla o una estola del sacerdote, basta muchas veces para causar en ella alienación de los sentidos. Pues ¿qué diré del cáliz? Cuando le daban el lavatorio, después de haber comulgado, abrázalo tan fuerte que no hay quien se lo saque de las manos, y a veces lo lleva consigo abrazado hasta el coro. Y no sólo en esta ocasión, sino, si el sacerdote le pide el cáliz para decir misa, en tomándole en la mano, queda alienada y por eso manda a alguna monja que lo dé para excusar este inconveniente. Mas de esta materia trataremos adelante en su propio lugar; pero quise juntar aquí estos tres ejercicios de las oraciones y ayunos y uso de sacramentos de esta virgen para que por aquí se entienda a cuán alto grado de caridad y gracia llegaba ella, pues tan extrema fue en estos tres ejercicios que nos disponen para alcanzarla.

Capítulo VI

De la humildad de esta virgen

Ahora será necesario tratar de las virtudes que por estos ejercicios susodichos se alcanzan, porque ésta es la moneda de precio que corre entre Dios y los hombres y vale mucho más que revelaciones y milagros que se compadecen algunas veces con pecados. Y en este lugar, aunque no sea propio de la historia divertirse mucho a tratar de moralidades, no dejaré de apuntar aquí un engaño general que se halla muchas veces en las personas que se han ofrecido al servicio de Nuestro Señor; muchas de las cuales emplean toda su diligencia y caudal en estos tres ejercicios susodichos, olvidándose de la mortificación de sus pasiones y del estudio de las virtudes; ni les parece que es agradable a Dios sino lo que se hace alrededor de los altares. De aquí nace que, si la obediencia les ocupa en algún oficio trabajoso o la caridad los llama para acudir a las necesidades del prójimo, están para esto muy pesados, diciendo que con estos ejercicios exteriores se interrumpe y corta el hilo de su devoción. Otros hay que con todos estos ejercicios están muy enteros en su propia voluntad; otros, impacientes y fáciles en la ira y muy amigos de sus pundonores; otros son apretados para socorrer a las pobrezas de sus prójimos, por ser muy amigos de su hacienda. Sepan, pues, todos éstos que no han atendido el armonía y orden de la doctrina cristiana la cual ordena aquellos tres ejercicios que arriba dijimos para mortificar las pasiones y alcanzar las virtudes y socorrer a las necesidades de sus prójimos; ca por esto dijo el Salvador: no todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el

que hace la voluntad de mi Padre. Y por el profeta Esaías y Zacarías no aprueba los ayunos de su pueblo, porque no iban acompañados con justicia y obras de misericordia, la cual agrada tanto al Padre de las misericordias que dice el profeta Oseas: misericordia quiero y no sacrificio; y con pertenecer el sacrificio a la gloria de Dios y la misericordia al bien de los prójimos, es este Señor tan amigo de la misericordia que antepone esta virtud de su sacrificio. Por donde entenderán los que, ocupados en sus devociones, no trabajan por alcanzar las virtudes que son semejantes al enfermo que usa de purgas y sangrías y no consigue la salud para que estas medicinas se ordenan.

Y para mayor inteligencia de este tan importante aviso declararé aquí cómo toda la santidad y justicia de la vida cristiana consiste en aquellas tres cosas que el profeta Miqueas (después de haber preguntado con qué cosas agradaríamos a Dios) finalmente concluye con estas tres cosas. Dice: mostrar ti he, oh hombre, cuál sea el verdadero bien y lo que Dios quiere de ti, esto es, hacer juicio y amar la misericordia y andar solícito y cuidadoso en el servicio de tu Dios. Pues en estas tres partes consiste la suma de la verdadera santidad y justicia, de las cuales una pertenece a Dios y otra a sí mismo y otra al prójimo. Y entre ellas la más principal es la que pertenece a la honra de Dios, al cual honramos amando su bondad, reverenciando su Majestad, confiando en su misericordia, poniendo en Él nuestra bienaventuranza, alabando sus grandezas, pensando en las maravillas de sus obras, dándole gracias por sus beneficios, obedeciendo a sus mandamientos, y, finalmente, haciendo los actos que pertenecen a la virtud de religión, que son asistir a los divinos oficios y continuar la oración, uso de sacramentos y otras obras semejantes, que pertenecen al culto de Dios, lo cual todo significó este profeta cuando nos enseñó a andar solícitos y cuidadosos en el servicio de Nuestro Dios. Mas la segunda parte de esta santidad consiste en hacer juicio, esto es, que no vivamos conforme a nuestros apetitos y propias voluntades sino conforme al juicio de la razón y de la palabra de Dios. La tercera parte pertenece a nuestros prójimos, la cual significó el profeta cuando nos manda amar la misericordia, en la cual se comprenden todas las obras de misericordia, así corporales como espirituales. Pues resolviendo esta materia digo que el engaño de muchas personas consiste en que procuran ocuparse en aquella primera parte de justicia que pertenece al culto de Dios, como la más principal; y, contentos con esto, olvidanse de las otras dos partes que consisten en la mortificación de sus pasiones y propias voluntades y en las obras de misericordia lo cual es un grande engaño, como arriba está declarado, y como las palabras de este profeta nos lo declaran, pues todas estas partes de justicia nos pide Nuestro Señor.

Presupuesto este breve aviso, trataremos agora de las virtudes de esta esposa, comenzando por la virtud de la humildad, que es raíz y piedra fundamental de todas las otras virtudes, las cuales quien quiere alcanzar sin humildad es como el que eleva el polvo contra la fuerza del viento que todo le cae en los ojos, porque virtudes sin humildad no son virtudes, sino materia de vanidad.

Deseaba pues esta virgen grandemente alcanzar esta virtud viendo que era uno de los principales medios para alcanzar la divina gracia, conforme a lo cual dice San Agustín en los libros de Doctrina Cristiana que quien leyere las Santas Escrituras hallará que virtualmente en cada hoja está escrito que Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da su gracia. Y el mismo santo, alabando esta virtud, dice que la Virgen Nuestra Señora agradó a Dios con la virginidad, mas que lo concibió con la humildad. Pues deseando

nuestra virgen mucho esta virtud y pidiéndola con mucha instancia al Señor de las virtudes, fuele mostrado en visión un hombre muerto tendido en el suelo y muy desharrapado, y que otros hombres pasaban por encima de él y le pisaban; y fuele respondido que tal había de ser como éste el que fuese verdaderamente humilde, teniendo un ánimo dispuesto y aparejado para ser hollado y maltratado de todos.

Conforme a esto, se cuenta de esta virgen que había en su monesterio una madre muy anciana, la cual todas las veces que veía a esta virgen la maltrataba de palabras, tomando para ello motivo de los ayunos, oraciones y asperezas de su vida. Aconsejóle entonces una grande amiga suya que no se encontrase con esta vieja, pues la trataba tan mal; a esto respondió la virgen: «¿esto me habéis vos de aconsejar?, ¿tengo yo otro tesoro sino ése?» Continuando la vieja sus palabras y viendo la humildad y mansedumbre de la virgen con que las sufría, convirtió la indignación en amor y las palabras ásperas en amorosas. Como esto vio la virgen, disistió luego de tal compañía, porque no hallaba allí lo que antes le agradaba. Esta virtud de la humildad era en ella tan noble que, aun siendo novicia, procuraba muchas veces limpiar los lugares más sucios del monesterio, de modo que no contenta con el afecto de la humildad interior, también procuraba serlo en todas las cosas exteriores. Y así, siendo refitolera, no contenta con la bajeza de este oficio, extendíase a más de lo que debía; porque, quitándose los hábitos de encima, ponía delante de sí un lebrillo de agua y un gran estropajo y, andando de rodillas, lavaba todo el suelo del refitorio de cabo a cabo, como lo pudiera hacer una negra de grandes fuerzas, siendo ella tan diligida. Y las que así se humillan levanta el rey del cielo para tomar por esposas.

Recibía otrosí grande pena cuando le tenían en cuenta de buena, y trabajaba cuanto le era posible por encubrir sus cosas, acordándose de aquella sentencia de San Bernardo el cual aconseja al buen religioso que tenga escriptas aquellas palabras del profeta: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi.*

Mas después que se publicó el favor y gracia de las llagas con que el Esposo quiso señalar esta su esposa, han sido muchas las cartas de señores de título y señoras que de diversas partes de España le han enviado y las visitaciones por otra parte de personas nobles que desean en una criatura ver las insignias de su criador. Preguntada, pues, cómo se había con estos favores del mundo respondió que estaba en ellos tan insensible como una piedra; y, preguntada si alguna vez era tentada de vanagloria, respondió sonriéndose, que la vanagloria era pura necedad. Esto dijo como persona que con clarísima lumbre del Espíritu Santo entendía que todo lo bueno era dádiva graciosa de la mano del muy alto, y que de sí no tenía más que nada y pecado, que es ser nada y menos que nada.

En esta virtud la confirmó también el Esposo con una maravillosa visión. Porque, estando ella el tercero domingo después de Pascua recogida en su celda, queriendo rezar nona, aparecióle el Esposo con grande resplandor y ella (como suele) derribóse humildemente a sus pies, y asentado Él y ella puesta de rodillas rezando esta hora, llegando a la antífona que dice: *noli flere, Maria, alleluya, et coetera*, que quiere decir: no llores, María, porque el Señor es ya resucitado, comenzó ella a derretirse toda en lágrimas y llorando dijo la capítula y los versos y la oración que comienza: *Deus qui in filii tui humillitate et coetera*, que quiere decir: Dios Padre, que levantaste el mundo caído con la humildad de tu Unigénito Hijo, et coetera. Acabada la oración, dijo el Esposo: «abrazate tú

esa humildad mía, porque haciendo así yo te prometo que nunca de ti me apartaré». Y, dicho esto, echóle su bendición y fuese y ella quedó de esto grandemente consolada con esta promesa, porque ella sin el Esposo no puede vivir.

Piense, pues, agora aquí el ánima humilde qué haría o qué sentiría esta virgen con un favor de Dios tan señalado y cuánto crecería más en ella el amor de el Esposo que así la visitaba y enseñaba y prometía su favor y asistencia.

Mas, porque la prueba de la fina y verdadera humildad se conoce más en sufrir las injurias que en menospreciar las honras (pues muchos pueden lo uno y no así lo otro), no faltaron ocasiones a esta virgen para esta prueba. Mostráronle una carta de un teólogo de nombre, el cual, vistas algunas relaciones, que andaban escritas, de las virtudes de esta virgen, y, preguntado qué le parecía de lo que contenían, respondió que todo era ilusión y engaño del demonio; y esta fama se extendió por la ciudad donde este padre estaba y también pasaría adelante, por ser él persona de cualidad y letras. Sabido, pues, esto por la virgen dio muchas gracias a Nuestro Señor, diciendo que esto era lo que ella siempre había deseado, que era padecer algo por su amor, y sobre todo escribió una carta a un padre espiritual con quien ella trataba sus cosas, un pedazo de la cual me pareció engerir aquí para testimonio de la verdad. Dice pues así:

«Loado sea Dios con todo, porque Él sólo es poderoso en el cielo y en la tierra y puede cuanto puede y sin pedir consejo a nadie hace sus obras suavemente. Vuestra paternidad me encomiende a Él que yo no le ofenda, y diga el mundo lo que quisiere, porque más dijeron de Él y de sus siervos. Yo estoy muy contenta porque tengo lo que siempre deseé, que es padecer alguna cosa por su amor. ¡Oh, quién fuera tan dichosa que mereciera perder la vida y cien mil vidas si las tovierá por Él! Y con todo esto no hiciera nada, porque siervos inútiles somos. El Esposo digno de ser amado, servido y tenido nos enseñe a hacer en todo su santísima voluntad y Él dé a Vuestra paternidad así mismo.» Hasta aquí son palabras de la carta que brevemente declaran el ánimo humilde de esta sierva en esta pública infamia y deshonra.

Pero otra prueba hay más fina de esta virtud, porque fue ocasionada por un padre grave de su misma orden, el cual, viendo las apariciones tan cotidianas del Esposo a esta virgen, estaba un poco dudoso de la verdad de ellas. Y no es esto de maravillar, pues el Padre Fray Raimundo, confesor de Santa Catalina de Sena, también lo estuvo por esta misma causa, hasta que fue desengañado por un especial milagro que para esto intervino. Pero no es menor desengaño el de la verdadera humildad, para conocer la fineza de la virtud y la verdadera revelación, por la cual este padre quedó muy desengañado, ca vino a darle a esta virgen una gravísima reprehensión, siendo ella inocente, donde, entre otras cosas muy lastimeras que le dijo, una fue que estaba muy dudoso de sus revelaciones, porque Satanás muchas veces se transfigura en el ángel de luz y ha engañado a muchos, así en los tiempos pasados como en los presentes. A fray Rufino, uno de los principales compañeros del Padre San Francisco, apareció en figura de Cristo Crucificado, exhortándole a que dejase la compañía del santo y abrazase la vida solitaria. A uno de aquellos padres de Egipto que tenía un hijuelo apareció en la misma figura y le persuadió que sacrificase este hijo y que merecería lo que Abraham cuando quiso sacrificar el suyo. A otros en nuestros tiempos hizo creer que habían de ser Papas y otros que ellos habían de reformar la Iglesia; y así a

otros engañó con revelaciones falsas. Por lo cual dice San Buenaventura que las revelaciones más han de ser temidas que deseadas por los engaños y ilusiones que pueden intervenir en ellas, y no es de todos saber discernir entre las falsas y verdaderas. Y puede ser que vos también seáis engañada como otros muchos; y siendo así (como sea verdad lo que Cipriano dice que el engaño y la mentira no pueden durar mucho, porque finalmente la verdad prevalece y la mentira se descubre), ¿en qué podéis vos parar sino en ser fábula del mundo, y ser tenida por otra Magdalena de la Cruz? Estas y otras afrentosas palabras le dijo este padre y todo el tiempo que en este vejamen gastó, ella estuvo tan mansa como una cordera y ninguna otra cosa hizo sino derramar muchas lágrimas, ni habló una sola palabra en descargo y defensa suya, porque pudiera ella cortesmente decir: «padre, vos no sois mi perlado, ni mi confesor, ¿por qué me tratáis tan asperamente y me juntáis con Magdalena de la Cruz, que tan mal nombre dejó en el mundo?» Nada de esto dijo sino solas las lágrimas dio por respuesta; y (lo que es cosa de mayor edificación) otro día, en pago de esta afrenta, le envió un cestico de mazapanes y unas disciplinas que este padre le había pedido, y una carta de grande agradecimiento y humildad la cual me pareció digna de ponerse aquí. Decía pues así:

«Reverendísimo padre: Sabe el divino Esposo cuanto estimé la merced que vuestra paternidad me hizo el otro día; y ahora acabo de creer que el amor que le tengo merece el que vuestra paternidad me tiene, pues como padre, que huelga de yo acertar, me avisa de lo que me conviene. Yo pido a Nuestro Señor dé vida a vuestra paternidad y fuerzas para que siempre me muestre el camino de la verdad, porque quien me reprehende quiere que yo acierte. Las disciplinas que dé a vuestra paternidad así mismo y larga continua morada en esa ánima.»

Por esta carta, con todo lo demás que aquí está dicho, verá el prudente lector cuán poco pudieron levantar el corazón de esta virgen los humos de perlada y los vientos de los favores de Sus Majestades y las cartas y visitas de grandes señores y príncipes (de que arriba hecimos mención), pues tan poca mella hicieron en su corazón. Y no menos se reconocerá también aquí la condición del espíritu de Cristo tan ajeno de toda pertinacia y soberbia y lleno de mansedumbre y humildad. También se verá aquí la suavidad y blandura de aquel corazón que se ofreció a tomar una disciplina, porque no la tomase el que tan ásperamente la había disciplinado. Pues con esta tan grande humildad y mansedumbre quedó este padre susodicho más certificado y confirmado en las cosas de esta virgen que con cuantos milagros se cuentan de ella, porque no es posible permitir Nuestro Señor que tenga lugar el príncipe de la soberbia en el corazón donde mora tanta humildad.

Capítulo VII

De la mansedumbre de esta virgen

Hermana de la humildad es la mansedumbre, las cuales dos virtudes juntó en uno el Salvador cuando dijo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y así las juntó la Santa Judit, cuando hablando con Dios dijo: tú, Señor, eres a quien siempre agradó la oración de los humildes y mansos. Y de esta virtud es muy alabado Moisés, el cual escribe de sí mismo que era el más manso de todos los hombres que moraban sobre la tierra. Pues

¿qué diremos aquí de la mansedumbre de Nuestro Salvador el cual, siendo consumado en todas las virtudes, es alabado sobre todas ellas de ésta? Por la cual causa San Juan Bautista le llamó Cordero, y así también le llama en su Apocalipsis el evangelista, y antes de ellos le llamó por este nombre el profeta Esaías, en el cual profeta el Padre eterno engrandece la mansedumbre de Él con dulcísimas palabras. Resplandeció tanto esta virtud en la vida de este Señor que de aquí tomaron ocasión los fariseos para caluniarle, poniéndole delante de una mujer recién comprendida en adulteterio, pareciéndoles que de boca tan mansa no podía salir palabra de condenación, por donde quedaría Él condenado, pues daba la vida a quien la quitaba la Ley.

Fue, pues, esta virgen tan extremada en esta virtud y resplandeció tanto en ella que parece escurecer ella las otras virtudes suyas, ca juntándose la gracia con su natural mansedumbre, vino a criarse en ella una mansedumbre extremada; porque, así como el santo Job dijo que del vientre de su madre había sacado consigo la compasión y misericordia, así podemos decir de esta virgen que del vientre de su madre sacó una natural mansedumbre, la cual perfeccionada con la gracia (que no destruye sino perfecciona a la naturaleza), vino a hacerse una tan perfecta mansedumbre que apenas sabía qué cosa fuese ira. Y porque esta virtud (como dice el Sabio) hace amables a los hombres (y aún si decir se puede, a los mismos animales, cuando son muy mansos), de aquí procedió ser ella como lo es tan amable de todas y mucho más de sus religiosas, que más familiarmente la tratan; porque es cierta cosa notable que, habiendo en este su monesterio sesenta religiosas y muchas servidoras, no se hallará entre ellas persona que de ella se queje y que no la ame intrañablemente.

Mas no sólo a los hombres sino mucho más al Esposo celestial hizo amable esta su esposa porque, como la semejanza sea causa de amor y Él sea (como dijimos) tan alabado en las Escrituras de manso cordero, no puede dejar de amar grandemente a la que ve tan semejante a Sí. Y algunas veces se me ha representado que una de las principales causas del grande amor que el Esposo con palabras y obras ha mostrado a esta su esposa ha sido esta tan extremada mansedumbre en que tanto se parece con Él. Y creo que hasta agora nadie habrá que la haya visto algunas veces airada; solamente se cuenta una manera de ira, que no fue ira sino celo de la religión; porque, haciéndose en el convento una casa de labor y queriendo algunas religiosas que se hiciesen en ella algunos armarios donde pudiesen tener algunas cosillas debajo de llave (contra el estilo de aquella santa casa donde ninguna tiene llave), ella salió con grande ímpetu diciendo que tal no se había de hacer ni alterarse nada de las buenas costumbres en que todas se habían criado, amenazándolas con el Esposo, si tal cosa se hiciese, y así no se hizo.

Y en el tiempo que andaba esta obra, siendo víspera de San Juan Baptista, le presentaron de fuera un corderico, estando ella mirando los oficiales de la obra. Tomando, pues, ella el corderico en los brazos y acordándose de la mansedumbre del verdadero Cordero, luego quedó alienada sin querer el corderico apartarse de ella. Y viendo esto los oficiales y espantándose de aquel rapto, comenzaron a llorar con grandes sollozos y suspiros viendo la figura devotísima en que la virgen había quedado en este rapto.

Capítulo VIII

De la simplicidad de esta virgen

Mas dejemos ya la mansedumbre y tratemos de la simplicidad que es también compañera y hermana de la humildad. De esta virtud de la mansedumbre no pongo aquí ejemplos ni cosas particulares porque toda su vida es una tela de perpetua mansedumbre, ni por eso pierde el rigor y entereza que se requiere para la administración de su oficio, porque lo que niega la natural condición de su mansedumbre suple la discreción y el temor de Dios que la obliga a hacer justicia, porque para esto sirve la mortificación y negación de sí mismo. A lo uno y lo otro nos encomendó el Salvador cuando puso aquel niño en medio de los discípulos diciéndoles que si no se hacían como los niños, no entrarían en el reino de los cielos. Y porque es propia de los niños la simplicidad, ajena de toda malicia, ésta nos encomendó el Maestro del cielo debajo de esta comparación de niños, de la cual alabó Él mismo al santo Job, diciendo que era varón simple y recto y temeroso de Dios. A esta virtud nos exhorta el apóstol San Pedro cuando quiere que seamos tan sencillos como los niños recién nacidos. Mas el apóstol San Pablo con la simplicidad de niños junta la prudencia de viejos y así dice él que en la malicia seamos niños, mas en el juicio y sentido de las cosas seamos hombres perfectos. Lo mismo nos aconseja el Salvador cuando dice que seamos prudentes, como serpientes y simples como palomas. Y no es pequeño negocio, ni pequeña gracia juntar estas dos virtudes en un mismo sujeto; mas el que pobló este gran mundo de cuatro elementos contrarios y los puso en paz y concordia, es también poderoso para juntar estas dos virtudes, que parecen contrarias, en un corazón, como realmente las puso en esta virgen. Porque su discreción y prudencia es tal que, no teniendo la edad que el concilio pide para ser perlada, el padre Provincial con todos los padres de consejo fueron de parecer que se propusiese para este cargo, no sólo por su virtud que era muy notoria sino por su prudencia y discreción; y así fue electa por sus religiosas en perlada, un año antes que recibiese las llagas.

Mas la simplicidad y sinceridad suya exprimentan cuantos la tratan porque no ven en ella ningún género de malicia, ni astucia, ni doblez ni sospecha de nadie; antes, si un defecto le cuentan de alguna persona, procura contarle y echarlo a la mejor parte. De todos siente bien y de ninguno mal; su conversación es llana, humilde, alegre y sin alguna sombra de singularidad o de hipocresía o de fingimiento o de recatamiento demasiado. Porque (como dice el Sabio) quien anda simplemente anda confiadamente, sin temer mal de nadie, es su vida y ánima como una fuente clara que descubre hasta las arenicas muy pequeñas que están debajo de ella; o como una casa abierta por todas partes, donde quien está de fuera ve cuanto hay dentro de ella, sin haber cosa escondida o solapada. De donde resulta que todos cuantos la ven y hablan con ella, aunque hayan antes dudado de sus cosas por ser tan grandes, salen de ella no sólo desengañados sino también edificados y devotos, porque como la virtud y la verdad tenga tanta fuerza ven claro que en aquel pecho tan abierto no hay doblez ni fingimiento sino pureza y simplicidad.

Vese también esta simplicidad en lo que aquí diré. Saben todos el amor grande que esta virgen tiene a la cruz (a la cual llama su esposa, con la cual un tiempo dormía abrazada como arriba dijimos). Entienden pues sus devotos que le hacen un presente muy agradable cuando le ofrecen algunas cruces pequeñas; y, por muchas que le den, nunca se harta de ellas y trae el seno lleno de cuantas en él caben, y con grande simplicidad y alegría las

llama sus espositas. Y de la manera que, cuando era niña, se alegraba y andaba abrazada con sus muñecas, así ahora se alegra y anda abrazada con estas sus espositas; y, si algunas de ellas le piden, dala con dificultad; pero, ya que la da, es con mucha alegría, como quien da una cosa que mucho ama; lo cual todo es muestra de su simplicidad y del amor grande que tiene a la cruz de su Esposo.

Vese también esta simplicidad en las lágrimas que derrama cuando alguna vez el Esposo se aparta de ella, como lo hace un niño chiquito cuando se ve sin su madre; y así dice ella que se ha en este caso con ella el Esposo «como una madre con un hijo pequeño que mucho ama, dándole a veces el un pecho y otras escondiéndolo, para que, llorando por él se lo torne a dar, tomándolo en sus brazos. Así Él, más deseoso de me dar a gustar su divino pecho, primero me da una gran sed de él y me lo muestra de lejos; y, llorando yo mucho, no se puede Él contener que no me lo dé abundantísimamente.» Y, generalmente hablando, todas las veces que recibe algún agravio (de los que ella tiene por agravios, que son los que tocan a su ánima o a la honra del Esposo que ella tiene por suya), luego se va a quejar a Él con lágrimas amorosas y tiernas, como lo hace un niño chiquito, que luego acude a su madre con cualquier agravio que le hacen. Y todas las veces que esto acontece el Esposo interiormente la consuela; y a veces con apariencia exterior, de lo cual adelante contaremos una cosa notable.

Muéstrase también en ella esta virtud, considerando la facilidad y llaneza con que dá cuenta a sus padres espirituales de los favores y mercedes que recibe de Nuestro Señor, refiriendo cosas muy grandes con toda simplicidad y sin ningún encarecimiento, como si fuesen cosas domésticas y familiares. Y así nos acaece con ella como al patriarca Jacob con su hijo José el cual contaba simplemente el sueño de que el sol y la luna y once estrellas le adoraban; y, no haciendo él caso de esto, el padre viejo secretamente en su pecho lo ponderaba.

Y no es de maravillarse que el Esposo, que tan estrecha familiaridad quería tener con ella, la hiciese tan extremada en esta virtud, pues está escrito: abominables son a Dios todos los escarnecedores y con los simples tiene todo su trato y comunicación. Así la tenía con San Pablo el que llaman el simple, el cual privó tanto con el amador de esta virtud que los milagros que no podía hacer el grande Antonio, hacía él.

Capítulo IX

De la grande obediencia de esta virgen

Muy compañera y hermana de la verdadera humildad es la obediencia, así como por el contrario la desobediencia es hija de la soberbia, como dice el santo Job, por estas palabras: el hombre vano se levanta con soberbia y como hijo de una bestia salvaje se tiene por libre para hacer lo que quiere. Tal era Faraón, el cual, oída la embajada que le traía Moisés de parte de Dios, sobre que le dejase libre a su pueblo, respondió: ¿quién es Dios para que le obedezca? No conozco a Dios ni dejaré libre a Israel. Mas por el contrario el verdadero humilde, como se tiene por tan bajo, fácilmente se sujeta a cualquier otra persona por baja que sea, mayormente a los perlados a quien se debe tan estrecha obediencia que dijo el

Salvador hablando con ellos: quien a vosotros oye a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia. Pues con esta palabra se abrazó nuestra virgen obedeciendo a sus perlados como al mismo Dios. Y así como tratando de la humildad referimos un apareamiento del Esposo, el cual, después de haber rezado con ella, le encomendó la virtud de la humildad, así contaremos aquí otro no menos admirable en que le encomendó la virtud de la obediencia, en la cual consiste todo el buen gobierno de la religión. Porque lo que es en la guerra la obediencia de los soldados al capitán eso es en las religiones la de los súbditos al perlado; sin esta obediencia el ejército es luego perdido y sin ella también la religión. Entrando pues esta virgen una vez en su celda en la fiesta del nacimiento de Nuestro Salvador, halló al niño Jesús muy hermoso como nacido en aquella hora y tomándolo en los brazos con grande alegría, la fueron a llamar por parte de la obediencia; entonces la obidiente virgen dejó al niño y fue a cumplir la obediencia, y acabada ésta volvió a la celda con grande priesa y halló al niño mucho más hermoso y crecido como de edad de siete años; y viéndolo así le dijo: «hermosura mía, ¿no os dejé yo ahora tan chiquito?, ¿cómo crecistes tan presto?» Respondió Él entonces: «tu obediencia me hizo crecer; y, si tú no obedecieras, yo me fuera de ti; mas porque fuiste y tornaste, por eso me hallaste, y prométote que siempre así sea». Pues por este favor tan admirable, con que el Esposo le declaró la dignidad y excelencia de esta virtud, entenderá el prudente lector cuán devota y amiga sería esta virgen de ella y cuán desapropiada de su voluntad teniendo tal motivo y tal ejemplo para obedecer de aquel Señor que fue obidiente hasta la muerte.

Otro argumento contaré aquí por el cual se conocerá la fuerza de esta virtud. Después que con el ejercicio de las virtudes susodichas creció esta virgen en el amor del Esposo, padecía muchos raptos de los cuales haremos mención adelante en el capítulo donde se trata de su caridad. Estando pues de esta manera arrebatada, no hay voces ni tormentos que la hagan volver en sí, sino sola la voz de la obediencia, por muy baja que sea; porque con cualquier mandamiento de la perlada o recaudo que ella le envíe luego vuelve en sí. Y dice ella que no oye las palabras con que la despiertan sino que quien la tiene presa la suelta de aquella amorosa prisión y así queda libre para poder volver en sí. Donde podemos decir lo que la Escritura dice cuando se paró el sol por mandamiento de Josué, que obedeció Dios a la voz de un hombre, así podemos aquí en su manera decir que obedeció Dios a la voz de la obediencia, pues, siendo el Esposo el que la tiene presa, en sonando esta voz, la suelta. Por lo cual entenderán los amadores de esta virtud cuánta sea su excelencia, pues hace obidiente al Señor de todo lo criado. Y algunas veces ha acaecido darle recaudos falsos de parte de la perlada y con ellos en ninguna manera despierta, y aun otra cosa más notable: acaeció que una religiosa pidió a la perlada con mucha importunidad la inviase a despertarla, lo cual no quiso ella conceder, porque sabía la pena que esta virgen recibía en privarla de la consolación que recibe cuando así está elevada y suspensa en Dios; pero siendo muy emportunada, dio licencia de palabra sola y no de voluntad y, dándole este recaudo falso, el Esposo que la tenía presa no la quiso libertar.

Otro ejemplo hay que declara cuán resignada tiene esta virgen su voluntad en la de su superior, presupuniendo para esto la sed y hambre increíble que tiene del Santísimo Sacramento. Acaeció pues que el año de ochenta y cuatro alcanzó licencia para que, después de encerrado el Santísimo Sacramento en la custodia el sábado santo, se le diese a ella, y quisiera que este sábado santo pasado se le concediera lo mismo, y creció más esta hambre por no haber comulgado el día precedente que era el santo viernes; y el deseo era

tan grande que con ningunas palabras se podría explicar. Escribió entonces ella una carta a su padre confesor diciendo que ella moría con deseo del Esposo y que a los que mueren no se niega el Santísimo Sacramento. A esta carta y a otro mensajero que vino después de ella sobre la misma demanda, respondió el padre negándole la licencia. Oída esta respuesta quedó su espíritu tan quieto y tan sosegado (habiendo precedido este tan gran deseo) como si nunca lo hubiera tenido, lo cual nos declara cuán resignada estaba aquella voluntad en mano de aquellos a quien se debe la obediencia.

En una sola cosa obedeció con grande dificultad, que es haberle mandado el Perlado que escribiese algo de su vida y de los favores que de Nuestro Señor había recibido. Estuvo ella muy repugnante a esto, porque estaba dubdosa si aquella obediencia era obligatoria, mayormente creyendo ella que aquella escriptura se había de publicar, lo cual en gran manera recelaba. Y así estuvo muchos días que no podía aplicarse a esto, porque contendían en su corazón dos hermanas muy amigas, que era, por una parte la obediencia, y por otra la humildad recelaba de hacer cosa que redundase en alabanza propria; pero finalmente la obediencia prevaleció y púsose a hacer lo que le mandaban y así escribió un cuaderno de algunos favores señalados que Nuestro Señor le había hecho, el cual vino a mi poder, escripto de su mano, y las cosas que contenía van engeridas en esta historia en los lugares que pertenecen.

Mas, bien considerado el negocio, de tal manera cumplió esta virgen con la obediencia que también guardó la cara a la humildad; porque por la obediencia escribió lo que pertenecía a la gloria de Dios, que eran los favores que Él le había hecho, y por la humildad calló las virtudes que ella con su ayuda había obrado. Por lo cual no va esta historia tan poblada de obras virtuosas como yo quisiera, porque no tuve para esto la ayuda de su escriptura, como la tuve para lo otro y así solamente escribí en esta parte lo que pude por algunos medios alcanzar.

Capítulo X

De la pureza virginal de esta esposa de Cristo

Todas estas virtudes susodichas hermoseaban el ánimo de esta virgen, porque éstas son las joyas y atavíos que agradan a los ojos del Esposo celestial, pero no menos le agradaba la pureza de su propósito virginal, que es el que la hace esposa del rey del cielo, por haber renunciado por su amor los esposos y regalos del mundo. Esta pureza se entenderá por lo que diré. Refiriéndole su padre confesor las batallas y tentaciones con que Nuestro Señor ejercitaba y probaba la virtud de algunos santos, conforme a lo que leemos en las batallas y tentaciones que padeció San Hierónimo, San Hilarión y el grande Antonio y otros semejantes. Y, preguntándole si el Esposo la ejercitaba de esta manera, respondió que dos mercedes entendía por la experiencia haber recibido de Nuestro Señor, cuando fue servido de señalalla con la figura de sus preciosas llagas: la una que estaba como insensible a todas las honras y alabanzas que por esta causa el mundo le hacía, lo cual ordenó así la divina Providencia, porque, como por razón de estas llagas había de ser celebrada y nombrada en todo el mundo y visitada con cartas y en presencia de grandes señores, era razón que Él que estas preciosas llagas le concedía le concediese también una profunda humildad y cuasi

insensibilidad contra estos loores, porque de otra manera redundara en mayor daño suyo este tan grande beneficio. La otra fue que no sentía en su ánima movimiento alguno sensual, porque en carne estampada con tan preciosas señales no era razón que hubiese movimiento alguno sensual. Lo cual era justo que así fuese, porque tal era razón que fuese el lecho florido donde el Esposo celestial había de reposar. Y no podía ser menos, porque como a la olla que yerve no se allegan moscas, así en aquel corazón que andaba todo abrasado en el amor del Esposo con la fuerza de la caridad violenta (que no deja pensar en otra cosa sino en lo que ama), no podían caber las moscas importunas de los pensamientos subcios, que de tal lugar huyen. De esta manera de victoria (que es vencer y despedir de sí con el amor los malos pensamientos), dice elegantemente Crisólogo que es tierna y delicada manera de pelear e alcanzar vitoria de todos los vicios con solo amor. Porque, como no hay cosa más suave que el amor de Dios, dichoso es aquél que de tal manera le ama, que amando vence y triunfa de todos sus enemigos. Por donde entendernos que la castidad de esta virgen era como heroica, porque a las virtudes heroicas (como dice Santo Tomás), pertenece no vencer las tentaciones sino, no sentirlas, como al mismo Santo acaeció cuando dos ángeles de parte de Dios le ciñeron una cinta de castidad, porque dende entonces nunca más sintió en su carne estímulo contrario a esta virtud. Pues tal convenía que fuese la pureza de esta virgen para que no hubiese en ella sombra ni imagen de cosa que no fuese limpia en el ánima que el rey del cielo tomaba por esposa. Y así la representó el esposo a la madre Ana de San Francisco (de que al principio hicimos mención) la cual la vio en espíritu tan clara y pura como un cristal. Y no es esto de maravillar, porque, como este Esposo sea tan celoso de la pureza de sus esposas, Él toma a cargo la guarda de ella y no sólo Él, mas los ángeles, como fieles ministros suyos, tienen este mismo cuidado, ea éstos son los setenta fuertes, que guardan el lecho de Salomón, con sus espadas puestas sobre los muslos, a punto de desenvainarlas cuando algún peligro se ofrece. De Julio César, emperador, se escribe que repudió la mujer que tenía, no por culpa que toviere, sino por alguna sospecha que el pueblo tenía de ella, diciendo que la mujer de César no sólo había de carecer de culpa sino también de sospecha de ella. Pues, si esta pureza se requería para la mujer del rey de la tierra, ¿qué será necesario para la esposa del Rey del cielo? Y así Él no dejaba pasar sin áspero castigo cualquier defecto que hubiese en ella, por pequeño que fuese; y acerca de esto contaré aquí una cosa notable para edificación y aviso de las esposas del Señor. Acaeció a esta virgen que, estando unas religiosas leyendo por un libro profano, pasando ella por aquel lugar, detúvose un poco oyendo lo que se leía, y después, entrando en su celda, halló al Esposo muy sereno; ella entonces, cubierta su cara de una gran vergüenza y confusión, determinó de hacer justicia de sí misma, tomando una grande disciplina, y, para esto, encerróse de noche en una casa apartada y puso una vela encendida de fuera, y comenzando ella a tomar su disciplina, ¿qué diré aquí?, ¿quién pensara que de tal manera cela el Esposo la pureza de sus esposas? Estando pues ella de esta manera disciplinándose, llegan dos demonios y apagando la candela, comenzaron también ellos a disciplinarla; y entonces, llamando ella por el nombre de Jesús y repitiendo muchas veces, le apareció Santa María Magdalena, cercada de grande resplandor la cual traía una vela blanca encendida y, levantando a la virgen del suelo, le dijo: «¿en vos liviandades?» Ella le prometió que nunca más oiría aquel libro ni otro que fuese tal. Y así lo hizo y, si alguna vez lo veía, huía de él como de fuego. Y contaba ella después que, aunque le dolían mucho los azotes de los demonios, pero que mucho más sentía la confusión y vergüenza de las palabras que la Magdalena le había dicho. Esto que aquí he referido confieso que fuera para mí cosa increíble, si no lo leyera escrito de la mano de la misma virgen, porque a mi corto

juicio parecía que bastaría por castigo de tan pequeña culpa la vergüenza y la disciplina que esta virgen tomaba por ella; mas permitir Nuestro Señor que los espíritus malignos fuesen ejecutores de esta sentencia, esto me pone admiración y me da a entender que pequeñas culpas, en los que han recibido de Dios grandes beneficios, merecen pequeño castigo; aunque por otra parte no me espanto permitir Nuestro Señor que los demonios maltratasen esta virgen, pues mucho peor trataron al grande Antonio, sin preceder en él algún dilito. Y porque habemos hecho aquí mención de la Santa Magdalena, será razón decir algo de la amistad muy estrecha que esta virgen tiene con ella, ca muchas veces, cuando el Esposo le aparece, trae consigo esta gloriosa Santa y le encomienda mucho a esta esposa, de donde le creció grandemente la devoción y afición para con ella. Y así, en el día que se cantan los evangelios que de ella tratan, trabaja por hacerle grande fiesta, y ordinariamente la llama mihna hermosa y la Santa a ella llama por el mismo nombre y muy familiarmente la visita, unas veces en compañía del Esposo y otras sin Él. Y apareciéndole una vez esta Santa, le dijo estas dulces y amorosas palabras: «de cuantas personas tengo afición y me aman, a ninguna quiero más que a vos; y en todo el tiempo que en esta vida estoviéredes, nunca de vos me olvidaré, porque así me es mandado; y en el fin de la vida no os dejaré, mas entonces veréis claramente cuánto me agradastes».

Un día de la fiesta de esta gloriosa Santa, acabando el convento de comer, se fue esta virgen al coro con intención de perfumarlo y enramarlo, como lo acostumbra en las fiestas de esta Santa; mas púsose primero en oración y, olvidada de lo que iba a hacer, fue elevada en espíritu por esta su Hermosa, a oír unas vísperas muy solemnes, donde estaba Nuestro Señor con grande número de santos y santas; y no volvió en sí sino ya tarde, acabadas las vísperas del convento. Y vuelta en sí, quisiera comenzar lo que iba a hacer, mas dijéronle la hora que era, de que ella quedó muy corrida, como si la hubieran tomado en algún hurto.

Esto he querido referir aquí para declarar la devoción especial que esta virgen tiene con la Santa Magdalena.

Capítulo XI

De la caridad de esta virgen con los prójimos y para con Dios

[El amor de los prójimos. Algunos ejemplos]

Vengamos, después de estas virtudes susodichas, a la reina de todas ellas, que es la caridad, la cual (como dicen los teólogos) es un hábito que infunde el Espíritu Santo en los corazones de los justos, del cual proceden dos actos como dos ramos de una misma raíz, que son amor de Dios y del prójimo por amor de Dios, como cosa que pertenece al mismo Dios. Porque, como suelen decir: quien ama a Beltrán también ama su can. De estos dos actos virtuosos trataremos aquí brevemente, porque cosas más altas que tocan a esta materia se guardan para adelante. Comenzando, pues, por lo menor, que es el amor de los prójimos, fue esta virgen muy amiga de ellos y señaladamente de los pobres, a los cuales llama sus

parientes y háceles todo el bien que puede, según su posibilidad. Y después que entró en la religión, tenía siempre por costumbre partir la comida que le daban (que es harto estrecha) para dar a los pobres. Y, andando ella cerca del torno, si algún pobre llega a pedir limosna, dale todo cuanto las porteras tienen guardado para socorrer a las necesidades que vienen, y, alguna vez, no teniendo que dar, pidió licencia a la perlada para dar el escapulario. Y ahora que es perlada, da cuanto puede de la comunidad, diciendo que hasta los cálices se han de vender para socorrer a las necesidades de los prójimos; y no sólo se dá limosna a los pobres que vienen al torno, mas también a veces se envía a los pobres de la cárcel pan amasado. Y las religiosas, con este ejemplo, quitan muchas veces el manjar de la boca para acudir a los pobres y así se maravillan de lo poco que en el monesterio se gasta y de lo mucho que sale para fuera; y el Señor por cuyo amor esto se gasta, por otra parte lo multiplica todo, porque en este tiempo se ha hecho un gran lienzo de soldetorio, y un coro que, así en la hermosura del beneficio como en la devoción y frecuentación de las religiosas, más parece coro de ángeles que de criaturas humanas.

De esta caridad tenemos algunos ejemplos dignos de memoria. Estaba una monja vieja muy enferma, y habíale dado una locura de no querer comer; y con esto tenía los labios llenos de materia y sangre y muy asquerosos; y, como la caridad es ingeniosa y a esta virgen no le falta ingenio, determinó buscar manera cómo curarla. Por lo cual usó de este medio: entró en su celda, comiendo de un pan. Díjole entonces la vieja: «¿y vos coméis?, ¿qué es eso que coméis? Respondió ella: «es pan bendito de lo del refitorio. Come vos también, como yo de él». Respondió ella: «sí comeré, pero con tal condición que comáis del pan por la parte que yo comiere». Entonces la vieja dio un bocado en el pan y dejólo todo ensangrientado, y díjole que mordiese ella por aquella parte que ella había mordido. Y la virgen, tomando el pan en la mano para morderle por aquella parte, revolviósele el estómago por ser naturalmente limpiísima, mas con todo, venciendo con la caridad de esta dificultad, dio otro bocado en el pan, y así, bocado a bocado, hizo comer a la doliente. Esta obra de caridad agradó tanto al Esposo que le apareció esa misma noche y le dijo: «mucho me agradaste en eso que heciste por amor de mí; y por el amargura que en eso recibiste, quiero que bebas de esta fuente de mi costado». Y así bebió allí un licor tan suave que no se puede explicar. Y no contento con esto, «por esto que hiciste (dijo Él), daré salud a esa enferma». Y así se la dio. Había también otra vieja en la misma enfermería, tan sucia y de tan mal olor que ninguna servidora se aplicaba a quererla servir; mas el amador de las ánimas no faltó a quien faltaban sus criaturas, porque apareciendo el Esposo a esta virgen, le mandó que curase a Él en ella, porque estaba enfermo. Oyendo esto la virgen, alegróse tanto de ver que se le ofrecía ocasión para ser ella enfermera de su Esposo que se levantaba muy de mañana y acudía a la vieja y lavaba los orinales y todo lo demás; y no le parecían aquellos olores sino suavísimos olores y limpiaba a la vieja y abrazábala con grande amor, tanto que decía la vieja: «quítate de ahí, María, que te pegaré el mal, que estoy hética». Y, si por acaso alguna servidora llegaba a hacer algo en Servicio de la doliente, pesábale por quitársele la ocasión de aquella buena obra.

Otro ejemplo admirable contaré aquí de la caridad de esta virgen por los prójimos. Siendo esta virgen enfermera y recogíendose a su celda, le mostró Nuestro Señor un hombre que ella no conocía, el cual, estando para morir, no se llevaba consigo sino sus pecados. Y vio ella el ánima de este hombre miserable, tan abominable y tan hedionda que no se puede explicar, y, con todo esto, no quería confesarse. Viéndolo pues ella así,

comenzó con muchas lágrimas y entrañable dolor a pedir a Nuestro Señor sanase aquella ánima; mas Él respondió que su justicia pedía que fuese condenada. Pero ella, alegándole con su misericordia, le prometía que no desistiría de su petición hasta ser despachada; mas Él respondía que tal hombre no merecía perdón. Y pasando parte de la noche en esta porfía, finalmente dijo ella: «yo os prometo, Señor, que no tengo de partir de aquí sin que me deis esta ánima; y, si esto no hiciéredes, no quiero nada de Vos». Y finalmente con esto vencido el Omnipotente prometió a su esclavilla (como ella aquí se llama) que perdonaría esta ánima; y mandóle que se levantase y fuese servir a las dolientes, que era ya hora. Y volviéndose ella a su celda, acabada su odidiencia, vio aquella alma ya clara y hermosa, y el Esposo le daba gracias, diciéndole que por su ruego aquella ánima se salvara. Y estando ella rogando por ella, falleció este hombre con penitencia y su ánima fue llevada al purgatorio; mas la virgen no descansó hasta verla puesta en lugar de descanso.

Oída esta historia, dije yo a esta virgen cómo había osado hablar al Esposo palabras tan estreñidas. A esto respondió que el Esposo lo quería así, porque procedía este atrevimiento de grande amor y confianza en Él. Porque «¿para qué (dijo ella), me descubría Él, el estado de aquel hombre, si no para que yo ejercitase esta obra de caridad y le rogase por él y quedase yo más encendida en el amor de quien tanto hacía por mí?» Otra cosa semejante a esta refiere Gregorio Nacianceno en un sermón que hizo en la muerte de una santa hermana suya, por nombre Gorgonia, de la cual cuenta que, estando muy enferma, se levantó de noche como pudo y se fue a un altar que tenía en su casa, donde estaba el Santo Sacramento, y puesta de rodillas, dijo: «Señor, no me tengo de levantar de aquí si no me dais salud. Así lo dijo y así lo cumplió el Señor que huelga con estos atrevimientos, porque nacen de dos virtudes que Él mucho precia, que son amor y confianza. De la cual también usó Moisés cuando pidiendo perdón por el pecado del pueblo dijo: Señor, si no perdonáis a este pueblo, borradme del libro en que me tenéis escrito.

Mas, volviendo al propósito principal, hallaremos aquí muchas cosas que notar: la primera es la profundidad de los juicios de Dios, de donde procedió querer salvar un hombre tan perdido y cuasi ya condenado. La segunda es el secreto de la divina predestinación, ca este hombre estaba predestinado para la gloria y tenía el mismo Dios determinado este tan estreño y nuevo medio para que se ejecutase lo que Él tenía ordenado. La tercera: aquí tenemos una gran muestra de la infinita bondad y misericordia de Dios para con los pecadores, para que ninguno, por grande pecador que sea, desmaye ni pierda la confianza, haciendo lo que es de su parte, pues tenemos un Dios tan bueno y tan piadoso. La cuarta es que tampoco pierdan la confianza los que oran, si luego no cumple Dios su petición, ca muchas veces dilata las mercedes para despertar nuestra devoción y hacernos perseverar en la oración, como lo vemos en este ejemplo y también en el de la Cananea, en los cuales, queriendo el Señor por una parte hacer lo que se le pedía, por otra se hacía de rogar porque insistiésemos en nuestra petición. La quinta; aquí veremos cuán grande sea el amor que tiene Dios a sus santos y cuánto quiere honrarlos y cuánto pueden para con Él las oraciones de ellos, pues por ellas algunas veces se salvan los que sin ellas se perderían, como lo vemos en este ejemplo.

Mas, con todo esto, no costó poco a la virgen la salud de esta ánima, porque fueron grandes las persecuciones que los demonios levantaron contra ella. Y así, estando una noche en su celda, saltaron contra ella dos demonios que la quisieron ahogar, y echando

ellos la mano en la garganta, acudió la Virgen Nuestra Señora y su Hermosa con grande claridad y alegre vista; y, lanzados fuera los demonios, la consolaron y sanaron, poniéndole la mano en la garganta, diciéndole que no hubiese miedo porque más miedosos iban los demonios. Esto pasó así enteriamente, y los demonios la amenazaban diciendo que la habían de matar y que no habían de descansar hasta quitarle la vida y que ella había de ser condenada porque les había quitado aquella ánima que era suya. Y una vez estando esta virgen en una escalera sirviendo a una doliente, vino un negrillo y tiró por el pie de la escalera y así la derribó al suelo y fuese dando grandes risadas de lo que había hecho.

Otra vez permitió Nuestro Señor que el demonio levantase entre las religiosas algunas diferencias y desgustos, y andaba el enemigo de toda paz en figura de can muy negro y torpísimo, con la lengua grande de fuera lamiendo por todo el convento sin parar; y comenzábase ya (si Dios no acudiera) a levantar gran tribulación; y la virgen vía este can andar muy solícito por el convento, y encontrándose un día con él, quitóse la cinta y dióle con ella cuanto pudo; esto hizo por tres veces, y a la tercera se fue el can dando grandes alaridos, y luego quedó todo pacífico. Y decía ella que no había cosa que más le atormentase que ver cualquiera turbación entre las religiosas, por pequeña que fuese. A todos quería mucho y así deseaba la consolación de cada una como la suya propia. Decía que antes escogiera padecer todos los trabajos que ver alguna padecerlos: tanto era lo que se dolía del mal ajeno. Y así no cesaba de rogar a Dios por todas, aunque sabía que por medio de ellas alcanzara ella muchas mercedes de Dios, mas que en esto se lo quería satisfacer.

Este hecho nos declara cuánto el espíritu malo procura sembrar discordias en todas las comunidades, porque sabe cuánto gana él en esta mercadería y cuántos pecados se hacen, cuando los corazones están divisos. Y si este es el oficio del espíritu malo, síguese que a éste será contrario el del Espíritu Santo; y por esto nos aconseja el apóstol que andemos muy solícitos por conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz, para lo cual alega todas las principales causas que hay de esta unidad, diciendo que todos somos un cuerpo y un espíritu y todos llamados para una misma esperanza de la vida eterna; y que todos tenemos un Señor y una fe y un bautismo y un Padre que es Dios, que mora en todos nosotros. Pues donde hay tantas razones unidas, ¿cómo es posible que haya división? Y sobre todo esto, el mismo Señor nuestro, víspera de su Sagrada Pasión, entre otras cosas, pide a su eterno Padre que todos sus discípulos sean con Él vitalmente una misma cosa, así como el Padre y el Hijo lo son. Y a esto nos convida el profeta alegándonos, demás de la bondad de la obra, la suavidad y alegría que en esto hay, y así dice: mirad cuán buena cosa es y cuán alegre morar los hermanos en uno, que es en esta unidad y concordia. Y la razón de esto da San Crisóstomo diciendo que donde está la hermandad, ahí las prosperidades son mayores, porque se comunican a muchos; y las adversidades son mayores, porque el sentimiento de ellas se reparte por muchos. Mas, aunque esto sea cosa tan buena y tan fuerte, es tan dificultosa de hallar entre hijos de diversas madres y de diversas condiciones que sólo Dios es poderoso para conservarla, y así, entre sus grandezas y maravillas, cuenta el profeta ésta por una: que Él hace morar en una comunidad muchos con una ánima y un corazón, como San Lucas lo cuenta de los fieles de la permitiva Iglesia.

Estando esta virgen un día por la mañana en el coro, vio que entraba en el convento de Santo Domingo un hombre muy mundano y poco arrepentido. Pidió ella con grande

instancia a Nuestro Señor que, ya que le mostraba aquella ánima, le diese arrepentimiento de sus pecados para que, confesándose, mereciese el perdón de ellos. Insistiendo pues ella en su petición con muchas lágrimas, fue este hombre mudado y luego se confesó en Santo Domingo a un religioso, al cual dijo que, estando allí, sin venir con propósito de confesarse, súbitamente se hallaba mudado y le pesaba mucho de sus pecados. Y hablando este religioso que le confesó con esta virgen, le dijo ella lo que pasaba, antes que él se lo contase, y quisiéramo él negar, mas cuando vio lo que ella decía, se espantó mucho, porque realmente así pasaba en la verdad.

Otro caso acaeció a esta virgen, semejante a éste, que fue así: que, estando esta virgen una noche, cerca de las once horas de la noche, abrazada con su cruz en oración cuasi despierta, se le ofreció en la imaginación un hombre que venía por la calle del monesterio con propósito de hacer una grande ofensa a Nuestro Señor; y ella, muy sentida de esto, pedía al Señor en su corazón que atajase esta ofensa suya por el modo que fuese más servido; y veía en espíritu a este hombre tan clara y distintamente que, mostraran, lo conociera. Y pasó así: que en la misma noche y a la misma hora pasaba por aquella calle este sobredicho hombre con la determinación que dijimos; y llegando cerca del monasterio, parando un poco, le vino a la memoria esta sierva de Dios de quien tantas maravillas oía, pensando cuán diferentes pensamientos tenía ella de los que él llevaba; y, estando en esto, le parecía que la veía delante de sí con su hábito de monja, y blanco, y velo negro, mostrándole señales de que quería impedirle su camino. Este hombre súbitamente volvió en sí, conociendo su culpa, y en aquel instante mudó el propósito que llevaba y volvióse a su casa contrito y enmendado. Y él mismo contó este caso, y la virgen dijo también lo que pasó en su corazón. Y conferiendo lo uno con lo otro, fue todo a un tiempo y a una hora. Pues ¿quién, considerando esto, no exclama con el apóstol: ¡Oh alteza de la sabiduría de Dios!; cuán incomprendibles son sus juicios y cuán dificultosos de atinar sus caminos! Estos son los juicios de su misericordia, que alegran las hijas de Judá; mas otros hay de justicia, que atemorizan y espantan, aunque éste también su manera espanta, pues por un medio tan misericordioso y extraordinario llamó para sí un hombre, cuando iba a ofenderle, como llamó a San Pablo cuando iba a perseguir la Iglesia. Estas ocasiones da muchas veces Nuestro Señor a sus siervos para ejercitar su caridad.

Culpas ajenas no las veía esta virgen, porque se tenía por la más culpada de todos; mas cuando Dios le mostraba alguna culpa, no comía ni bebía hasta no ser remediada la persona que la tenía y estar muy cierta de esto, viendo los personales manifiestos. Y, como ella sabía del Esposo cuánto esto le agradaba y que por esto se le mostraba, prometía ella de no levantarse de sus pies hasta ser bien despachada.

I. [Caridad para con el Esposo. Ejemplos]

Y pues habemos dicho de la caridad de esta virgen para el prójimo, digamos ahora algo de la que tiene para con el Esposo. En este tiempo comenzó Él a comunicársele y hacerle muy particulares mercedes y despertarla con muy continuas inspiraciones y aparecimientos, entre los cuales fue uno en que le mostró el grande amor con que amaba a ella y a todo el

género humano. Este favor y regalo, de tal manera encendió y prendió el corazón de ella, que, tomada de este nuevo vino del Espíritu Santo, andaba ordinariamente cuasi fuera de los sentidos, de la manera que se dice de San Bernardo, de quien se escribe que al principio de su conversión andaba tan elevado en Dios que a veces perdía el uso de los sentidos, de modo que viendo no veía, y oyendo no oía, y gustando no gustaba; y así comía unas cosas por otras, muy diferentes. Lo mismo acaeció a esta virgen, por donde muchas veces no sabía dónde estaba, o dónde iba o venía; otras veces, andando por el dormitorio, no atinaba a su celda, hasta que alguna religiosa la encaminaba. Y, porque sintía mucho verse esto, tomó por remedio colgar en la cortina de la celda un velo puesto (como que lo tenía allí para quitársele el olor de tinta, como lo suelen hacer las religiosas), y muchas veces ni aun esto bastaba. También hablaba despropósitos y los ponía por obra, llevando y trayendo unas cosas por otras y a unos lugares por otros.

Una vez, siendo ella refitolera, una religiosa, grande sierva de Dios y muy amiga suya le vino a ayudar a concertar el refitorio. Y, mientras ella ponía las mesas, mandó a esta virgen que fuere apriesa por un cántaro de agua; mas ella iba tan desacordada que, a cabo de rato, entra por las puertas del refitorio con una silla en la cabeza, de la que la otra madre quedó por una parte indignada y por otra espantada de tal desacuerdo.

Siendo también ella vestraria, cuyo oficio es poner a todas las religiosas cada sábado sus tocados en la cabecera de las camas, estaba ella tan alienada que andaba buscando en el claustro las celdas de las religiosas. De estos desatinos tan acertados se cuentan muchos que sería largo de contar.

Sentía mucho la virgen entenderse estas cosas y costábale muchas lágrimas, por parecerle que por esta vía la ternían en buena cuenta, lo cual ella como verdadera humilde, recelaba mucho; así vinieron a competir en su corazón estos dos afectos: ca por una parte deseaba evitar estos loores, y por otra, no pudiendo apartarse del amor del Esposo, que esto causaba, tomó por remedio ponerse en sus manos y entregarse al gobierno y leme de su vida, para que Él la gobernase como más fuese servido.

Creciendo, pues, cada día en el amor del Esposo y en el ejercicio de las virtudes, que de él proceden, llegó la fuerza del amor a estar a tiempos tan arrebatada y tan fuera de los sentidos, como si fuera un cuerpo de palo, y ni con retorcerle los dedos ni con otros tormentos volvía en sí. Y acaeció que una niña traviesa que había en el monasterio, de poca edad y mucha malicia, viendo a esta virgen de esta manera alienada, para probar si esto era verdad le hincó un alfiler en el brazo, mas ni esto bastó para acordarla de aquel dulce y suave sueño en que dormía en que su corazón velaba, aunque, después de vuelta en sí, sintió el dolor. En lo cual podremos conjeturar qué tan suspenso y encendido estaba el corazón de esta virgen en el amor del Esposo, pues elevaba consigo todos los espíritus y fuerzas del cuerpo y así lo dejaba desamparado de todo el vigor y fuerza de los sentidos.

Mas hallóse un muy fácil remedio para volverla en sí, que fue la voz de la obediencia, de que arriba tratamos en el capítulo de la obediencia.

Y aunque éste sea grande argumento e indicio de esta caridad, pero otro hay no menor, que es lo que padece con cualquier palabra tierna que se habla, aunque en común

conversación; porque está su corazón tan abrasado y encendido en el amor del Esposo que con cualquier soplo, por muy pequeño que sea, luego arde y levanta la llama, quiero decir que con cualquier palabra que se le diga o ella piense del Esposo, a la acordándose de las pajas del pesebre del niño Jesús, luego es ida; y, si le hablan de trigo, acordándose que el Esposo se llama grano de trigo, hace otro tanto. Y platicando una vez de la provisión del monesterio y diciendo que tenían necesidad de cebada para las bestias y de aceite, vínole a la memoria que el Esposo en los Cantares se llama olio derramado, y en medio de la plática quedó fuera de sí. Y diciendo yo a una doliente: Dominus opem ferat illi super lectum doloris eius, en oyendo esta palabra y acordándose del lecho del esposo, padeció lo mismo. ¿Qué diré? Picando un cantero una piedra, saltó una centella y esto bastó para arrobarla. Acordándose del fuego del amor divino, finalmente, su corazón está como una pólvora muy seca, que cayendo en ella una centella de alguna palabra devota, luego arde. De donde procede que los que quieren negociar con ella procuran de no decir palabra devota, porque no los deje al mejor tiempo. Y, preguntada si está en su mano resistir a estos raptos, responde que no puede más.

Diciéndole una vez su padre confesor que los santos en el cielo siempre están amando, sin poder dejar de amar, preguntando ella si era posible en esta vida hacer otro tanto, y respondiéndole que esto no era posible en esta vida por las ocupaciones y necesidades de ella, respondió la virgen: «pues yo conozco una persona que estando dormiendo esta amando». Y, declarando cómo esto era, dijo que se acostaba amando actualmente y así, en el sueño perseveraba en ella este mismo amor, hasta que la fuerza de él la despertaba.

Y, siendo preguntada qué palabras decía despertando, no se atrevió a decirlas por ser amorosas, mas dijo que las escribiría. De modo que también en el amor santo ha lugar lo que el poeta dijo:

Dicere quae pudit, scribere iussit amor.

Finalmente, apretada por el padre confesor respondió que decía estas palabras: «¡Oh, guarda mía!, vuestro amor no duerme ¡Hermosura mía!, guardadme en vuestro amor este día.» Por aquí entenderá el prudente lector la vergüenza virginal y honestidad de esta virgen, pues esta llegaba a no osar decir estas palabras por ser tan amorosas. Y en decir: «vuestro amor no duerme», da a entender lo que ya dijimos: que durmiendo estaba amando.

Otra vez este padre confesor decía que juntando en uno el amor de todos los serafines y de todos los espíritus bienaventurados y de la Virgen Nuestra Señora y de la ánima de Cristo, Nuestro Salvador (cuya caridad es tan grande que, como dice el apóstol, sobrepuja todo conocimiento aunque sea de ángeles), a todos estos amores, tomados así juntos, faltan infinitos grados para llegar a la medida del amor que se debe a aquella inmensa e infinita bondad de Nuestro Dios. Ca todos estos amores, con ser tan grandes, son finitos, porque son de criaturas; mas a aquella infinita bondad se debe por derecho infinito amor, el cual no se halla en todo lo criado, sino en solo el Criador. Y oyendo esto la virgen quedó alienada para un espacio y, estando así, dijo estas palabras: «apriosa, apriosa». Preguntada, pues por el dicho padre, cuando volvió en sí, qué vio en aquel raptó, respondió que había visto un fuego infinito, y que de él saltaba una centella acá fuera y que ella decía que acudiesen a gran priesa a juntar aquella centella con aquel grande fuego para que no se apagase; dando

a entender que todo el amor de las criaturas, comparado con el que se debe al Criador es como una centella; y, porque ésta no se apague con los vientos de los peligros y ocasiones de esta vida, conviene muy apriesa, esto es, con suma diligencia, trabajar por juntar nuestro amor con aquel grande amor con que Dios se ama, para que así se conserve en él. Porque, como la caridad en esta vida esté como fuera de su elemento, corre peligro de perderse, si no se fomenta con la consideración de todo aquello que nos puede incitar a este amor.

Y una de las cosas que ayuda a esta virgen para lo dicho es el libro de los Cantares, que ella entiende muy bien, aunque esté en latín, y retiene en la memoria mucha parte de él; y es tan grande el gusto que recibe con esta escriptura como si para sola ella se escribiera. Y conforme a esto, representa ella en sí el oficio de esposa y aplica a sí todas las palabras que el Esposo dice a aquella esposa, como cuando la convida que venga a Él a grande priesa, diciéndole: levántate, y date priesa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es suave, y tu carne hermosa. Con el ejercicio de estas tan amorosas palabras y de las virtudes que habemos aquí referido, ha crecido el amor de esta virgen mucho más de lo que se puede encarecer; y cuando aquí dice de la esposa que mora en los agujeros de la piedra quiso el Espíritu Santo significar que esta esposa tiene por morada y continua meditación las llagas de Cristo crucificado, que es piedra fundamental de la Iglesia Cristiana. Pues en estos agujeros comenzó a morar esta nuestra paloma dende que era novicia, y en esta misma morada habita también agora; y contemplando en ellos esta obra de amor que Dios nos descubrió en este misterio, crece en ella el mismo amor junto con una grande compasión de lo que el Esposo por ella padeció; lo cual crece tanto en la semana santa que los tres días de ella, que son miércoles, jueves y viernes, persevera sin comer bocado. Y, preguntándole yo por esto, me respondió que, traspasada su ánima con el sentimiento de los dolores que su Esposo estos días padeció, no puede comer bocado y, siendo tan flaca y dilicada, persevera estos días ayuna, y más agora, siendo perlada, haciendo el mandato y lavando los pies y manos de sus religiosas, andando siempre de rodillas.

Síguense unos coloquios amorosos que esta virgen escribió por su mano, con que se ejercitaba en el amor del Esposo

Conviene al ánima que desea hallar a su Esposo Jesús que niegue a sí misma y se haga una cosa con Él, teniendo un mismo querer y no querer. Conviene, oh ánima amorosa, que, pues te has de unir con Dios con unión de amor, que desfallezca tu amor en ti por perfecta abnegación de tu propio amor y tu propia voluntad, de modo que ninguna cosa quieras sino al mismo Jesús y lo que Él quiere. El amor que es puro y libre, en todas sus obras endereza su fin a Dios con una intención pura y sencilla. Grande es el poder de este amor, pues él entre todas las virtudes puede hacer al ánima una cosa con Dios. ¿Qué mayor descanso que no tener otro querer sino el de su amado?, ¡Oh cuán con poco trabajo se gana tanto!

Una de las cosas que es menester para alcanzar este amor es una fe grande y confianza viva en Dios, desechando vanos pensamientos y deseos que ocupan al ánima y impiden la

unión del amor. Aquella ánima que, confesada de sus pecados, se arroja en los brazos de Dios con esta finísima fe, no tiene por qué temer, porque Dios es fidelísimo y no falta a los que confían en Él. ¡Oh Señor mío y Dios mío!; ¿cuán dichosos son los que Vos aman y cuán felices los que esperan en Vos!; porque cierto es que Vos amáis a los que Vos aman, y no desamparáis a los que en Vos ponen todas sus esperanzas. ¡Oh amor dulce de las ánimas humildes!, ¡cuán suave sois y cuán deleitable! ¡Oh amor santo, oh amor de los limpios de corazón!, ¡qué blando y benigno sois a los que Vos buscan! ¡Oh amor mío, dulce Jesús!, ¡cuánta suavidad cuánta dulzura, cuánta alegría, cuántos deleites aun en esta vida dais a las ánimas que Vos aman, y aun en los trabajos y afrentas (si este nombre pueden tener), estáis derramando grande suavidad en los corazones de ellos! Bien dice la esposa en los Cantares, que vuestro nombre es unguento derramado. Pues, oh amor, si en las cárceles y trabajos dais tantos gustos y consolaciones, ¿qué será en la patria? Seguid, hermanas, este vuestro Esposo por onde quier que fuere y no podréis errar; corred con vuestras compañeras sus esposas en pos de Él, y no haya cosa que os aparte de su amor, sin el cual nadie le puede agradar. Es tan enamorado de esta virtud de la caridad que, mirando la esposa que con ella está vestida y adornada, con grande amor le dice, Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, heriste mi corazón; y no se harta de hablarla de hermosa y bien ataviada en todas las cosas. Estas dilicias no hay lengua que las pueda declarar porque sobrepujan todo lo que el entendimiento humano por sí solo puede comprender.

Dice el Esposo hablando con el ánima devota: llevarla he a la soledad y hablarla he al corazón. ¡Oh esposas de este Señor, oh almas criadas para tanto bien!, corred y no os detengáis, para que gocéis de las delicias y suavidad de este Señor y no haya cosa que os detenga en este camino; corred al palacio del Esposo, que llama a cada una de vosotras diciendo: levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, y viene a mí. Este es Señor tan deseoso de enriquecer las esposas de sus bienes, que unas veces las llama que se den prisa, y otras veces Él mismo llama a la puerta diciendo: ábreme, hermana mía y amiga mía. Mi dulce Señor, ¿quién no arderá en vuestro amor, y quién se podrá esconder de vuestro resplandor, pues vos sois más deseoso de darme este amor que yo de buscarlo? Y ¿quién durará de hallarlo, si perseverara en buscarlo en cuidado, pues Vos, mi Dios, nos convidáis a buscarlo y salís al camino a esperar al que Vos busca? ¡Oh dulce amor!, cuántos modos buscastes para llevar a Vos las ánimas que redemistes y ni agora cesáis de llamarlas para las bodas del cielo, por todas las vías, ora viniendo a ellas, ora llamándolas Vos. Venid señor mío; venid, suave amor mío; venid, única esperanza mía; venid, Dios de mi corazón; venid, padre mío; venid Vos, todo mi bien. ¡Oh verdad que nunca falta!, Vos decís: yo estoy llamando a la puerta; quien me abriere, cenará conmigo. ¡Ah, Señor mío!, entrad en mí, que vuestro es este corazón, y el ánima y la voluntad todo está abierto para Vos. Entrad, amor, y cerrad la puerta; sellalda con vuestro sello. ¡Ah, Señor! sea luego. ¿Qué es lo que Vos detiene? Vos queréis y yo a solo Vos quiero. Pues ¿qué es esto?, ¿qué tardanza es esta? De mí viene esta dilación. Vos sólo la sabéis, y Vos sólo la podéis remediar, y, pues tenéis para eso el poder y el querer, veisme aquí, Señor; cortad por donde quisiéredes, porque todo soy vuestra, y en vuestras manos me pongo. Tomad esta voluntad y hacelda una con la vuestra. ¡Oh mor!, ¡oh Señor! no tardéis, porque mi ánima desfallece por vuestro amor. ¡Oh corazón mío!, no se sufre más esperar; venid, daos prisa. Ecce dilectus meus. Este amad, por éste morid, en éste venid, en éste sean vuestros deleites, a éste buscad, en este bien descansad, aquí por amor, allá en gloria sin fin.

Otro coloquio amoroso

¡Oh amor mío, dulce Jesús! ¿quién Vos hizo venir del cielo a la tierra? El amor. ¿Quién Vos hizo sufrir tantos y tan terribles tormentos hasta la muerte? El amor. ¡Oh fuerte amor más que la muerte!, ¡oh grande fuerza, que venciste al invencible!, ¡oh amor, de lo que era ya perdido remediador! Pues, dándonos a Dios, nos diste vida, gloria, alegría, gracia, perdón y remedio y todo lo que en Dios había, cuando abrasado en caridad lo vestiste de nuestra mortalidad, vistiéndonos Él de su divinidad. Ya no haya, Señor mío, corazón que no sea de ti poseído, pues en ti está lo que sólo harta y da cumplido reposo. Haz, Señor, que éste mío en ti sea consumido y que, abrasado de ti, viva sólo para ti, pues Tú Señor, diste tu vida toda para mí. Haz que yo sea en ti transformada y no viva ya más para mí, sino para ti. ¡Oh dulce maestro, oh dulce guía, y suave amor, Jesús! ¡Cuán dichosos son aquellos que de ti son poseídos y de ti son sustentados y abastados! Poned vida, ¡oh dulce esposo mío! Hacedme que Vos conozca, porque quien Vos conoce él Vos ama, desprecia a sí y ama a Vos más que a sí. ¡Oh alegría de mi corazón!, cuán dichoso es aquel que halla este tesoro de vuestro amor. Vos dejisteis que el que tuviese su corazón vacío de todo otro amor peregrino hallaría el vuestro.

Este tesoro quiere ser buscado con mucho cuidado, con suma diligencia, con limpio corazón, con pura intención, con fe firmísima, con un cuidado sin otros cuidados, con ojos de paloma. Quiero decir que sólo me vea a mí, de tal manera que solos mis defectos me parezcan muy grandes y los de los otros muy pequeños. Y quien de veras busca la verdad eterna no se ocupa en otra cosa sino en lo que desea y en lo que le falta para alcanzarlo. Este camino no sufre dilación, el que mira atrás ya pierde jornada. Por esto ¡adelante!, ¡adelante!, puestos los ojos en este bien en que tanto nos va, no hay cosa que os haga volver atrás. Si lo deseáis, aquí lo tenéis. Dejaos a vos y hallarlo heis. No se niega este amor a quien lo busca de todo corazón, porque Él es benigno, manso y piadoso y amador de un corazón humilde, limpio, confiado en Él y desconfiado de sí. Este tal, Señor mío, os hallará y Vos os manifestaréis a él, y verá vuestra deseada faz y hablaréis a su corazón palabras de vida.

Y, porque el ánima se puede por esta vía de amor unir a Él, conviene disponer la memoria, vaciándola de todo el vano, ocioso y mal pensamiento. Vaya, pues, todo fuera, todo fuera cuanto hay en el mundo. Sólo el corazón sea de Aquél que todo se os ha dado por vos. ¡Oh corazón, que sólo para amar fuistes criado!, todo fuera cuanto hay en la tierra, por amor de Aquél que todo se dio por ti. Pues todo aquello que se abraza con alguna demasiada afición pone impedimento y medio para unirse el ánima con Dios, el perfecto amor levanta la criatura sobre sí y sobre todas las cosas y sobre todas ocupaciones, y con grande ímpetu de espíritu se transporta en Dios y en Él reposa como en su centro y último fin.

¡Oh amor!, ¡oh dulzura!, ¡oh bondad! Quien te gusta no sabe vivir sin ti. ¡Oh hermosura!, ¡oh tesoro de todos los bienes!, ¡lumbre de mis ojos, oh dulce y suave Jesús! ¿Qué corazón hay tan de piedra que no se ablande y derrita con vuestro amor? ¡Oh Dios de

mi corazón y de mi vida, oh fuego abrasador de corazones no hay corazón que de este bien sea excluido; mas abrasad, Señor, a todos con vuestro amor, para que veamos que Vos solo sois digno de ser amado, pues amáis y sois amor y amador.

Fundaos pues, hermanas mías, en este amor, porque donde éste entra, todas las virtudes trae consigo, y ninguna permanece ni es segura sin Él; porque quien ama es humilde y obidiente y amador de todas las virtudes. Sed pues muy enamoradas, porque importa esto mucho, mucho, mucho; y, después que lo experimentáredes, sabréis cuánto más importa esto de lo que digo. Pues quien quisiere tener conocimiento de Dios, ame; quien quisiere ir al cielo, ame; quien quisiere tener vida bienaventurada, ame; quien quisiere vivir contento y consolado, ame; quien quisiere gustar cuán suave cosa sea Dios, ame; quien quisiere carecer de los tormentos de la vida y de la muerte, ame; quien quisiere poseer un bien en quien están todos los bienes, ame; quien quisiere salir vencedor en las batallas espirituales de esta vida, ame; quien quisiere triunfar de la muerte, del mundo y del demonio, ame; quien quisiere agradar a los ojos del Esposo celestial, ame; porque sin amor nadie le agrada y con él todo le agrada. Este amor, per se sufficit, per se placet, ipse meritum, ipse praemium sibi est. Alégrese el corazón humilde de los que buscan al Señor, pero mucho más el de los que hallan; porque, si es cosa dulce buscarlo, cuánto más lo será hallarlo. El amor todo lo prevee, y, doquier que llega, todo lo ordena a su amado. Quien quiere hallar este tesoro tan precioso no debe descansar. El acertar en este camino es humillarse y no poner el gusto en las cosas de la tierra que tan presto se acaban. ¡Oh amor!, ¡oh Señor!, ¡oh, quién alcanzase ya este amor, esta gracia, esta misericordia, esta lumbre, estas riquezas! Este tal no tiene ya qué desear, pues ya tiene a Él que solo merece ser deseado. ¡Oh vida, oh dulzura y bondad!, quien una vez gusta de ti no puede vivir sin ti; y éste no vive ya para sí, sino para ti; porque en ti y por ti (y como Tú eres la misma vida y dador de vida) vive, porque Tú quieres que viva. ¡Oh dulce vida! ¡oh dichosa vida!, ¡dichosos los que viven en ti!

Coloquio amoroso más breve

¡Oh único amado del corazón y de la pura enamorada ánima que te tiene en los brazos!
¡Cuán bien entienden esto aquellos que lo espirentan! ¡Oh bien incomprehensible, que merece ser amado entrañablemente! Cuán alegre, cuán bienaventurada y cuán suave es esta brevecica hora en la cual te amamos en esta vida presente. Mi ánima sea todo derretida con las suavísimas palabras de su Amado. Dice el Esposo a la esposa en los Cantares: aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron volar. ¡Oh Esposo mío!, no apartes de mí esos tus ojos, porque sin ellos no podré yo volar. Y ¿qué digo?, oh robador de mi ánima y ladrón mío, enséñame Tú, Señor, que yo no sé lo que me digo. Suene tu voz en mis oídos, porque mi ánima se derritió cuando oyó la voz de su Amado. ¿Qué corazón hubo jamás tan de piedra, que ánima tan helada y fría, quien a las dulces y divinas y amantísimas palabras tuyas (que echan de sí un sobrenatural fervor) no se ablandasen y inflamasen con tu suavísimo amor? Maravilla grande es y admirable sobre toda admiración, si alguno te contemplare de esta manera con los ojos interiores de su ánima y no se derriere todo su corazón en tu amor. ¡Oh, verdaderamente bienaventurado aquel amador cuya ánima merece llamarse esposa

tuya! ¡Cuán gran consolación, y cuán suave y celestial, saca de ti; cuántas blanduras secretas recibirá de tu amor! ¡Oh, Señor mío, si yo fuese digna que mi ánima se llamase amadora tuya! ¡Oh, bienaventurado aquél que Tú haces digno de tu suavísima amistad! Tu conversación purísima, espejo de honestidad y pureza, tu faz graciosísima, de tu boca salen palabras de vida.

Esto baste agora para alguna declaración de la caridad de esta virgen; lo demás quedará para adelante.

Capítulo XII

De la paciencia y fortaleza a que el Esposo exhortaba a esta virgen

Dicho de la caridad de esta virgen, será razón decir también algo del principal efecto de esa caridad, que es desear padecer trabajos por amor de Dios. Y así, uno de los principales efectos que obraba este amor en su ánima era desear padecer mil muertes por Él; y no se contentaba ella con padecer cualquier linaje de muerte, sino recreábase diciendo que, tajadica a tajadica quería que fuesen cortados todos los miembros de su cuerpo, para que el padecer, durase por más largo espacio.

Mas, para entendimiento de esto, se debe notar que, como el fin de la ley y de todos los mandamientos divinos sea la caridad (como el apóstol dice), y en esa caridad haya muchos grados, unos más perfectos y otros menos; entre los más perfectos es uno desear padecer trabajos por amor de Dios, y alegrarse y gloriarse en ellos, como lo dice San Pablo; y como lo hicieron los apóstoles cuando fueron azotados por amor de Cristo; y así mismo los santos mártires, muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecieron voluntariamente a los tormentos por Él. Este parece el más alto grado de la caridad y de la perfección humana. Por lo cual, alabando el Señor a su apóstol San Pablo, y habiendo tantas gracias y virtudes que alabar en él, de ésta señaladamente hizo mención diciendo: yo le enseñaré a él cuántos trabajos le convenga padecer por amor de mí.

I. [Diversos aparecimientos]

Pues a esta manera de paciencia y fortaleza animaba el Esposo siempre a esta su esposa con diversos aparecimientos. Porque una vez le apareció el día de la Exaltación de la Cruz, muy de mañana, estando ella en sus sentidos, con una grande cruz. Entonces cayó ella en tierra a sus pies y Él le dijo si quería aquella cruz. A esto ella respondió: bien sabéis Vos, Señor, que ninguna cosa más deseo en la vida que ésa. Y pasando muchas palabras amorosas, abrazada con la cruz, la llamaba esposa, hermosa y lecho suavísimo de flores, las cuales el Esposo tenía plantadas en su huerto, al cual ella le convidada que viniese, para que fuese digna de ser llevada al huerto del Esposo diciéndole Él: veni in hortum meum, soror mea sponsa. Estando de esta manera ella de rodillas abrazada con la parte más baja de la cruz, allí la apretaron tan recio con ella que le pareció morir, por el gran dolor que sintió y

reventóle mucha sangre, así del pecho como de la cabeza; y díjole entonces el Esposo: determino por esta vía hacerte semejante a Mí, y, dicho esto, desapareció.

El día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz y le dijo: quiérote mucho, porque eres amiga de la cruz; conviene saber, de los trabajos que se entiende por ella. Y en esto sintió un tan gran dolor que la despertó y volvió en sus sentidos; y por aquí entendió que luego el Esposo quería que probase por experiencia los trabajos y dolores a los cuales Él por aquella visión la convidaba.

Y no sólo por la figura de la Cruz, como arriba declaramos, sino también por figura de cáliz (que significa lo mismo), la exhortaba a padecer. Y así un día de nuestro glorioso Padre Santo Domingo, estando en el coro alto, después de dichos los maitines muy solemnes, y estando ella arrimada a un altar de nuestro Padre, que está en el mismo coro, tuvo un grande raptó, conforme a la dignidad de aquel día; porque en las mayores fiestas comúnmente goza ella de alguna fiesta que el Esposo le hace. Pues, en este particular raptó, vio al Esposo en el aire con un cáliz en la mano, el cual arrimó a la llaga de su sagrado pecho y lo hinchó de un preciosísimo licor, y entrególo a nuestro glorioso Padre Santo Domingo, para que lo diese a esta virgen. Con lo cual fue tan grande el ímpetu del Espíritu y el deseo de beber de este cáliz, que juntamente con el espíritu, se levantó el cuerpo de la tierra, para tomar el cáliz y beber aquel licor precioso que le ofrecían; en el cual halló tan grande suavidad que con ninguna palabra se puede explicar. Y en el nombre de cáliz entendió los trabajos a que la exhortaban, y en la suavidad del licor, que contenía la suavidad y alegría que reciben con esos trabajos los que intrañablemente aman a Dios.

Otro aparecimiento hubo, después de éste. Y, para esto, es de saber que, así como este Esposo desea ser amado, así huelga con las palabras significativas de este amor. Por esto preguntó a la Magdalena, cuando lloraba par del sepulcro: mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Pues sabía el Salvador lo uno y lo otro, pero hízole esta pregunta, porque así la pregunta como la respuesta enternece mucho el corazón de esta grande amadora de Cristo. Porque preguntar por qué lloraba era traerle a la memoria las causas de su dolor. Otra semejante a ésta acaeció a esta virgen en una imaginaria visión, donde vio el Esposo acompañado con la Santa Magdalena y Santa Catalina mártir, y Santa Catalina de Sena y San[ta] Inés, la cual traía consigo un cordero y una cruz en la mano. El Esposo, pues, deleitándose con la pureza y amor de estas santas, preguntó a esta virgen cuál de ellas le amaba más. A esto respondió ella: Vos, Señor, sabéis que yo Vos amo mucho; más quién Vos ama más Vos lo sabéis. Entonces le entregó el Esposo aquella cruz que San[ta] Inés traía, como si le dijera: pues que tanto me amas, abraza esa cruz, esto es, aparéjate a padecer trabajos por mi amor.

Otra vez, estando en cama, siete veces sangrada, le apareció nuestro glorioso Padre Santo Domingo con una grande cruz. Dijo entonces ella: ¿qué es eso, Padre mío?, ¿con ese ramo me acudís sobre siete veces sangrada? Este es (dijo él) el que tú deseas y el que agora quiere el Esposo que abrace. Más es agora de saber que en esta santa casa se tiene por estilo, cuando sangran alguna religiosa, traerle algún ramo o agua olorosa, o cosa semejante, para refrigerio de la doliente, y a ésta llaman ramo. A este propósito dijo la virgen aquellas palabras, entendiendo por esta visión que la voluntad del Esposo era padecer trabajos por su amor, a lo cual la exhortaba con aquella grande cruz.

Por todos estos aparecimientos animaba el Esposo a esta su esposa a padecer trabajos y alegrarse en ellos por su amor. Y, entendiendo por estas liciones cuánto agradaba al Esposo el padecer, creció tanto en ella este deseo que no se contentaba con desear poner la vida por Él, sino con grande amor y fervor de espíritu decía que deseaba la hiciesen mil pedazos por Él, y que, después de muerta, tornase a resucitar para padecer otra vez por Él; y así otra vez y otras veces muriese y resucitase para lo mismo. Este es el lenguaje de amor el cual no entiende sino el que ama, como San Bernardo dice. Mas quien hubiere leído el martirio de San Clemente, obispo de Ancira, que está en la segunda parte de nuestra Introducción del Símbolo, no extrañará este afecto y deseo de nuestra virgen; pues allí leerá que este santo obispo pidió a Nuestro Señor que toda la vida que viviese padeciese siempre diversos martirios por Él; y así, por espacio de veinticuatro años, padeció diversos martirios, ejecutados ya por unos tiranos, ya por otros; porque, cuando uno quedaba vencido, remetíanlo a otro, que con otros nuevos tormentos lo martirizase; y, de esta manera, se pasaron todos estos años susodichos.

II. [Paciencia y fortaleza, necesarias para la perfección]

Mas, volviendo al propósito, la causa porque el Esposo por tantas vías y aparecimientos exhortaba a la virgen al amor de los trabajos era no sólo por encender su corazón deseo de derramar su sangre por Él, sino también porque, como Él quería que su esposa fuese perfecta, era necesario que estuviese esforzada para los trabajos que se requieren para alcanzar esta perfección, sin los cuales no se alcanza. Porque apenas se da paso en este camino (a lo menos a los principios hasta hacer hábito en la virtud), que no cueste sangre y trabajos. Porque los ayunos, las oraciones continuas, las vigiliias, las disciplinas, la cama dura y la áspera vestidura y otras asperezas semejantes no se hacen sin trabajo y sin vencer la naturaleza, que es amiga del descanso y enemiga de trabajo. Pues ya mortificar los apetitos y pasiones y propias voluntades y los siniestros de las malas inclinaciones con que muchos nacen, cuánto trabajo y cuánta diligencia cuesta. De aquí es que Salamón en sus Proverbios, a cada paso, de propósito y fuera de propósito, está tirando saetas al perezoso y negligente, denunciándole la perdición que por esto le ha de venir; y por otra parte está exhortando al trabajo, a la diligencia, a la paciencia y fortaleza para vencer todas estas dificultades y contradicciones susodichas. Y así en un lugar dice: la mano floja y remisa acarrea consigo pobreza, mas las manos de los fuertes son las que adquieren las verdaderas riquezas. Y en otra parte dice: la mano de los fuertes alcanzará señorío y victoria contra sus enemigos, mas las manos flojas y remisas pagarán tributos, esto es que servirán a los apetitos de su carne y de sus propias voluntades, que son los tributos que el príncipe de este mundo pide a sus vasallos. Estas mismas sentencias repite muchas veces este gran sabio como quien entendía que el fundamento y la raíz de todo nuestro aprovechamiento consiste en sacudir de nosotros todo género de pereza y negligencia, y abrazar la cruz de los trabajos, que para lo dicho y para alcanzar todas las virtudes se requieren; pues todas ellas están cercadas con un fuerte muro de dificultad y trabajo, el cual se ha de romper con esta fortaleza, para apoderarse el hombre de la virtud que con él se alcanza. Pues ¿qué cosa hay en todo lo que aquí se ha dicho, para que no sea necesario esfuerzo para vencer la

naturaleza corrupta por el pecado? Por lo cual, declarando San Juan Clímaco qué cosa era ser monje, dijo: monje es perpetua violencia de naturaleza y guarda solícita de los sentidos, para que no se nos entre la muerte por ellos.

Mas aquí es mucho de notar que, cuan necesaria es esta fortaleza para la conquista de las virtudes, tan dificultosa es de alcanzar, lo cual no calló el mismo Salomón (que tanto nos exhorta a ella) cuando dijo: mujer fuerte ¿quién la hallará? Muy lejos y en los últimos fines de la tierra está el precio de ella. En las cuales palabras muestra la dificultad de esta virtud, dando a entender que no se halla luego a tras mano (como dicen), sino que es necesario andar mucho camino y trabajar mucho por alcanzarla, y que el precio porque se compra es muy caro, que es la victoria de sí mismo y mortificación del amor propio. Y por ser esta materia muy importante para la vida espiritual, no me extrañe el piadoso lector, si a lo que tengo dicho añadiere un punto.

III. [Difícil vencimiento del amor propio. Un caso en la vida de esta virgen]

Es pues agora de saber que, así como la virtud de la verdadera humildad es muy dificultosa, porque tiene un grande contrario, que se ha de vencer para alcanzarla, que es el apetito de la honra, y de la propria excelencia, a que los hombres son muy inclinados, así esta fortaleza es no menos dificultosa de alcanzar, porque tiene otro más poderoso contrario, que es el amor propio con todos los afectos que de él proceden, que es la más vehemente de todas nuestras pasiones y la raíz y fuente de todas ellas. El cual amor propio es enemigo de todos los trabajos y, por el contrario, amigo de todos los regalos y descansos. Porque quiere comer y beber y reír y gozar y holgar y pasear y hablar y conversar doquiera que halla algún refrigerio; quiere la cama blanda, la mesa rica, la vestidura preciosa, la familia grande, la casa espaciosa y, finalmente, quiere todo aquello que a la carne agrada y huye de todo lo que le amarga. Y todos estos apetitos y deseos ha de vencer el que desea alcanzar esta fortaleza que decimos; y así no pelea contra un solo enemigo, sino contra todo este ejército que trae consigo el amor propio. Y por esto hacía oración el profeta cuando decía: Ten compasión, Señor, de mí, porque el hombre me ha pisoteado, el día me ha hecho guerra, y atribulado; porque son muchos los que pelean contra mí. Y por este hombre entiende el profeta el hombre viejo y terreno, donde reina el amor propio; y por esta muchedumbre de combatientes entiende los afectos susodichos, que nacen de esta mala raíz, cuando se desordena. Por donde se entiende la dificultad que hay en alcanzar esta fortaleza, pues para ello es necesario vencer todos estos enemigos; por donde no es de maravillar que el Esposo celestial por tantos modos exhortase a esta virgen al amor de la cruz y de los trabajos que se requieren para llegar a la perfección y, juntamente con esto, la prevenía y apercebía para sufrir los dolores de las llagas que adelante trataremos.

Otro caso añadiré a los pasados, el cual, aunque lo pongo en este capítulo de la paciencia, no menos pertenece a los de la mansedumbre y de la humildad, por ser estas tres virtudes muy hermanas entre sí y ayudarse las unas a las otras. Porque, bien mirado, la mansedumbre y la humildad son como esmalte de la virtud de la paciencia, porque puede haber paciencia en una injuria, pero con desabrimiento y amargura de corazón, la cual

curará por una parte la virtud de la humildad, haciendo que el hombre se abaje y humille, reconociéndose por merecedor de todas las injurias; y por otra parte la mansedumbre, haciendo al hombre sufrir aquella injuria con un corazón manso y quieto y fuera de toda aquella alteración interior y exterior. Y en estas dos virtudes fue esta virgen tan extremada que alguna vez se me representaba ser esta la causa por que el Esposo celestial tanto la ama, de que dan testimonio tantos aperecimientos y favores que le hace, porque, como la semejanza sea causa de amor, estas dos virtudes hacen al hombre semejante a aquel Señor, que dice: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

Mas, antes que refiera este trabajo, diré de la manera que Nuestro Señor le apereció para él, en lo cual se verá la prudencia paternal que tiene de sus siervos, probándolos con trabajos y dándoles fuerzas para sufrirlos. Porque, estando ella en oración, le apareció el Esposo con una grande cruz, esforzándola a llevarla, lo cual ella aceptó muy confiada en Él. Y es de notar que, todas las veces que había de tener algún trabajo, la preparaba Nuestro Señor con mostrarle una cruz; mas hubo en esto una diferencia: que este tiempo le mostraba estas cruces solas, sin las traer nadie, y agora, de algunos años a esta parte, Él mismo las trae, y, algunas veces, se las envía por nuestro Padre Santo Domingo.

El caso fue que un hermano de esta virgen, queriendo ir a la jornada de África y llevar un hijo solo que tenía, dejó en el convento de la Anunciada dos hijas suyas muy mozas, en hábito de monjas, con intento que, llegando a edad, hiciesen profesión; y dejólas muy encomendadas a esta virgen, su hermana, que mucho amaba; y ella las criaba en buenas costumbres y las amaba como a hijas, y ellas a ella como a madre. Subcedió, pues, la pérdida del Rey Don Sebastián y de su gente, y, hasta el año de en que esto aconteció, no había nueva cierta del hermano y sobrino de esta virgen. Y, porque, siendo muertos, la mayor de estas mozas quedaba heredera de un buen mayorazgo, aprovechándose pues el demonio de esta ocasión, ordenó que un caballero principal, tío de estas mozas, hermano de su madre, se persuadiese que pretendía nuestra virgen casar su sobrina, heredera de su hermano, con un pariente suyo (cosa muy lejos de su pensamiento, porque lo que deseaba era hacerlas santas). Persuadido este caballero de esto, se vino al locutorio del convento y, mandando recaudo a esta virgen, vino ella segura e inocente de lo que subcedió. Mas este caballero, como venía colérico, le dijo palabras muy ásperas y afrentosas, porque, entre otras, le dijo que era una desvergonzada que quería entregar su sobrina y la casa de su padre a un tal y cual y que él publicaría sus maldades, para que fuese conocida por ellas; y que no merecía tratar con ella de lo que determinaba hacer. Y, mandado que le llamasen la madre priora del convento, y en su presencia y de tres monjas, le dijo las mismas injurias y otras muy feas palabras; y por escarnio le dijo: «esta es la Santa Catalina de Sena que a mí me dicían, de quien pensábamos que por sus merecimientos nos había Dios de librar de tantos trabajos. Bien sé yo quién vos sois, yo diré al mundo lo que tiene en vos».

A todo esto respondió la virgen: «yo no soy Santa Catalina de Sena, mas por [su]f[r]ir semejantes cosas a ésta vino ella a ser santa. Todo esto que me dice yo lo merezco; mas, porque son cosas indignas que se digan en presencia de una tal perlada y de un tan grave convento, me voy». Mas, sin embargo, de eso, aquel caballero mostró a la priora provisiones y obediencias que traía para sacar del monasterio las dos mozas, que aún no eran novicias. Entonces nuestra virgen se fue al coro, delante del Santísimo Sacramento, como a lugar de su refugio, a pasar allí su trabajo; y las mozas fueron sacadas del convento

con grande fuerza, aunque a la mayor no se hizo mucha violencia; mas la menor, no pudiendo sufrir esta fuerza, huyó para el coro y se escondió detrás de una imagen de Nuestra Señora, y de ahí fue sacada por fuerza. Mas, viendo ella a su tía en el coro, se abrazó muy recia con ella diciendo: «mi señora y mi tía, ¿cómo podré yo vivir sin vos?» Mas nada de esto le aprovechó para dejar de ser arrancada de los brazos de la amada tía, la cual estaba toda bañada en lágrimas. Pero conformóse en todo con la voluntad de su Esposo, el cual la consoló en esta aflicción, como hizo en otras; porque, de ahí a pocos días, se supo la verdad de su inocencia. Y no es de callar que la niña que se acogió a Nuestra Señora la volvió a recoger, para que, pasadas las alteraciones susodichas, vino a tomar el hábito al mismo convento. Y su tía, siendo priora, la recibió y le dio la profesión con mucha solemnidad y alegría común de todos. De esta manera suele Nuestro Señor responder por los que callan y defender a los que en Él ponen su confianza como lo hizo en la Magdalena, que, siendo una vez condenada en el corazón del fariseo, y otra vez por los discípulos que sentían la pérdida del unguento que derramó sobre la cabeza del Salvador, Él tomó la voz por ella y ambas veces la defendió. Y, como sabía esto Moisés, animaba a su pueblo, diciéndole que callasen ellos, porque el Señor había de pelear por ellos.

IV. [Otra prueba]

Otra prueba de la paciencia y humildad de esta virgen añadiré a la pasada; y esta fue que, yendo nuestro Padre Provincial al monesterio de esta virgen, un hombre bien tratado y bien hablado y persona grave (mas él debía de ser el demonio en aquella figura, según lo que dijo el P. Provincial), haciendo grandes salvas que le quería descubrir una cosa de grande importancia, le afirmó que esta virgen tenía hecho un tan grave delito que decirse ni aun imaginarse podía sin gran vergüenza. El Provincial, espantado y escandalizado de oír cosa tan ajena de toda verdad, como prudente que era, no hizo caso de ello; antes pensó que tan grande atrevimiento y desvergüenza no podía ser sino arteficio del demonio para perturbar esta virgen. La cual supo todo esto por su confesor, a quien el Provincial lo dijo: y, oyendo de sí una tan infame falsedad, con grande sentimiento y lágrimas se humilló y dijo: «muy peores cosas haría yo, si Dios no tuviese de su mano, Él sabe mi inocencia, y Él me librá como quien es, si fuere servido, y si no, hágase su voluntad». No faltó el Esposo a esta confianza y humildad; porque, estando la virgen en oración, ofreciendo su aflicción al Esposo, Él la consoló abundantísimamente, porque le mostró una grande escalera que tenía una punta en tierra y otra en el cielo, que le parecía estar abierto; y veía al Esposo con una admirable claridad y una muy hermosa y resplandeciente corona en las manos, y por la escalera le parecía que subían personas; y decíale el Esposo: «por esta escalera suben los atribulados». Y, mostrándole aquella corona, le decía: «María, ¿quieres esta corona ahí en la tierra, o en el cielo?» Respondía ella: «mi Señor, para allá la quiero, que acá tengo una que Vos me distes, con que estoy muy contenta». Acabado esto, quedó ella muy consolada y animada para mayores trabajos.

V. [Sequedades y desamparos]

Una de las mayores fatigas y mayor prueba que hay en la vida espiritual son las sequedades y desamparos sensibles de Nuestro Señor, que suelen acaecer, y, en algunas personas aprovechadas, vienen a ser tan grandes que les hacen caer en cama y adolecer gravemente. Porque como las tales han despreciado por amor de Dios todos los gustos y regalos del mundo, por los que hallan en Dios, cuando éstos les faltan, vense en gran desamparo y tristeza, sin los unos y sin los otros. La cual tristeza procura acrecentar el enemigo para derribar el vigor del corazón y hacerlo desmayar, haciéndoles creer que aquel desamparo nace de algunas secretas ofensas de Dios, lo cual es para ellos un muy agudo cuchillo de dolor. Y de esta manera el santo Job, entre otras aflicciones y dolores exteriores, fue también interiormente aflejido, como lo muestran aquellas palabras, en que dice que le había Dios quitado la esperanza, como a un árbol arrancado de raíz, que ya no puede volver a nacer. Por las cuales palabras no entendimos que el santo varón había perdido totalmente la confianza, sino las tentaciones que padecía acerca de ella. Porque, en otra parte, esforzado con Dios, dice: aunque me mate, no dejaré de confiar en Él. Para ejemplo de esto y consuelo de los siervos de Dios, que en tales trances y aprietos se vieren, servirá grandemente el ejemplo que aquí contaremos, por el cual entenderán ser ésta una de las más finas pruebas de la verdadera virtud, con la cual suele Nuestro Señor ejercitar y purgar a sus siervos y fundarlos en la virtud de la humildad.

El caso fue que, estando ella en tranquilidad y con muchos regalos de su Esposo, a deshora y sin pensarlo, le sobrevino una tempestad y tribulación de grande descrédito y afrenta suya. Y (lo que más la lastimó) que fue nacida de personas de quien menos la esperaba y menos la merecía, y fue tan grande que no se acordaba ella de tenerla tal en su vida, así en lo exterior como en lo interior. Porque en el cuerpo, de la punta del pie hasta la cabeza, no había parte que no padeciese su dolor; y en lo interior fue tan grande la sequedad y desamparo que ni un momento tenía de consolación y sosiego. Entendía su mal y no podía valerse; veía el remedio y no se aprovechaba de él; los ojos eran fuentes de lágrimas; el corazón parece que reventaba; el comer y el dormir, cuasi nada; su único remedio y consolación (que es el Santísimo Sacramento) no le daba el alivio acostumbrado; y así andaba consumida y desfigurada. Estando en este aprieto, acertó de hablar con una persona su amiga, de quien algunas veces se fiaba, la cual, viendo tan grande mudanza y una tan extraordinaria tristeza, que en ella era cosa muy nueva, preguntóle la causa de esta novedad; y, aunque se excusaba, insistió tanto que reventó la virgen con un arroyo de lágrimas y contó por extenso la causa de su tribulación, que es la que arriba está segnificada. Oyendo esto aquella persona con mucha compasión, maravillábase como un Dios tan amoroso trataba así una alma tan pura, tan su amiga y tan inocente; porque sin dubda, en aquella afficción que padecía, ni sombra de culpa había de su parte. Y, aunque vio que en solo Dios estaba el remedio, todavía le dijo: «señora, un corazón tan grande, en quien Dios siempre mora, y Él es su fortaleza y su alegría, ¿cómo está tan flaco y triste en esta batalla?» Respondió ella: «si yo no supiese que Nuestro Señor era el que esto hacía, ya fuera muerta. Y no os maravilléis de verme cual estoy, que más fuerte y más santo que yo era San Pablo y no dejó de sentir mucho sus tentaciones y pedir a Dios tres veces lo librase de ellas. Y, aunque yo no merezco oír como él: *sufficit gratia mea*, no por eso desconfiaré de su misericordia. No soy insensible; si no sintiese los tormentos, poco me aprovecharía. Sé que lo que me conviene es padecer, sé que el Esposo quiere que me parezca con Él, y sé

que cuesta mucho querer parecerse con Él, y también sé que todo lo que padezco no llega a una mínima de lo que Él por mí padeció; y por eso vengan más y más trabajos, que para todos estoy aparejada; ayudadme a pedir al Esposo que no me desampare y cargue la mano cuanto fuese servido».

Antes de esto le había el Esposo aparecido algunas veces con cruces; y una de ellas fue con una cruz muy grande y muy pesada; y, preguntándola si podía llevarla a cuestras, respondió: «sin Vos, Señor, con nada podré; mas con Vos podré con todo». Y púsole el Esposo la cruz en los hombros y fue la carga tan pesada que parece que le molía los hombros y todos los huesos y quedó por muchos días con grandes dolores en todo el cuerpo. Esta persona que habló con la virgen sabía de este aparecimiento, y preguntóle si era ésta aquella cruz pesada que le molió los huesos. Respondió: «o ella es, o puerta para ella».

Aquí, pues, verán los amadores de la perfección a qué extremo llega Nuestro Señor algunas veces con sus fieles amigos, donde hallarán verificado lo que aquella devota madre de Samuel dijo en su cántico: el Señor da vida y mortefica, abate hasta los infiernos y saca de ellos. Porque aquel desamparo de Nuestro Señor es para ellos, en su manera, semejante a la del infierno, lo cual también significó el profeta cuando dijo: sálvame, Señor, porque han entrado las aguas de las tribulaciones en mis entrañas y véome atollado en lo profundo del cieno y no hallo sobre qué hacer pie, ni sobre qué estribar, porque no veo cosa que me consuele. Y no estaba muy lejos de esto con toda su santidad, el apóstol cuando escribiendo a los de Corinto dice así: quiero daros noticia, hermanos, de la gran tribulación que se levantó contra nosotros en Asia; porque sobre manera fuimos aflejidos y sobre todas nuestras fuerzas, en tanto grado, que teníamos por pesada la vida. Esto servirá para que, con estos ejemplos y probaciones, se esfuercen los amadores de Dios, cuando en esto se vieron, reconociendo que estas angustias son víspera de grandes favores. Porque no ahonda aquel sabio artífice tanto los fundamentos de la humildad con esos desamparos sino porque quiere levantar muy alto el edificio espiritual y por esto nunca está este Señor más cerca del hombre que cuando a él parece que está más apartado, como lo muestran los desamparos del grande Antonio y de Santa Catalina de Sena y de otros santos.

Mas no se contentó Nuestro Señor con ejercitar esta virgen en estos trabajos interiores, sino en muchos exteriores; para los cuales se le ofrecieron tantas ocasiones que sería largo proceso tratar de todas ellas. Y para una de ellas dio ocasión una alteración que en esta ciudad de Lisboa se ofreció, con la cual procuró el demonio, enemigo capital de esta virgen, desacreditarla con muchas falsedades que levantó contra ella, las cuales llegaron a oídos de gente muy noble y aun de los príncipes; de que pudieron resultar grandes trabajos, si Nuestro Señor no acudiera por la inocencia de su sierva. Y, como ella naturalmente tiene el corazón muy tierno, lastimábanla mucho estas cosas; mas llevábalas con una extraña paciencia y conformidad con la voluntad de su divino Esposo. Y, cuando le contaba algunas de estas cosas, decía al Esposo: «ya os entiendo, Señor; queréis que padezca, y yo también lo quiero». Y así mismo decía había mucho tiempo que pocas veces se pasa un día en que no tuviese algo que padecer.

Y, porque nadie se maraville de haberse ofrecido a esta virgen tantas ocasiones de trabajo, estando recogida y quieta en su monasterio, advertiré aquí que, como el padecer

por Dios sea de tan grande merecimiento, Él mismo, de donde menos se piensa, levanta ocasiones a sus siervos, que le den materia de padecer, porque ni quiere que su gracia esté ociosa ni que le falte ocasión para una obra de tan grande merecimiento como ésta. Porque no sin causa dijo el profeta: muchas son las tribulaciones de los justos, mas de todas ellas los libraré el Señor. Ni fueron menos frecuentes las tribulaciones del apóstol, pues él dice en una carta suya, que cada día moría por el provecho de sus hermanos.

Mas Nuestro Señor, que siempre después de la tempestad envía bonanza, pasados veinte días después de la tormenta, estando ella un día de mañana en oración recostada sobre su cruz, le apareció el Esposo muy hermoso y resplandiciente diciéndole: «María, ¿dónde está agora el amor de la cruz?, ¿quién la llamará agora mi esposa?» Respondió ella: «yo, mi Señor, y probaros lo he». «Yo, dijo Él, holgaré de os oír.» Dijo entonces ella: «¿quién jamás, Señor mío, amó la cruz más que Vos? Y ¿quién más suspiró por ella? Y con todo eso, ¿Vos no dejisteis tansent a me calix iste?» Y respondió el Esposo: «muy bien dejistes y probastes el amor de la esposa, y así os prometo de haceros muchas mercedes por ella». Dicho esto, Él se fue y ella quedó muy consolada y aquí fenecieron las tristezas pasadas.

VI. [Mérito y excelencia]

Y no me puedo contener, aunque me extienda más de lo justo, sin decir algo de la excelencia y mérito de esta virtud, ya que traté de la necesidad que tenemos de ella para lo susodicho, porque esto servirá de estímulo para que nos esforcemos a abrazar la dificultad de lo uno con el fruto y mérito de lo otro. Y para esto no alegraré lo que las Escrituras y los santos dicen del mérito de la paciencia y fortaleza, sino lo que tengo ya visto por experiencia y meo argumento, de cuánto merecen y agradan estas virtudes a Nuestro Señor. Porque he visto personas de grande santidad y pureza de vida, las cuales quiso Nuestro Señor ejercitar y probar con grandísimos trabajos de mil maneras que se ofrecen en esta vida, y señaladamente en grandes y prolijas enfermedades, acompañadas con pobrezas y con otros muy penosos accidentes, lo cual no consentirá Aquél que los guarda como a la lumbré de los ojos (según Él dice), si no fuese por el grande mérito que en esto hay. Conocí yo, entre otras personas, una gran sierva de Dios, la cual había siete años que estaba en cama y con grandes dolores en todos los miembros, los cuales padecía con grandísima alegría y contentamiento y con tanta conformidad con la voluntad de Dios que no consentía que le hablasen cosa de salud, sino en sola esta conformidad con la divina voluntad. Otras conocí con otras maneras de trabajos que no se pueden aquí referir. De donde infiero que, pues aquel Señor, que es más que padre de los justos y que tiene (como Él dice) contados todos sus cabellos, consiente en ellos que padezcan tan grandes dolores, que debe ser grandísimo el mérito de ellos. Séneca dice que, pues Catón (que él tenía por hombre muy virtuoso) padeció trabajos, que debían los hombres tener por buena suerte padecer lo que tal hombre padeció. Pues con cuánta mayor razón se puede decir esto de los trabajos que padecen aquellos cuyas vidas son trazadas y ordenadas por la voluntad de Dios.

También traigo, para argumento de lo dicho, los grandes dolores que nuestra virgen siempre padece en las llagas que tiene, mayormente los tres días de la semana, los cuales

(dice ella) que siente tanto como si le hincasen un clavo ardiendo por las llagas que tiene; y a veces crecen tanto que le parece, si durasen mucho, que no sería posible vivir, y así su vida es un prolijo y continuo martirio.

Y, como dije que me espantaba de los grandes trabajos de los siervos de Dios, así digo ahora que mucho más me espantan las grandes consolaciones que Nuestro Señor les dá también con ellos. Porque condición suya es dar las consolaciones conforme a los dolores, según dice David; y por esto quien pudiese entender la grandeza de los dolores que esta nuestra Virgen padece no dubdaría de las grandes consolaciones y favores con que el Esposo en medio de tantos dolores la sustenta y consuela. Pero, sobre todas estas experiencias y argumentos, la cosa que más declara la grandeza del mérito de los trabajos es haber ordenado el Hijo de Dios con especial providencia que su inocentísima y santísima Madre se hallase presente al pie de la cruz, padeciendo allí los mayores dolores que (después de los del Hijo) jamás se padecieron. En lo cual tiene bien el piadoso lector en qué pensar, para entender por este argumento lo que hasta aquí habemos dicho.

LIBRO TERCERO

En el cual se trata de los favores y privilegios singulares que nuestro Señor comunicó a esta virgen, y de algunas visiones y aparecimientos que en algunas fiestas principales tuvo

Capítulo I

Cómo Nuestro Señor señaló a esta su esposa con las insignias de su sagrada pasión

Hasta aquí, habemos tratado algo de las virtudes y ejercicios espirituales de esta virgen. Y digo algo, porque, como la mayor parte de esta historia haya sido escrita por mano de ella (siendo para esto compelida y obligada por la obediencia de sus perlados, como arriba declaramos), no quiso ella escribir nada de sus virtudes, sino de los favores y mercedes que de Nuestro Señor había recibido como persona que trataba de esclarecer la gloria de Él y de encubrir la suya. Mas ya es tiempo de tratar algo de estos favores, que ella mereció alcanzar por el ejercicio de estas virtudes, las cuales entendemos que no serían pequeñas, pues los favores fueron tan grandes. Mas aquí es necesario tener fe y creer cosas que exceden la facultad de nuestra razón; pues bastan para esto los milagros auténticos de esta virgen, que al principio referimos. Pues es justo que las obras que sobrepujan la virtud de la naturaleza, hagan fe de las que sobrepujan la captada de la naturaleza. [El gran] fruto, que de esta fe se seguirá, será un maravilloso conocimiento de la inmensa bondad y caridad de Nuestro Señor para con sus criaturas y el amor inestimable que tiene a las ánimas puras y limpias. Y el que careciere de esta fe carecerá de este fruto, y quedará por hombre que siente baja y estrechamente de la bondad y caridad de Dios, y de la virtud y santidad de sus fieles siervos. En lo cual es mucho de notar la condición del corazón humano, el cual, a veces, se levanta tanto que todo el mundo le parece poco para lo que él piensa que merece. Y por otra parte, él mismo se apoca tanto que si le cuentan algún grande favor que Nuestro Señor hace

a los hombres, parecele que no es posible que tan grande majestad así se humane y abaje a tratar tan familiarmente con ellos.

I. [Por qué sigue ahora la impresión de las llagas]

Mas, primero que entre esta materia, quiero declarar la orden que en toda esta historia quise seguir. Y ésta ha sido precediendo de las cosas menores a las mayores, en cuanto fue posible. Y digo esto, porque, declarando algunas virtudes de esta virgen, pareció necesario añadir aquí algo de las cosas mayores que pertenecían a otro lugar más alto. Esta misma orden vemos en la vida de esta virgen, la cual, procediendo cada día de virtud en virtud, de humildes principios llegó a muy altos fines. Entre estas cosas que llamo mayores está la impresión de las llagas de Nuestro Señor. Y, según esta orden, de éstas se había de tratar en el fin de esta escriptura. Mas con todo eso, quise yo tratar primero de ellas, por ser cosas más probadas y testificadas por autoridad del santo Oficio con toda la solemnidad de derecho que para esto se requiere, como cosas de que se había de enviar relación a Nuestro santísimo Padre Gregorio XIII, por parte del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal y legado a latere de Su Santidad. Y, demás de ser este testimonio tan abonado, otro hay más cierto, que son los ojos de tantos testigos que han visto las llagas de las manos de esta virgen con los clavos en medio de ellas, no sin grande admiración y devoción de sus ánimas; mas las de los pies y costado han visto algunas de sus religiosas. Y porque no faltase testimonio de hombre en cosa tan grave, el padre provincial de esta provincia y el padre confesor de nuestro Príncipe Cardenal, que también lo es de la misma virgen, para testimonio de la verdad vieron, con toda la honestidad y decencia que para esto se requería, la llaga de un costado y la de un pie, cubierto todo con un lienzo, y descubierto sólo el lugar de la llaga, que es semejante a la de las manos con el clavo que le atraviesa por medio. Estos dos testimonios son tan abonados y ciertos, que bastan para vencer toda la incredulidad humana.

Creído, pues, esto con la firmeza que tal probanza requiere, fácil cosa será creer todos los otros favores que el Esposo hizo a esta virgen, después que la tuvo hermoçada con estas gloriosas insignias y vestida con la púrpura de su preciosa sangre. Y aunque algunas de estas señales de las llagas se te concedieron en diversos tiempos (según que ella iba aprovechando cada día más en las virtudes), pero todas las referiremos en este capítulo juntas, señalando los tiempos en que fueron concedidas. Y contaremos primero todos lo que pertenece a esta historia simplemente con las mismas palabras que esta virgen las escribió y después pediremos lumbre al obrador de estas gracias, para saber filosofar sobre ellas, porque no seamos del número de aquellos a quien dijo Moisés, que, habiendo visto tantas maravillas como Dios había obrado por ellos sacando de la tierra de Egipto y guiándolos cuarenta años por el desierto con tantos milagros y providencias, nunca tuvieron ojos, ni entendimiento para saber estimar y reverenciar al obrador de cosas tan grandes.

En este lugar conviene advertir una notable sentencia de un religioso doctor el cual dice que ningún pintor trabaja tanto por hacer un retrato conforme a la persona que retrata, quanto el Espíritu Santo procura hacer las ánimas de los fieles semejantes en su manera a

Cristo crucificado. El cual, en todos los pasos de su vida santísima, y mucho más en la cruz, es un perfetísimo retrato y espejo de toda santidad y virtud. Pues esto parece haber pretendido el Esposo celestial en esta virgen que Él tomó por esposa, no sólo adornándola con las señales de sus preciosas llagas, sino también con los dolores continuos de ellas y con su corona de espinas y otras insignias, como luego veremos.

II.[La corona de espinas]

Entre éstas, la primera fue la corona de espinas (de la cual se hace mención en la relación que se envió a Su Santidad), que fue el año de 1575, siendo ella de edad de veinticinco años, en lo cual se ve cuán temprano comenzó el Esposo a hermoear la esposa con esta guirnalda y corona real. Pasó pues el caso de esta manera. Un miércoles del Octavario de los Santos, habiendo esta virgen padecido muchos trabajos, así interiores como exteriores, y teniendo grande sentimiento de la ausencia del Esposo, y deseando padecer muchos mayores trabajos por su amor, suplicábale todo corazón que le cumplierse este deseo, porque no quería en esta vida gustos, sino tormentos. Estando en éste, lo apareció el Esposo con grande resplandor y hermosura, el cual traía en la cabeza una corona de espinas y venía todo bañado en sangre. Y viéndolo de esta manera cayó en tierra diciendo: «¡ah, Señor Jesús!, a mí esos dolores y espinas que merezco por mis pecados.» Entonces Él quitó la corona de su cabeza y púsola en la de ella, apretándola con sus manos, con lo cual ella sintió gran dolor y salió de ahí mucha sangre, quedándole las señales de las espinas en la cabeza, las cuales han visto algunas religiosas de quien ella se fía, cuando, según su costumbre, la trasquilan. Y la cofia que entonces tenía en la cabeza salió manchada con la sangre que de los agujeros de las espinas manó. Esta cofia vino a las manos de una religiosa muy devota y muy grande amiga suya, la cual tuvo mucho tiempo guardada, y después no faltó quien se la tomó y la entregó a esta virgen, la cual ella procuró lavar, por quitar las pintas de la sangre, y por ninguna vía se las pudo quitar; y, visto esto, porque no se descubriese el caso, ella misma, como verdadera humildad, la quemó.

Mas aquí es de notar que, como las honras de Nuestro Señor en esta vida no carezcan de dolores, porque no carezcan de merecimientos, dende aquel día hasta el presente año, siente esta virgen todos los viernes grandes dolores en la cabeza, los cuales comienzan el jueves a las avemarías y duran toda la noche y otro día hasta las mismas horas. Y preguntándole yo, si podía con estos dolores dormir y comer, respondió que muy mal hacía lo uno y lo otro. En lo cual todo parece que no quiso el Esposo que pasase la esposa todo este tiempo sin dolores, para que con ellos se habilitase a padecer otros mayores que fuesen materia de otros mayores favores.

III. [El costado. Preparación y anuncios divinos]

Por donde, pasados tres años después de esta gracia, creciendo ella cada día más en el amor del Esposo en toda virtud, le hizo otro mayor favor, el cual se refiere junto con el pasado y con el que se sigue en la relación susodicha. Y fue así que un miércoles de la Semana Santa, estando ella en el coro bajo y habiendo recibido el santo Sacramento por una manera maravillosa que adelante se dirá, acabando de comulgar, subió al coro alto a asistir al oficio de la misa; y, acabado éste, las religiosas se fueron a comer y ella se quedó en el coro en oración. Y estando allí tuvo un raptó, en el cual vio a Nuestro Señor en el aire, puesto en la cruz, cercado de grande resplandor, y fue tan grande su alegría viendo al Señor que tanto amaba, y tan grande el ímpetu del espíritu y deseo de llegar a Él, que el cuerpo se levantó en el aire y se fue tras el mismo espíritu. Y salió del lado del Señor un rayo bermejo con grande resplandor, el cual descendió con grande fuerza y hirió el pecho de esta virgen y quedó en él una señal bermeja, que todos los viernes mana sangre. Después de esta merced acostumbra el Esposo a visitarla más veces y con más familiaridad.

Pues, con este tan gran favor, ardía ella en el amor del Esposo y desprecio de sí misma y maltratamiento de su cuerpo, haciéndose un holocausto vivo, muriendo a todas las cosas del mundo y viviendo a solo Dios sin tratar de otra cosa noche y día. Creció aun más este amor con otro aparecimiento, en que el Esposo le declaró el grande amor que le tenía. Por tanto dijo Él: «está firme en mi amor, porque esto principalmente quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda adversidad, por amor de mí, porque determino de hacer una cosa nueva en ti». Esta cosa nueva, que aquí el Esposo prometió a esta virgen, entendemos que es la imprisión de las llagas, la cual fue, según la cuenta del tiempo, denunciada dos años antes. Y, no contento el Esposo divino con esta preparación, pasados estos dos años, la privino con otra. Porque el año de 84, siendo ella ya perlada, quince días antes de la fiesta de San[to] Tomás de Aquino, que cae a siete de marzo, la avisó que el día de este santo (de que ella es muy devota) le había de hacer una grande merced, sin declararle lo que era. Entonces ella, movida con la esperanza de esta promesa, pidió especial licencia al padre provincial, que entonces era, para apercibirse con la sagrada comunión; y así comulgó nueve días continuos antes de la fiesta señalada y, juntamente con esto, gastaba las noches en pedir al Esposo le concediese gracia para recibir aquella grande merced, para la cual Él la había apercibido.

Pues, por esta prevención y aparecimiento del Esposo, entenderemos cuán grande haya sido esta gracia; porque para los grandes dones y favores de Dios, quiere Él que procedan grandes disposiciones y aparejos. Y así vemos que apercibió Él a sus discípulos para la venida del Espíritu Santo, prometiéndosela muchas veces antes que viniese; y demás de esto quiso Él que diez días antes se aparejasen con oraciones continuas para ella.

IV. [Impresión de las llagas]

Llegado, pues, este día, a las cuatro de la mañana, estando ella en su celda en pie, puestos los brazos sobre la cruz, como lo acostumbra, esperando esta merced, vio su celda llena de claridad, y en medio de ella vio a Nuestro Señor, enclavado en una cruz, mirándola con ojos amorosos. Y salían de sus cinco llagas cinco rayos encendidos como fuego, los

cuales con grande ímpetu, le hirieron el pecho con los pies y manos, estando ella con los brazos extendidos sobre su cruz; y fue el dolor que sintió tan grande, que le pareció morir. Y con la fuerza del dolor miró y vio en sí las señales que le quedaron en el pecho, pies y manos; y sintiendo grande pena en el andar, pidió a Nuestro Señor le diese fuerzas para eso, ya que era servido que quedase en aquel oficio. Y comunicóle Nuestro Señor tan grande suavidad en aquellos dolores que pudo andar sin aquella grande pena que sintía. Mas el día siguiente, confesándose para comulgar, estuvo hecha un río de lágrimas, lamentándose por verse así tan señalada, recelando como verdadera humilde las alabanzas y también las importunidades de visitas que de aquí se habían de seguir. Mas el padre que oía su confesión, después de muchas razones, la quietó un poco, diciéndole aquellas palabras que el Salvador dijo a San Pedro, cuando se excusaba del lavatorio de los pies: lo que yo hago no sabes tú agora, mas saberlo has después. Y sin dubda esto cabe decirse en esta obra por algún fruto que en muchas personas, mayormente en monesterios de monjas, se ha seguido de la noticia de ella, porque con esto se han movido al amor y servicio de un tan noble Esposo que tienen, el cual tan magníficamente sabe y puede honrar a sus esposas. Mas después de esta merced, la visita el Esposo muy a menudo y le hace otras muy especiales mercedes. Y las heridas que en estas partes tiene, dice ella que parecen ser penetrantes, porque siente dentro mayores dolores que de fuera, porque, si en ellas tocaren recio, le parece que se abrirán; y el dolor todo es de dentro, y en lo de fuera tiene tan gran ardor, que no consiente tocarle nadie. Esto dijo la virgen antes que le diesen los clavos. Porque, no contento el Esposo con esta merced tan grande, el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584, comenzaron a nacerle clavos en medio de las manos y llagas que pasan de parte a parte, y han ido creciendo hasta agora. Y en torno de estos clavos está un círculo como una rosa de color de un rubí, aunque más claro, que los hermosea. Y vese esta rosa de la banda de la palma de la mano y de la otra; de modo que así como los pintores, después de haber pintado una perfecta imagen en una tabla, la adornan con una guarnición de oro o de otra cosa con que está cercada la imagen, así el Esposo celestial adornó estos clavos con estas rosas hermosísimas, como una guarnición que lo cerca en torno, lo cual es cosa de tan grande admiración y hermosura que pone espanto y una manera de temor reverencial a todos los que los miran, aunque muchas veces los vean.

Mas en lo que toca a las llagas de los pies, se ha entendido por relación de la misma virgen una cosa digna de admiración. Y es que en estas llagas no hay más que un solo clavo de tal manera partido, que la mitad con la cabeza se ve en el un pie, y en el otro la otra mitad con la punta que sale en la planta del pie. Y por aquí se entiende que no fueron cuatro clavos (como algunos imaginan) sino tres con que Nuestro Salvador fue crucificado, porque no es de creer que Él representase esto en su esposa de otra manera de como Él lo pasó.

Capítulo II

De lo que debemos filosofar sobre la imprisión de estas llagas

[Luz del cielo para considerarlas]

Agora será necesario pedir lumbré al Hacedor de estas maravillas, para filosofar sobre ellas; porque sin esta luz del cielo pasaremos por estas cosas sin saber ponderarlas y aprovecharnos de ellas, como les acaeció a los fariseos, los cuales por no haber merecido esta lumbré por su malicia pasaron por las maravillas que el Señor obró entre ellos, sin conocerle como lo había profetizado Esaías. Y para esto conviene presuponer que es particular beneficio de Nuestro Señor saber estimar y ponderar los beneficios que nos hace, y muchos tienen lo primero y no lo segundo, a los cuales por ventura fuera mejor no haber recibido los beneficios que recibirlos y no saber estimarlos, ni conocer al dador por ellos. Lo contrario de lo cual tenían los apóstoles, como lo muestra San Pablo, cuando dice: nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el de Dios, por cuya virtud sabemos estimar las mercedes que nos ha hecho. Pues este espíritu de Dios y esta lumbré nos es ahora necesaria para saber filosofar en esta tan señalada obra. Y primeramente se nos ofrece aquí una grande admiración de la misma bondad y caridad de Nuestro Señor para con los hombres, pues, siendo Él quien es, ha querido comunicarse tan familiarmente a una tan baja criatura como es una pobre mujercita. Esto es: que aquel que es Señor de todo lo criado y resplandor de la gloria del Padre, a quien sirven los ángeles y adoran las dominaciones, y alaban las estrellas de la mañana, ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo y en cuya presencia toda esta tan gran máquina del mundo es como una gota del rocío de la mañana, pues que este tan gran Señor, que es gloria y bienaventuranza de los ángeles, haya querido comunicarse tan familiarmente a una criatura suya, que la vistiese de sí mismo, comunicándole las insignias gloriosas de su pasión (que Él trae estampadas en su misma carne para gloria de sus triunfos) ¿qué cosa puede ser de mayor dignación y admiración?

Cosa es ésta bastante para suspender y robar los ánimos de los hombres que tienen aquella lumbré y espíritu de Dios, que poco ha dejamos. Y así le acaeció a un religioso anciano de grande virtud, autoridad y experiencia en cosas divinas y humanas, el cual, al tiempo que esta obra se divulgó, fue a visitar a esta virgen y, viendo las llagas de las manos, fue tan grande su admiración y espanto, que cayó en tierra como atónito de ver las insignias del Señor de todo lo criado en una criatura humana; y él mismo dijo que, ni cinco días después de esta vista, andaba tan absorto en este pensamiento que de día y de noche otra cosa no podía pensar. Él hoy día es vivo y es testigo de esta verdad.

Ni es esto mucho de maravillarse, pues hemos visto que muchos hombres en letras y Teología, así de Castilla como de la Andalucía, han caminado, unos sesenta y otros cien leguas de ida y otras tantas de vuelta por solo ver estas preciosas señales de nuestra redención en las manos de una mujer; y, después que las vieron, quedaron tan maravillados, edificados y consolados, que dieron por bien empleado el trabajo del camino pasado, aunque fuera de muchas más leguas. Y no es esto de espantar, porque si la reina Saba vino de tan lejos tierra por oír la sabiduría de Salomón ¿cuánto más se debe caminar por ver en una flaca mujer impresas por mano del mismo Hijo de Dios las señales de las llagas con que fue redimido el mundo y vencido el demonio y abiertas las puertas del reino del cielo?

Mas para tener el sentimiento que esta obra merece, debemos todos pedir a Nuestro Señor su espíritu y su luz, para que, maravillándonos de la impresión de sus llagas en esta virgen, nos maravillemos mucho más de haberlas Él querido padecer por nosotros; ni

tengamos por cosa increíble haber comunicado Él estas gloriosas señales a los hombres, pues no tuvo Él por cosa extraña padecerlas en sí mismo por ellos.

Para entender lo demás que en esta materia podemos filosofar, habemos de presuponer que el Salvador no sólo imprimió en esta virgen las señales de sus llagas, sino también los dolores de ellas, los cuales ella padece todos los días, y señaladamente en miércoles y jueves, y mucho más en los viernes, y más particularmente dende las nueve hasta la una, cuando el Señor expiró en la cruz. Mas cuán grandes sean estos dolores, al fin del libro segundo queda declarado.

[Memoria del mayor beneficio del Señor]

Pues lo que sobre esto se debe considerar es acordarnos que el mayor beneficio que Nuestro Señor ha hecho y hará y puede hacer a los hombres ha sido encarnar y padecer por ellos. Antes digo que cuantos beneficios tiene hecho en cielos y en tierra son como una cifra en comparación de éste, pues todos ellos no le costaron más que un solo quierro; pero éste le costó la vida con treinta y tres años de trabajos, y con todos los demás dolores, enjurias que intervinieron en su pasión. Pues ¿qué tienen que ver todos los otros beneficios por grandísimos que sean con éste? Porque en aquellos beneficios no hizo Él cosa peregrina y contraria, sino muy conforme a la naturaleza de su bondad, que es sumamente comunicativa de sus bienes. Mas en esto todo lo que padeció fue extraño, todo ajeno de la gloria de la divinidad, atinque no de su bondad. De lo cual se infiere que, por razón, mucho más deben a este Redemptor los hombres que los ángeles, pues no hizo por ellos, lo que por los hombres, como dice el apóstol. Siendo, pues, esto así, no se contentó este Señor con que sepamos por fe y testimonio de los evangelistas lo que padeció por nosotros, sino quiere que haya personas en su Iglesia que por experiencia hayan probado la grandeza de estos dolores, y no un solo día, sino muchos días en la vida, para que ellas sientan y den noticia a otras de lo que deben a un Señor que por tal medio los redimió, porque cuanto fuera mayor el conocimiento experimental de sus dolores, tanto conocerán haber sido el beneficio mayor, por haber sido tan costoso.

Pero el fruto que de esta consideración quiere Nuestro Señor que saquemos es conocer lo mucho que le debemos por lo mucho que por nuestro remedio padeció; pues por este título le debemos más que los ángeles. Y pues ellos, por los bienes de gloria y gracia que les fueron dados, nunca cesan de alabarle y darte gracias eternalmente por ellos, ¿qué gracias le deben dar todos los escogidos, pues, demás de estos mismos bienes que les comunicó, dio la sangre y la vida por ellos?

Y porque este beneficio oscurece con la grandeza de su resplandor todos los otros por grandes que sean, quiere que dejemos a tiempos de pensar en ellos y que todo nuestro pensamiento, amor, y estudio se emplee en la consideración de éste, y así dice por Esaías, que nos acordemos de las obras pasadas y de los beneficios antiguos, porque Él determina hacer otras cosas nuevas, en las cuales quiere que se ocupe todo nuestro ejercicio y

pensamiento, no sólo por ser más grande, sino también por ser mayor el fruto que de esta piadosa consideración se nos ha de seguir.

I. [Honra y beneficio grande]

Demás de esto debemos aquí considerar la grandeza de la honra y beneficio hecho a esta virgen, porque cónstanos que la mayor gloria que tiene el Hijo de Dios humanado es haber sido redemptor del mundo mediante las cinco llagas que recibió en la cruz. Porque, aunque cualquiera de las otras obras de su vida santísima fuesen bastante medio para redimir el mundo, pero ésta fue la que señaladamente dispuso para este fin. Por la cual triunfó de tres capitales enemigos nuestros, que son el pecado, la muerte y el príncipe de este mundo, derribando por medio de sus discípulos sus templos y altares, donde él era adorado. Y triunfó del pecado satisfaciendo con el sacreficio de su muerte por todos los pecados del mundo y mereciéndonos gracia para vencerlos, como lo vencieron y vencen con esta gracia todos cuantos santos hay en el mundo, viviendo muchos inocentemente sin pecado, y otros haciendo verdadera penitencia de él. También, muriendo Él, mató nuestra muerte y darnos ha la resurrección general, vida eterna, en que no tenga ya más jurisdicción la muerte que agora reina en el mundo. Y, demás de estos enemigos, triunfó del infierno, saqueándolo y librando los santos padres que desde el principio del mundo estaban aguardando por este día. Y triunfó también del cielo abriendo aquellas puertas eternas que desde el mismo tiempo estaban cerradas aun a los grandes santos.

Pues no era razón que triunfos tan gloriosos quedasen sin señales que los representasen, pues vemos que los reyes y señores y emperadores de la tierra, cuando vencen y triunfan en las batallas, hacen labrar en sus reposteros las imágenes y figuras de sus triunfos. Mas nuestro verdadero Rey no quiso que en tan baja materia se estampasen las señales de sus triunfos, sino en sus sacratísimos pies y manos y costado, para gloria de estos triunfos, y para muestra de su amor, y para memorial perpetuo de este beneficio, no sólo en esta vida, sino mucho más en la venidera. Porque en la presente tenemos para esto por memorial el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre que para ello fue instituido hasta que venga a juzgar el mundo (como dice el apóstol). Mas en la venidera, que no ha de haber este divino Sacramento, servirán de memorial estas preciosas señales, para que, cuando los escogidos las vean, ardan en amor de este clementísimo reparador, considerando que por aquellas preciosas llagas recibieron tan grandes beneficios. Porque por ellas fueron redimidos y perdonados y fortalecidos contra el pecado; por ellas fueron predestinados, justificados y glorificados; por ellas fueron reconciliados con Dios y librados de la tiranía de satanás, y de esclavos del demonio, hechos hijos de Dios y herederos de su reino. Pues ¿qué bendiciones darán entonces a estas preciosísimas llagas que fueron para ellos puertas del cielo, ventanas de paraíso, fuentes de amor, estímulos de todas las virtudes y prendas de la vida eterna?

Pues, volviendo al propósito, como ser redemptor del género humano mediante estas preciosas llagas sea la mayor gloria y honra que tiene el Hijo de Dios, en cuanto hombre, haberle comunicado Él estas llagas a esta virgen es haberle comunicado, en su manera, la imagen y figura de la mayor gloria y honra, que Él tiene; para lo cual tenemos ejemplo en

el rey Asuero, el cual, pretendiendo honrar a un cierto hombre, preguntó a un gran privado suyo qué podría hacer algún rey si quisiese honrar mucho a algún hombre. Entonces el criado, creyendo que ninguno otro era en el reino a quien el rey quisiese honrar sino a él, extendió en esto las velas cuanto pudo y no halló otra honra mayor que mandar el rey poner en la cabeza de aquel hombre su corona real y vestirle las mismas ropas y insignias de rey. Esta pareció a aquel corazón ambicioso la mayor honra que un rey podía hacer a su vasallo. Pues ¿qué podemos decir aquí sino que esta misma manera de honra hizo el Rey del ciclo a esta virgen poniéndole en la cabeza su corona de espinas y adornando su cuerpo con las mismas insignias del suyo? Pues por aquí entenderemos la disposición del ánimo de esta virgen, porque por la transformación de su cuerpo entenderemos la de su espíritu, pues más cuenta tiene Nuestro Señor con lo espiritual que con lo corporal. Y, pues Él transformó el cuerpo de esta virgen en la imagen del suyo, mucho más conformaría el espíritu de ella en el espíritu suyo, para que le pareciese tanto en el espíritu como le parecía en las llagas del cuerpo, puesto caso que lo uno y lo otro procedió del mismo dador, el cual da las honras y también da los méritos y virtudes con que se alcanzan.

Procediendo más en esta filosofía vemos que fueron también estas llagas muestras del gran amor que el Esposo celestial tuvo a esta virgen, de lo cual es argumento haberla querido vestir y adornar con estas gloriosas insignias que Él trae estampadas y impresas en el sacratísimo cuerpo, para gloria, como está dicho, de sus triunfos. Y que esto sea indicio y testimonio del especial amor que Él tiene a esta su esposa, muéstranoslo el ejemplo en Jonatás, hijo del rey Saul, el cual, viendo venir a David victorioso de aquel desafío que tuvo con el gigante Golías, trayendo la cabeza de él en sus manos, le tomó tan grande afición que le amaba como a su propia vida; y en señal de este amor, dice la Escritura que se desnudó de sus vestiduras hasta el talabarte y la espada y el arco, y vistió a David con ellas, de suerte que de la grandeza de este amor procedió no consentir que un tan grande amigo anduviese tan mal vestido, sino que anduviese ataviado con vestiduras de hijo de rey. Pues según esto ¿de qué otra causa procedería haber vestido el Hijo de Dios a esta virgen de sus propias insignias, sino del grande amor que le tuvo por el cual la quiso así adornar y hermopear con ellas? Y pues este rey no es amador apasionado (a quien lo feo parezca hermoso), sino muy discreto, parece que en la virgen había pureza y hermosura merecedora de este tan grande amor, y que juntamente habría en su corazón correspondencia de amor a tal amor.

Es también para mí, causa de grande admiración la edad de esta virgen, porque si ella tuviera la edad de Ana, la profetisa del evangelio, la cual después de siete años de casada, hasta los ochenta y cuatro de edad nunca se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones día y noche, cierto no me maravillara tanto que a tal edad tales méritos y tales ejercicios de tanto tiempo, se comunicara esta gracia. Mas comunicarse a una doncella de tan poca edad esto me pone mayor admiración y me hace creer que se dio gran priesa y sirvió con grande fervor de amor la que en tan poco tiempo tanta tierra ganó.

Ni se debe echaren olvido, que en la misma edad de los treinta y tres años, en los cuales padeció el Salvador sus llagas, recibió esta virgen las suyas, de manera que aun hasta esto quiso el Esposo celestial hacer esta su esposa semejante a sí.

De lo dicho podremos sacar un documento importante para los deseosos del amor divino, para lo cual es mucho de notar la común doctrina y sentencia de teólogos, los cuales dicen que este divino amor señaladamente crece con actos y deseos de ese mismo amor, cuando son vehementes y fervorosos; y tales parece que eran los de esta virgen, pues en tan poco tiempo aprovechó tanto de manera que, como el que hinca un clavo en una tabla, más lo arraiga con tres o cuatro martillazos grandes que con muchos pequeños, así la virtud de la caridad más se arraiga y crece en el ánima, con estas obras diligentes y fervorosas que con otras muchas flojas y remisas. Y por esto tantas veces nos encomienda Salomón en sus Proverbios el trabajo, fervor y diligencia en el servicio de Dios (como arriba dijimos) por el grande fruto que de este estudio y diligencia se sigue. Y conforme a esto, después de haber contado los grandes daños que se siguen de la flojedad y negligencia, concluye esta sentencia diciendo: si sacudieses de ti la pereza y negligencia, será tan copiosa la mies y abundancia de tus virtudes como una fuente de que siempre mana agua; y la esterilidad y pobreza de los bienes espirituales estará muy lejos de ti.

II. [Los dolores de las llagas no impiden la devoción ni el alegría de la suavidad espiritual]

Acerca de los dolores de estas llagas, podrá alguno preguntar si la fuerza de este dolor impide la suavidad de la devoción, pues San Bernardo, entre cuatro impedimentos de ella, cuenta los dolores del cuerpo. A esto responde nuestra virgen que este dolor no solamente no impide la devoción, mas antes la acrecienta, porque el dolor es de compasión, la cual nace del amor y éste enciende más la devoción.

Preguntará también si con estos dolores se compadece el alegría de la suavidad espiritual, por parecer que esta alegría no se compadece con la fuerza de estos dolores. A esto me respondió la virgen diciendo que los dolores por el Esposo, no impedían el alegría de esta suavidad. Para entender esto se ha de presuponer que el amor, cuando es grande, transforma al que ama en la cosa amada, de tal modo que todos los afectos y sentimientos que tiene el uno tiene el otro, como lo vemos en la madre que ama mucho a su hijo, la cual todos los bienes y males de su hijo tiene por suyos propios y así se alegra con lo que él se alegra, y se entristece con lo que él se entristece. Pues según esto, como esta virgen esté en cuerpo y ánima transformada en el Esposo, en el cuerpo con las llagas y en el ánima con el amor, de aquí procede que como Él se agrada tanto con los dolores y trabajos padecidos por su amor, (según está dicho), que ella también se ha de alegrar con lo que Él se alegra, y tomar contento con lo que Él lo toma, aunque a la carne duela, porque la suavidad del amor hace suave el dolor, como lo enseña San Agustín hablando con el penitente, a quien dice: duélete y alégrate de ese dolor por el bien que te hace. Pues por aquí se entenderá la causa de la alegría de esta virgen: de este mismo amor nace un grandísimo deseo de agradar al Esposo, y porque se entiende que una de las cosas que más le agradan es padecer dolores y trabajos por su amor, de aquí nace un gran deseo de ellos, y así no pueden dejar de alegrarse, cuando los padecen, por cumplírseles este deseo, pues como dice el sabio, es árbol de vida el cumplimiento del deseo. De esta manera se alegraban los apóstoles después de muy bien azotados, por haber sido merecedores de padecer injurias por el Señor, que tanto amaban. Y para mayor declaración de esto usaré aquí de un ejemplo del amor sensual,

porque éste a veces nos sirve para declarar la condición del amor espiritual, como se ve en el libro de los Cantares. Vino a mí una persona tentadísima de la afición de otra, para que yo le proveyese de algún remedio porque la tentación era grandísima. Yo, entre otros remedios, lo aconsejé que castigase reciamente su cuerpo con disciplinas, para que con los dolores del cuerpo mitigase los ardores de la carne, como acaeció a San Benito. A esto me respondió que ya lo había hecho, y que no solamente no se le apagaba el fuego que en su pecho ardía, sino que antes se acrecentaba, acordándose por quien se disciplinada. Tanto puede el espíritu de la fornicación, el cual con su bafo infernal inflama las brasas de nuestras pasiones, como se escribe en Job. Pues si tanto puede el amor que sopla el espíritu malo, ¿cuánto más podrá el que sopla y hace arder el Espíritu Santo, que es el mismo fuego de amor, el cual arde tanto en el pecho de esta virgen que no se puede apagar con el agua de los dolores, antes crece en ellos?

Capítulo III

De otros favores que hizo nuestro señor a esta virgen tocantes a la Sagrada Pasión

[Los clavos]

Mas no paran aquí los favores del Esposo, sino pasan adelante con nuevas insignias, porque el día de la Exaltación de la Cruz, de 84, quiso que le naciesen clavos, en medio de las llagas de pies y manos, hechos de la misma carne, que penetran de parte a parte, de manera que se ve la cabeza del clavo de color de hierro en la palma de la mano, y la punta en la parte contraria, lo cual no sin grande admiración vemos todos y ven sus monjas cada día.

[Cinco gotas de sangre]

Mas otro mayor favor y más admirable y nunca hasta hoy visto ni leído, le hizo el Esposo el día de la Invención de la Cruz, y ambas cosas en el mismo año. Y ésta es que todos los viernes le salen de la llaga del costado cinco gotas de sangre, puestas por orden en una perfectísima figura de cruz, y cada gota de sangre es redonda poco mayor que una lenteja; y para recogerlas pone ella encima de la llaga un lienzo, el más delgado y más usado que puede hallar, doblado con cuatro dobleces, los cuales todos penetran estas cinco gotas y pasan de parte a parte, de modo que cada viernes salen cuatro paños de éstos, y agora que está ella flaca no salen más de tres, y comienzan a manar estas gotas dende las nueve del día hasta la una, cuando crecen más los dolores.

Antes que pasemos adelante, me pareció notar en esta obra cuatro cosas que confirman la fe de nuestra redención. La primera es salir sangre fresca de llaga vieja. La segunda es

salir en viernes, y a la hora susodicha, que es el día de la Sagrada Pasión y no en otro día. La tercera, salir cinco gotas y no más, que nos representan las cinco llagas del Redentor. La cuarta es la más admirable que es: de una llaga larga, que tiene figura de lanzada, salir estas cinco gotas en perfectísima figura de cruz.

Sobre esto puede el cristiano lector filosofar lo que Dios le enseñare. Yo no sé filosofar, sino espantarme de cosa tan admirable, ni se me ofrece otra cosa, sino querer Nuestro Señor que de la llaga del costado saliese la sangre, que de las otras llagas (si fuera cosa decente) hubiera de salir.

[Vestidura colorada]

Y como si todo esto fuese poco, le añadió el Esposo otra cosa admirable, que es una vestidura colorada, en lo cual parece querer el Esposo que represente la esposa en sí aquella púrpura, de que los soldados del presidente Pilato, vestieron al Salvador por escarnio cuando le pusieron la corona de espinas; y así las cinco gotas de sangre susodichas y esta vestidura me están representando haber querido el Esposo hacer esta esposa suya semejante a sí en los principales pasos de su Sagrada Pasión, para que, viéndose por todas partes cercada y adornada con estas gloriosas insignias, ande siempre absorta y transformada en Él, para que por aquí entendamos todos los fieles hasta dónde se extiende la amistad y familiaridad de Nuestro Señor Dios para con sus criaturas.

Mas agora declararé de la manera que esta vestidura le fue dada. Estando esta virgen en su celda por la mañana después de maitines, con grande soledad y deseo de su Esposo, tuvo esta visión: aparecióle el Esposo muy claro y hermoso y lleno de toda la gracia; venían con él Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena, y traían en las manos un vaso de oro muy fino, el cual hinchó el Esposo de sangre de su divino pecho; y las santas desnudaron a esta virgen y lavaron en aquella sangre con la cual quedó tan alba como la nieve; y decíale el Esposo que estaba así muy hermosa, y vestíala de una túnica de carmesí de grande resplandor y hermosura, la cual ella ve todos los viernes y fiestas de Nuestro Señor y de Nuestra Señora; y, aunque los otros días no la ve, todavía siente que la tiene, mas ninguna otra persona la ve si no es por particular concesión de Nuestro Señor. Lo cual ella, siendo importunada, alcanzó por oraciones que algunas personas la viesen, entre las cuales fue una el Señor arzobispo de Lisboa, don Miguel de Noroña, el cual testificó esto con juramento; y viola también después de él el confesor de ella, el padre maestro Fray Pedro Romero; y antes de éstos la había visto Fray Antonio de la Cerda, provincial de esta provincia, y todos los tres dan testimonio de lo dicho.

Y cuando el Esposo le dio esta vestidura, le dijo; «mira no la ensucies». Y preguntándole yo qué entendía, por aquella palabra, «mira no ensucies esa vestidura», respondió que lo que entendía era vivir con grande cuidado de conservar la pureza que con aquel lavatorio de la sangre del Cordero se le dio, procurando no desmandarse en alguna culpa por pequeña que fuese. Y contóme un padre confesor suyo que, estando ella hablando con él, ofreciósele que había hablado una palabra desmandada y súbitamente resolviendo sobre sí, dijo: «ay;

¿qué dije?» y luego se arrebató. Lo cual he dicho para que por aquí se entienda el cuidado que tiene de su pureza y el sentimiento que le queda si en algo se desmanda.

I. [Recapitulación. La transformación del espíritu por la meditación de la Pasión]

De lo que hasta aquí hemos dicho se colige de la manera que el Salvador procedió con esta virgen para adornarla con las insignias de su Sagrada Pasión, porque primero comenzando por la cabeza, la adornó con la corona de espinas que con su mano le puso y con los dolores de ella; después de esto, la hirió con la llaga de su sagrado costado; mas no quiso que esta fuese sola, porque, siendo ella agradecida a este beneficio y alargando Él por eso la mano liberalísima de su misericordia, añadió a esta llaga las demás, ensanchando y haciendo mayor la que ya le había concedido; y después añadió los oplavos de color de hierro en esas mismas llagas de pies y manos; y sobre todo esto añadió otra cosa no menos admirable, que son las cinco gotas de sangre, que manan de la llaga del costado, de la manera que dejamos. Y, como si todo esto fuera poco, acrecentó esta vestidura de escarlata para que, ya que le había dado la corona de espinas, lo diese también la púrpura que los soldados le vestieron por escarnio.

Pues ¿qué otra cosa nos representa esta variedad de las insignias de la Sagrada Pasión, sino querer el Esposo celestial que, viéndose esta su esposa, por tantas partes cercada de estas gloriosas señales de su Sagrada Pasión, anduviese siempre absorta en ella, reconociendo la grandeza de este beneficio de nuestra redención, en cuya comparación todos los otros beneficios divinos son como sombra, según arriba dejamos? Y lo que el Esposo quiere de esta virgen, quiere también de todos los fieles en su manera, pues todos ellos fueron rescatados por el mismo precio.

También entendemos por esta transformación del cuerpo de esta virgen en la imagen del cuerpo de Cristo, la transformación de su espíritu en el espíritu de Cristo, que es de mayor dignidad. Porque poco valía la transformación del cuerpo, si no se juntara con ella la del espíritu; ni había conceder el Esposo la una sin la otra; antes de la más excelente que es la interior del espíritu se siguió la exterior que vemos en el cuerpo; y, si nos pone grande admiración cata corporal, que vemos, mucho mayor nos la pondría la espiritual, si la viésemos; porque ¿qué espectáculo habría en el mundo más hermoso que ver un espíritu humano, semejante al espíritu divino? Tal era el espíritu del apóstol cuando decía: vivo yo, ya no yo, porque vive en mí Cristo.

Al fin de esta materia no callaré una de las causas por la cual el Esposo celestial adornó esta su esposa con todas estas señales de su Sagrada Pasión, y esta fue haber sido ella todos los días de su vida, desde su nacimiento, devotísima de este misterio, aprovechándose para esto del Libro de la oración y meditación, en el cual estaban repartidos los pasos principales de la Sagrada Pasión, por los días de la semana. Y con este ejercicio fue siempre creciendo tanto en la devoción de este misterio, y es tan casada con él, que por esto llama a la cruz su esposa; y ella misma trae en el seno muchas cruces chiquitas, que con grande alegría y devoción llama sus espositas, como arriba dejamos. Y por esto no es maravilla que el

Esposo estampase las insignias de su Pasión en el cuerpo de esta virgen, pues ella las traía estampadas y impresas en su corazón, el cual tiene en esta parte tan sensible y tan tierno que muchas veces abrazando la cruz queda fuera de los sentidos, así como cuando toma el cáliz en las manos, según arriba dijimos. Y, si en común plática se dice alguna palabra tierna tocante a este misterio, hace lo mismo, o no consiente ir la plática adelante, porque no se lo sufre el corazón. Y así, diciéndole una vez su padre confesor que Nuestro Señor regaba la planta de las virtudes en las ánimas de sus siervos con su sangre, acudió ella a gran prisa diciendo: «no más, no más que moriré», y luego quedó arrebatada. Pero lo que más declara el sentimiento intrañable que ella tiene de este misterio es que los tres días de la Semana Santa, en que la Iglesia representa los dolores de la pasión y muerte de su Esposo, viene esta virgen a quedar tan traspasada de compasión de los dolores de su Esposo, que en todos ellos no puede comer bocado, como ya dejamos.

Esta doctrina es razón que mueva a los corazones de los fieles redimidos por tan grandes dolores, a tener cada día un pedazo de tiempo diputado para la consideración de este sumo beneficio, porque no es razón que se nos haga dificultoso de padecer por la ajena; y porque del fruto y mérito de este santo ejercicio y del modo con que se debe ejercitar habemos ya tratado en el Libro de la oración y en el Vita Christi, a estos lugares remito al cristiano lector que esto quisiere saber.

Capítulo IV

De la causa de la publicación de las llagas de esta virgen

[Una gran dificultad]

Quédanos al fin de esta materia una gran dificultad para cuya inteligencia será necesario pedir lumbré al que es Padre de las lumbres. Y para esto conviene presuponer que ha tenido y tiene hoy día Nuestro Señor en su iglesia algunas personas de excelente santidad y pureza, a las cuales ha dado a sentir en sus pies y manos parte de los dolores que Él padeció en las suyas, sin haber señales de fuera; y esto para darles a conocer la inmensidad de su bondad y caridad para con los hombres, y encenderlas más en el amor de quien por tan caro precio las compró; y en esta cuenta entra Santa Catalina de Sena, a la cual por espacio de una semana dio Nuestro Señor a sentir estos dolores con tanta fuerza que ni ella, ni sus discípulos creyeron que le fuese posible vivir. Y con todo esto no le dio exteriormente las señales de estas llagas, por haber pedido ella esto con grande instancia. Pues, siendo esto así, hay razón para preguntar por qué causa el Esposo celestial, que a veces da parte de estos dolores sin señales exteriores quiso señalar esta virgen con estas insignias públicamente en las palmas y vueltas de las manos. Y (lo que más es) con unas rosas tan grandes en medio por ambas partes y de tan hermoso color que de muy lejos están resplandeciendo con su clavo de color de hierro en medio; y espantan y mueven los corazones de quien las ve. Porque aunque esta virgen tenía, años había, la corona de espinas y la llaga del costado, que estaban en lugares secretos, ella las encubría con tanto recaudo

que sus monjas no lo sabían, aunque alguna lo barruntaban; mas de tal manera, que lo uno y lo otro estaba secreto. Mas, después que el Esposo quiso sacar este negocio a plaza, poniendo las llagas en los lugares, y con los colores susodichos, claramente dio a entender que quería que estas obras y favores suyos se publicasen, porque el Santo Oficio no había de dejar de hacer sus diligencias, en cosa tan nueva y tan extraordinaria, mayormente siendo razón que nuestro Príncipe Cardenal, como legado de Su Santidad, le diese cuenta de cosa tan señalada y de que ya por todo el mundo se hablaba. Y por esto mandó que el Santo Oficio hiciese diligente examen de la vida de esta virgen y de los favores que de Nuestro Señor había recibido; y por esta causa vino a estar el negocio más público y más auténtico de lo que hasta entonces estaba.

Siendo, pues, esto así y constándonos que así la impresión de las llagas como la publicación de ellas fue por consejo y voluntad de Nuestro Señor, hay razón para preguntar, qué es lo que su divina sabiduría pretendió en esta publicación. Yo por mi parte confieso que no seré tan loco ni tan atrevido que quiera yo por mí ni alcanzar ni aun escudriñar los consejos de Dios, pues está escrito: ¿quién podrá entender el sentido de Señor, o quién fue su consiliario?

[Renovar en este tiempo la memoria de su Pasión por los pecados]

Con todo esto lo que se representa a mi poco saber es que quiso Nuestro Señor por este medio renovar en este tiempo la memoria de su Sagrada Pasión, y acordar a los hombres dormidos y desalmados que bajó Él del cielo a la tierra vestido de carne humana; y que en ella padeció los mismos dolores que jamás se han padecido, y finalmente muerte de cruz, y que todo esto padeció por desterrar los pecados del mundo y satisfacer a la divina majestad, ofendida por ellos. Y por este medio nos quiso dar a entender que el pecado es un tan grande mal, y tan ofensivo de la divina majestad, que con menor satisfacción que con la sangre del Hijo de Dios, no podía, por tela de juicio, ser descargado. Y así mismo quiso que entendiésemos ser tan grande el aborrecimiento que Él tiene al pecado que consintió en la muerte de su Hijo por matar y destruir el pecado, y que a ese mismo Hijo, infinitamente amado, no perdonó por haberse encargado de satisfacer por los pecados ajenos. Y así se acuerden de aquella terrible palabra del mismo Hijo que dijo: si así arde el madero verde ¿qué puede esperar el seco?

Todo esto y mucho más callando nos pedrica el misterio de la cruz, lo cual es cosa bastante para que el cristiano que tiene fe de este misterio escogiese antes padecer mil muertes que cometer cosa tan aborrecible a Dios, y cuyo remedio tan caro costó al mismo Hijo de Dios.

Mas, con ser esto así, vemos innumerables hombres tan desacordados de este misterio, y tan zambullidos en todo género de pecados, y tan fáciles en cometerlos a cada paso y por cualquier ocasión como si todo lo que la fe predica de este misterio fuese fábula del mundo, porque ninguna cosa menos hacen creyendo lo que creen, que si nada de esto creyesen.

Digo, pues, agora que así como el Salvador mandó a los apóstoles que cuando no fuese su doctrina recibida en algún lugar, se descalzasen los zapatos y sacudiesen sobre él el polvo que se les había pegado, para que esto fuese argumento que por parte de Dios no les había faltado doctrina con que se pudiesen salvar, así parece haber querido este mismo Señor, no solo imprimir, sino también publicar las llagas de esta virgen para renovar en este tiempo tan estragado la memoria de su Pasión, y hacer que los hombres se acordasen de lo que el Hijo de Dios padeció por desterrar del mundo una cosa tan abominable en sus purísimos ojos como son los pecados. Y de esto quiso que fuesen agora testigos y predicadores las señales de las llagas de esta virgen, las cuales Él ha querido para este fin publicar por mar y por tierra. Porque es cierto que el más recio cargo que el día de la cuenta general se ha de hacer a los hombres es de la sangre del Hijo de Dios, como Él lo significó por San Juan diciendo: éste es el juicio de la condenación de los malos, porque vino la luz al mundo (que fue el Hijo de Dios) y amaron más los hombres a las tinieblas de los pecados, que la luz de la verdad, y para mayor condenación y desconsolación de los tales dice el Salvador que en el día del juicio parecerá la cruz en medio del ciclo, para que por ella declare Él que por su parte hizo lo último que se podía hacer para desterrar el pecado del mundo, que fue morir en cruz, y que ellos, por su malicia, no se despusieron para aceptar el perdón y el remedio, que Él con su sangre les había ganado. Este, pues, parece haber sido el fin de la impresión y publicación de las llagas de esta virgen, porque como antiguamente quiso Él que las sibilas denunciassen entre los gentiles la venida y pasión del Salvador, para que no toviese excusa su incredulidad, así quiso Él que esta virgen declarase entre los malos cristianos que este Señor era ya venido y padecido, para que no tuviese excusa su maldad.

[Las cinco gotas de sangre en figura de cruz]

Mas hay aquí otra cosa digna de grande consideración con que se declara más haber sido esto el intento susodicho de Nuestro Salvador. Porque de estas llagas no pueden tener noticia por vista de ojos todos los hombres, sino sólo por oídas, que es cosa que nos mueve poco; y; para suplir esto, quiso la divina providencia que todos los viernes, de dos años a esta parte, que se cumplen por Santa Cruz de mayo de 1586, manasen las cinco gotas de sangre en figura de una perfectísima cruz de la llaga del costado (según arriba lo declaramos), en el cual día salen cuatro pañitos con esta figura, porque penetran las gotas cuatro dobleces de lienzo que se ponen encima de esta llaga; y éstos andan repartidos por todas las partes de la cristiandad hasta Roma y Venecia y otras ciudades más remotas, y hasta las Indias y Japón donde han sido llevados, los cuales predicán y testifican lo mismo que la publicación de las llagas susodichas. Y aunque estas cinco gotas principalmente salen al mediodía, que es cerca del tiempo que Nuestro Salvador expiró en la cruz, pero también tenemos experiencia de manar algunas veces en la tarde de ese mismo día, porque dos padres de este nuestro monesterio fueron un viernes de éstos, sobre tarde, y le rogaron que pusiese encima de la llaga un paño doblado que llevaban; y, después de hablar un pedazo con ella, se lo pidieron, y, desdoblado, hallaron esta figura susodicha, en dos partes de él. Por haber penetrado las gotas de un doblez al otro. Y como yo supiese esto, fui el viernes siguiente a visitar la misma religiosa y pedíle que pusiese un pañito, que yo

llevaba, sobre aquella llaga; y, a cabo de media hora que platicamos, lo sacó del seno y me lo dio, y hallé en él las mismas cinco gotas de sangre en la misma figura impresas; el cual traigo siempre conmigo y estimo en grande precio, por haber sido cosa que tan claramente me pasó por las manos. Y di gracias a Nuestro Señor porque me dejó ver un tan manifiesto milagro, que es cosa que yo mucho deseaba, no por curiosidad, sino por la admiración que causa una obra sobrenatural de Dios, notoriamente siendo éste un milagro que testimifica el misterio de nuestra redención. Porque conocido milagro es de una llaga tan larga como un dedo con figura de media luna salgan cinco gotas, todas de un tamaño, y en igual distancia una de otra, y con esta figura de cruz. Porque ser esto en día de viernes y no en otro, y cinco gotas y no más ni menos, y en figura de cruz, vese claramente: el día y el número y la figura de esto dan testimonio claro del misterio de la Cruz, que es el mayor de los que celebra la religión cristiana. Y no tengo éste por menor milagro que el de la impresión de las llagas, porque aquél hízose de una vez y queda para toda la vida, mas éste hácese cada semana, sin haber faltado ningún viernes, tanto tiempo ha como habemos dicho. Y ora esté ella enferma, ora sana y muchas veces sangrada, nunca falta este ordinario, donde vemos a Cristo (si decir se puede) hecho pintor; porque, como ésta sea cosa sobrenatural, sólo su pincel, o a quien Él lo diere, es poderoso para hacer esta maravilla, nunca hasta hoy vista en el mundo en cuanto está escrito de vidas de santos; y poco sentido tiene de las cosas de Dios quien no queda suspenso y admirado y aun atemorizado con esta maravilla.

Yo escribí en el capítulo pasado, que de esto trata, que no podía entender el propósito y causa de este misterio, y lo que la divina sabiduría aquí pretendía. Porque, si quería con esta figura imprimir la memoria de este misterio en el corazón de esta virgen, bastaban las cinco llagas que tiene en su cuerpo y los dolores gravísimos que con ellas padece, los cuales bastan para que no haya olvidado donde hay dolor. Pues por esta razón me confirmo en creer que esta nueva demostración del misterio de nuestra redención no se hizo para renovar la memoria de esta virgen, sino para despertar (como dije) la de los hombres dormidos, que han echado en olvido cuán caro costó al Hijo de Dios y su remedio y cuán estrecha cuenta darán de no haber aprovechádose de él, ni aborrecido al pecado que Él por este remedio quiso desterrar del mundo. Lo cual sintió tanto nuestro Redemptor, que una de las causas que dan los santos de aquella agonía y sudor de sangre que derramó en la oración del huerto, fue ver cuán caro le costaba el remedio del mundo, y cómo muchos no habían de querer aprovecharse de tal medicina que no costó menos que la sangre y vida de Dios. Y de esto se queja Él a su Padre por el profeta Esaías, diciendo: «yo dije: en vano he trabajado, y sin causa he gastado mis esfuerzos y por tanto a Dios hago juez de mi causa, porque ninguna cosa dejé de hacer por mi parte que fuese necesaria para salvación de los hombres; y por tanto los que se pierden, por culpa suya se pierden, y no por falta mía». Y a este capítulo tan recio no tendrán los malos que responder el día de la cuenta, de lo cual les avisan estas gotas de sangre, que por toda la tierra van predicando y testificando esta verdad.

Capítulo V

De los grandes favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen, [a]cerca del Santísimo Sacramento

Declarados los favores que Nuestro Señor hizo a esta virgen con las insignias de su Sagrada Pasión, síguese que tratemos de otros favores y gracias que le fueron concedidas, las cuales no podrá dejar de creer quien cree las que acabamos de decir, porque todo lo demás que se dijere o es menos que lo pasado, o cosa que se sigue de ello, porque tales privilegios y gracias como las susodichas no podían ser solas, sino acompañadas con otras muchas que les precediesen y las mereciesen, y otras que se siguiesen y las acompañasen.

[Suavidad del manjar divino]

Y primero diremos de las recibidas acerca del Santísimo Sacramento. Y para esto será necesario declarar en breve la grandeza de la suavidad que reciben con este manjar celestial las ánimas ya purgadas y limpias, como lo estaban la del Buenaventurado Padre San Francisco y Santa Catalina de Sena y otros santos, los cuales quedaban arrobados y fuera de sí, cuando comían este pan de los ángeles, por la grandeza de esta suavidad. Para la inteligencia de esto conviene presuponer que, como el hombre naturalmente sea muy amigo de todas las cosas que deleitan, la divina sabiduría, que dispone todas las cosas sabia y suavemente, viendo cuán amigo sea el hombre de cualquier gusto y deleite, puso éste en los manjares, para que con esto se moviese a comer y de esta manera se conservase la vida, la cual faltaría si el mantenimiento faltase. Mas agora es de saber que en el hombre justo hay dos maneras de vidas, y cada una tiene su manjar proprio con que se sustenta. De estas vidas, la una es corporal, que es esta que vemos, y la otra espiritual, que no vemos, la cual consiste en estar en gracia y caridad con Dios. La una de estas vidas tenemos común con las bestias, y la otra es propria de ángeles, la una es humana, y la otra divina; la una es de los hijos de los hombres, la otra es de los hijos de Dios; la una vida se causa de la presencia del ánima en el cuerpo, y la otra de la presencia del Espíritu Santo en la misma ánima, según lo que dice el apóstol: la caridad para con Dios, se ha infundido en nuestros corazones, por virtud del Espíritu Santo que nos es dado.

Siendo esto así, podrá juzgar el prudente lector cuál será el sabor y gusto que pondría el Criador en el manjar con que se sustenta la vida espiritual y divina, pues tantas diferencias de manjares suavísimos crió para sustentar la vida humana. Porque, como las obras de este Señor sean tan perfectas, necesariamente habemos de confesar que, cuanto es más excelente esta vida espiritual que aquella corporal, tanto ha de ser mayor el gusto y suavidad que puso en el manjar de esta vida, que el que puso en la otra. Y conforme a esto dice Santo Tomás que nadie podrá explicar con palabras la grandeza de la suavidad de este sacramento, porque en él se gusta la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo, fuente y mar de infinita suavidad, de la cual gustan más abundantemente quienes más purgado tienen el paladar de su ánima.

Siendo pues esto así, nadie debe extrañar lo que dijéremos de la hambre que esta virgen purísima tenía de este divino manjar, ni del alegría y consolación que con él recibe, ni de los favores singulares que del Esposo ha recibido con él, de los cuales refiriremos aquí algunos.

[Visión en el Corpus de 1583]

En el año de 1583, en la fiesta del Santísimo Sacramento, acabado el oficio de la misa (que este día se acaba a las nueve, porque la gente quiere irse a la procesión), habiendo esta virgen comulgado, tuvo un raptó que duró desde esta hora hasta las cinco y media de la tarde. En el cual espacio estuvo su cuerpo tan hierto y tan sin moverse, como si fuera de piedra mármol. Y en este espacio dijo ella que vio cosas que con ningunas palabras se pueden explicar aquí: vio a Nuestro Señor hermosísimo con el pecho abierto, en el cual le pareció que tenía el Santísimo Sacramento y de Él venía a su ánima una incomprehensible claridad. Y aquí le fue mostrado el infinito amor, con que el Señor había instituido este Santísimo Sacramento. Y sería imposible poder explicar ella lo que en aquel sagrado pecho vio. Estaba delante de Nuestro Señor, Santo Tomás de Aquino, puesto en contemplación y atónito de ver este grande amor. En este espacio se pasaron seis horas sin ver otra cosa alguno, y dijo la virgen, así como estaba rapta, estas palabras que le oyeron: «¿si yo dijese estas cosas tan admirables, quién las creería? Dígalas Santo Tomás». Y de ahí a un poco dijo: «amo y creo». Como si despertara de algún sueño vio toda la corte del cielo y a Nuestra Señora con muchos santos alrededor del Esposo. Díjole entonces Santa María Magdalena que esperase por las vísperas, las cuales fueron luego comenzadas por el rey David y oficiadas por Santo Tomás, todos cantaban con grande alegría, y llegando al verso que se canta después del himno que dice: Panem de coelo praestinisti eis, etc., dijéronle que lo había ella de decir con San[ta] Inés, virgen que allí estaba. En estas vísperas se pasó otra hora. Las madres del monesterio, que presentes estaban, no sabían en este tiempo qué consejo tomasen, porque por una parte recelaban mandarle por obediencia que volviese en su acuerdo y sacarla de aquel paraíso de que su ánima tanto más gozaba, cuanto su cuerpo menos sentía, y por otra temían el peligro de su salud por ser ya muy tarde y estar ella sin desayunarse, siendo tan flaca y delicada. Mas, finalmente, venció esta parte, y la perlada le mandó por obediencia que volviese en sí; y así volvió, no sin muchas lágrimas y dolor de verse privada de tan grande suavidad.

¡Cuántas cosas tiene aquí un devoto corazón de que maravillarse! Una maravilla es estar un cuerpo tan dilicado tantas horas sin menearse ni bullir pie ni mano; otra maravilla es el regalo que el Esposo hizo a esta su esposa mostrándole todas estas maravillas; y oyendo estas tan solemnes vísperas y teniéndola suspensa por tan largo espacio en la contemplación de cosas tan grandes; y entre estas maravillas no es cosa menos suave encomendar el verso que se dice después del himno a estas vírgenes, porque tales acólitos y tales versicolarios pertenecían para tales vírgenes y vísperas.

Pero la cosa más digna de considerar en esta materia es la grandeza del amor con que el Salvador instituyó este Santísimo Sacramento; porque amar es querer bien y hacer bien; y cuanto mayor es ese deseo y beneficio tanto nos descubre mayor amor. Pues, para entendimiento de esto, será necesario traer a la memoria todos los efectos de este Sacramento que son muchos y admirables, de que en otras partes hemos tratado; mas aquí tocaremos brevemente uno solo. Para cuya inteligencia se debe presuponer que todas las leyes divinas y humanas se ordenan a hacer los hombres buenos y bienaventurados. Lo

uno como medio, y lo otro como fin. Mas los fines y los medios son diferentes en las leyes divinas que en las humanas; y, dejando las humanas, la summa de las divinas consiste en las dos cosas susodichas, que es hacer a los hombres buenos y bienaventurados. Para lo uno y para lo otro, sirve grandemente ese divino Sacramento, ca por virtud de la gracia y refección espiritual (que por él se nos dá), ayuda en gran manera a la santificación de nuestras ánimas, esforzándolas y renovándolas todos nuestros buenos propósitos y deseos. Y, con la grandísima suavidad que en él se dá a las ánimas purgadas y limpias, les comunica aquella manera de bienaventuranza, de que en esta vida gozan los amigos de Dios, muchos de los cuales llegándose a comulgar con cuerpos dibilitados y flacos, reciben tanta alegría y suavidad con el gusto de este pan de los ángeles, que se levantan de esta mesa esforzados y alentados, como si no hubiesen tenido flaqueza alguna, por la grande alegría que con él recibieron, la cual en las personas más diputadas es tan grande que las priva de sus sentidos. Pues en esto se ve la grandeza del amor con que el Salvador ordenó este Sacramento, por el cual se nos hizo este tan gran beneficio en que consiste la suma de toda la ley divina, como está aquí declarado. Vese también la grandeza de este amor en permitir este Señor ser tratado por mano de muchos indignísimos sacerdotes (que es como ser otra vez entregado en manos de pecadores), y todo esto sufre por el grande amor que tiene a las ánimas, porque no carezcan de este divino socorro.

Otro favor semejante a éste le hizo Nuestro Señor el año de 78, el miércoles de la Semana Santa, de que se hace mención en la relación hecha a su Santidad que atrás queda, y por eso no es necesario ponerse aquí.

[Visión en la fiesta de San Agustín]

Otra cosa memorable acaeció a esta virgen el año pasado día de San Agustín. En este día, estando ella enferma, había de ser purgada; mas no quiso por eso perder la ración cuotidiana de este pan celestial, para lo cual la víspera de este día mandó prevenir al capellán de las madres (que tenía licencia del perlado para comulgar), para que viniese muy de mañana a darle esta ración. Vino él a esta hora con un criado suyo, mas no era razón que tan alto Señor (ante cuya majestad tiemblan los poderes del cielo) viniese tan pobremente acompañado. Y así estando ella en sus sentidos, vio toda la Iglesia llena de ángeles con candelas encendidas en las manos, y el sacerdote venía debajo de un palio muy rico, cuyas varas traían cuatro ángeles muy hermosos, y a un lado venía el glorioso padre San Agustín vestido de una capa rica, acompañado con nuestro padre Santo Domingo y Santo Tomás, y al otro lado venía la sacratísima Virgen Nuestra Señora, acompañada de muchas vírgenes; lo cual todo veía esta virgen por la reja del coro bajo, y de ahí se llegó a la ventanilla de la comunión y recibió el Santo Sacramento de mano del sacerdote. Mas quedó ella de esta visión tan tomada y tan abrasada de amor, que suplicó al Esposo le diese fuerzas para poder levantarse de aquel lugar y ir a tomar la purga. Esta visión no fue rapto porque la virgen estaba en sus sentidos, mas el que es todopoderoso cría en el aire las especies y imágenes de lo que Él quiere representar, lo cual ni ven los que presentes están sino quien Él quiere que lo vea.

Y lo mismo que hizo este día madrugando muy de mañana para comulgar antes de tomar la purga, hace todas veces que se ha de purgar (que no son pocas, por sus muchas enfermedades). Y estando este mes de octubre de 85 tres veces sangrada (que para ella es mucho por ser de muy poquitas carnes; y estando tan debilitada y flaca que temían todos sus devotos el peligro de su vida), no por eso dejó de levantarse muy de mañana para gozar de esta refección espiritual antes de la purga.

Ni tampoco deja en estos días de levantarse de noche a estar sobre su cruz en oración como suele; porque, como el comer es tan poco, así lo es el dormir; y con esto se junta la fuerza del amor divino que la despierta, y por esto no quiere desistir de sus acostumbrados ejercicios.

[Más favores divinos]

Otra vez, siendo de noche, oyó esta virgen la campanilla que va con el Santo Sacramento cuando lo llevan a algún doliente, y oyendo esto, quedó ella transpuesta por un raptó; y, preguntado por las religiosas qué había sido aquello, respondió que había ido a acompañar al Esposo que iba a casa de una mujer doliente, con el cual dijo que iba poca gente de la tierra, pero mucha del cielo. Otro día supieron las madres que era así como ella lo había dicho.

Después que el Esposo fue servido de honrar su esposa con las insignias de su Sagrada Pasión, danle licencia los perlados para que cada día reciba el Santísimo Sacramento. Y es tan grande la suavidad y la fuerza del amor, que con esta unión espiritual recibe (en la cual la esposa se junta con su Esposo donde se consuma este santo y divino matrimonio), que totalmente pierde los sentidos y queda por grande espacio alibiada hasta que por obediencia la vuelven a ellos; y quédale el rostro tan devoto que mueve a los que lo ven a devoción, y a veces a lágrimas. Y dándole el cáliz envuelto en un lienzo, para que tome el lavatorio, apriétalo tan fuertemente con las manos, que no hay fuerza que se lo pueda quitar; y los dedos están tan apretados como si fueran de palo hasta que vuelve en sí; y a veces, aun después devuelta, le da otro ímpetu con que torna a arrebatarse el caliz y apretarlo consigo. Y generalmente hablando, todas las veces que toma el cáliz en la mano queda alienada; y por esto, cuando el sacerdote pide el cáliz por la ventanilla de la comunión para decir misa, no se atreve ella a darlo por esta causa, sino manda a otra monja que lo de.

Mas no paran aquí los favores que tocan a este divino Sacramento. Añadiremos aquí otro. Siendo esta virgen de menos edad, un día de San Juan Evangelista, estando algunas religiosas para comulgar, le negó la perlada licencia para lo mismo; y, creyendo ella que esto se le negaba por sus pecados, estuvo aquel día derramando muchas lágrimas, parte (como decía ella) por sus pecados, y parte por lo soledad y deseo que tenía del Esposo. Mas Él no se pudo contener que no la consolase, porque el día siguiente, que era de los inocentes, fuese ella al coro muy de mañana y, puesta delante de la reja de él en oración enfrente del altar mayor, tuvo un raptó en el cual quedó fuera de los sentidos. Y, estando así, vio que se ponía recaudo en este altar para decir misa, la cual se decía solemnemente

con sus ministros; y, cuando el sacerdote acaba la misa, los ministros, que estaban en la capilla mayor, le dijeron que había de comulgar; y volviéndose el que decía la misa para darle la comunión, volvió la virgen a sus sentidos y desapareció toda aquella visión; y vio venir una forma por el aire cercada de grande resplandor y púsosele en la boca, y sintió en su ánima con ella los mismos efectos y la misma suavidad que suele recibir con la sagrada comunión. Quien conociere la fuerza que tienen las lágrimas amorosas para con las entrañas piadosas de Nuestro Dios y Señor no extrañará esta merced y favor, porque no hay armas más fuertes para vencer el corazón del que ama que las lágrimas del amado, porque las armas del hierro hieren el cuerpo, mas las lágrimas de amor hieren en el corazón, como lo vemos en las lágrimas de la Magdalena que buscaba el cuerpo del Salvador en el sepulcro, por las cuales mereció, primero que los apóstoles, hallar vivo al que buscaba muerto. Por donde no es de maravillar que las lágrimas humildes y amorosas de esta virgen moviesen tanto al Esposo que le diese esta consolación, mayormente siendo verdad que, si la esposa tenía gran deseo de ir al Esposo, mayor lo tenía Él de venir a ella; pues, como se escribe en los Cantares, viene saltando los montes y los collados, tan ligero como un corzo a visitar su esposa. Queda agora por averiguar si esta forma fue tomada del sagrario o consagrada por la virtud y omnipotencia de Dios que todo lo puede; mas yo dejo la averiguación de esto para los más sabios o más curiosos.

Esto acaeció antes de la imprisión de las llagas, porque, antes de ellas, no le daban esta licencia tan continua, con lo cual ella padecía tan gran hambre de este divino manjar que de sólo ver comulgar a otras personas quedaba alienada. Y, quejándose al Esposo de su perlado por que le estrechaba tanto esta ración, Él respondió que se consolase, porque el que agora se la negaba, vendría a dársela por su mano. Y así se cumplió. Y la maldición que por esta causa ella echó al perlado que le estrechaba estas licencias fue diciendo: «plega a Dios que tal hambre padezca como yo quien así me hace padecer». Y diciéndole agora su padre confesor qué haría si no se diese la comunión sino en Goa, que está a cinco mil leguas de esta ciudad, respondió ella que sin dubda se pondría en camino para ir allá, por estar donde pudiese recibir este pan de los ángeles, lo cual cierto es para grande confusión de muchos cristianos, que estando en su mano poder gozar de este sumo beneficio, y para mucha mayor confusión de muchos sacerdotes que pasan muchos días sin celebrar (pudiendo cada día amontonar riquezas y tesoros de gracia que consigo trae este divinísimo Sacramento, para el que con limpia conciencia lo recibe), pierden todo esto por no tomar un poco de trabajo en disponerse para lo recibir. De los unos y de los otros se entiende lo que Salomón dice: esconde el perezoso las manos en el seno, y parecele gran trabajo llegar con ellas el manjar a la boca, y por esto anda tan flaco y tan resfriado en el amor de Dios, porque no recibe este Sacramento de amor. Porque dos cosas señaladamente hizo Dios para ser amado de los hombres. La una es hacerse visible y vestirse de carne, para que el hombre carnal, que no se acomoda a amar a Dios en el espíritu, lo amase vestido de carne, y porque, como se suele decir, a muertos y a idos no hay amigos, de tal manera se fue, que también se quedó con nosotros en este Santísimo Sacramento aposentado en todas nuestras iglesias, para que allí lo veamos y adoremos y hablemos con Él, y le presentemos todas nuestras necesidades, y (lo que más es) para que lo recibamos en nuestras ánimas, y nos encendamos en su amor, porque ¿quién esconderá fuego en su pecho que no arda con él?

Y por eso es de creer que arde tanto esta virgen en el amor del Esposo (como arriba declaramos), porque encierra cada día este fuego en su pecho y ansí anda abrasada y convertida en amor, de la manera que un hierro echado en el fuego se convierte en el mismo fuego; y éste es principal medio por donde todas las virtudes y favores devinos se alcanzan.

Capítulo VI

De algunos raptos y aparecimientos notables que tuvo esta virgen

Un día de cuaresma tuvo esta virgen un grande raptó, el cual escribió ella forzada por obediencia por estas palabras: «Vi una lumbre muy clara que descendía del cielo, la cual me arrebató y levantó en el alto; y así perdiendo los sentidos corporales vi cosas que no se pueden decir: vi una gloria muy grande y unas penas tan grandes con las cuales ninguna de cuantas hay en esta vida se pueden comparar; vi perder los hombres bienes infinitos y ofrecerse a tormentos eternos por gustos que hoy son y mañana no; en la hermosura de esta gloria vi a Nuestro Señor con las señales de su amor y miróme con grande afición y blandura; vi también a Nuestra Señora y a Santa María Magdalena y a los apóstoles y a nuestro padre Santo Domingo y a Santo Tomás y a muchos santos y santas y a muchas personas que conocí en esta vida. Todos me decían que quedase con ellos, y yo con muchas lágrimas les rogaba que fuesen mis intercesores y pidiesen a Nuestro Señor que no fuese yo más apartada de allí y decía: ¡oh dulce Señor mío, no permitáis Vos que yo me vaya de aquí! Él me decía que esperase el tiempo que Él tenía determinado. Los que más deseaban esto eran el coro de las vírgenes, las cuales estaban con palmas en las manos y coronas de grande resplandor en las cabezas y con las señales de sus martirios, con que resplandecían como el sol. Lo que en esta ciudad más vi yo, y no puedo decir, y volví para mi «hermosa» que todo esto me mostraba y díjeme: ¡oh, por cuán poco se pierde tanto, y con cuán poco se puede ganar tanto! Y díjome ella: venid y veréis a la vuelta de esta ciudad el purgatorio cuyas penas no se pueden comparar. Y vi en ellas las ánimas muy contentas y muy atormentadas; y vi que conocían por clara lumbre de Dios serles aquel lugar concedido por muy grande misericordia y ser tan grande el conocimiento que por esta lumbre tienen de la grandeza de la divina majestad y del servicio y reverencia que merece que, aunque le dieran el cielo con grandísimos grados de gloria (habiendo en ellas alguna mácula de culpa), no lo aceptarían por no parecer con ella delante de aquellos purísimos ojos de Dios. Y así están con grande contento en estas penas, tiniéndolas por grande[s] misericordias. Todas me pedían que rogase por ellas a Nuestro Señor. Muchas gentes conocí allí, y vi grandes tormentos por pequeñas culpas; y vi ser mayores las de aquellas ánimas que más recibieron y ser más castigado el pecado pequeño del que recibió de Dios mayor conocimiento de sí que el grande del que menos recibió; y vi que de cosas de que no se hace caso en esta vida, se hace mucho en la otra. Y no puedo decir más.»

Agora ruego al cristiano lector, pare un poco en esta visión y pondere aquellas palabras: «¡Oh cuán grande bien y por cuán poco se pierde y cuán grande bien y por cuán poco se podía ganar.» Porque estas dos sentencias son tan graves y tan compendiosas, que toda la vida hay que pensar y que ponderar y que llorar considerando la extrema ceguedad de los hombres que, creyendo esto que creen, viven como si no lo creyesen.

Pondere también lo que se dice de estas santas ánimas, las cuales no aceptarían el descanso de la gloria por no parecer con algún defecto ante la divina majestad. Porque con la lumbre que allí se les ha dado conocen la inmensidad de la bondad y santidad de Dios y del aborrecimiento que tiene al pecado, les sería mayor tormento la vergüenza que tendrían de verse ante aquellos purísimos ojos con pecado que todas las penas juntas del purgatorio.

Pasemos de aquí a otra devota visión. Andando esta virgen sirviendo a las enfermas, recogiendo en la noche a su celda, sintiendo en su ánima grande soledad y deseos del Esposo y derramando muchas lágrimas, con este deseo tuvo un raptó en el cual le apareció Él con una muy clara luz, y venía con Él Nuestra Señora y Nuestro padre Santo Domingo y San Juan Bautista y el Evangelista y Santa María Magdalena y Santa Catalina de Sena; y en esta visión recibió grandes mercedes del Esposo y fue visitada particularmente de estos santos, los cuales le mandaron ir a servir a las dolientes, diciéndole que sirviese a cada una de ellas como a la persona de Cristo. Y dijo que se vio allí tan baja y tan vil en sí misma, que se tenía por indigna de servir a aquellas esposas de Cristo por ser ella la mayor de los pecadores.

El año de 1583, en tiempo de cuaresma, habiendo esta virgen comulgado, fue elevada delante de Nuestro Señor, El cual estaba asentado en un trono y con Él estaba Nuestra Señora y nuestro padre Santo Domingo, y Santo Tomás y su «hermosa»; y tenía Nuestro Señor una grande cruz en el brazo derecho y dábale a nuestro padre diciéndole: ponel de esta cruz porque así es necesario para que por la una vía o por la otra te hagamos semejante a Nos, y ella abrazaba la cruz con grande alegría deseando saber lo que significaba, mas Santo Tomás lo decía que ella lo sabría adelante.

Después de esto, víspera de Nuestra Señora de la Visitación, acabando de comulgar, tuvo un raptó en el cual vio a Nuestro Señor que le decía: «levántate y extiende los brazos». Y tenía Él en las manos aquella cruz que le mostraba en la cuaresma; y, levantándose ella, extendió los brazos a manera de cruz diciendo estas palabras: paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Y el día en que fue elegida por priora de su monesterio, estando todo el convento en el capítulo, vio esta virgen a Nuestro Padre Santo Domingo y Santo Tomás y Santa María Magdalena, y tenía nuestro Padre aquella cruz en las manos y estovieron en el capítulo hasta que se acabó, y, acabado, les echó él su bendición, y entonces entendió la virgen lo que significaba aquella cruz, que nuestro padre le daba, prometiéndolo que Él la ayudaría.

Después de esta elección, habiendo esta virgen comulgado, entrando en su celda, se comenzó a quejar al Esposo, porque la había puesto en lugar donde se viesen en público sus culpas y defectos, y con esto decía otras palabras semejantes con muchas lágrimas. Mas el Esposo le dio esta respuesta: mostróle en aquel suavísimo pecho y puerto de descanso todas las religiosas sin faltar alguna, y el Esposo lo decía: «quiero que a todas éstas me tengas en la lumbre de los ojos». Y desde entonces se tiene por muy indigna de servir a éstas tan amadas y tan dichosas, y, si alguna cae en algún descuido y la halla menos, no descansa hasta que conozca su culpa y la tome a ver en su lugar. De lo dicho no se espantará ni lo extrañará quien conociere la virtud y recogimiento de este monesterio, y la paz y concordia de él, y la frecuencia de los sacramentos, y la continuación de la oración con todas las otras

virtudes monásticas. Son todas por la mayor parte nobles, dotadas, tienen en las camas sus mantas de lana, las enfermas son con mucha caridad servidas y proveídas, y entre ellas está una religiosa virtuosísima, que ha siete años que está en cama, y con graves dolores y contentísima con ellos, tiene especial don de lágrimas, y con ellas comulga con tanta devoción que la pone a las que la ven. Y por ser tan grande y tan antigua la religión y recogimiento de este monesterio, y más agora acrecentado con el ejemplo de tal perlada, no es maravilla que estén todas las religiosas de él recogidas en el pecho de Cristo como está dicho.

Y acaeció estar una religiosa inquieta y perturbada con algunos pensamientos, lo cual vio, en espíritu esta madre y la avisó, y ella no pudo negar lo que pasaba. Otra por un escrúpulo dejó de comulgar un día y la virgen por el mismo espíritu lo supo y la avisó y mandó comulgar otro día.

I. Síguese otro aparecimiento

El jueves de la semana de pascua, cuando se canta el Evangelio *Maria stabat ad monumentum, foris, plorans*, que trata de cómo el Salvador apareció a la Magdalena, estando ella llorando junto al sepulcro, después de haber esta virgen comulgado, cuenta ella misma lo que vio por estas palabras: «vi en espíritu una grande hermosura con la cual sentí en mi ánima una tan grande dulzura y suavidad, que con ningunas palabras se puede explicar, y aquello que vi, de tal manera me robó el corazón y me llevó en pos de sí, que todas las cosas de esta vida me son pesadas de sufrir. Aquí me mostró el Esposo su corazón y hallaba en él tan grande conocimiento de su divinidad, y tan grande dolzura que no se puede decir; y si entendiese, sería cosa de espanto. Y así lo es no reventar el corazón con la grandeza del amor y con el fuego excesivo y ardor de la caridad. Y no sabré decir lo que vi ni lo que sentí, y las palabras que dijo a mi ánima; el cual se vio con ella tan misericordiosamente como una madre con un hijo chiquito que mucho ama, al cual una vez da el un pecho y otras veces se le esconde, para que, llorando por él, se le torne a dar copiosamente tomándole en sus brazos. Así Él, muy deseoso de darme a gustar su divino pecho, primero me da una grande sed y deseo de él, lo muestra como de lejos, llorando yo mucho por él, no se puede contener que no me lo de abundantísimamente. Y de esto no se espante nadie, porque a Él ninguna cosa es imposible; y miróme con ojos de misericordia y alumbróme y enseñóme y Él es todo mi bien y todo mi amor y todas mis riquezas y en Él estoy segura; y su amor es para mí un muro inexpugnable, ya morí a todas las cosas por hallar su amor y mi vida está escondida en Él, *quoniam vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus*».

II. Síguese otro aparecimiento

Pedía esta virgen a Nuestro Señor que multiplicase en ella sus lavatorios para que quedase tan blanca como la nieve. Y un día de la Cruz, después de la comunión, vio al Esposo puesto en una cruz y todo bañado de sangre, y entró su corazón en la llaga de su sagrado pecho; y, siendo bañada en aquella sangre, sintió cosas que no se pueden decir ni entender. Él estaba acompañado de sus espíritus seráficos, que ardían en fuego de amor, los cuales eran hermosísimos y muy resplandecientes a manera de fuego, y de este divino pecho salió su corazón encendido como una brasa de fuego, con el cual la carne se consume con la fuerza del amor, de tal manera que le parece ser espantoso vivir.

III. Síguese otro que ella explicó por estas palabras:

«Vi una clara escuridad sin algún medio, en el cual vi al Esposo más hermoso y resplandeciente, y con alegre rostro me dijo que mirase, y vi todo el mundo junto, y a mí encima de él y díjome: «¿sabes de dónde te libré? míralo bien, está segura, mas de tal manera que siempre vivas con temor. La seguridad de no caer esté muy firme en mí, y el temor sea mirándote a ti». En este mismo paso le declaró el Esposo la grandeza del amor que le tenía diciendo: «si pudieses comprender cuán grande sea el amor que a tu ánima tengo, no sería posible vivir. Está, pues, firme en mi amor, que eso sólo quiero de ti, y sufre con mucho gusto toda adversidad por amor de mí porque determino hacer una cosa nueva en ti.» Este aparecimiento fue antes de las llagas y ésta parece ser la cosa nueva que el Esposo quería obrar en ella.

Capítulo VII

De otros aparecimientos que esta virgen tuvo en diversas fiestas del año

Todos estos aparecimientos que hasta aquí se han referido en todo este libro tenía esta virgen escritos por su mano, siendo para ello compelida por obediencia de su perlado, mas los que ahora contaremos han sucedido dende el año de 1584, de los cuales daba ella cuenta a su padre confesor, y él, con licencia de ella, me la daba a mí.

Pero lo que al principio de esta materia puedo decir es que, regularmente hablando, ninguna fiesta principal hay en el año, especialmente de las fiestas de Nuestro Salvador y de su santísima Madre, y de nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y Santa María Magdalena, en que el Esposo no haga a ella alguna especial fiesta con que la consuele y alegre, y encienda más el su amor; por donde ni es de maravillar que, con estos estímulos y incentivos de amor tantas veces repetidos, arda tanto ella en el amor del Esposo, ni que el Esposo haga tantos regalos y favores a una virgen que tanto le ama; y quien esto considerase entenderá con cuánta razón dijo el Salvador que sus delicias eran tratar con los hijos de los hombres, entendiendo por este linaje de hombres las ánimas de aquéllos que, muertos al mundo, viven a solo Dios, por cuyo amor renuncian y dispiden de sí todos los regalos de la tierra, ca en pago de esta renunciación los consuela Nuestro Señor con otras consolaciones mayores que las que por su amor dejaron, según aquello del Salmo:

conforme a los muchos dolores de mi corazón, así tus consolaciones alegraron, Señor, mi ánima.

Mas en esta virgen juntáronse en uno cuatro cosas merecedoras de estas grandes consolaciones del Esposo. La primera es la grande simplicidad y pureza de su ánima. La segunda es la grandeza de su amor, de que agora hablamos. La tercera es la comunión cotidiana del Santísimo Sacramento, que es sacramento de amor y de unión del ánima con su Esposo, y su efecto propio es refección espiritual, en el cual interviene un sabor y gusto admirable de este pan celestial. La cuarta es la muchedumbre de los dolores que esta virgen padece todos los días de la semana, y señaladamente en los tres, los cuales son tan grandes, que totalmente la han privado del gusto de los manjares; y así como hay mal comer y mal dormir, y gran flaqueza que se sigue de lo uno y de lo otro, de modo que, cuanto al cuerpo, su vida es un perpetuo martirio. Mas, como Dios sea tan bueno y tan fiel para con sus siervos, cuanto son mayores los dolores del cuerpo, tanto son más crecidos y admirables los deleites del espíritu, porque nunca nadie perdió algo por Dios que no hallase en Él ciento tanto más de lo que por Él dejó. Y está nuestra virgen tan contenta, así con los dolores como con las consolaciones, que, como ella dice, no trocaría un punto de lo uno o de lo otro por todos los tesoros del mundo.

Comenzando, pues, por estos favores, sería cosa muy prolija contar todos estos aparecimientos; y por tanto no haré tanto caso de aquellos que redundan en gloria de esta virgen, sino de aquellos que traen consigo alguna edificación y aviso para la buena vida.

Día de las once mil vírgenes del año de 1584, después de haber recibido la sagrada comunión, estando fuera de los sentidos, fue llevada en espíritu a una hermosísima ciudad, y vio en ella asentado a Cristo en un trono con grande resplandor, y con Él estaba la virgen Nuestra Señora, y los apóstoles y la Magdalena, y de ella dijo que le echaría de sí un fuego de amor grande; y junto con esto vio una cosa que le representaría la muchedumbre de aquellas vírgenes cuya fiesta aquel día se celebraba; y entre ellas vio una monja de su monesterio que poco antes había fallecido, la cual esta virgen curó de aquella locura que tenía de no querer comer, como arriba se declaró. Y, estando gozando con grande suavidad de este espectáculo tan hermoso, fue llamada por parte del padre provincial, de lo cual ella recibió tan grande pena que todo aquel día se le pasó llorando. Mas a la noche el Esposo, que siempre se deja vencer de sus piadosas y amorosas lágrimas, volvió a aparecerle de la misma manera que por la mañana; y, demás de esto, traía consigo a Santa Catalina de Sena, Santa Cecilia, [y] Santa Inés. Y, entre otras palabras que le dijo, fue que tuviese entendido que le agradaba mucho la virtud de la obediencia, y que esa le había hecho volver para que no careciese de lo que por la obediencia había dejado. El valor de esta virtud se conoce considerando que la desobediencia de una mujer fue principio de la perdición del mundo; y la obediencia de un Dios, y hombre fuera reparo y remedio del mundo; y, con estar todas las virtudes en Cristo, ésta principalmente fue señalada por toda la Santísima Trinidad para redención del mundo, para que el daño que la desobediencia hizo curase la obediencia.

En el mismo año, estando esta virgen oyendo misa para comulgar, vio al Niño Jesús junto a la Hostia, y antes de la comunión vio que salía de Él un grande resplandor, el cual se le entraba por la llaga del costado y salía de Él grande copia de sangre con cinco gotas en la misma figura de cruz, pero las gotas eran mucho mayores que las ordinarias, y el lienzo

en que estas gotas se recogieron dio ella a su padre confesor; y quedó ella tan movida de esta novedad y gracia, que deseaba la noche para gozar más de ella. Levantándose, pues, a las dos de la mañana, vino el Esposo y rezó los maitines con ella, y las veces que el Esposo la visita siempre le dice: paz sea contigo, y ella se derriba luego a sus pies. Y en este aparecimiento le rogó ella que la llevase para sí y sacase de esta vida, mas Él le respondió que tuviese paciencia por agora, pero que no tardaría mucho.

El mismo año le apareció una noche Nuestra Señora en un raptó, trayendo en sus brazos un corderico, y ofreciéndolo a esta virgen, en cuya compañía venían muchas vírgenes cantando el cántico de Te Deum, aplicado a Nuestra Señora, diciendo Te matrem Dei laudamus, te matrem virginem confitemur, etc. Y llegando aquel verso que dice, sancta, sancta, sancta, todas hincaban las rodillas con grande reverencia y devoción, y todas miraban amorosamente a esta virgen y mirábanse unas a otras a las llagas de sus manos, casi maravillándose de ver aquellas gloriosas insignias de su Esposo. Entonces ella rogó a Nuestra Señora por sus monjas, y ella le prometió su favor y amparo.

Otra noche ante de ésta le apareció el Esposo, al cual suplicó que inflamase los corazones de estas mismas monjas en el fuego, de su divino amor, mas Él le respondió que con su amor no se compadecía otro amor que no fuese en Él y por Él.

En el mismo año, en el mes de noviembre, vino el Esposo y rezó vísperas y completas con ella, y comenzando la salve que se dice después de ellas, apareció la virgen Nuestra Señora acompañada de muchas vírgenes, las cuales venían cantando la salve y el verso que se canta después de ella, que dice: dignare me laudare te, dijo esta virgen rezado, y todas las demás le respondían así.

En el mismo mes y año, día de San Andrés, le apareció el Esposo con una grande cruz diciéndole estas palabras: «quírote mucho porque eres amiga de la cruz», entendiendo por la cruz la carga de los trabajos y dolores que padece, con los cuales ella vive muy consolada. En el mes siguiente le apareció el Esposo declarándole la grandeza del amor que Él le tenía y diciéndole que tal lo había de tener ella para con Él. Y de esta visión se recreó en ella un grande amor de ardor que le parecía que, si mucho le durase, no sería posible vivir.

Día de Nuestra Señora de la O, en el mismo año, vio a Nuestra Señora hermosísima y muy resplandeciente acompañada de cinco vírgenes, trayendo al Niño Jesús en sus brazos, y preguntándole esta virgen quién era ella, respondió que era la reina de misericordia, mandándole que le pidiese alguna cosa, a lo cual respondió esta virgen que no quería otra misericordia, sino que le diese aquel niño. Y ella le tomó en sus brazos, y preguntándole su padre confesor por lo que allí hacía, respondió que todo se le iba en abrazar y besar los pies del santo niño; y preguntada más cuánto espacio había durado esto, respondió que dende las dos hasta la seis de la mañana, mas que a ella le había parecido todo este tiempo un soplo.

En el mismo año, día de Navidad, se halló presente en espíritu al misterio del nacimiento donde vio a Nuestra Señora cercada de ángeles, con el niño Jesús en los brazos, y dioselo ella para que lo recibiese en lo suyos; y el día de San Juan siguiente le apareció el Esposo con la Magdalena y con el mismo San Juan, de quien ella es muy devota, diciéndole que

por hacerle merced le traía consigo, y que se encomendase a él y le tomase por maestro; y el día siguiente el mismo santo le apareció y avisó de algunas cosas que tocaban al regimiento de su oficio.

En el mismo año, día de Santa Inés, vio una procesión de vírgenes hermosísimas con palmas en las manos cantando el himno que comienza, Jesu, nostra redemptio, amor, et desiderium, etc., el cual se canta de entre pascua y pascua; y llegando al trono donde estaba el Salvador con su santa Madre, mudando el himno, cantaron el de las vírgenes que comienza: virginis proles opifexque matus, etc., y entre estas vírgenes iba San[ta] Inés con un corderico en los brazos; y dijo más: que esta visión había durado cuatro o cinco horas, mas que todo este espacio le había parecido un momento.

El jueves santo del año de 1585, haciendo ella como perlada el mandato, tuvo por ayudadores y compañeras en él a la Magdalena y a Santa Catalina de Sena; y, cuando ella se arrodillaba para hacer este oficio, ellas también se arrodillaban con ella. Cuando se leyó el evangelio de San Juan, que se canta después del mandato, estuvieron ellas asentadas oyéndolo, tomando a esta virgen en medio. Después lo que ella sentiría con esta compañía y con esta honra todas las veces que en esto pensase, fácilmente lo podrá entender quien atentamente considerare la grandeza de este favor y regalo de las santas.

El viernes santo del año de 1585 padeció esta virgen tan grandes dolores en las llagas, que le parecía cosa imposible poder vivir con ellos; y este día manó gran copia de sangre de la llaga del costado, mucho más que los otros días. En este paso quiero que considere el devoto lector cuánto desea Nuestro Redentor que sintamos la grandeza de los dolores que por nuestra causa padeció, porque, no contento con lo que nos declaran las Sagradas Escrituras y los santos doctores, los cuales afirman que mayores dolores se han jamás en esta vida padecido iguales a ellos; no contento con esto, quiere que haya habido en su iglesia personas que por experiencia hayan sentido la grandeza de estos dolores o parte de ella, como arriba dejimos; y por aquí quiere que entendamos cuánto le debemos, y cuán caro le costamos, y cuánta obligación tenemos a amar a quien tanto nos amó, y aborrecer el pecado cuyo remedio tan caro le costó. Porque aunque le debemos mucho por el remedio que nos dio, mucho más sin comparación le estamos obligados por el medio que escogió para remediarnos, que por el mismo remedio, porque remediar males es propio de Dios, mas totalmente contrario padecerlos.

El día de Pascua siguiente por la mañana le apareció su «hermosa» a la cual preguntó esta virgen qué tan grande fuera el dolor que sintió cuando vio expirar al Salvador en la cruz, a lo cual le respondió haber sido tan grande que, si no fuera confortada por Dios, allí expirara juntamente con Él, y añadió más diciendo que por aquí entenderá la grandeza de la alegría que recibió cuando lo vio resucitado.

Este mismo día de Pascua ordenó que se hiciese una muy solemne procesión por la mañana alrededor de la iglesia de su monesterio llevando en ella el Santísimo Sacramento. Estando ella en su acuerdo, dando orden a lo que se había de hacer para la procesión, en este tiempo vio al Esposo en el Santísimo Sacramento y vio toda la iglesia llena de ángeles que le acompañaban; vio también en la mesma procesión a nuestro padre Santo Domingo, Santo Tomás y otros santos de la orden; y, saliendo por la puerta de la iglesia, ella se

arrebató y dijo que había ido en toda aquella procesión acompañando el Santísimo Sacramento.

Día de la Ascensión en la noche tuvo un raptó, y dijo que no sabe si el ánima estaba en el cuerpo, si fuera de él; y que más se inclinaba a creer que está fuera. Y en este raptó dijo que la llevaron a una gran ciudad, y que allí vio a Cristo asentado en un trono con grande majestad cercado de ángeles, y al lado Nuestra Señora, y la Magdalena, y Santa Catalina de Sena; y, preguntada qué hacía ella, respondió: «amar, alabar y pasmar, no otra cosa». Y decía ella que allí sí quisiera estar toda la vida.

Día de Pentecostés del mismo año acabando de comulgar tuvo un grande raptó en el cual estaba todo su cuerpo como enterizado, y aquí vio un círculo de fuego encima del cual estaba el Esposo, y cercaron a ella de este fuego de donde quedó toda abrasada en amor; y allí hablaba ella con el Esposo diciéndole que era tiempo de hacer misericordias a su Iglesia.

Después de maitines, estando en la celda de rodillas encostada en la «esposa», no del todo despierta, oí unas voces suavísimas que cantaban aquel verso primero del himno, «o gloriosa domina», etc. Acabado el verso, desperté de todo el ruido de las voces y de la grande luz y claridad que en la celda había; y en medio de la claridad vi a Nuestra Señora, cercada de ángeles con un hermosísimo niño en los brazos, el cual me pareció de edad de cinco años; y, postrada yo a sus pies, me decía si quería mucho [a] aquel rey que en los brazos traía. Yo le decía que mucho, y, vuelta al Niño, preguntábale si merecía tal amor darme lo que me pedía. Y respondía el Niño que sí, y que con el suyo, que era muy grande, encendería y haría crecer el mío aunque pequeño en comparación del suyo, que era infinito; y, tomando yo en los brazos a este hermoso y suave Niño Jesús, parecía que se me abría el pecho con amor, y se me encendía en él un gran fuego. Pedía yo a este Señor en pocas palabras algunas cosas que Él quiso que le pidiese, y respondía con misericordia.

LIBRO CUARTO

En el cual se escriben los milagros auténticos que Nuestro Señor ha sido servido de hacer por los ministerios de esta virgen

Capítulo I

Que es como preámbulo y aviso para saber leer con más frutos los milagros que Nuestro Señor hace para gloria suya y de sus siervos

Algunos habrá, cristiano lector, que, considerando estos favores y gracias que Nuestro Señor hace a sus especiales amigos, concibirían en sus ánimas una devota admiración de la bondad y caridad de este Señor para con ellos. Otros habrá por ventura que tendrán algún escrúpulo o dubda de la verdad de estas cosas. Pues para estos señaladamente sirven los milagros que en este postrer libro escribimos, para hacer fe de ellas; porque, como los

milagros sean obras y testimonios de solo Dios, ninguna cosa hay tan encreíble al juicio humano que no se pruebe bastantemente por un solo milagro, pues nos consta que el principal medio de que Nuestro Señor usó para que el mundo creyese lo que sobrepuja la facultad de la razón fueron los milagros que exceden la facultad de la naturaleza por ser obras de solo Dios; y es tan bastante medio éste para hacer fe de las cosas que se dicen (por increíbles que parezcan) que un solo milagro que hizo San Pedro, sanando un hombre cojo, del vientre de su madre, bastó para convertir a la fe cinco mil hombres, y hacerles creer que era verdadero Dios y Señor de todo lo criado el que pocos días antes habían visto crucificado; tanta es la fuerza de un solo milagro. Mas al presente, conviene advertir que no se refieren aquí todos los milagros que comúnmente se cuentan de esta virgen, que son muchos, sino solos aquellos que han sido jurídica y solemnemente probados y autenticados por comisión del serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Legado a latere de Su Santidad; y los procesos de éstos están guardados ad perpetuum rei memoriam en el cartorio de Santo Domingo de Lisboa.

Mas, antes que entre en esta materia, quiero tocar algo del fruto que se debe sacar de esta lectura, así como lo hice en el primero capítulo del primero libro, tratando de las maravillas que Nuestro Señor ha hecho con sus santos. Porque tiempo hubo en el cual, oyendo yo las historias de los santos, no me ocupaba tanto en leer sus milagros como en buscar los ejemplos de sus virtudes y las palabras de su virtud y doctrina; mas agora estoy de otro parecer, porque aunque estos ejemplos y palabras sirvan para instituir y ordenar nuestra vida, mas los milagros sirven para gloria de Nuestro Señor, ca en ellos se manifiesta la grandeza de su bondad y amor para con sus fieles siervos, y el deseo que tiene de honrarlos y engrandecerlos aun en esta vida donde no es tiempo de honras, sino de trabajos. Y vese esto en que no solamente hace por ellos milagros en su vida, sino también después de ella, y no sólo por ellos, sino por las cosas que tocaron en sus cuerpos, como a cada paso leemos en las historias de los santos, para lo cual quiero referir aquí un ejemplo memorable. En la vida de San Eduardo, rey de Inglaterra (el cual, estando casado con una nobelísima doncella y haciendo vida juntos, conservaron ambos su pureza virginal hasta el fin de la vida), se escribe que a un ciego fue revelado que se untase los ojos con las lavazas del agua con que el santo rey se lavaba las manos, y que así recibiría la vista. Así lo hizo y así la recibió. Pues ¿qué es esto, sino mostrar Nuestro Señor la grandeza del amor y deseo que tiene de honrar a quien lo honra; pues quiso, contra las leyes de naturaleza, dar súbita vista a un ciego por haber ungido sus ojos en el agua que tocó en las manos de su siervo? Y, si fuera agua limpia que Él bendijera con sus manos y hiciera oración sobre ella, no me espantara tanto; pero hacer esto con el agua sucia que se echa a mal, esto me pone más admiración, porque esto es dar Nuestro Señor a entender que estima tanto los cuerpos de sus siervos, que ninguna cosa haya tan vil por la cual no haga maravillas por haber tocado sus cuerpos. Pues ¿quién no conocerá por aquí la bondad, la fidelidad, la nobleza y la caridad de este Señor para con sus amigos?, ¿quién no deseará padecer mil muertes por un Señor tan agradecido, que así ama a quien lo ama, y así honra a quien lo honra?, ¿qué bienes no terná aparejados en la otra vida para quien así lo honra, pues hace que las leyes inmutables de la naturaleza sirvan a cualquier cosa que tocare en sus cuerpos por bajísima que sea? Este es, pues, el principal fruto que el prudente lector debe sacar cuando leyere los milagros de los santos, aunque los milagros que aquí se relatarán, demás de lo dicho, servirán también para hacer fe de las cosas que de esta virgen en los milagros pasados se

han escrito. Presupuesto agora este pequeño preámbulo y aviso, comenzaremos a tratar de estos milagros.

Capítulo II

Síguense los milagros

[Los clavos]

Entre estos milagros pareció poner en el primer lugar el que está más claro, más público y más probado por vista de ojos que son los clavos que se ven en las palmas y vueltas de sus manos, cercados de una hermosa rueda de color de rubí, como arriba está dicho, los cuales esta virgen recibió el día de la Exaltación de la Cruz del año de 1584. Y fueron creciendo poco a poco hasta la cantidad que agora tienen; y la cabeza del clavo se parece en la palma de la mano de color de hierro, y la punta de él se ve en la banda contraria, cercado con una figura a manera de escudo del mismo color que la de la otra banda. Y para la averiguación de este milagro no es otro testigo más cierto que el de los ojos; y no es menor el de nuestro serenísimo Príncipe Alberto, Cardenal, el cual, oída la fama de las gracias y privilegios de esta virgen, la visitó, entrando en el mismo monesterio acompañado de nuestro padre provincial y de su confesor, y vio con sus ojos las llagas y clavos de las manos mandándole el padre provincial por obediencia que las mostrase, de lo cual él quedó muy edificado y movido interiormente a devoción.

[Las cinco gotas de sangre]

En el segundo lugar ponemos el milagro de las cinco gotas de sangre que le salen cada viernes de la llaga del costado, ordenadas en figuras de una perfectísima cruz, las cuales le fueron dadas el día de la Invención de la Cruz del año de 1584, y hasta este presente año de 1585 se han continuado sin faltar un solo viernes; en el cual milagro concurren las cuatro maravillas que arriba apuntamos; y ésta es una maravilla que jamás hasta hoy se ha visto y leído en el mundo, porque parece que los viernes de todo este tiempo hace Nuestro Señor un especial milagro sin el cual no era posible salir estas cinco gotas de sangre en esta figura susodicha. Testigo de vista de esta verdad no hay otros, sino el dicho de la misma virgen, por no ser esto cosa que pase ante los ojos de otras personas, pero la verdad de este testimonio confirman los milagros que [por] los lienzos donde están estas gotas de sangre Nuestro Señor ha obrado, como se vera en el milagro siguiente y en otros que adelante se ponen.

De un milagro notable que se hizo en una brava tormenta

La virtud de estos lienzos susodichos se ve en un clarísimo milagro que hizo en una tormenta, el cual, luego que fue acabada, se dio petición al ordinario para que lo autentificase; y así lo fue con seis testigos contestes de él y, por estar él más especificado por carta de uno de los que en esta tormenta se hallaron, me pareció poner aquí esta carta cuyo tenor es el que se sigue.

«A Dios muchas gracias, llegué a esta villa de Mazagán, martes a los cuatro de marzo. Tardamos quince días, cinco en el río de Lisboa y diez en el mar. Aquel domingo que salimos de Lisboa nos hubimos de perder en los cachopos, porque estuvimos en uno de ellos en cuatro brazas, que eran las que nuestra nao demandaba, y esto con calma y agua vaciante, que es peor que tormenta. Yo acudí luego a un jarro de agua de la bienaventurada priora, con que la nao nadó y corrió como pez. Y esto fue nada para lo que adelante sucedió; venimos seis días con viento en popa y mucha bonanza; con el cual tiempo llegamos a vista de Mazagán y tan cerca que no estuvimos de ella más que tres leguas. Allí nos dio una tan grande tormenta que nos hizo tornar a arribar al mar y nos tuvo cuasi tres días, al fin de los cuales nos quiso Nuestro Señor mostrar lo que por esa hace en este tiempo. Nos tomó el viento de travesía y nos trajo con grande ímpetu a la tierra en la costa de Berbería, de manera que no había otro remedio, sino dejarnos dar en la costa donde, antes de llegar a tierra, habíamos de ser consumidos del mar sin remedio, por razón de la tormenta y gruesos mares. El tiempo era oscuro, con grandes aguaceros; oíamos el mar batir en la tierra y no sabíamos dónde era ni podíamos ver; esto era a las ocho horas de la mañana; estábamos de manera que el maestro y piloto lloraban como niños; los marineros tan sin ánimo que ya no trabajaban; entre las mujeres que venían en la nao hallé una con una niña y un niño atados todos tres con una cuerda, y preguntándoles para qué estaban de aquella manera me respondió que para morir todos tres juntos. Y todo lo demás en este modo. Visto esto, acudí a la bienaventurada santa y a sus reliquias que traía y tomé un jarro de su agua con un pedacito de su paño y velo, y llegamos tres hombres al bordo de la nao y lo echamos en el mar con recato de no llegar mucho, porque el mar no nos arrebatase. Al mismo punto que esto llegó al agua, se hizo en ella una rueda blanca y llana, que sería de dos brazos en redondo, y se fue extendiendo por el mar, y quedó tan llano y tan en bonanza como la palma de la mano; y luego de improviso salió el sol tan claro, como si nunca hubiera nublado, y pareció la tierra de un[a] alegría de nosotros; el viento también se tornó en popa, con el cual corrimos aquel día de largo de la tierra de Berbería muy contentos; y el día siguiente entramos en Mazagán. En esta nao venían seis mujeres, que todas venían a negociar el rescate de sus maridos, y dos de ellas con sus niños, y veintidós hombres portugueses, que, visto este milagro, se pusieron todos de rodillas dando gracias a Dios y a esta bendita santa; y hubo un hombre que prometió y votó de tomar de Mazagán en romería ir descalzo a la casa donde esta santa habita.»

Paulo Sebastián, que es el llegado (que escribió esta carta susodicha) a la villa de Mazagán, presentó luego una petición al Ordinario, al cual requería autentificase este milagro; y así se hizo por testimonio de seis testigos contestes de los que en el mismo navío venían y vieron este milagro, el cual es muy semejante al que el Nuestro Salvador hizo navegando con sus discípulos en otra tormenta, sosegando la mar y los vientos, de lo

cual maravillados los que con Él navegaban, dijeron: ¿quién es éste a quien la mar y los vientos obedecen? Pues no es mucho que comparemos aquí lo que hace la esposa con lo del Esposo. O, por mejor decir, lo que obra la criatura con lo que hace el Criador, ca ésta redundante en mayor gloria de Él; lo cual testifica San Bernardo por estas palabras: ninguna cosa más declara la omnipotencia de Dios que hacer Él omnipotentes a los que esperan en Él. Lo cual se ve en este milagro susodicho. Porque en un mismo punto de tiempo sucedieron aquí tres maravillas, que fueron: sosegarse la mar y descubrirse el dí[a] claro, que estaba cerrado, y mudarse el viento contrario en el más próspero que era viento en popa. Y no es menos maravilla obrar todo esto Nuestro Señor, no por oraciones de esta virgen, sino por cosas que había tocado en su cuerpo; por lo cual entendemos lo que aquí está dicho que es el grande amor y deseo que este Señor tiene de honrar a sus santos, pues así honra estas cosas por haber tocado en sus cuerpos.

[El pan quemado]

Otro muy notorio y muy insigne milagro acaeció en el monesterio de Nuestra Señora de la Anunciada poco después que esta religiosa fue electa en perlada; porque, habiendo las amasaderas metido en el horno una gran hornada de pan, cargaron tanta leña en él, que el pan vino a hacerse tan prieto como un carbón. Corrió entonces una de las horneras a esta virgen a darle cuenta de lo que pasaba; entonces ella, llena de fe y sin alteración alguna, dijo a esta servidora que fuese al horno y mandase al pan en nombre del Esposo y de Nuestro P. S. Domingo, que se parase blanco. Va la moza a la boca del horno y dijo lo que la perlada había mandado; y en el mesmo instante que lo dijo, el pan se paró muy hermoso y muy blanco y muy sabroso, y de él comió todo el convento. Este milagro también se parece con el que el Salvador hizo en las bodas, mudando el agua en vino, que fue mudar una sustancia en otra. Mas esto se mudó un accidente en otro, que fue el color prieto en blanco; y por ventura a partes estaría algún pan o pedazo, perdida la forma de pan y hecha carbón; y aquí se mudaría una sustancia en otra, que es el carbón en pan, pero basta la mudanza súbita de un accidente en otro para la verdad del milagro. Mayormente que no es menor la potencia que se requiere para el un milagro que para el otro, por ser esta mudanza súbita. Este milagro es tan averiguado y tan notorio en este monesterio, donde había en aquel tiempo cincuenta monjas y dieciséis servidoras, y todos son testigos de esta maravilla. Y por más señal una religiosa guardó dos pedazos de pan, uno de este miraculoso y otro de lo ordinario. Y, mirándolos a cabo de cierto tiempo, halló este ordinario cubierto de moho, y el otro blanco y limpio como estaba cuando lo puso en este lugar. Y de éste pedí yo un pedacico, que tengo guardado en mi poder. Pregunto, pues, agora ¿qué hombre habrá tan incrédulo que ose negar una cosa tan cierta y tan notoria como ésta, y después del caso autenticado jurídicamente con testigos de vistas juramentados? San Gregorio cuenta en sus Diálogos un milagro que un santo varón obró con él por medio de su oración lebrándole de una grande enfermedad; y con este milagro tan claro, que él experimentó en sí, hace fe de otros milagros de este santo varón, que el mismo San Gregorio había escripto. Pues conforme a esto puedo yo, con razón, decir que este milagro por ser tan grande y tan notorio, basta para hacer fe de todos los otros que de esta virgen se

contaren, porque quien con tanta facilidad, no orando, sino mandando, y esto por tercera persona, hizo este milagro podría hacer también todos los otros.

[Un enfermo curado]

Otro milagro acaeció en el mismo tiempo que ella era Perlada, año de [¿?]. Y el caso es que un religioso de la orden del glorioso padre S. Francisco, morador en este insigne convento de S. Francisco de Lisboa, había [¿?] meses que estaba en casa de su padre curándose de una de las más extrañas enfermedades que se han visto; y ésta era que se le removía la sangre y se le subía hasta la garganta, de modo que le ahogaba parándole el rostro negro; y no hallaban los físicos otro remedio en este accidente, sino de vertir la sangre en sangrías. Y apenas era hecha una, cuando de ahí a poco era menester otra, y otras tantas que parece cosa increíble decirlas. Y antes de este remedio probaron otro, que era atarle las piernas por los muslos y los molledos de los brazos tan fuertemente que a veces le reventaba la sangre por las mismas ataduras; y esto hacían para detener la sangre, que no subiese a ahogalle. Y, visto que este remedio no bastaba, acudió a sangrarle muchas veces al día, según le apretaba la sangre, para divertirla por este medio. Y de esta manera se averiguó que le había dado ochenta y tantas sangrías en el mismo brazo y en la misma vena; y con tantas sangrías estaba este buen padre tan descarnado y tan desfigurado, que más parecía estatua que hombre; y como le faltaban ya las carnes y la sangre, hasta el agua que bebía se convertía en sangre. Oída, pues, la fama que el milagro de esta virgen había hecho de aquella doncella muda de que hace mención la relación enviada a Su Santidad, acordaron llevarlo en una silla a esta virgen; y, aunque ella huye de semejantes cosas por las importunidades y desasosiegos que de esto se le podrían recrecer, todavía, movida a piedad de ver la figura tan lastimera que aquel religioso traía, mandó que lo llevasen al locutorio, y estuvo con él hablándolo y consolándolo, y así lo despidió de sí haciendo oración por él; y dende este día hasta el presente, que ha más de un año, nunca más fue sangrado. Y quedó tan sano que, tres días después de esta cura, fue en una bestia a Nuestra Señora que llaman de la Peña, que son cuatro leguas de camino muy fragoso, y dijo misa en esta iglesia. Esto me contó el mismo padre que se vio conmigo, quien le mostró el brazo en que había recibido las sangrías susodichas, que le parecían en la vena como unas verruguitas pequeñas. Y este religioso, como siervo de Dios y no menos agradecido que el leproso samaritano del evangelio, se harta de dar cuenta a todos de esta maravilla y alabar a Dios en su sierva.

[Sacerdotes a Malaca]

Otro milagro en mes de diciembre de 1585. Estando un galeón para ir a Malaca, mandó el Príncipe Cardenal a nuestro padre provincial que le diese luego cuatro sacerdotes para ir en aquel galeón, y fuese luego, porque estaba de partida. Puesto el padre en este aprieto, escribió a nuestra virgen la aflicción y obligación en que estaba sin hallar medio en tan

breve espacio para cumplir con ella. Acudió luego la virgen al Esposo representándole esta necesidad y, perseverando en oración, vio en espíritu cinco religiosos de este convento de Santo Domingo de Lisboa que iban a la India; y esto fue antes que ninguno se ofreciese a la jornada. Y, antes que esto se supiese, se ofreció un religioso para este camino; y tras él se ofrecieron dos, uno lector de Arte y de Teología; y luego se ofreció otro. Con éste se ofreció el número de cuatro; después se ofreció otro para esta jornada, pidiendo licencia con tanta importunidad y instancia que se la hubieron de dar. Y, notificado esto a S.A., le mandó proveer de matalotaje como a los otros. Y dijo más esta virgen: que, si entre muchos frailes viera estos cinco, que los conociera distintamente por la figura en que le fueron mostrados. Pues, como ella supo que estos religiosos iban a predicar la fe entre gentiles, fue tan grande su alegría y el regalo que su ánima sintió que los tomó a todos por hijos ofreciéndoles sus oraciones, perpetuo cuidado de rogar por ellos y proveyéndolos de cosas para su camino. Y para argumento de lo dicho añadiré aquí el escripto que dio a uno de ellos que dice así:

«Prometo a meu filho Fray Francisco de Matos de todos los días de encomendar a Dios y pedir al divino Esposo le de corona de martirio. Y, para memoria y certidumbre de esto, le doy este escripto de mi mano hoy, día de los Inocentes, en la tercera octava del amor del Esposo. María de la Visitación.»

Otro [milagro]

En el monesterio de la Anunciada estaba una religiosa por nombre sor Juana de la Trinidad, la cual tenía una calentura tan recia que le hacía hablar desatinos; y junto con ella, opilación. Y subíasele un humor a la garganta que le cortaba el huelgo. Y decían los médicos que mirasen por ella, que alguna vez se podría ahogar; y estaba siempre tan ronca con aquel humor que apenas podía hablar. Estando ella de esta manera muchos días, víspera de Nuestra Señora de la Presentación le llevaron a la cama una imagen pequeña de Nuestra Señora que tienen en el coro y, encomendándose a ella con mucha devoción y deseo de alcanzar salud, la noche siguiente soñó que le decía Nuestra Señora que, pues, en casa tenía el remedio de su salud ¿por qué no lo buscaba? Que fuese nueve días donde la madre priora estuviese, y que sanaría de la calentura, mas no de la opilación, porque le quedase con que merecer; y que comenzase estos nueve días del viernes siguiente, a gloria y honra de la cruz de que la madre priora es tan devota; y acabase en sábado, a gloria y honra de la misma Nuestra Señora. Contó la religiosa este sueño luego el día siguiente y comenzó a divulgar por el monesterio; y el día después de la Presentación de Nuestra Señora, que fue viernes, la llevaron a la celda de la madre priora; y de esta manera fue continuando los nueve días, aunque luego dende el primero se comenzó a hallar mejor y con menos calentura y de manera que, cumplidos los nueve días totalmente sin calentura, comenzó a comer muy bien, habiendo muchos días que casi no comía ni el estómago podía retener cosa alguna. Y de la voz y pecho que [era] en la enfermedad empedido quedó tan buena que el día de Nuestra Señora de la Concepción cantó muy bien a un arpa.

Milagro de la conversión de un moro

Estaba en una de las galeras de este reino, en el puerto de esta ciudad de Lisboa, un moro de cuarenta y seis años, el cual se hizo cristiano. Y, deseando yo saber cómo esto pasaba, le hice venir a mí.

Para entender mejor el negocio y ver la conformidad de una relación con la otra, este moro tenía una extraña enfermedad, porque tenía el vientre muy hinchado como una mujer preñada; y todo cuanto comía tornaba a lanzar por la boca, y por esto dice que en todos los dos años nunca purgó por bajo nada. Y estaba ya totalmente desconfiado de remedio humano por todos los médicos. Estando, pues, éste una noche durmiendo en la galera, soñó que dos negros terribles tiraban por él, uno por una parte y otro por otra. Y en este mismo sueño dio voces llamando por la Madre de Dios, las cuales voces oyeron otros de la galera. Y, preguntando yo cómo llamaba por la Madre de Dios, díjome que esta voz con todo lo demás que se sigue era en sueños. Y a esta voz dice que vio una doncella vestida de blanco con las señales de las llagas en las manos, y él dijo: «señora, si tú me sanares de la enfermedad, yo me haré cristiano». Todo esto pasó en sueños, y lo mismo le acaeció otra noche. Y dando cuenta de este sueño al patrón de la galera y entendiéndolo quién era esa doncella, lo envió a la madre priora con Tomás de Aquino, que era otro convertido y más ladino; y él le trajo a la priora y, antes que ella le hablase palabra, en viéndola, reconoció que ella era la que le había aparecido. Entonces ella le habló muy amorosamente, y le hizo dar de merendar y beber del agua en que ella mete las manos; y él acudió siete veces en siete días a beber grandes jarros de agua y, así como había bebido, luego iba purgando por bajo y mejorando, de manera que agora está sanísimo y está ya bautizado, y así vino a mí la tercera con hábito de cristiano, y sabe toda la doctrina de la cartilla tan bien como sé yo el Ave María; y así me la rezó toda aquí. Sea Dios bendito cuyos juicios son admirables.

Otro

Año de 1584 en la ciudad de Leria estaba un hombre honrado por nombre Etor Vaz de Castelo Blanco, veedor del duque de Villa Real, el cual tenía un lobillo en el pescuezo había algunos años; y a la sazón estaba con grande dolor de cabeza y calentura; y, por la devoción y confianza que tenía en esta sierva de Dios, tomó un pañito de las cinco gotas de sangre (que le salen los viernes de la llaga del costado) y púsolo sobre la cabeza y sobre los ojos y besólo. Y luego en el mismo instante le reventó el lobillo echando fuera toda la materia que tenía dentro; y quedó del todo sano sin le quedar señal alguna; y así comenzó a dar gracias a Nuestro Señor por este tan señalado beneficio y obra suya.

Otro

Acaeció también que Felipa de Valladares, mujer del sobredicho, adoleció en el mismo año de gota artérica, y vino a tullirse de piernas y brazos con grandes dolores sin para ello hallar remedio en los médicos. Por lo cual escribió a un hermano suyo religioso, muy familiar de esta virgen, para que le pidiese remedio para aquella enfermedad. Y, haciéndolo ella así con toda devoción, el día de la Magdalena a hora de víspera le cesaron los dolores, ni hasta agora le han vuelto, que fue el tiempo en que este religioso pidió este socorro a nuestra virgen, como él mismo lo significó por una carta suya escrita a la misma hermana declarándole el mismo día y hora en que esto había pasado.

Otro

En la mesma ciudad de Leria estaba la señora doña Beatriz, hija del duque de Villa Real, la cual había seis años que tenía muy graves accidentes que la privaban de los sentidos y la quitaban el habla. Y, viéndose la duquesa su madre tan lastimada con los accidentes de la hija, envió a pedir a esta virgen, por un religioso muy devoto y familiar de ella, que pidiese a Nuestro Señor se apiadase así de la hija como de la madre, que tanto sentía el mal de su hija. Y, viniendo este religioso a esta ciudad de Lisboa, le encomendó esta necesidad con grande instancia; y subcedió así que, por el mes de junio, cuando él esto pidió a esta sierva de Dios, cesaron aquellos accidentes; y hasta hoy, que son cumplidos dos años, nunca más ha vuelto esta señora; en lo cual parece la grande eficacia de las oraciones de esta virgen, pues basta para dar súbita salud a los ausentes, como parece por los dos milagros susodichos.

Otro

Por el mes de enero partió de esta ciudad de Lisboa un navío para Mazagán; y, algunos días después de partido, se levantó gran tormenta en la mar, por lo cual Enrique Sebastián dio aviso a nuestra virgen del peligro que corría el tal navío para que lo encomendase a Nuestra Señora. Ella confiada en Él, respondió a la señora doña Juana de Morona que el navío iría a salvamento. Llegado, pues el navío cerca de Cádiz, viose tan perdido que no había más de cinco brazas de la tierra; y el viento y la mar los llevaban a ella, donde todos perecieran sin haber remedio alguno. Y a la sazón venía en el navío Gil Hernández de Carvallo, el cual llevaba un pañito de las cinco gotas de sangre de esta virgen y, echándole en la mar, en un momento saltó el viento por cima de la tierra, el cual le apartó de los bajos, y otro día fue a surgir en la barra de Cádiz sano y salvo. Todas estas palabras son de una carta que el capitán de este navío, por nombre Emanuel de Acosta, escribió al señor Juan Gómez da Silva, veedor de la hacienda de su Majestad, el cual refiere en su carta los grandes trabajos que pasaron en este viaje, especialmente el día de Santo Amaro. Y añade más: que dicen los antiguos en esta tierra que no se acuerdan de tan grandes tempestades, porque en el Puerto de S. María cayeron 40 y tantas casas, y en Cádiz cayó la torre de San Sebastián y otras muchas cosas; y dende esta costa hasta las arenas gordas se halla mucha

gente muerta y navíos despedazados. Y por aquí verá V. S. los trabajos que habemos pasado y las mercedes que Dios nos ha hecho. La carta original de este capitán queda en mi poder: y por esta obra se entenderá la grandeza del amor que Nuestro Señor tiene a sus siervos y el deseo de honrarlos pues quiere que a sus cosas obedezca el ímpetu de los vientos y la furia de la mar con todas sus tormentas. Por lo cual sea para siempre bendito.

Otra maravilla semejante a la pasada acaeció este mismo año de 86, y fue así: que, viniendo un galeón de Malaca muy destrozado y mucha gente muerta, rehicieron la gente con alguna que venía de la Tercera para Lisboa. Y en éste venía un morisco que se había hecho cristiano por vía de la madre priora, la cual le había dado uno de los pañicos de las cinco gotas de sangre; y en el camino levantóse contra ellos una tan brava tormenta que todas las velas mayores o menores se hicieron pedazos, y el galeón estaba en tan gran peligro que los maestros estaban desconfiados sin saber que hacerse. Entonces este morisco, a quien la priora había puesto por nombre Tomás de Aquino, ató aquel pañito que traía consigo a vista de todos y echólo en la mar. Y luego cesó la tormenta, con que todos dieron gracias a Nuestro Señor. Y sin velas algunas van gobernando el galeón al amor del agua; y así entraron sanos y salvos en el puerto de Lisboa. De este milagro son testigos todos los que venían en el galeón. Y a mí vino el maestre del navío con el dicho Tomás de Aquino, que me refirieron lo que está dicho con otras cosas que acaecieron en la navegación de don Duarte de Meneses, que iba por visorey a la India.

Otro

En la villa de Gibraleón estaba una mujer por nombre Inés Pérez, mujer de Francisco Martínez, siete días había, con calenturas, y llegó la enfermedad a tanto que no se podía menear, aunque le habían sangrado y purgado; y, haciéndole otros muchos remedios, nada le aprovechaba. Y, después de confesada y comulgada, llegó a tanto peligro que su confesor la ayudaba a bien morir. Y esta mujer, teniendo noticia del agua de la madre priora que el señor marqués había traído de Lisboa, pidió con gran devoción y lágrimas le trajesen de ella; y bebiendo de ella el viernes de Ramos próximo pasado, luego se dormió (habiendo tanto tiempo que no se acuerda haber dormido sueño semejante, si no era dormitando). Y en despertando, vomitó gran cantidad de mal humor, (lo cual nunca había hecho en toda la enfermedad), y ese día hasta otro por la mañana que fue el sábado, le duraron.

Otro[s diez milagros]

Estos diez milagros que se siguen están ya autenticados.

En la ciudad de Lisboa, en la calle de la Condesa de Vidiguera, había un niño de nueve o diez meses que había más de un mes que tenía una postema o hinchazón en la garganta; habíanle mandado sajar, y, después de sajado, estuvo dos días sin mamar. Pusiéronle una

rosa, que la madre priora había traído en sus manos, mojada en un poco de agua, y luego mamó y se le comenzó a vaciar la postema, y luego, de allí a dos días, sanó. Púsole esta rosa una vecina suya, la cual con la misma rosa había sanado una hinchazón de un mal de garganta; bebiendo del agua en que lavó la dicha rosa, se remojó y se halló sano de ella.

Una mujer llamada Beatriz Díaz, natural de Lisboa en la Cordonería Vieja, tenía grandes temblores de todo el cuerpo y no podía hablar. Llegó a la ventanilla del comulgatorio acabando de comulgar la madre priora y, rogándole muy encarecidamente la muy ilustre señora doña Juana de Lima y el padre Fray Hernando de Castro, sub prior del convento de Santo Domingo, que le pusiese la mano sobre la cabeza, la dicha madre sacó la mano y dijo unas oraciones, que parece que era un evangelio, tiniendo la mano sobre la cabeza de la enferma, y dijo en voz alta a la mujer: «hablad y decid el nombre de Jesús, encomendaos a Él y pedilde perdón de vuestros pecados y arrepentíos de ellos». Y en ese punto dejó la mujer de temblar, y estuvo quieta y sosegada, y dijo con voz clara el nombre de Jesús.

En el mismo día, una mujer de Caparica que tenía una postema en la garganta, de donde le salía mucha sangre por el agujero de ella, y era muy ponzoñosa y dañosa enfermedad, poniéndole la mano la dicha priora y diciéndole que tuviese fe en Nuestro Señor que le daría salud; y de ahí a cinco días sanó. Y la vio sana Ruy Lorenzo de Tabera, que tiene una quinta en Caparica, el cual contó al padre provincial de Santo Domingo que no solamente había sanado de aquella hinchazón de la garganta que le había resuelto, sino también de otra postema que tenía en una pierna.

Hierónima Pinera, mujer de Nicolás Pinto, morador en la Rua dos Canos, estaba muy enferma de gota artítica, de tal manera que ni podía menear pies ni manos; y, si se le caía la ropa de la cama, no la podía levantar, y, aunque la curaban los médicos, no sentía mejoría. Compadeciéndose de esta su enfermedad una su vecina llamada Catalina Carreira, viuda, mujer que fue de Blas de Alende, alcanzó por vía de una sobrina que tiene monja en el monesterio de la Anunciada un escrito de la madre priora que estaba en una tira de papel pequeña y decía estas palabras: «en nombre de Jesús, [E]sposo suave e fermoso, vos mando que nao tenáis más esas dolores, el cual no estaba firmado de la madre priora, pero era de su letra y, puniéndolo sobre las manos y pies y las demás partes enfermas, luego cesaron los dolores. Y, por la gran devoción que tenía el dicho papel, lo envolvió en un pañito que traía consigo en el seno y de allí a algunos días, buscando el dicho papel, no le halló; y esto tuvo por mayor milagro que el primero. Tenía esta enferma tanta devoción con la madre priora que decía que, si la dicha madre la tocase con la mano y le echara la bendición, había de ser luego sana. Y, como viese esta devoción, Catalina Carreira escribió a María de San Pablo, su sobrina, le enviase alguna cosa de la madre priora; ella le respondió por escrito, y dentro en la carta venía un papelillo con las dichas palabras, y encomendó la madre priora el secreto a la dicha religiosa.

Item María Núñez, viuda, mujer que fue de Manuel Fernández, mercader de esta ciudad de Lisboa, había más de seis años que tenía un zaratán en el pecho que le llaman ca[n]co, de que tenía el pecho muy hinchado; y en él una dureza de que le salían rayos de grandísimo dolor, y nunca lo había querido mostrar a los médicos por estar en la parte donde estaba; y por no tener ánimo para los grandes dolores entendía recibiría si se le sacaban, determinándose antes morir que curarse. Y estando el primer día de mayo en el

monesterio de Santo Domingo con Beatriz Núñez, mujer que fue del merino Antonio de Tavanca, y dándole parte de su enfermedad por ser amigas, le dijo que se pusiese sobre el pecho unas cuentas de nudos que habían sido de la madre priora, que esperaba en Dios que cobraría con ello salud; y dentro de cuatro días que se lo puso y lavó con un poco de agua de la madre priora que le dio doña Luisa de Barros y bebió de ella, tocándole también el pecho con otras cosas de la misma madre, se le quitó luego el zaratán o canco y quedó sana sin otro ningún remedio humano.

Hierónima (fue mujer de Pedro Ruiz Velasco que al presente reside en las partes del Brasil), había seis semanas, poco más o menos, que tenía grandes dolores de estómago y grandes agotamientos y congojas. Aunque la mandó sangrar Roque Gómez, cirujano que mora enfrente de la Iglesia de esta ciudad, no sintió mejoría después de la haber sangrado. Y, como oyese decir las maravillas que Nuestro Señor obraba por medio de la madre priora de la Anunciada, envió a pedir al padre Fray Gaspar Goreiz, maestro de novicios en el monesterio de Santo Domingo, una poca de agua de la que la dicha madre priora acostumbra a dar. Y en trayéndosela, bebió, y, en bebiéndola, cesaron los dichos dolores y agotamientos [y] congojas. Sin otro ningún remedio quedó sana de la dicha enfermedad.

Ana Rodríguez, beata de la tercera regla de San Francisco, por la gran devoción que tiene con la madre priora de la Anunciada, envióle a pedir alguna cosa para traer consigo, y la madre priora le envió un lienzo suyo con Domingo Montero, iluminador. Y sintiéndose algunas veces maltratada de vahídos de cabeza al punto se le quitaron; y después acá se halla muy mejor. Y, yéndose a confesar un día al monesterio de Obregas con el padre Fray Antonio de la Concepción, súbitamente le dio un dolor muy grande en el pecho, que algunas veces le suele dar, principalmente cuando camina. Y, estando muy atribulada con el dicho dolor, vio caer sobre sus pies un paño doblado, levantólo y púsolo en el pecho, y al punto le cesó el dolor. No sabe de donde se cayese este paño, sino que acaso le habían puesto sobre la cabeza cuando salió de su casa; y fue así, porque después, cuando volvió no halló el paño de la madre priora, y reconoció ser el mismo que se había puesto en el pecho, por manchitas que tenía.

Isabel de Vargas, doncella hija de Tristán de Meneses, mercader, había cuatro meses y medio que estaba enferma de perlesía, que toda la parte ezquierda no podía mandar ni menear, y había llegado a perder el habla y estar por espacio de quince días perdida la vista de los ojos. Curábanla de los mejores médicos de Portugal y con ninguna medecina halló mejoría; ofrecióse venir en el tiempo de pascua en que tenía obligación de recibir el Santísimo Sacramento, y, porque no podía hablar para confesarse, le aconsejó el cura de su fe[l]igresía que inviase a llamar al padre con quien se acostumbraba confesar otras veces, que por señas, o como pudiese, confesase con él y se le daría el Santísimo Sacramento; y para este efecto envió a llamar al P. Fray Fernando de Santa María, religioso de la orden de Santo Domingo con que solía confesarse; el cual, viendo que no hablaba, sacó de la manga un pedazo de lienzo que traía consigo y díjole que tomase aquel lienzo, que era de la madre priora de la Anunciada, y con mucha fe le pusiese en la boca en nombre del Esposo y hablase. Y, en poniéndosele y haciendo con la señal de la cruz, súbitamente habló nombrando tres veces el nombre de Jesús; y de ahí adelante habló como de antes solía y muy mejor; de que dicho padre Fray Fernando y los médicos que la curaban quedaron muy espantados y contentos. Y pidióla le enviase un poco de agua de la dicha madre priora,

con la cual agua mojó el lienzo que tenía y lo puso sobre las partes enfermas de la perlesía y, después de haberlas mojado en él, le dio un sudor con que se adormeció por espacio de dos horas; y, acordando del sueño, se halló sana de todas las enfermedades que tenía. Y de allí a dos días, que fue día de Pascua, se levantó y fue a comulgar.

De este milagro susodicho se hace minción en la relación que se invió al Papa, y también de la cura de doña Beatriz de Mora, hermana de don Cristóbal de Mora.

De las cosas que en la Anunciada tomó información Manuel de Cuadros, conviene a saber: de la vida santa de la madre priora y de las claridades y luces que se ven en la celda, y de las señales de las llagas, y de verla levantada del suelo, y de haber tenido antes de esto en el costado llaga, y de tener corona de espinas en la cabeza son testigos, Guiomar de la Asunción, María de la Cruz, Ana de Santa María, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista, María de las Chagas, Antonia de la Cruz, y testifican de esta manera de su virtud, oración, raptos, penitencia, caridades y señales de las llagas. Testifican todas de vista y Ana de Santa María testifica de vista que, pasando un día por su celda de noche, oyó que decía un verso y callaba otro; después le preguntó quién rezaba con ella, y dijo que el Esposo. Antonia de la Cruz, Beatriz de Jesús, Beatriz Bautista testifican que, estando en los raptos, no respondía sino a recaudos verdaderos de la obediencia. Ana de Santa María testifica que había trece años que ella y Beatriz de Jesús y María de Jesús quitaron una cofia a la dicha madre priora por estar con grandes dolores de cabeza, la cual estaba llena de sangre y le vieron en la cabeza un bergón levantado cuanto un dedo, bermejo, y con unos agujericos por él, de los cuales parece que salió sangre que estaba por la cofia alrededor a manera de corona. De que haya tenido llaga en el costado antes de agora testificalo de oída.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

